ISABEL

PRIMERA,

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL,

DE

D. Francisco José Orellana.

TOMO SEGUNDO.

ADORNADA CON CINCUENTA LÁMINAS.

BARCELONA.

Biblioteca de Ambos Mundos, de Juan Pons, editor,

Calle Ancha, núm. 1.

1867.

LIBRO SEGUNDO.

LOS BANDOS DE CASTILLA.

CAPITULO PRIMERO.

Quebrantos de amor.

¿Quien ha descrito la felicidad? Sonrisa del Criador, que asoma entre las tersas hojas de una rosa; que se dibuja en el plácido iris de la alborada, en la nubecilla pasajera que, semejante á una blanca paloma, cruza la bóveda del cielo, en el trémulo balance de las olas del mar cuando, en noche serena, la luna esparce rios de pedrería sobre su dilatada llanura; que suena en el murmullo de las frondas conmovidas por apacible brisa, en el canto nocturno del ruiseñor,

en los arrullos de la tórtola confiada que vive escondida entre el follaje con su amado y sus hijos: tal es la felicidad; vaga, silenciosa, inaccesible al pincel y á la pluma del poeta. ¿Quién la describirá? ¿Quién será osado para penetrar en sus dulces arcanos, cuando riza con su soplo el Océano del corazon?

Doña Isabel y D. Fernando eran felices, y su vida se deslizaba en la paz del hogar doméstico, á la manera del claro arroyo entre las sombras de un frondoso prado. La felicidad ama el retiro, aborrece el tumulto: los dos tiernos esposos han huido del estruendo de la populosa Valladolid, para gozar su primer amor en Dueñas, en otro asilo mas modesto. ¡Son tan pobres, que necesitan alejarse del fausto espléndido de la ciudad, para que no se marchite la flor de su dicha!

No alteremos la paz de su retiro: no intentemos siquiera penetrar en el santuario de su ventura: dejémosles disfrutarla mientras pasan los primeros meses de su matrimonio; pues dura ya mucho, para que podamos confiar en su consistencia: un soplo, una mirada indiscreta ó envidiosa pueden disiparla.

Porque la sonrisa de Dios solo asoma, solo se indica en este valle de lágrimas, donde todo es pasajero. El sol, con su ardiente mirada, marchita la rosa y destruye los colores del alba; el huracan arrastra la nubecilla, hincha las entrañas del mar y ennegrece su rielante superficie, troncha los árboles de la selva, y lleva el terror y el sobresalto á la tranquila morada de las aves.

Isabel y Fernando son dichosos, pero ya en torno suyo fulgura el rayo de la discordia, y el rencor y la ira preparan á lo lejos las tempestades.-Dos veces habian escrito al rey D. Enrique, suplicándole reverentemente aprobase su casamiento, y les recibiese benévolo como á hijos y servidores, pues solo deseaban vivir con él y para él; pero no merecieron contestacion. Únicamente se dijo á sus mensajeros en Segovia que el asunto era grave, y que se habia de tratar en el consejo de los grandes, luego que D. Juan Pacheco (que se habia hecho enfermo en Ocaña), estuviese restablecido.

Entre tanto la voz pública declaraba nulo el matrimonio de

nuestros príncipes: en todas partes se hablaba, aunque con reserva, de una bula falsa, de una union ilícita, y de una causa de excomunion pendiente sobre las cabezas de Isabel y Fernando, que ignoraban su culpa, al menos ella, y que nada sabian de las hablillas del vulgo.

Siniestros presagios de desórden y de sangrientas luchas corrian por toda Castilla. El pueblo, que siempre sufre y siempre pierde en los choques de ambicion y discordia de los poderosos, veia con zozobra una embajada francesa, que acababa de llegar á Búrgos, y el movimiento inusitado de muchos grandes, que aprestaban sus lanzas, y acudian á juntarse con el rey en Medina del Campo: en oposicion á estas fuerzas, veia conmovida de nuevo la Andalucia, recientemente pacificada, y todo el pais vasco agitarse protestando contra la intrusion estranjera.

Los nobles medraban á favor de las revueltas; porque cada traicion que hacian á un partido solia ser pagada por su contrario con donativos y mercedes. Asi es que todos los grandes, tanto seglares como eclesiásticos, buscaban el abrigo de una bandera y fomentaban con su apoyo la discordia. Ejemplo de esto, presentaba, entre mil, la conducta del conde de Plasencia que, despues de haber servido á los rebeldes confederados contra D. Enrique, acababa de recibir de éste la villa de Arévalo, con el título de duque de la misma.

En este pueblo estaba el rey con sus magnates y cortesanos de paso para Medina del Campo: apoyado por sus poderosas fuerzas, imponia á los habitantes de la villa el donativo que habia hecho de ella, pues siendo propiedad de la reina viuda doña Isabel de Portugal, nadie desconocia lo arbitrario é injusto de esta merced.

La noche antes de la partida del rey en una casa fuerte situada fuera de Arévalo en un lugar ameno á orillas del Andaja, se hallaban reunidas dos personas de diferente sexo. El aposento donde estaban era un bellísimo retrete adornado con todo lujo y la voluptuosidad propios de los orientales: blandos tapices cubrian el pavimento; suntuosos almohadones de seda con franjas y flocaduras de oro convidaban el reposo y la pere-

za; el ambiente estaba impregnado de aromas, y la media luz que alumbraba la estancia era modificada por un fanal de color de rosa. Todo parecia dispuesto por una mujer enamorada para cautivar los sentidos y adormecer la vida resumiendo todas las ideas en una sola: el amor.

Indolentemente recostada en una pila de cogines, bajo un dosel de plumas, yacía una jóven, á juzgar por lo esbelto de su talle, la cual debia de ser hermosa, segun se conocia por las bellas formas de sus brazos y manos y por el brillo de sus ojos. Vestia un magnífico brial de raso blanco, y cubria su rostro con un tupido velo que llevaba prendido á la cintura. Cerca de ella estaba sentado un caballero, el cual decia:

—Sin duda, noble señora, me conoceis y os conozco, cuando me habeis hecho venir de secreto á vuestra cámara, y sin duda confiais en mi lealtad al no temer estar sola conmigo, á pesar de los atractivos de vuestra persona. ¿Cómo es que, sin embargo, desmentís esa confianza, permaneciendo encubierta y privándome del placer de admiraros?

—Caballero, contestó la dama con una voz particular que producia una especie de silbido: no estrañeis mi prudencia en ocultarme de vos, que seria inútil, si no me conocieseis. Necesito hablaros de cosas muy delicadas, y no pudiera hacerlo con la cara descubierta. Si quereis servirme, ha de ser como caballero; es decir, con toda generosidad.

—¿Aun renunciando á saber á quien sirvo?

—Solo asi podeis ser generoso.

—Hablad pues, señora.

—Dos años hace que amo á un caballero, el cual me habia dado las mas vehementes pruebas de su puro cariño: por mucho tiempo mis circunstancias personales me impidieron corresponderle con obras ni palabras, aunque mi corazon era suyo desde la primera vez que le ví: ese tiempo duró su pasion desinteresada y ardiente. Nuestro amor era entonces ideal, sublime; libre detoda mezcla espúrea y terrena, y por lo tanto inmortal. Yo asi lo creia; pero rompí un dia la valla del disimulo, abrí los tesoros de mi alma, para derramarlos sobre el hombre que me parecia

digno de mí; le hice depositario de mi amor y de mi inocencia, y desde entonces su amor, antes puro como el de los ángeles, se hizo terrenal y mezquino, y llegó un momento en que la indiferencia y el olvido secaron las fuentes de mi felicidad.

La tapada calló, y el caballero, confundido como si oyese una acusacion de su conciencia, repuso:

—Ciertamente, noble señora, me haceis una confidencia muy delicada, y no sé de que modo podré serviros en vuestra cuita, como no fuese reemplazando en vuestro corazon al que tan vilmente os ha engañado.

—¡Ah! contestó la tapada, reprimiendo un suspiro, seria demasiado honor para mí verme obsequiada por el ilustre heredero de la casa de Villena, y además estoy segura, señor don Diego, de que mudariais de parecer en cuanto me vieseis el rostro. No: vuestro amor supliria sin duda al que he perdido; pero no pretendo que me sirvais á tanta costa. Solo deseo que me deis un consejo, y me ayudeis á castigar al alevoso.

—Señora, dijo D. Diego Pacheco: ya os he dado el consejo, y creo que ningun castigo igualaria al que impusieseis á vuestro infiel amante siguiendo mi indicacion. Descubrios y vereis como puedo serviros sin hacer ningun sacrificio.

—Quiero suponer, señor marqués, que solo una atencion de galantería os mueve á dirigirme semejantes palabras, replicó la tapada irguiéndose con marcadas muestras de disgusto. Un hombre como vos que tiene compromisos de honor que cumplir, no puede hacer esa proposicion á una dama.

—¿Compromisos yo?

—Habeis olvidado que os conozco muy á fondo. Voy á probaros que sé vuestros mas íntimos secretos.

—Don Diego Pacheco miró con cuidado á aquella mujer misteriosa que de tal manera le hablaba. Un momento le pasó por la mente la idea de que fuese Jarifa, pues solo ella sabia usar de frases tan enérgicas y concisas; pero en seguida desechó este pensamiento, porque no era natural que la mora le consultase sobre amores con otro. La encubierta continuó:

—Yo sé que amais á una jóven que si bien de condicion

muy diferente de la vuestra, es tan digna como vos de ser respetada, y merece que se la atienda. Esa jóven se llama Jarifa.

—¿Cómo sabeis eso?

La tapada se encogió de hombros y repuso:

—¿Es cierto que la amais?

—No, señora.

—Señor D. Diego, replicó la encubierta dejándose caer de nuevo con lánguido abandono: si os hago estas preguntas, es porque deseo veros mas digno de mi aprecio y confianza que el aleve que me ha engañado. No me oculteis, pues, vuestros sentimientos; porque de ellos depende que yo fie ó no mi honra á vuestra lealtad. Decidme ingenuamente, ¿habeis podido olvidar el amor de Jarifa?

—Pensad de mí, señora lo que gusteis: yo no debo engañaros. Hubo un tiempo en que amé perdidamente á esa muchacha, esponiéndome por ella á cometer mas de una imprudencia. Pero, como todo pasa en este mundo.....

—¡Tambien pasó vuestro amor! dijo la tapada con suma vivacidad.

—Eso es lo cierto.

Un breve rato de silencio siguió á las palabras de D. Diego. Al cabo la dama misteriosa murmuró haciendo un esfuerzo:

—Siendo asi, temo que no me comprendais: una mujer abandonada, debe de ser para vos como un vestido que se desecha, como una flor que se marchita, ó un vaso que se rompe.

—Una mujer abandonada, repuso D. Diego, es para mí un ser digno de compasion, y si por su calidad ó sus prendas personales merece el apoyo de mi brazo, puede estar segura de obtenerlo.

—En esa confianza os he llamado, contestó la tapada con un ligero acento sarcástico: veremos si vuestro brazo tiembla cuando sea menester, ó flaquea como vuestro corazon al tratarse de amor.

—Mandadme, señora: mi amor puede flaquear tratándose de una oscura hija de moros, pero no mi valor al defender á una dama noble como vos me pareceis.

—No os engañais del todo: soy tan noble como vos: mis ascendientes han ocupado tronos y conquistado reinos. Creo, por consiguiente, que podremos entendernos. ¿Conoceis á D. Pedro de Fonseca?

—¿No he de conocerle? ¿Acaso es él quien os ha faltado?

—Es una cosa singular lo que voy á deciros: yo puedo perder á ese hombre y á otros muchos con solo revelar un secreto que él me ha confiado imprudentemente

—¿Un secreto? dijo el marqués alarmado. ¿Pero á qué conduce todo esto?

—Escuchadme: vos quereis prestarme un servicio, y yo deseo pagároslo adelantado con una revelacion importante: hay en Castilla una hermandad misteriosa que se propone trastornar todo lo existente: por su mediacion no hay nada que no se averigüe; pero yo poseo sus mas recónditos arcanos. El que me ha hecho depositaria de ellos cree poder llegar á ser rey; pero me ha faltado, sin contar con el daño que puedo hacerle, y he pensado en vos para elevaros sobre su ruina.

Don Diego sospechó que aquella mujer era la reina doña Juana, y la ambicion perturbó un momento su juicio.

—¿Don Pedro de Fonseca, dijo, pretende hacerse rey?

—¿Qué tendria de estraño? Él es de familia real, y sabe que otros aspiran á la misma honra. Pero no se trata de eso: siendo amigo de la reina, es natural que conspire contra los que pretenden anonadar la dinastía de Trastamara, y sobre todo contra los enemigos encubiertos de la Beltraneja.

—¿Y quiénes son esos enemigos?

—Vuestro padre D. Juan Pacheco, y todos los demás que rodean al rey D. Enrique. Ya veis que nada ignoro.

—Señora, si no os dignais decirme vuestro nombre, no podremos continuar. Me hablais de cosas tan inconexas, que no os comprendo ni acierto á descifrar el objeto que os proponeis.

—Yo sé, continuó la tapada con acento agitado, que teneis obligacion de dar la muerte al que os hable de ciertos misterios aunque sea vuestro mejor amigo, aunque sea vuestro rey, so pena de morir vos mismo. Pues bien, yo sé todo lo que os he di-

Don Diego se inclinó cortesmente y bajó una escalera que conducia al campo, mirando á uno y otro lado por si encontraba al guia que le habia traido, ó alguna otra persona de quien poder adquirir noticias acerca de la misteriosa encubierta. Pero nadie se presentó á su paso, y aunque procuró averiguar á quien pertenecia la casa, solo llegó á saber que era propiedad de un rico judío de Segovia llamado D. Abraham Señor, y que estaba desabitada la mayor parte del tiempo.

Mientras D. Diego hacía estas averiguaciones, que ninguna luz le daban acerca de su aventurera misteriosa, y se disponia para partir acompañando al rey, la tapada se arrancaba violentamente el velo que la cubria y un pequeño aparato de piel y metal, que, puesto delante de su boca, le desfiguraba la voz, y cayendo sobre los almohadones, falta de alientos, esclamó:

—¡Adios, última esperanza! ¡Una sola creencia quedaba en mi corazon y tambien es una mentira! ¿Cómo pude confiar, yo, la oscura hija de un moro y de una judía, en el amor de un magnate cristiano? ¡Le he pedido la muerte, le he contado su propia historia, y no me ha conocido! ¡Cuán cierto es que mi recuerdo está ya borrado de su memoria! ¡Don Diego! ¿Y he podido creer en tu amor? ¿he podido amarte, y te amo aun?.... Delirio encantador de mi mente, fantasma brillante y embriagador, huye de mí..... Sí, huye, para que solo quede en mi seno la ponzoña de la muerte. ¡Jarifa, desdichada Jarifa! Tú debiste seguir el consejo de Abiabar: debiste vivir solo para el ódio y la venganza.... Pero viste una estrella brillar en el negro horizonte de tu vida y su luz te hechizó; sentiste brotar en tu alma la flor del amor, y te embriagó su perfume.-¡Oh! pero yo puedo destruir al hombre que me desprecia y me roba mi único átomo de fé.... ¡Destruirle, cuando le amo!

La desesperada jóven guardó silencio: los sollozos embargaban su voz, y sin embargo no podia llorar. Un recuerdo pasó por su pensamiento, como una ráfaga de luz entre nubes tempestuosas.

—¡Isabel! murmuró. ¿Qué fatalidad me ha separado de tí? En tu corazon encontré amistad, que vale mas que el amor, en

cho y mucho mas, y estoy dispuesta á revelarlo al rey para vengarme de quien me ultraja.

—¡Señora! ¿qué osais decirme? esclamó el marqués llevando la mano á su daga.

—Sí, os he llamado para revelaros mis intenciones, y desafiaros á que me mateis; porque quiero perderos, y sé que sois tan vil que no cumplireis vuestros juramentos contra mí; porque me mereceis igual concepto que el miserable que me ha abandonado.

—¡Matar á una mujer! Sí, decís bien, señora. Si es vileza desafiar todos los peligros antes que destruir á un ser débil, como vos, teneis razon: yo falto desde luego á mis juramentos.

—No en vano temia que os flaquease el brazo en el momento de servirme, esclamó la encubierta dejándose caer en la actitud del mas profundo abatimiento.

—Pero, señora, esplicaos: ¿qué quereis de mí?

—¡Cobarde! prorumpió la dama levantándose y cayendo en seguida de rodillas á los pies de D. Diego: ¿no lo habeis adivinado? ¡quiero que me mateis! ¡quiero que me mateis!

—Señora, esa pretension es inaudita.

—Es vuestro deber hacerlo, D. Diego.

—No, señora, no hay tal deber; porque todo eso que me habeis contado es una patraña. Mi padre y yo, y todos los grandes que siguen al rey, defendemos lealmente á la princesa doña Juana, sin que medie segunda intencion.

—Vuestro padre y vos sois traidores al rey. Pronto os lo probaré y habreis de arrepentiros de haberme dejado la vida. Salid.

—Mis hechos probarán lo contrario. Adios, noble señora. Os aconsejo que os consoleis de vuestro contratiempo.

—¡Ah! ¡Hombre sin corazon! murmuró para sí la tapada. ¡Ni aun la muerte puedo esperar de tu generosidad!

Y dirigiéndose con paso firme hácia una puerta secreta, la abrió mostrando la salida al caballero, á tiempo que se oyó el estridente sonido de unas trompetas.

—Marchad, D. Diego, dijo, antes que acabe de clarear el dia y se os eche de menos en la comitiva del rey.

tus labios sonreia el consuelo. Tú eres la única persona que he conocido digna de ser amada: solo en tu presencia he vertido lágrimas que deleitan, y solo tu memoria puede ablandar en este instante mi endurecido pecho. ¿Por qué me separaron de tí, dejándote acaso de mí un recuerdo de oprobio? ¡Oh! ¡Cuánto daria por recobrar tu estimacion!

Y moviendo á uno y otro lado la cabeza, continuó:

—No: ya hoy de nada me serviria: mi carrera está terminada. No hay consuelo para un corazon desangrado.

Era ya de dia, pero el sol no prestaba sino una claridad opaca y plomiza. El viento gemia de un modo lúgubre en los ángulos y ventanas del edificio: mezclado con sus ayes sonó de nuevo el estruendo de los clarines y trompetas.

—Ya parten, dijo Jarifa: parten, y acaso no le volveré á ver..... ¡Oh! ¡cuán feliz habria yo sido recibiendo la muerte de su mano! Al menos habria espirado viéndole arrepentido, y él hubiera cerrado mis ojos... Quiero verle otra vez. ¿Quién puede impedírmelo? Abiabar no está aquí: yo soy señora absoluta en esta casa... Le veré y moriré perdonándole.

Diciendo esto, bajó precipitadamente la escalera y salió al campo. Los árboles impedian ver el camino por donde iba don Enrique seguido de su lucida corte y numeroso acompañamiento de gente armada.

Jarifa siguió la corriente del dia para trepar á un alto, desde el cual se descubria mucho campo. Cuando llegó á él iba ya muy lejos la régia comitiva: el viento fuertemente agitado levantaba una nube de polvo: pero los ojos de la jóven distinguieron entre mil la figura de su infiel caballero: su mano izquierda estendida parecia conjurarle para detenerle, y su cuerpo avanzado hácia el Adaja, que turbio corria mugiendo al pié de la roca en que se hallaba, diríase que era sostenido solo por el impulso del huracan.

Largo rato permaneció la desventurada mora en este estado, insensible á cuanto le rodeaba, y mirando á un punto lejano del horizonte, por donde habia ya desaparecido el jóven marqués de Villena, que acaso en aquel momento se reia con sus

Una jóven sola junto á un rio.

compañeros de su estraña aventura, ó tal vez la habia olvidado para pensar en sus sueños de ambicion. Cuando Jarifa volvió en su acuerdo, todo parecia convidarle á la muerte. Los siniestros gemidos del viento, el cielo encapotado y proceloso, la soledad del sitio, el rio arrastrando sus ondas turbias, y atrayendo las miradas con su bullicioso torbellino, componian un conjunto de horror, el mas fatal para un espíritu desolado. La jóven miró al cielo y esclamó:

—¡Si yo viviese, no tendria valor para dejar de vengarme!

Miró en seguida al rio, y lanzando un grito, se precipitó en su seno.

CAPITULO II.

El cardenal de Arrás.

La villa de Medina del Campo era en el siglo XV una de las mas pobladas y ricas de Castilla. En su parte oriental, sobre un alto monte que domina toda la comarca, se levantaba el fortísimo castillo de la Mota, hoy casi arruinado, entonces formidable, con sus negros murallones y robustos cubos.

En la esplanada de esta fortaleza se paseaban, una mañana de setiembre, dos personajes notables por sus vestidos y circuntancias. El uno era rubio azafranado; su faz tostada revelaba que habia estado espuesto muchos dias á los ardores del sol, y su traje y modales denunciaban su procedencia francesa: el otro vestia de negro, era ya anciano, y llevaba pendiente del cuello una cadena con un sello de bronce. Hablaban en francés, sin duda para no ser entendidos por los muchos caballeros y otros individuos de mas baja estirpe que sin cesar subian al castillo ó bajaban á la villa, pero nosotros podremos sin dificultad enterarnos de su conversacion.

—El maestre de Santiago, decía el francés, tiene ciertamente mucha habilidad, señor Juan Gonzalez; pero es un hombre con quien no se puede contar. Esto es deciros en confianza lo que siento. Vos, como secretario privado del rey D. Enrique, habreis tenido mas de una vez ocasion de conocer el carácter doble del maestre.

—No negaré que D. Juan Pacheco es hombre algun tanto insidioso, mucho menos á vos, señor Dubois, que le habeis tratado y servido; pero su alianza es de gran valor, y os repito que no puede quejarse de él vuestro rey Luis.

—¿Qué sé yo lo que os diga? Son de tal pasta el rey Luis y el maestre, que no es posible se fien el uno del otro, sobre todo siendo probable que el primero haya sabido, que cuando yo fuí á Francia la vez pasada á proponer á mi señor el duque de Guiena el casamiento con doña Isabel, llevaba otra misiva igual para el duque de Gloucester. Sin embargo, Luis está cumpliendo su palabra: socorre de oculto á los catalanes con poderosos auxilios, y aunque han tenido la desgracia de perder al duque de Anjou, darán mucho que hacer al viejo rey de Aragon. Éste, con la muerte de su mujer, que era el alma de sus ejércitos, no puede seguir mucho tiempo privado del apoyo de su hijo D. Fernando, que necesariamente habrá de acudir muy pronto á Cataluña, dejando á su mujer en la situacion crítica que necesitamos. Pero, entre tanto, el maestre, que debia apoyar nuestras gestiones cerca de D. Enrique, sigue en Ocaña, enfermo, segun dicen, y os puedo asegurar que mi señor el cardenal mira con malos ojos su conducta pasiva.

—Podeis tranquilizar al señor cardenal. Don Juan Pacheco, á causa de su mucha influencia en el ánimo de nuestro rey, es considerado y acatado por los grandes, pero inspira celos á todos por lo mismo: así que su retraimiento actual no es mas que un acto negativo de prudente política. Yo, al menos, así lo entiendo. Sin duda quiere que se dé el primer paso sin que aparezca su intervencion, á fin de evitar dificultades: ya vereis como se presenta en cuanto esté arreglado el negocio.

—Ya: pero esa es la dificultad: el rey viene de Segovia,

donde tiene amigos íntimos doña Isabel. ¿No me habeis dicho que está allí y le ha obsequiado Beatriz de Bobadilla, que acaba de casarse con el tesorero Cabrera?

—Es verdad, y no dudo que doña Beatriz habrá trabajado para reconciliar al rey con su hermana. Pero, aunque S. A., (con perdon sea dicho), es del último que llega, esta vez se mantiene firme en su resolucion: allí mismo, en Segovia, ha despedido sin respuesta á los enviados de doña Isabel, y á su paso por Arévalo acaba de investir con el título de duque á D. Álvaro de Estúñiga, que es uña y carne con D. Juan Pacheco. Ya veis que no está el ánimo del rey tan mal dispuesto.

—Allá lo veremos: el señor cardenal estará en la Mota muy pronto, dentro de una hora quizás; y os advierto que es hombre de muchos bríos y no admite contradicciones.

—Cuidado con eso de los bríos, señor Dubois. Advertid á su eminencia que en esta tierra alcanza mas el sombrero que no la espada. Yo os aseguro bajo palabra de honor que el rey está dispuesto á conceder lo que se le pide, porque en ello se interesa su honra: es menester que cese de una vez la imputacion de impotencia que se le hace, y que su hija doña Juana, mi señora, recobre el puesto que la corresponde. ¿Podeis dudar que D. Enrique se niegue á una cosa tan laudable, sobre todo ahora que el matrimonio ilegítimo de doña Isabel le ofrece una ocasion tan oportuna?

—Yo no dudo nada. Pero aprovechad los momentos que faltan para la venida del señor cardenal, y haced presente al rey que la Providencia le ha deparado unos auxiliares muy poderosos. Su eminencia está altamente resentido contra doña Isabel, desde que ésta le desairó en Madrigal, negándose á recibir la mano de esposo del duque de Guiena, y este resentimiento le ha movido á descubrir en Roma la impostura de la bula de Pio II: en sus manos tiene las pruebas de todo, en sus manos está el poder inmenso del rey Luis XI, el honor de D. Enrique y la destruccion de sus enemigos. Que medite bien lo que vale el apoyo y la amistad de monseñor; y tenga muy presente el gran servicio que venimos á prestarle.

—Todo eso lo sabe el rey, señor de Dubois, y me consta que agradece la leal cooperacion de su eminencia, y que acepta con mil amores la mano de vuestro príncipe para su hija doña Juana. Sin embargo, se lo recordaré.

Los dos interlocutores se separaron, dirigiéndose el francés hácia Medina, y el secretario de Enrique IV hácia la fortaleza.

Dos horas despues, los centinelas avanzados de ésta, daban una señal, anunciando la aproximacion de un cuerpo de caballeros y gente armada. Toda la fuerte guarnicion del castillo y sus moradores se pusieron en movimiento, y mientras se abrian las inmensas puertas de la gran sala de consejos, una comision de nobles de la primera grandeza, precedida de los heraldos del rey, bajaba á la plaza de armas, y se adelantaba hasta el puente levadizo.

Entre tanto subian la cuesta los caballeros anunciados, que eran unos treinta perfectamente armados y equipados, cuyos brillantes arneses, heridos por los rayos del sol, deslumbraban la vista; delante de ellos, caminaba un personaje corpulento, jóven todavia y fastuosamente cubierto con una armadura milanesa, que ostentaba ricas labores embutidas de plata y oro: en su yelmo se veia una corona condal, y ondeaban costosas plumas. Junto á este sugeto, iba un magnate de la Iglesia, hombre de cincuenta años, rostro flaco y aguileño, larga y poblada barba y ojos hundidos, pero claros y vivaces, el cual vestia la púrpura cardenalicia sobre el hábito de S. Benito: la actitud de este señor era altiva y petulante, su aspecto infundia á primera vista desconfianza y temor; pero cuando hablaba, sabia con su elocuencia desvanecer esta impresion del momento, si bien á veces la impetuosidad de su carácter le llevaba mas lejos de donde él mismo quisiera. Este personaje se llamaba monseñor Juan Gofredo, y era cardenal y obispo de Arrás en Francia. El que marchaba á su lado era el conde de Boloña. Multitud de gente curiosa se agolpaba detrás de los embajadores franceses, á quienes nadie miraba con afecto de amigos.

Los dos miembros principales de esta embajada iban hablando en su lengua y riéndose. Pero al dominar la altura sobre que estaba el castillo, dijo el cardenal:

—Dejemos la conversacion si os parece, señor conde: aunque bárbaros, hay entre estas gentes algunos que pueden entendernos: ya tendreis ocasion de reiros de nuestro rey de bastos.

El cardenal tenia razon: entre aquellos bárbaros que salian á recibirle cortesmente se hallaban el obispo de Sigüenza, que valia seguramente mas que él, y habia de ser célebre en la historia con el título de *Cardenal de España*, su hermano el marqués de Santillana y en segundo término el sábio cronista Henriquez del Castillo, con otras personas que distaban mucho del estado de rudeza lega en que, por regla general, se hallaba la nobleza estranjera de aquel tiempo.

El conde y el cardenal echaron pié á tierra á la puerta del castillo y entraron en el, dejando fuera parte de su escolta, y llevando consigo una docena de caballeros y pajes. El obispo Mendoza y el duque de Arévalo se adelantaron á darles la bien venida, y acompañándoles los demás nobles, les condujeron á la sala de consejos, donde aguardaba el rey sentado en su silla, y rodeado de los condes de Haro y Benavente, del duque de Alburquerque, del marqués de Villena y otros muchos grandes. Los enviados dejaron en la antesala su comitiva y entraron precedidos de un heraldo, que doblando una rodilla delante del rey, le presentó las credenciales del cardenal, y seguidos de dos pajes que llevaban el sombrero de éste y el yelmo del conde.

En consideracion á la dignidad eclesiástica del embajador, se habia puesto una silla para él enfrente de la del rey; pero no asi para su compañero, que debia permanecer en pié como los demás personajes que habia presentes. Al entrar el cardenal notó esta circunstancia y arrugó el ceño, hizo un saludo á don Enrique, y dijo:

—Señor conde, en esa silla no cabemos los dos: ocupadla vos.

El orgullo castellano herido por esta muestra de arrogancia insultante, se rebeló al momento contra el cardenal, y un murmullo de desaprobacion hizo estremecer toda la sala. El rey miró á uno y otro lado con aire tímido, y dijo:

—¡Paz, señores, paz!-Y dirigiéndose al cardenal añadió: No

estrañeis que solo para vos se haya puesto silla: vuestro compañero puede tomar asiento entre los condes y grandes de mi consejo.

—El señor conde de Boloña es un príncipe soberano, y como tal conviene que sea tratado.

—Pues bien, no hemos de reñir por eso: que traigan otra silla. O si no, nada: que se siente aquí cerca de mí. Venid, conde.

Los grandes de Castilla menearon las cabezas con muestras de desagrado, mientras el conde francés ocupaba el asiento que le señalaba el rey, y el cardenal paseaba una mirada orgullosa en torno de la sala.

—Vamos, sentaos vosotros tambien, continuó el rey dirigiéndose á sus magnates. Sentaos, señor cardenal, y decidme, ¿qué tal queda nuestro amado primo el rey Luis?

—La salud de mi señor, á quien Dios conserve, es buena, cuanto le basta para hacerse útil á sus amigos y temible á sus enemigos.

—Bien, me alegro: decid lo que os trae á mi corte.

—¡Rey de Castilla! dijo con tono enfático el cardenal: el poderoso rey de Francia, mi señor, me manda recordaros las relaciones de buena amistad que siempre han existido entre vuestra corte y la suya, y que su magestad cristianísima desea conservar y estrechar con vínculos imperecederos.

—Muy bien, muy bien, contestó el rey. ¿Quién se opone á que seamos siempre buenos amigos? Soy del mismo parecer que nuestro amado primo el rey cristianísimo. Continuad.

—El lustre de ambas coronas está interesado en que así sea. Pero, señor: su magestad cristianísima, que no duda de la sinceridad de afectos de vuestra alteza, desconfia, sin embargo, de la seguridad de las promesas de Castilla, donde, (perdonadme la franqueza), no tiene el trono toda la autoridad y fuerza que se necesita para hacerse respetar.

Una nueva esplosion sorda se dejó oir entre los grandes, que veian en estas palabras una alusion á sus rebeldías. El rey miró á unos y á otros con actitud suplicante, y repuso:

—¿De qué sirve recordar eso? Vamos: dejad á un lado nuestros asuntos domésticos, y decidnos el objeto esencial de vuestra embajada. Estamos aquí reunidos como buenos amigos, y podemos tratar el negocio con entera paz y concordia. Decid.

—No se ofenda V. M., si necesito esponer ciertas razones que conduzcan á evitar males para el porvenir. He sido engañado una vez, y á la verdad, esos murmullos poco respetuosos que permitís en vuestra presencia, no son para mí una garantía de que esa vez pueda ser la última.

—Los grandes de Castilla, gritó el impetuoso jóven conde de Haro, sin hacer caso de las señas que le hacía D. Enrique, estamos aquí para no consentir que se insulte impunemente á nuestro rey.

—¡Basta! ¡basta! gritó el rey. Si hemos de continuar así, se concluyó. Cuidado, amigos, que no me gusta eso.

El cardenal se sonrió de un modo casi imperceptible; y continuó:

—No ha sido mi ánimo ofender á V. M.; pues de lo contrario faltaria á la confianza de mi señor, el cual me envia, como he dicho, para estrechar los vínculos de amistad que le unen con esta soberana corte. Su magestad cristianísima desea sellar la alianza de ambas coronas por medio de su sangre: y al efecto propone á V. M., el ventajoso enlace de su augusto hermano el príncipe Cárlos, duque de Berri y de Guiena, heredero de Francia, con la ilustrísima princesa vuestra legítima hija doña Juana, heredera de Castilla y Leon.

—La proposicion que me hace nuestro amado primo el rey cristianísimo nos es sumamente grata: no dudo que será aceptada por los principales nobles, prelados y procuradores de mis reinos, y á la verdad, si hubieseis comenzado por donde habeis concluido ninguna voz se habria alzado entre nosotros sino para aplaudirnos.

—Señor, repuso el cardenal: en nombre del poderoso rey de Francia, á quien represento, acepto vuestra palabra real y os doy las gracias por la buena acogida de mi embajada. Réstame sin embargo, aunque sea preciso entrometerme algo en vuestros

asuntos domésticos, tratar del modo como ha de llevarse á cabo la alianza de las dos reales familias. Es necesario establecer ciertos preliminares, sin los cuales será inútil cuanto se haga.

—Decid.

—Ante todo vuelvo á implorar la benevolencia de V. A., rogándole me permita hablar con toda la claridad que cumple al representante de un aliado leal y poderoso, y á un ministro del Altísimo. La lenidad con que tratais á vuestros vasallos, debilita el poder con que pudierais hacer acatar vuestra corona. Todos se os atreven, todos levantan su voz donde solo el rey debiera llevarla, y hasta los mas leales, si carecen de virtud para resistir al mal ejemplo, bien os abandonan, ó bien se pervierten para sacar partido de las circunstancias. Habeis recibido de Dios un trono para honrarlo y honraros, para labrar la felicidad de vuestros pueblos; y hace años que ese trono es un mueble carcomido por la polilla: vuestra honra yace pisoteada en las calles, y vuestros pueblos gimen oprimidos por régulos codiciosos de sus tesoros y su sangre.

Los nobles castellanos rechinaban los dientes de ira, oyendo como se les insultaba, sin poder tomar venganza. El cardenal, escudado en su doble calidad de representante de un soberano temible, y de príncipe de la Iglesia, fulminaba á mansalva los rayos de su elocuencia, sin dejar de observar el efecto que producian. El rey, entre tanto, convencido quizás de que era verdad lo que se le decia, escuchaba el sermon con la cabeza inclinada, y sin atreverse á mirar cara á cara á sus grandes ni al cardenal.

—Os debo decir la verdad, como ministro de Dios, continuó éste; y os la diré sin rebozo, aunque sepa ser mártir de mi celo. ¿Puede consentirse sin desdoro de la cristiandad, que un príncipe cristiano sea compelido por sus mismos vasallos á jurar en falso y á jurar contra su honor? Pues esto ha sucedido en la junta de los Toros de Guisando.

La cólera de los grandes que habian sido rebeldes estalló al fin en un violento murmullo. El cardenal se volvió hácia ellos, y les apostrofó de esta manera:

—Lo he dicho y lo repito: ¿por qué os ofendeis? Vuestra presencia misma en este lugar, ¿no prueba que hicisteis jurar en falso á vuestro rey en aquella ocasion? De lo contrario, ¿estariais aquí sin mengua de vuestra honra? ¿Por qué no vais á poneros al lado de la rebelde doña Isabel, si es cierto que la princesa doña Juana no es hija de vuestro señor? No solo á él le habeis compelido á deshonrarse, sino que todos vosotros habeis sido perjuros.

—¡Esto es ya demasiado! esclamó con violencia el flamante duque de Arévalo. Nadie compelió á S. A. en los Toros de Guisando, sino que obró por su propia voluntad. Y contened la lengua, señor enviado, porque ni el seguro del rey, ni vuestra condicion os librarán de nuestra cólera.

El conde de Boloña se levantó y empuñó la espada, mientras el cardenal, viendo toda la reunion alborotada, le hacía una seña para que se estuviese quieto, y esclamaba dirigiéndose al rey:

—¡Ya veis, señor, como es imposible tratar con V. A.!

Una llamarada de ira brilló en el pálido rostro del rey, que levantándose gritó con voz de trueno:

—¡Silencio, nobles vasallos! El que no sepa callar donde yo estoy, que salga inmediatamente de aquí.

El duque de Arévalo, el conde de Haro, y otros diez ó doce nobles abandonaron la sala en tropel, profiriendo amenazas contra el cardenal. Entre tanto decia éste para sí:

—Por fin se despertó la avutarda: me salgo con la mia.

La actitud del rey contuvo á todos los demás nobles, en particular á los que tenian mas estrechas conexiones con el partido de doña Juana.

—Concluid, dijo D. Enrique al cardenal volviéndose á sentarse, y no os cuideis sino de que soy yo quien os escucha y con quien hablais.

—Os he recordado, señor, el triste negocio de Guisando, porque para llevar á cabo lo que me habeis prometido es menester revocar solemnemente aquel juramento, y declarar legítima á vuestra hija.

—Convengo en ello; y por mi parte no habrá oposicion.

—Eso es decir que la habrá por parte de otros. Pero si estais decidido á hacer que se respete vuestra autoridad, ¿qué obstáculo puede deteneros? Para daros apoyo hemos venido, y de este modo teneis á vuestro lado la fuerza y la razon. ¿Qué consideracion os merece la rebelde Isabel? Comenzad ejerciendo sobre ella vuestra justicia, y así no habrá quien no la tema. Esa jóven audaz os ha hecho perjuro y ha estado á punto con su desobediencia de concitar contra vos la enemistad del monarca poderoso á quien represento. Pero en su mismo desenfreno y avilantez halla el castigo. Los hombres honrados le volverán la espalda, y vos no podreis menos de anonadar á la impúdica mujer que, despreciando vuestra autoridad, hollando las leyes divinas y humanas y las de su propio decoro, se ha unido á un enemigo vuestro por medio de un enlace criminal, incestuoso, y ha hecho objeto de ludibrio las santas decisiones de la primera autoridad de la Iglesia.

Los nobles castellanos, á pesar del rencor que manifestaban tener á Isabel y Fernando, no pudieron menos de oir con desagrado este indigno modo de tratar á una señora, á una princesa, cuyas virtudes nadie desconocia, y algunos espresaron su descontento. El cardenal les apostrofó de nuevo, diciendo:

—Si alguno de vosotros puede negar la verdad del hecho que denuncio, que se levante y me desmienta. Yo le contestaré con la excomunion en que han incurrido los falsificadores de bulas, con el anatema de la Santa Sede.

Nadie se atrevió á contradecirle, y el cardenal, envalentonado con el silencio, prosiguió desahogando la cólera y el rencor que abrigaba contra doña Isabel, con palabras tales, dice el cronista de Enrique IV, «*que por su desmesura son mas dignas de silencio que de escriptura* (*).»

El obispo de Sigüenza D. Pedro Gonzalez de Mendoza no pudo, al cabo contenerse, y como su intervencion en favor de nuestra princesa no era de ningun modo sospechosa, consiguió

(*) Enrique del Castillo, *cron.* cap. 145.

cortar este desagradable incidente y devolver la calma á los espíritus. Luego que concluyó de hablar, le dijo el rey:

—Hacedme el favor de reunir á esos botarates que han salido, y sosegadlos. Nunca como ahora necesitamos union.–Y volviéndose al cardenal y al conde de Boloña, añadió:–Estad seguros de que seguiré en todo vuestras indicaciones, y que no tendrá de mí queja el rey cristianísimo. Ahora os convido á mi mesa, donde brindaremos por la alianza de Francia y Castilla.

—Perfectamente, señor: aceptamos la honra que nos dispensa V. M.

Con esto se disolvió aquel escandaloso consejo en que la osadía de un estranjero puso á prueba la paciencia de un rey apocado y la irritabilidad de los magnates castellanos, salvándose milagrosamente de su saña.

El obispo Mendoza triunfó con su elocuencia de la ira de los grandes ofendidos, que meditaban apoderarse de la persona del embajador y colgarle de una almena, y consiguió nada menos que sentarlos á la mesa con él.

La comida fué espléndida y duró hasta la noche. Don Enrique gastó en ella la mitad de su tesoro, que habia hecho traer de Segovia para atender á las necesidades de su viaje. Luego que los franceses se retiraron á su posada de Medina, dijo el conde al cardenal:

—Durillo habeis estado: no creí que escapásemos sin venir á las manos.

—¡Bah! Yo sé bien con quien trato. Para hacer saltar á un rey marmota como ese, no basta pincharle; es menester labrarle á fuego. Seguro es que ahora, picado como está en su orgullo, hará lo que queramos.

—Por supuesto, la doña Juana se casará con nuestro duque como con el papa.

—Es probable, aunque si las cosas se enredan bien, y podemos atrapar la corona de Castilla, no es cosa de perder. Ahora solo se trata de inutilizar á esa Isabelita, que nos ha desairado, y de crear dificultades al rey de Aragon. Ármese la marimorena en Castilla, para lo cual nos ayudará el maestre, y

algo pescaremos. Por de pronto los condados de Rosellon y Cerdaña, que tenemos en prendas de nuestros socorros al aragonés, no volverán á manos de éste, porque no podrá pagar los gastos de la guerra de Cataluña, que nosotros mismos atizamos.

—Y sobre todo lo que hay de mas agradable para vos, señor cardenal, es que os vengais de Isabelita.

—¡Oh! no lo niego. Le aseguro á esa perla que se ha de acordar de mí toda su vida.

Era ya muy avanzada la noche, y nuestros dos enviados se acostaron para soñar en sus maquiavélicos planes, de los cuales, como mil veces ha sucedido despues, debian de ser víctimas los españoles, por su sándia credulidad.

CAPITULO III.

De como el rey, sin sospecharlo, se vió padre de una hija.

No es culpa nuestra la necesidad en que nos vemos de mudar á cada paso el lugar de la escena: la contínua movilidad de los personajes de nuestra historia nos obliga á seguirles, si hemos de presenciar sus actos mas importantes.

Han pasado algunos dias, y nos hallamos en el ameno valle de Lozoya, entre Buitrago y Sieteiglesias. A nuestros piés desliza sus claras ondas un riachuelo, que corre hácia Oriente para luego girar en varias direcciones cual si se recreara en recorrer todas las sinuosidades del valle. Al otro lado del rio se estiende un campo que denominan de Santiago, y en el cual se han levantado recientemente multitud de tiendas de campaña: en uno de los parajes mas frondosos de la ribera se ha puesto un vastísimo toldo de tela de seda con gruesas flocaduras, el cual está suspendido de los árboles, cuyas hojas comienzan á caer: anchos tapices cuelgan de los estremos, formando con el toldo un gran salon campestre, dentro del cual

hay mesas adornadas para un banquete, sillas talladas, aparadores llenos de vajilla de plata y oro, y provistos de manjares, vinos y golosinas. En medio del campo se alza un estenso tablado cubierto de alfombras: sobre él un dosel que cobija tres asientos elevados, delante de los cuales se ve un reclinatorio. A lo lejos se descubre entre bosques y arbolados frutales el monasterio del Paular.

Serian las diez de la mañana cuando la escena que hemos procurado describir ofrecia un espectáculo brillantemente animado: acampaban allí unos ocho mil hombres procedentes de diversas comarcas y señoríos, y se distinguian unos de otros por el blason que ostentaban en sus armas y sobrevestas. Los jefes de estas fuerzas estaban unos retirados en sus tiendas, otros formando grupos en el campo: eran todos ellos grandes y ricos hombres de los que iban reclutando los partidarios de la Beltraneja y el maestre de Santiago para formar el cuerpo de resistencia del rey contra su hermana.

Entre esta gente armada bullian multitud de mercaderes ambulantes, titiriteros y charlatanes que siempre acudian á donde quiera que se formaba una gran reunion, á fin de esplotar los bolsillos con sus industrias y embelecos.

Llamaba la atencion entre los juglares una comparsa de ocho individuos que, subidos en una ancha carreta, entretenian al público declamando, cantando y bailando. Eran todos de diferentes edades, como buscados á propósito para representar papeles distintos: tres de ellos muy jóvenes hacian las veces de las damas de nuestros teatros modernos. Entre estos jóvenes se distinguia por su figura, su escelente voz de soprano y su estraordinaria habilidad para el canto y la improvisacion poética, uno á quien llamaban Lucilo. Era un mancebo de formas tan graciosas y bellas, que habrian dado envidia á la mas perfecta mujer: tenia el cútis moreno y los ojos negros y brillantes; pero se notaba en su fisonomía un marcado aire de profunda tristeza: su rostro, fino y delicado, como el de una doncella, estaba sin embargo, desfigurado por una ancha cicatriz que parecia reciente, y le cruzaba desde el nacimiento del cabello hasta la

ceja izquierda. El jefe de esta compañia de farsantes era un hombre de unos cincuenta años que, usando de una espresion moderna, podia decirse estaba siempre en escena. Con efecto, llevaba la barba dejada y artísticamente partida en dos puntas, dando á su rostro, escesivamente feo, una espresion grotesca: además desfiguraba su cuerpo pequeño y contrahecho una joroba artificial, y una venda negra puesta sobre un ojo completaba su disfraz permanente y su risible catadura. Dábase el nombre de *D. Arrumaco*, y era el bufon al mismo tiempo que director de la compañia.

En medio de un gran círculo de espectadores que aplaudian á cada momento con gritos y risotadas, se representaba un trozo de cierto *misterio* célebre en aquellos tiempos, cuyo argumento era la muerte y condenacion de Judas. Don Arrumaco hacía el papel del protagonista: otro actor gigantesco y mal carado, que tenia trazas de gitano, desempeñaba el de Satanás, y consultaba con tres ó cuatro de sus cornudos compañeros sobre el modo de apoderarse del alma del traidor, despues de impelerle á cometer el crímen y á morir desesperado. Lucilo, entre tanto, escondido detrás de una manta, estendida y pendiente de dos cuerdas á manera de cortina, cantaba figurando ser el espíritu de Judas que pugnaba para salir de su cuerpo, y no podia verificarlo por la boca que habia tocado el rostro del Salvador. Los diablos danzaban al mismo tiempo alrededor de D. Arrumaco, el cual divertia al público haciendo las mas ridículas contorsiones, colgado de un palo atravesado sobre la carreta; hasta que por último, con gran júbilo de la multitud, espelia por parte no limpia un perro lanudo y negro, que tenia oculto entre sus vestidos, y sobre el cual se arrojaban los actores infernales, llevándolo en triunfo, juntamente con el cuerpo de Judas, y desapareciendo por un agujero abierto en el tablado á manera de escotillon.

Esta farsa estravagante producia un entusiasmo inconcebible en los espectadores, de suerte que cuando luego salia D. Arrumaco haciendo saludos á la muchedumbre con una montera en la mano, llovian en ella las monedas de cobre á vueltas con al-

guna de plata, y el espectáculo concluia despues de la colecta con alguna pantomima cómica y las mas veces desvergonzada.

Tales eran en aquel tiempo las representaciones teatrales, restos de las que en años anteriores se habian ejecutado en los templos, y que, casi desterradas ya de ellos por su mucho escándalo, servian de solaz al pueblo y de oficio á vagos ingeniosos.

Pronto se distrajo la curiosidad pública de este espectáculo, atraida por otro mas sério, aunque no menos cómico, que iba á representarse en mejor teatro y por otros actores de mayor consideracion. Unos trompeteros apostados á larga distancia en el camino del Paular acababan de hacer una seña de antemano convenida, y á la cual respondieron por todo el campo los clarines y trompetas de las diferentes mesnadas y tropas, que al oir esta llamada corrieron á agruparse alrededor de sus banderas respectivas. Los ginetes montaron á caballo, los jefes ordenaron sus haces y aguardaron la llegada de las personas anunciadas.

Eran estas el rey Enrique IV, su mujer y la infanta doña Juana. Venia el rey con grande ostentacion y aparato, precedido de sus heraldos y ministriles, vestido con las insignias reales y acompañado de sus mas adictos cortesanos: á su derecha marchaba el cardenal de Arrás, y á su izquierda el gran maestre de Santiago, ambos en traje de ceremonia, cada cual segun su clase y montados en sendos caballos cubiertos con mantas de brocado que tocaban al suelo: detrás seguia una dorada litera, tirada por dos yéguas blancas ricamente enjaezadas, dentro de la cual iban la reina y su hija: la acompañaban á los lados el conde de Boloña y D. Beltran de la Cueva. Don Diego Pacheco, el obispo de Sigüenza y sus hermanos, el duque de Arévalo, los condes de Medinaceli y Benavente y otros muchos grandes formaban la comitiva régia en union con la escolta del cardenal francés: seguian además la litera varias damas montadas en hacaneas cubiertas de lujosos arreos, y por último unos cien caballeros de sueldo cristianos y moros.

Al llegar á la llanura el rey con su brillante séquito, varias bandas de música saludaron su venida con ruidosas tocatas. Don

Enrique recorrió las filas de sus vasallos, que al verle pasar por delante de ellos le hacian acatamiento, y fué á parar en el gran pabellon entoldado. Allí, él y sus acompañantes echaron pié á tierra, dejando los caballos en poder de los palafreneros; la reina bajó de la litera apoyándose con su esposo, que no consintió en ceder á nadie este deber de galantería, y la niña doña Juana dió su mano para apearse al arrogante conde francés.

La infanta era una hermosa criatura de ocho años, cuyo aspecto melancólico inspiraba compasion y simpatía: en su tierna edad habia llegado á comprender el odioso borron de ilegitimidad que la maledicencia echaba sobre su orígen: habíase visto casi siempre separada de sus padres, criada entre personas estrañas, á quienes amaba, sin embargo, mas que á ellos: si conservaba algun recuerdo de las caricias maternales, tenia presente que aquellas caricias fueron acompañadas de lágrimas y seguidas de largas ausencias: no sabia que cosa era el amor de un padre, á no ser por la observacion que hubiese hecho en otros séres mas afortunados que ella. Todo esto habia ido formando su carácter precozmente grave y meditabundo, y la hacía suspirar por la limpieza de un nombre, cuya falta sentia tanto mas cuanto mayor consideraba la elevacion de su clase.

En el momento en que la damos á conocer, la niña doña Juana estaba como turbada, sin atreverse á mirar de frente á los que naturalmente la contemplaban con importuna curiosidad: inclinada al lado de su madre, sentia respeto hácia la persona del rey, pero no podia mostrarle cariño, y eso que D. Enrique por poco político que fuese, procuraba tratarla con afabilidad de padre: sin embargo, nadie posee tanta penetracion instintiva como los niños para distinguir entre las muestras de síncero afecto que nacen del corazon y las fingidas atenciones que arranca la conveniencia al egoismo. Don Enrique habia hecho algunos regalos á la niña aquella mañana; pero solo llegó á conseguir en cambio que le diese un beso de mala gana.

La reina hizo dar la última mano á su tocado y al de su hija, mientras las gentes de armas que ocupaban el campo iban tomando posicion en frente del gran tablado, y los caballeros de

la escolta real formaban cuadro alrededor del mismo y se situaban en las gradas y en la plataforma. La comedia iba á comenzar: el público estaba en espectativa; los comparsas en sus puestos; solo faltaban los primeros actores.

Salieron éstos del pabellon entoldado y se encaminaron pausadamente hácia el cadalso, precedidos de los reyes de armas que gritaban:-¡Plaza! ¡Plaza á Sus Altezas!

El rey subió al tablado llevando de la mano á la reina: don Juan Pacheco acompañaba á la infanta con mucha zalamería, y otros caballeros prestaban su galante apoyo á las damas. Las tres personas reales ocuparon las sillas que habia debajo del ancho dosel, D. Juan Pacheco, el obispo de Sigüenza y los demás magnates castellanos se colocaron en pié á la izquierda del rey; el cardenal de Arrás, el conde de Boloña y otros principales caballeros franceses á la derecha: dos heraldos impusieron silencio, desde los dos ángulos anteriores del tablado, anunciando el principio de la solemne ceremonia que se preparaba; despues de lo cual se adelantó el secretario privado de D. Enrique, Juan Gonzalez de Oviedo, y leyó en alta voz una declaracion del monarca revocando todo lo hecho y tratado en la Junta de los Toros de Guisando. Se decia en ella, que, compelido Su Alteza por la necesidad de dar la paz al reino, se habia visto forzado á ceder á las circunstancias del momento; pero que habiendo estas variado, y siendo ya fieles vasallos los que entonces eran hombres estraviados por el furor de los partidos, debia anular aquel tratado en todas sus partes, y muy especialmente en cuanto favoreciese á su hermana doña Isabel, la cual no solo habia infringido dicho pacto, sino tambien se habia rebelado contra su autoridad soberana desobedeciéndole y contrayendo un enlace indigno, reprobado y criminal. Por último declaraba que reconocia como única heredera legítima del reino *á su muy amada hija* doña Juana, que estaba presente.

Leido este documento en que tan escandalosamente se anulaba un trato solemne, con aprobacion y consentimiento de los mismos que antes juraron sostenerlo, se dieron tres vivas al rey, la reina y la princesa heredera doña Juana.

En seguida los clarines volvieron á imponer silencio, y adelantándose el cardenal de Arrás tendió la cruz de su báculo sobre el libro de los Evangelios que estaba abierto encima del reclinatorio. La reina se levantó, y arrodillándose en un cogin de damasco que allí al efecto habia, puso la mano derecha en la cruz.

—¡Reina de Castilla! dijo el cardenal: ¿jurais por Dios nuestro Señor, que es rey de reyes, y por ese santo signo de nuestra redencion decir verdad en lo que os voy á preguntar?

—Lo juro, contestó la reina.

—Declarad, de quien es hija la princesa doña Juana, que está presente.

—Declaro y juro que la princesa doña Juana, mi hija, es tambien hija legítima del rey D. Enrique IV de Castilla, mi marido, en cuya casa nació.

—Levantaos, reina de Castilla; si habeis dicho verdad, prémieos Dios nuestro Señor. Si habeis mentido, sea vuestra pena eterna con los réprobos y perjuros.

La reina se levantó serena, si bien la palidez de su rostro indicaba que hacía esfuerzos para reprimir su agitacion interior. Notable contraste formaba su semblante con el de su hija, que en aquel momento estaba encendido de vergüenza.

El rey se levantó á su vez y fué á postrarse ante el mismo reclinatorio. El cardenal le repitió la fórmula del juramento á la cual contestó afirmativamente D. Enrique, y luego dijo:

—¿Reconoceis como á hija legítima vuestra á la princesa doña Juana, hija de vuestra mujer?

—Reconozco por hija mia á la princesa doña Juana, contestó el rey; la reconozco, porque creo que es efectivamente mi hija, *y lo he creido siempre;* y juro que esta es la verdad, así Dios me salve.

Un rayo de orgullo brilló en los claros ojos de la Beltraneja, cuyo verdadero padre apartó los suyos del trono porque no se encontrasen con los de la reina, y se mordió los labios.

Repitiéronse las aclamaciones, y al son de la música guerrera fueron llegando los grandes á besar la mano á la princesa

en reconocimiento de homenaje. Luego que se hubo terminado este segundo acto del drama, dijo el cardenal:

—Altos y poderosos reyes, ilustres grandes de Castilla, en nombre de mi soberano el rey de Francia he solicitado y me ha sido concedida la mano de la serenísima princesa heredera de estos reinos para el príncipe Cárlos, duque de Berri y de Guiena, mi señor. El ilustrísimo conde de Boloña es portador de poderes suficientes, que mostrará, para que en su persona y por representacion del mencionado príncipe, puedan efectuarse los desposorios. En consecuencia pido que antes de separarnos se efectúe tan feliz enlace.

El conde se acercó y puso los poderes en manos del rey, el cual los entregó á su secretario, que los leyó en alta voz; vertiéndolos al castellano. El rey se conformó, y tomando de la mano á la princesa, la presentó al cardenal. En seguida hizo seña para que se acercasen á D. Beltran de la Cueva y á una dama de la reina, y les mandó que hicieran de padrinos de los novios.

El cardenal pidió consentimiento á la niña, que aleccionada ya por su madre, contestó dando el *sí*, unió su mano con la del conde, y les bendijo en la forma establecida para tales casos.

Quedaba terminado el espectáculo: el público aplaudió con enérgicos vivas, y los actores se retiraron al salon campestre, donde ya les aguardaba una espléndida comida.

Todo el campo se convirtió en vasto refectorio, donde se consumian las provisiones, que durante la ceremonia régia habian sido dispuestas para saciar el apetito de las tropas y de sus jefes. En la gran tienda, el rey, la reina y la princesa comian en mesa separada con los embajadores franceses, el maestre de Santiago y el obispo Mendoza. Los demás grandes, y ricos hombres y las damas ocupaban el vasto banquete comun, sin que hubiese mas diferencia en el servicio que esta separacion de mesas.

Mientras se celebraba el régio festin, la compañia de farsantes, que hemos dado á conocer al principio de este capítulo, hacía sus preparativos de marcha para ir á pasar la noche en

alguno de los pueblos inmediatos, y entre tanto el director don Arrumaco y el jóven Lucilo, algo separados de sus compañeros, disputaban acaloradamente.

—Lo que pretendes no me conviene, decia D. Arrumaco: ni un momento mas hemos de parar aqui.

—No sé porque os empeñais en partir tan de prisa.

—Yo me entiendo y no admito mas voluntad que la mia.

—Enhorabuena; pero cuando podeis ganar en media hora mas que habeis ganado en todo el dia.....

—Seguramente, puedo ganar un collar de cáñamo.

—¡Ah! ¿teneis miedo al rey?

—Al rey, á otro que es mas que el rey. En fin: he dicho que marchamos, y espero que no serás tú quien me detenga.

—No aspiro á tanto: partid vos; yo me quedo.

—Es que tampoco eso me conviene: te necesito, y me parece que tengo algun derecho sobre tí.

—¡Sobre mí! ¿Acaso he consentido en seguirte sino para ser libre?

—Me debes la vida.

—No te la agradezco, mucho menos ahora que quieres te la sacrifique. Ningun apego tengo á esta vida que me has conservado contra mi voluntad.

—¡Ah! ¿y por eso quieres meterte entre las garras del tígre, y lo que es peor, meterme á mí tambien? Vamos: eso es una locura.

—Si tienes miedo, vete. Yo necesito lucir mis habilidades en presencia del rey: acaso labraré asi mi fortuna y no quiero renunciar á ella por tí.

—Ni yo renuncio la utilidad que me resulta de tenerte en mi compañia. Sígueme ó vive Dios que te haré sentir el peso de mi látigo.

—¡Amenazas á mí! esclamó el muchacho con una altivez que desdecia de su condicion humilde. Tócame á un pelo de la ropa, y verás cuan pronto te entrego á ese señor que es mas que el rey, y á quien tanto tienes porque temer. Por mucho que te disfraces te conozco:

—¿Qué quiere decir eso? Yo no tengo nada que temer. Lo que te he dicho es mentira.

—No: tu servias á un señor muy poderoso que te creia bastante fiel ó demasiado comprometido para confiarte comisiones de alguna importancia: eras su secretario íntimo, su camarero, su esclavo. Un dia te mandó llevar una órden secreta al arzobispo de Sevilla, que estaba en Arévalo con un ejército, esperándola para marchar sobre Madrigal: pero encontraste en el comino al arzobispo de Toledo, y te pareció que, siendo éste tan arzobispo como el otro, podias comunicarle la órden á trueque de algunos *castellanos* de oro. No faltó quien supiese tu buena fortuna, y de aquí resultó que una noche te asaltaron ladrones, te robaron el premio de tu traicion, y te dejaron por muerto. Unos judíos te hallaron en el camino, tuvieron compasion de tí, y te socorrieron. Despues, como ya no era tiempo de cumplir tu comision y salvar tu responsabilidad, temiste la cólera de tu señor, y entonces fué cuando te dedicaste á farsante. Ya ves que sé tu historia: maltrátame si gustas, y D. Juan Pacheco sabrá que tiene cerca de sí á su leal servidor Briando Piel-del-Diablo, empleado en representar el papel de Judas Iscariote.

—¡Ira de Dios! prorumpió Piel-del-Diablo, rechinando los dientes: ¿qué demonio me indujo á librarte de la muerte?

—No te pese: yo sé guardar un secreto y no lo vendo por ningun dinero: déjame libre, y no temas que revele tu incógnito.

—¡Ay de tí, si lo haces! contestó Briando. Yo podré morir pero no faltará quien me vengue.

Y se apartó de su compañero, apretando los puños, y apresuró la marcha de la compañia.

Lucilo, entre tanto, se puso á recorrer tranquilamente las cuerdas de su bandolin, que habia tenido en la mano durante su disputa, y luego que hubo templado dicho instrumento, se fué acercando paso entre paso al pabellon real.

El banquete estaba casi terminado: las copas en contínua actividad llevaban la exaltacion de la embriaguez á los cerebros. Ninguno de los comensales varones, sin escluir al rey, dejaba

de pagar tributo á Baco, y de este modo una alegria frenética se mezclaba al ardor de las pasiones políticas.

En estos momentos de efervescencia crítica, en que todos los personajes cobijados bajo el pabellon régio se olvidaban de su rango, Lucilo se arrimó á un ángulo de aquel por la parte esterior, y comenzó á tocar su armonioso instrumento, como si quisiese atraer las miradas de la gente que andaba por el campo, y soltando al viento su hermosa voz cantó de esta manera:

Yo sé historias peregrinas
de reyes y altos señores:
yo de damas y meninas
sé los secretos y amores,
y otras cosas tambien sé.
Quien quisiere historias bellas
venga á sabellas,
que de balde las diré.

Un círculo de gente se formó en seguida alrededor del juglar, el cual, poco satisfecho con haber atraido la atencion del vulgo, fijaba la suya en lo que pasaba dentro del pabellon, como si allí estuviese el objeto de sus miras. Los curiosos entre tanto, comenzaban á impacientarse, y algunos le exigieron que cantase las historias que habia prometido.

Lucilo, viendo que el ruido del banquete ahogaba su voz, se resignó á cantar para el pueblo, y entonó este romance:

Enamorado está el conde
¿Quién le desamorará?
La doncella que él pretende,
Amor no le quiere dar.
Enfermo el conde ha caido:
¿Quién le curará su mal?
Que es mal de amores el suyo,
Y no se puede curar.
La niña no le hace caso:
¡Malhaya su terquedad!
Si no dá su amor al conde,
El conde se morirá.

«Doncella de negros ojos,
Que atraen como el iman,
Dame un soplo de la vida
Con tus labios de coral.
Dí que me quieres, tirana;
¡Dímelo por caridad!
Si me niegas tu cariño,
Mañana me enterrarán.»
La doncella se enternece:
¿Por qué se enternecerá?
Que si al conde no se diera,
Quisiérala el conde mas.
El conde la deja y huye;
Curado está de su mal.-
De amores muere la niña:
¿Quién la compadecerá?

Los aplausos de los soldados y gentes del pueblo llamaron al fin la atencion de los altos personajes que habia dentro del pabellon, y el rey mandó llamar al jóven cantor para que le divertiese.

Lucilo entró, y haciendo una profunda reverencia, se retiró á un estremo con modestia, esperando que le mandasen cantar. El rey le dijo:

—Vamos, repite lo que cantabas hace poco, y dinos, si sabes, alguna otra cosa despues.

El jóven repitió con voz trémula su romance. Al oirle, don Diego Pacheco, que estaba vuelto de espaldas á él, no pudo menos de mirarle, quedando sorprendido de la semejanza del juglar con su olvidada Jarifa. Si le hubiese visto en traje de mujer, á pesar de la enorme cicatriz que le cruzaba la frente, habria creido que era ella. Sin embargo, despues de contemplarle algunos momentos, desechó esta idea que le parecia inadmisible.

Con grande aplauso fué acogido el romance amoroso de Lucilo. El rey le instó para que cantase otra troba, y entonces el jóven, variando de música, entonó con acento magestuoso el romance siguiente:

Mohammed el bondadoso,
Mohammed, rey de Granada,
Pasa el tiempo divertido
Entre banquetes y zambras.
El ahgib Abul-Hassan
Gobierna su reino y casa,
Y Othman el valiente, rige
Sus ejércitos y escuadras.
Mohammed es justo y bueno,
Mas su condicion es blanda,
Rey de nombre, rey sin reino,
Tranquilo su vida pasa.
El ministro que lo sabe
Todo lo atropella y manda,
Y á los pueblos tiraniza,
Y á los grandes avasalla.
Abul-Hassan es el rey,
Aunque ministro se llama;
Palacios tiene de pórfido
Y cien esclavas cristianas.
Á dos hermanos menores
Del indolente monarca
De alta traicion los acusa,
Y los persigue y maltrata.
Destierra del reino al uno,
En prision al otro guarda,
Y sediento de riquezas,
Con sus tesoros se alza.
De que Othman el aguerrido,
Vió tan alevosas tramas,
Y que el rey las autoriza,
Y que remedio no alcanza;
Cubrióse con la visera,
Embrazó la fuerte adarga,
Y seguido de sus tropas
Al rey le volvió la espalda.

«¿Qué es aquesto, Abul-Hassan?
El rey confuso demanda.
Mi pueblo gime y murmura,
Mis valientes se me marchan.»
—Señor, le dice el ministro:
Vuestros hermanos son causa
De que conspiren los nobles
Contra la paz de la patria.
Destronaros quieren ellos,
Y hundiros bajo sus plantas:
«Dadme los bienes de Othman,
Para trocarlos en lanzas.»
El reino, en tanto, se arde,
Rey á Ben-Firag proclama,
Y un ejército cristiano
Entra en el reino y lo tala.
«¿Qué es aquesto, Abul-Hassan?
Otra vez el rey demanda.
—Señor, que el pueblo no quiere
Rey de condicion tan mansa:
«Si cortáreis cien cabezas,
Menos traidores se alzáran.»
El rey conoce, aunque tarde,
Que su ministro le engaña.
—«Cortemos, pues, la raiz
Y no haya miedo que nazcan.»
Dice, y lo entrega al verdugo,
Que la cabeza le taja.
Mohammed no cobró el reino,
Que su justicia fué tarda;
Si la hiciera mas temprano,
Menos pesares llorára.
Mucho tiempo anduvo errante,
A merced de gente estraña,
Y al fin murió asesinado
En un bosque, andando á caza.

—¿Es invencion tuya esa historia, jóven? preguntó el maestre de Santiago, cuyos ojos tenian á la sazon aquella trasparencia luminosa que era indicio de su ira, mientras el rey habia quedado pensativo.

—Noble señor, contestó el jóven; los versos son mios; la historia pasó hace ya mucho tiempo. Esto le sucedió al rey Mohammed cuarto, hijo del rey Ismail. ¿Quereis que os cuente lo que pasó á su padre con una doncella cristiana, que fué cautivada en Martos?

El maestre miró al rey, que se encogió de hombros.

—Sí, que lo cante, dijo la reina.

El juglar cantó así por tercera vez:

Ya el guerreador Ismail.
Vuelve de su correría:
No mas brotará la yerba
Donde su caballo pisa.
Martos, el fuerte castillo,
El de la encumbrada cima,
Rotos contempla sus muros,
Sus plazas en sangre tintas.
Mil cabezas han rodado,
De sus troncos divididas;
Mil mujeres quedan viudas,
Y apartadas de sus hijas.
Cien doncellas castellanas
Los moros llevan cautivas:
La mas hermosa entre todas
Es la sin par Petronila.
Cuatro alarbes se disputan
Su belleza nunca vista;
Cuatro desnudos aceros
La cólera en torno vibra.
Todos para sí la quieren,
Ella es una y afligida;
Por no cederla ninguno,
Han resuelto dividirla.

Llorando está la doncella,
Llorando á lágrima viva,
Y esclama en su desamparo:
«¡Madre mia! ¡Madre mia!
Mohammed por allí pasa,
(Dios á tiempo le traia),
Príncipe de sangre real,
Que en medio se lanza y grita:
«El que toque á esa doncella,
Me pagará con la vida.»
Y no bien osa mirarla,
Su pecho en amor ardía.
En las ancas del caballo
La sienta el moro, y la mima:
«No llores, luz de mis ojos,
No llores, hermosa niña;
Que habrás de ser mi señora,
Mi sultana favorita,
Y aunque el mismo rey te hubiese,
Del rey te rescataria.»
Ismail, que tal oyera,
Juró por Meca y Medina
De hacer suya la cristiana
Que á su pariente cautiva.
Qitósela con violencia,
Y á su palacio la envia,
Dejando al noble caudillo
Ardiendo en celos y en ira.
En las puertas de la Alhambra
Mohammed le aguardó un dia,
Y el alma le arrancó fiero
Por tres mortales heridas.

Este romance desvaneció la impresion desagradable que habia producido el segundo en el ánimo del maestre y del rey, el cual, volviéndose hácia su privado, le dijo:

—¿Qué tal, D. Juan? Veo que no tenia mal gusto del todo

mi señor padre que era tan aficionado á poetas. ¿Qué habria hecho con ese muchacho, si le hubiese conocido como yo?

—Probablemente le habria colocado en su corte, señor, contestó el maestre: pero no os aconsejo que hagais otro tanto: ese jóven parece ser un aventurero vulgar, que tiene bastante con su ingenio para no morirse de hambre.

—Sin embargo, es menester premiarle de alguna manera: ¿qué le daremos?

—Con media docena de ducados irá mas contento que si le hicieran abad.

—Préstamelos, D. Juan, repuso el rey en voz baja: con estas fiestas y jaleos me he quedado sin una blanca. Es menester que arbitremos algun medio de hacer dinero.

—Ya he pensado en eso, señor; y creo que no os faltará nada.

El maestre llamó á uno de sus mayordomos que estaba en pié detrás de él, y le mandó dar seis ducados al cantor. Pero éste, que oyó la órden, se adelantó y dijo:

—Dispensadme de tomar nada por mi trabajo, noble señor: tengo hecho voto al glorioso apóstol Santiago de cantar de balde por espacio de un mes.

—¡Esa voz! murmuró D. Diego Pacheco, volviendo á mirar con mas atencion al juglar.-Y añadió para sí:-No puede darse una semejanza mayor; pero es imposible. Habré bebido mas de lo regular.

—Sin embargo, decia entre tanto el rey: es menester que tomes algo. ¿De qué vives?

—Señor, me mantengo de la caridad pública, mientras cumplo mi voto, contestó el jóven.

—No os inquieteis, señor, dijo el obispo Mendoza, que como hombre de talento habia simpatizado con el cantor, y sospechaba que bajo su humilde apariencia se encubria una persona de algun valer.-No os inquieteis: yo me encargo de recompensar á ese jóven.-Y volviéndose á Lucilo, le preguntó.-¿Quieres entrar de paje á mi servicio?

El jóven, antes de contestar, miró al marqués de Villena,

como si esperase alguna oposicion de su parte, y viéndole indiferente, hizo una mueca de desprecio, y dijo:

—Con la mayor gratitud acepto la honra que me dispensais.

El obispo hizo una seña á su mayordomo para que se encargase del nuevo paje.

La noche se acercaba: el rey dió por terminado el banquete, y mandó disponer la marcha para el monasterio del Paular, donde habia que completar los actos del dia con algunos otros accesorios de importancia.

Faltaba dar un manifiesto al reino esponiendo los motivos en que se fundaba la desheredacion de la princesa doña Isabel y publicando las resoluciones adoptadas por el rey en union con sus principales grandes, como tambien determinar la residencia ulterior de la niña doña Juana. El documento fué redactado aquella misma noche por D. Juan Pacheco y el cardenal de Arrás, con auxilio del secretario Juan de Oviedo, y al dia siguiente se sacaron de él muchas copias para comunicarlas á todas las personas influyentes, ciudades y villas del reino. El segundo punto se arregló entre el maestre y el rey. El primero queria acrecentar su influjo, para lo cual necesitaba tener en su poder á la Beltraneja, que hasta entonces habia estado bajo la custodia de la familia de Mendoza. Fácil le fué persuadir al rey que nadie como él, era á propósito para cuidar de la princesa, estando siempre cerca de su persona, y teniendo á su cargo el alcázar de Madrid, donde aquella podia estar segura; lo cual servia al mismo tiempo de pretesto para cohonestar este cambio, que sin duda debia desagradar al marqués de Santillana y á sus hermanos y amigos. Sin embargo, como el obispo Mendoza era, por decirlo así, el alma de toda su familia, don Juan Pacheco se vió con él, y suponiendo que aceptaba el cargo de guardador de doña Juana solo por no disgustar al rey, que lo exigia, le dijo que este suceso era un nuevo vínculo de amistad y aprecio entre las dos casas de Mendoza y Pacheco, y que en prueba de ello tenia intencion de gestionar en Roma para que le diesen el capelo de cardenal. Además, hallándose viudo,

le indicó el deseo de contraer matrimonio con su sobrina doña María de Velazco y Mendoza, hija del conde de Haro.

Don Pedro Gonzalez de Mendoza no era hombre que se dejase engañar por los ofrecimientos del maestre, pero guardándose de manifestar su resentimiento, que á nada podia conducirle, aceptó las nuevas protestas de amistad que aquel le hacía, esperando sacar al menos algun partido en el adelantamiento de su carrera; y encargando á sus hermanos el mas absoluto disimulo, pidió permiso al rey para retirarse á su obispado, por ser allí, segun dijo, necesaria su presencia. Y en efecto, marchó á poco acompañando en su viaje al cardenal de Arrás, que á Francia se volvia.

CAPITULO IV.

Buena esposa y buena amiga.

ACERCÁBASE el invierno de 1470.

La villa de Dueñas habia celebrado el nacimiento de una infanta, primer fruto del matrimonio de D. Fernando y doña Isabel, la cual habia nacido mientras ocurrian en Castilla la Nueva los acontecimientos estraordinarios que acabamos de referir.

Todavia estaba convaleciente de su alumbramiento la jóven reina de Sicilia: en su rostro pálido se transparentaban las nuevas emociones que su corazon de madre sentia. El amor de familia es como el árbol tierno que se ramifica: lejos de disminuirse, adquiere lozanía y vigor á medida que se divide. Doña Isabel no habia sabido cuanto amaba á su jóven esposo, hasta que se vió con un renuevo de su amor en el regazo. Entonces pasaba las horas abismada, contemplando aquella tierna niña, á quien llamaba *su suegra*, por ser muy parecida á la madre de su marido; pensaba en éste, al mirarla y

estrecharla contra su seno, cuando él no estaba presente, y cuando le tenia á su lado, parecia querer infundirle todo el fuego de su cariño, para amar doble á su hija.

¡Oh! ¡cuán feliz se habria reputado la augusta señora si, libre de toda afeccion de política y de grandeza, hubiese podido consagrar su existencia al goce de sus puros y santos amores en el seno de una modesta medianía! Por desgraeia no podia prescindir de los deberes que la imponia su nacimiento. Es verdad que su esposo y su Isabel le hacian olvidarlo todo, pero en medio de la embriaguez de su dicha, mil inquietudes la asaltaban. La calma fatídica con que el rey Enrique habia desdeñado sus repetidos mensajes, era sin duda precursora de violentas borrascas.

Una mañana, mientras doña Isabel se hallaba mas entregada al goce de sus amores, en una pequeña sala de su residencia de Dueñas, mientras daba el pecho á su hija, y teniendo asido de la mano á D. Fernando le convidaba á contemplarla, éste se agitaba en su silla, cual si un grave disgusto interior ó un remordimiento de conciencia le impidiese tomar parte en aquellos inocentes placeres. No era esta la primera vez que su esposa le veia desasosegado y caviloso, pero nunca como en esta ocasion.

—Mirad, esposo mio, amado mio, le decia doña Isabel, procurando distraerle sin dar á conocer su propia inquietud: mirad como se sonríe nuesto ángel querido. ¿No parece que nos convida á ser dichosos?

Don Fernando se estremeció levemente, y apartó su mano de la de su esposa.

—¿Qué tal os sentís hoy, esposa mia? preguntó ahogando un suspiro.

—Bien, estoy muy bien. ¿Acaso siento yo las enfermedades? ¿Me habeis oido quejarme alguna vez?

—En verdad que no, amada mia: pero eso consiste en que sufrís los dolores callando, por no darme pesar.

—¡Oh! no lo creais: es que soy fuerte. Hoy me siento ya completamente buena. ¿Teniais que darme alguna mala noticia?

—¡Oh!...

—Si es eso, hablad: no temais que me falte valor para soportar los mayores infortunios, mientras no sea separarme de vos ó de nuestra hija.

—¡Si supieseis, Isabel, lo que nos sucede!... ¡Oh! es una desgracia horrible... y... espero que me perdonareis: en parte, yo tengo la culpa.

—¡Vos culpado!... ¡Yo perdonaros! Fernando, no me oculteis nada... Señor, yo os ruego que me hableis con franqueza.

—Sí, forzoso es hablar claro, Isabel; porque han llegado las cosas á tal punto, que es menester lo sepais todo, y me ayudeis con vuestro consejo. Si no fuese por vos y por nuestra hija, esta mañana habria yo partido en busca de vuestro hermano para matarle.

—¡Dios mio! ¿pues qué ha hecho?

—Os ha desheredado, Isabel: ha jurado solemnemente que la Beltraneja es su hija y única heredera; la ha hecho proclamar princesa de Asturias y la ha desposado con el duque de Guiena. El cardenal de Arrás ha sido el motor de toda esta farsa innoble

—¡Ah! ¡Lo comprendo!... ¡Una venganza del estranjero! Mas mi hermano, ¿cómo no conoce que le precipitan á la guerra civil? ¿Cómo no ha previsto que le hacen minar la tranquilidad de su reino, para perderle y perdernos á todos?

—Vuestro hermano es un hombre sin corazon ni talento. Ha hecho mas, Isabel,-y esto es lo que devora mi alma:-Os ha difamado vilmente.

Doña Isabel, sin contestar ni inmutarse, apartó á su hija del pecho, llevó á sus labios un silbato de plata que le pendia de la cintura y tocó. Mencía de la Torre apareció en el umbral de la puerta.

—Toma, querida Mencía, le dijo: llévate la niña, y cierra esa puerta. Que no entre nadie aquí sin avisarme.-Fernando, añadió luego que quedó sola con él: ya podeis revelarme la verdad desnuda. Tengo derecho á no ignorar nada, y estoy pronta á soportarlo todo. ¿Qué ha dicho mi hermano de mí?

Don Fernando sacó de su limosnero un pergamino, que contenia el manifiesto redactado por D. Juan Pacheco y el cardenal de Arrás, y lo presentó á su esposa, diciendo:

—No sé si debo comunicaros este inícuo documento; pero cuando es probable que ya lo conozca todo el reino, la tardanza en revelaros su existencia pudiera ser aun mas peligrosa que el veneno mismo que contiene.

—¡Dadme, dadme! esclamó doña Isabel, tomando el pergamino y desarrollándolo.

En seguida comenzó á leer para sí aquel escrito, y segun recorria con la vista las líneas, ora se le inflamaba el rostro, ora palidecia mortalmente, apretando el puño con fuerza convulsiva. En algunos pasajes se detenia, leyéndolos luego en voz alta.

—Escuchad esto, Fernando, escuchad:

«E por cuanto ella ha tomado marido sin mi consejo, menos-«preciando las leyes destos reinos, las cuales disponen que hija «de Rei non se pueda casar sin consentimiento de los grandes «y de las ciudades y provincias dellos: y no solamente esto fizo, «mas con disoluta voluntad... (la voz de doña Isabel temblaba): «con disoluta voluntad, perdida la vergüenza, se ayuntó con «D. Fernando, príncipe de Aragon, con el cual tan grande deudo «tenia, que no podian ser casados sin dispensacion del Papa, «la cual menospreciada, con gran solicitud buscó marido ene-«migo..... buscó marido enemigo..... para perdimiento de Cas-«tilla.....»

—¿Qué es esto, Fernando? esclamó con vehemencia doña Isabel, interumpiendo la lectura del manifiesto. ¿Cómo un rey se degrada hasta el punto de firmar tales calumnias? ¿Por ventura he soñado, ó no es cierto que tenemos la dispensacion de Su Santidad? ¿Pueden mentir las letras apostólicas que yo misma he visto?

Don Fernando no contestaba: permanecia con la cabeza baja sin atreverse á mirar á su esposa, la cual continuó la lectura, cortando á cada momento las frases.

«E despues de desechar el matrimonio con el rey de Portu-

«gal y con el duque de Guiena...»-Sí, los desechó, y los desecharia mil veces que me los propusieran, porque no quiero el perdimiento de Castilla.-«Con rebelde y osada resolucion, «ocupó, ayudada del arzobispo de Toledo, á Valladolid, donde «el príncipe D. Fernando sus bodas con ella celebró...»-Es cierto y de ello me felicito.-«E contra su honestidad se casó sin «haber dispensacion del Papa... contentándose solamente... «con nombre de mujer.... como mas verdaderamente hablando, «manceba decirse pudiera...»

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!... ¡Dadme fuerzas!... ¡Esto es horrible! ¡horrible!... prorumpió doña Isabel sollozando y cubriéndose el rostro con las manos.-¡Es menester mucha vileza para ultrajar así á una mujer, hiriéndola en lo mas puro de su alma! No puedo creer que mi hermano haya mandado escribir este cartel de infamia, no.

—Si él no lo ha mandado, lo autoriza al menos con su firma. Pero, ¿qué mucho que deshonre á los demás, quien se deshonra á sí mismo?

—¡Dios mio! ¡Es imposible leer esas palabras sin que el rostro se encienda de vergüenza! ¡Manceba!... ¡Yo la manceba del que es padre de mi hija! ¡Oh! Pero nadie dará crédito á una calumnia tan infame. ¿No es verdad, Fernando? Nosotros podemos levantar la cabeza con el noble orgullo de la virtud... ¿No me respondeis?

—Isabel, vos sois inocente; pero yo...

—¿Qué decís? No; eso no es cierto: he oido mal. Estamos legítimamente casados.

—Esposa mia; perdonadme el haber sido reservado con vos. La necesidad nos ha obligado á usar de artificio para libraros de la opresion de vuestro hermano y acelerar nuestra union. Yo nada os habia dicho porque mi padre confiaba en poder alcanzar la dispensa de Su Santidad. Por desgracia el maestre de Santiago ha podido mas que nosotros en la corte de Roma.

—¡No comprendo esto! esclamó la princesa temblando. ¡Dios mio! ¿Me habré vuelto loca? ¿Y aquella bula que presentó el arzobispo de Toledo en Valladolid?

—Era falsa.

Un rayo, que hubiese caido á los piés de doña Isabel, no habria causado en su ánimo tanto trastorno como el que le produjo esta inesperada revelacion. Habia en ella elementos para afectar dolorosamente á su sensibilidad de mujer, á su delicadeza y su virtud intachable. No le bastaba tener el pleno convencimiento de su inocencia para tranquilizarse, porque consideraba á su marido como á su misma persona, y éste se confesaba cómplice en la falsedad. Verle á él culpado era sufrir una triste decepcion, un amargo desengaño en sus ilusiones de esposa; pero no podia dejar de aceptar las consecuencias de la culpa. Sabia que la sinceridad de su conducta la salvaba á los ojos de Dios; pero al mismo tiempo no la servia para rechazar el borron que un hermano inconsiderado y cruel acababa de arrojar sobre su nombre.

—Fernando, dijo al cabo de un breve rato: *hemos* sido imprudentes y Dios nos castiga. Mas, decidme: ¿No es verdad que ignorabais esa falsificacion en el momento de desposarnos? Al menos, vos no tuvisteis parte en ello: esto es indudable.

Don Fernando carecia de aquella tierna delicadeza, que tanto realzaba el carácter de su esposa: no pudo por consiguiente apreciar toda la abnegacion, todo el afectuoso interés que contenian estas preguntas, y contestó:

—Es cierto que en nada de eso intervine: fué cosa concertada entre mi padre y D. Alonso Carrillo; pero yo lo sospechaba. Os debo esta ingénua confesion.

—¡Lo sospechábais y nada me dijisteis!... repuso Isabel con amargura. Bien: ya está hecho. *Somos culpables.* Pensemos en la reparacion. El arzobispo está en Medina de Rioseco, si no ha partido desde que me escribió su última carta: marchemos allá sin demora. Es preciso contestar inmediatamente al manifiesto de mi hermano.

—Á Segovia es á donde yo iria á retar á Enrique, al maestre, á D. Beltran de la Cueva, y á cuantos con ellos son, para enseñarles como se debe tratar á una princesa de vuestras prendas...

—No, amado mio: es cierto que debemos tomar una actitud fuerte, imponente, para que mi hermano conozca al fin, que no es debilidad, como ha creido, lo que nos ha hecho acudir á él con humildad y sumision: es menester que sepa que nuestra obediencia no llega hasta el punto de sufrir callando los desmanes que sus falsos amigos le hacen cometer contra su decoro y nuestra honra; pero al mismo tiempo es preciso que le venzais en generosidad é hidalguía. Si nos obligan á romper la guerra, la romperemos, Fernando; pero se hará con dignidad, y eso despues de apurar todos los medios de conciliacion.

—¿Y hemos de partir al momento? ¿No seria mejor avisar al arzobispo y á mi abuelo para que vengan á reunirse con nosotros?

—Asuntos de la importancia del que nos ocupa, no los dejo al cuidado ajeno. Partamos al momento á Medina, y si allí no estuviese el arzobispo, continuaré caminando hasta encontrarle.

Don Fernando abrió la puerta y llamó á un oficial aragonés que allí esperaba siempre sus órdenes.

—Guillen, le dijo: mis caballos y los de la reina. Decid á Pero Vaca que se apreste con todos sus hombres de armas para acompañarnos. Se trata de un viaje.

Guillen se inclinó respetuosamente y salió á cumplir los mandatos de su señor.

En la tarde misma de aquel dia, Isabel y Fernando con sus respectivas servidumbres y cien hombres de escolta emprendieron precipitadamente su marcha á Medina de Rioseco.

Al anochecer del dia siguiente llegaban á la Puerta de la Esperanza de dicha villa, y habiendo preguntado si estaba allí el arzobispo de Toledo, y obtenida contestacion afirmativa, entraron y se hospedaron en el castillo, que como el pueblo era propiedad del almirante.

Inmediatamente se pasó aviso al arzobispo: mientras éste llegaba, doña Isabel se encerró á solas con su esposo, dejando su hija al cuidado de una aya, y sacando de una caja la corona que habia llevado consigo, la colocó sobre sus sienes, y aguardó al prelado sentada.

No tardó en presentarse D. Alonso Carrillo, apenas tuvo noticia de la llegada de los príncipes. Doña Isabel, contra su costumbre, no se apresuró á besarle el anillo, ni le ofreció asiento á su lado. Le dejó acercarse sin moverse ni hablarle, con gran sorpresa del orgulloso prelado, que esperaba otro recibimiento mas familiar y mas afectuoso.

—Aquí me teneis, dijo, pronto á serviros, como siempre.

—¿Ya sabreis lo que ha pasado en Valdelozoya?

—Lo sé, y ha sido mucha casualidad que me encontreis en este pueblo, pues me estaba disponiendo para marchar á veros, y solo aguardaba la venida del señor almirante, á quien he mandado llamar para ir juntos á Dueñas.

—¿Sabreis tambien lo que el rey ha publicado contra mí?

—He visto el manifiesto: hace ocho dias se publicó aquí á son de trompetas.

—¿Y lo decís con esa serenidad? Sin duda no lo habeis leido bien: vedlo mejor, repuso doña Isabel, señalando el documento que tenia en la mano su esposo.

—Señora, es inútil: lo sé casi de memoria. Pero, segun os veo, no parece sino que me imputais la culpa de que se haya publicado ese execrable documento.

—Señor arzobispo, no soy tan injusta que os atribuya culpas ajenas. Pero, ¿no habeis hallado en ese escrito nada que vos hubiérais podido precaver y evitar?

—Señora, no creo que mi conducta merezca reconvenciones ni cargos, sobre todo de vos, por quien no ha habido sacrificio que yo no haga.

Don Fernando escuchaba esta reyerta, sentado junto á su esposa, con la cabeza inclinada y profundamente pensativo. Indudablemente le desagradaba el sesgo irritante que iba tomando la conversacion, porque conocia que necesitaba al arzobispo, y no habria querido que se disgustase.

—No he olvidado, ni olvidaré los servicios que me habeis prestado, dijo doña Isabel: sin embargo, hay alguno entre ellos, -acaso el que vos creeis mas importante,-que me obliga á bajar la cabeza; y esto, señor arzobispo, pudiérais muy bien habérmelo evitado.

Isabel reconviene al arzobispo de Toledo.

—Bien se conoce que sois una niña sin esperiencia de mundo. ¿Qué os importa lo que diga de vos un rey esclavo y sin palabra?

—Importa mucho á mi honra y á mi decoro, que sin duda teneis en poco, cuando así hablais, replicó la jóven reina levantándose. Soy una niña, como decís; y sin embargo, sé apreciar mejor que los hombres encanecidos lo que vale una vida sin tacha. Los insultos que mi hermano me prodiga, por mas indignos que sean, son merecidos: y nadie que sínceramente quisiera mi felicidad, habria dado lugar á ellos.

—¿Y á quién acusais de eso? preguntó con arrogancia don Alonso Carrillo.

—¡Me lo preguntais! esclamó doña Isabel llena de indignacion. Pues bien, ¿á quién sino á vos puedo acusar?

Al hablar así doña Isabel tenia el brazo estendido en actitud magestuosa. El arzobispo contestó con tono descompuesto:

—¿Y por qué no acusais á vuestro marido y á su padre? Esto es lo que se saca de sacrificarse por ingratos.

—Señor arzobispo, no estrañeis que os recuerde con quien hablais, ni que una niña se crea capaz de reconveniros. Demasiado sabeis que un sacrificio como el que me echais en cara, no lo habria yo aceptado jamás, porque yo no acepto la deshonra; y tambien se os alcanza que lejos de contribuir á sostener una falsedad sacrílega, debisteis haberla rechazado con vuestras fuerzas.

—Señora, no ignorais cuan apremiantes eran las circunstancias en que se verificó vuestro matrimonio, y que no habia mas remedio que renunciar á él ó salvar todos los obstáculos.

—Sí, todos, menos los que no pudieran salvarse sino con mengua de mi honor y gravámen de mi conciencia. ¿Cómo podré ahora levantar la cabeza, si llevo en la frente el sello de la reprobacion con que se me ha marcado? ¡Ah! señor arzobispo, á este precio jamás habria querido yo comprar la felicidad que tantos desvelos me cuesta.

—Concluyamos, dijo el arzobispo, cuyo mal humor rayaba en despecho. Quiere decir que me habeis llamado para abrumar-

me con quejas inoportunas, y que no merezco ya vuestra confianza. Pues bien, señora, no os molestaré.

Don Fernando rompió el silencio en que habia permanecido hasta este momento, diciendo:

—Buen rato pasaria D. Juan Pacheco si os oyera. En verdad que ningun triunfo mayor pudieran alcanzar sus intrigas, que el de malquistar á D. Alonso Carrillo con nosotros.

—Teneis razon, señor, dijo el arzobispo variando de tono. Esto no debe ser motivo de discordia entre nosotros. ¿Qué mas quisieran nuestros enemigos? Pero sin duda vuestra esposa puede prescindir de mis servicios, cuando tan duramente me trata.

—No hablemos mas de eso, repuso el rey de Sicilia. Sentaos, y tratemos de remediar lo hecho. Al cabo Isabel no tiene culpa de nada, y su buena fé es un título que la libra de todo compromiso. ¿No es verdad?

Á pesar de estas satisfacciones, el rencoroso prelado no se hallaba dispuesto á ceder tan fácilmente. Sabia que era necesario, y queria que le rogasen. A este tiempo se oyó ruido de caballos, que paraban en el patio del castillo, y pocos momentos despues D. Gutierre de Cárdenas anunció á D. Fadrique Henriquez.

El almirante se presentó en la puerta de la cámara, y haciendo un ademan á su comitiva para que se quedase fuera, entró. Despues de saludar afectuosamente á sus nietos y al arzobispo, dijo:

—Al fin tendremos que romper en abierta rebelion con el rey. Él lo quiere, y fuerza será darle gusto.

—No, contestó doña Isabel: mi hermano no quiere la rebelion: otros le obligan á provocarla, y nosotros debemos desconcertar sus planes diabólicos. Es menester que mi matrimonio no cueste sangre al rey.

—Es que no podreis evitarlo, Vizcaya está alzada en vuestro favor: en Sevilla, Jeréz, Úbeda y Baeza no se ha querido dar cumplimiento á las órdenes del rey, ni se ha permitido la publicacion de su manifiesto, y se ha renovado por el contrario el juramento de fidelidad á lo tratado en los Toros de Guisando.

En Jaen han apedreado á los emisarios de vuestro hermano, y han hecho pedazos públicamente su mandato. En ninguna parte es bien recibido ese padron de infamia, cuyos términos soeces solo inspiran indignacion, ó por lo menos una sonrisa de incredulidad y desprecio. Castilla entera sabe quien es la princesa Isabel, y no es posible que la calumnia haga mella en su reputacion inmaculada. Si hay nobles á quienes la vil codicia impele á faltar á su fé jurada, tambien los hay fieles á su palabra, y con ellos está todo el pueblo que rechaza las imposturas de los malsines que os ultrajan.

—Sin embargo, repuso doña Isabel, por mas satisfactorio que sea para mi corazon ese juicio público, tarde ó temprano habré de verlo trocado, porque las acusaciones de mi hermano tienen algun fundamento. Mi matrimonio es nulo.

—¿Nulo decís? contestó el arzobispo, que celoso de la intervencion del almirante, habia olvidado ya su resentimiento.-Señora, vuestro matrimonio será ratificado, yo os lo prometo; y mientras no llegue ese caso, es menester que lo sostengais como válido.

—Yo puedo sostenerlo, pero ¿á qué costa? Necesito para ello vindicar mi inocencia, y culpar á otros. ¿Creeis que lo haré? replicó doña Isabel dirigiendo á su esposo una tierna mirada.

—Señora, mientras la Santa Sede no os condene, no teneis que dar satisfaccion á nadie. Yo espero que no se os condenará: primero, porque habeis obtenido la vénia del nuncio de Su Santidad antes de casaros; segundo, porque vuestra conciencia está limpia; y tercero, porque la Iglesia española vale algo á Roma, y esa Iglesia es mia.

—¡Y provocariais, tal vez, un cisma por mí! No lo permitirá Dios, porque yo no quiero. Señor arzobispo, esa desgraciada bula que á tan triste situacion me ha conducido, no existe, no ha existido nunca: la quemaré yo. Mi matrimonio se ha efectuado solamente con licencia del nuncio. Si el Santo Padre nos condena, mi esposo y yo imploraremos juntos el perdon de nuestra culpa; juntos sufriremos las penas que nos imponga, y juntos soportaremos los ultrajes de la opinion: nuestro mútuo amor

nos ha unido, y él nos dará fuerzas y valentía para sobrellevar este revés de la suerte.

—Bien hablais, Isabel, dijo D. Fernando movido por la generosidad de su esposa; pero yo no debo consentir que recaiga sobre vos una culpa que no habeis cometido. Vuestro honor...

—Mi honor, interumpió la princesa, es el vuestro, señor. ¿Quereis que os abandone como tambien á vuestro padre y á nuestros buenos amigos? No: es menester que la falsa bula se considere como no existente: de lo contrario al incesto añadiríamos el sacrilegio. Nuestro amor y el grave interés de la paz y felicidad del reino son bastantes títulos para que se nos dispense una falta que se dispensa á todos.

—Sí, teneis razon, dijo el almirante. Es preciso transigir con las circunstancias. Yo sé que Gomez de Solis, el procurador del maestre de Santiago en Roma, se ha dado tan buena maña, que ha hecho se os declare incursos en excomunion, y prepara un juicio contra el señor arzobispo y el obispo de Segovia.

—¡Contra mí! esclamó D. Alonso Carrillo. Trabajo les mando si han de acarrearme á juicio.

—Si el Santo Padre lo dispone...

—Cuando el Santo Padre sea menos amigo de Enrique IV, es decir, mas imparcial, podrá mandarme, y le obedeceré.

—En esa parte hareis lo que os aconseje vuestra conciencia, repuso el almirante. Pero no me negareis que, si se consigue descartar del negocio la falsificacion de la bula, tenemos la mitad del camino andado.

—Yo temo, por el contrario, que de ningun modo daremos un paso, mientras sea Papa el señor Paulo II. Por consiguiente no pensemos en eso por ahora. El matrimonio está hecho y consumado. Si es ó no legítimo, en su tiempo quedará probado como conviene. Lo que ahora importa, es rechazar la agresion del rey, con las armas ó de otra manera.

—Ya he pensado lo que conviene hacer, dijo la princesa. Es preciso contestar al manifiesto de mi hermano con otro, que revele al reino nuestras sanas intenciones, nuestra buena fé, lo que yo he hecho para evitar discordias; las violencias que se

me han inferido, y la injusticia con que, sin oirme, se me condena, despreciando las leyes divinas y humanas. Esto es necesario; porque así se pondrá en claro la verdad, en cuanto es posible,-añadió suspirando,-y todos los hombres de honor se retraerán de tomar parte en una lucha que deseo impedir á todo trance.

—Convenido, dijo el arzobispo: pero es menester que ese contra-manifiesto sea enérgico.

—No me opongo á ello: enérgico debe ser, pero digno. Vos me hareis el obsequio de redactarlo en union con el señor almirante.

Aquí llegaban de su conferencia nuestros cuatro personajes, cuando entreabriendo la puerta de la estancia D. Gutierre de Cárdenas, llamó la atencion de doña Isabel.

—Entrad, le dijo ésta: ¿qué ocurre?

Don Gutierre se acercó, y presentándole una carta, contestó:

—Un desconocido, un peregrino que viene de Sigüenza y pasa hácia Santiago, acaba de entregarme esta carta para vuestra alteza, que dice le ha confiado un paje de D. Pedro Gonzalez de Mendoza.

—¿De Mendoza? ¡Oh! esto debe ser importante: dadme.

La princesa tomó la carta con muestras de impaciencia, y leyéndola, vió que decia:

«Señora: Recuerdo que, cuando el dia siguiente al de la jura «de Guisando os entregaron cierto cartel en la venta de Tabla-«da, mostrasteis tener en mucho aprecio á la familia de Mendo-«za. La casualidad ha puesto al lado del jefe de esta noble casa «á un amigo vuestro, de quien tal vez no os acordais; pero «que sin embargo, conserva una grata memoria de vos y os «consagra su corazon leal. Este amigo soy yo. En el poco tiem-«po que hace sirvo al señor obispo de Sigüenza, he podido «convencerme de que efectivamente vale tanto como vos pen-«sais. La ocasion se os presenta, mi amada señora, de adquirir «para vuestro partido el apoyo de este hombre estraordinario, «y el de su numerosa parentela. Sus relaciones con vuestro her-«mano el rey se han enfriado, á consecuencia de haberle privado

«de la tutela de la Beltraneja, para confiarla á D. Juan Pache-«co: un grano de mostaza, puesto en la balanza de sus afeccio-«nes, puede hacer que esa frialdad se convierta en enemiga. Si «no desdeñais mi humilde consejo, aprovechad la ocasion. Para «ayudaros, aunque poco vale, está aquí á vuestro mandato el «paje—Lucilo.»

—No conozco este nombre, dijo la princesa. ¿Quién puede ser este amigo, de quien no tengo noticias?

—Sea quien quiera, repuso el almirante, su aviso vale mucho, y mas siendo efectivamente cierto que la Beltraneja ha pasado á manos del maestre. Lo que no creo es que sea fácil atraerse la casa de Mendoza. Si lo consiguiéramos, esto solo sería equivalente á una victoria.

—¡Qué valen los Mendozas! esclamó con muy mal humor el arzobispo, que no podia sufrir rivales á su lado. ¡El hombre estraordinario! añadió con énfasis, repitiendo las palabras de la carta. Sin él hemos pasado y pasaremos, Dios mediante.

—Sin embargo, dijo D. Fernando: no estamos tan sobrados de auxiliares, que podamos mirar con desden á una casa tan poderosa; y si fuese posible atraerla...

—Tendriais un aliado mas y otro menos. Los Mendozas no harán nunca buena liga conmigo.

—Poco á poco, dijo el almirante: sin duda olvidais que soy Mendoza.

—No disputemos sobre eso, señores, dijo doña Isabel con amable sonrisa. Ya veis que una carta como esta, de persona desconocida no debe inquietarnos. Pensemos en nuestro asunto, y Dios dirá lo que ha de venir despues.

Don Fernando, el arzobispo y el almirante se retiraron á escribir el manifiesto que debia servir de contestacion al del rey.

Entre tanto, doña Isabel llamó á Cárdenas y le dijo:

—¿Dónde está el peregrino que ha traido la carta?

—Se ha marchado sin querer esperar.

—¿Y nada os ha dicho?

—Nada.

—¡Es muy singular! repuso doña Isabel. ¿Os conoce personalmente D. Pedro de Mendoza?

—Sí, señora.

—No importa. Vais á ir á Sigüenza: llevareis una carta mia y procurareis ver al señor obispo y esplorar su ánimo. No necesito encargaros lo que conviene decirle de mí: por demás sabeis el alto concepto que me merecen ese prelado y su noble familia, cuya adhesion á la causa de doña Juana no ha sido mas que un esceso de lealtad al rey. Buscad al mismo tiempo entre su servidumbre á un paje que se llama Lucilo; ved quien es, y hasta qué punto puede merecer nuestra confianza. Mi objeto es anudar relaciones de amistad con el obispo: el asunto es delicado, pero no dudo que sabreis conducirlo con prudencia.

—Fiad en mí, señora. ¿Cuándo debo partir?

—Para no despertar la envidia de D. Alonso Carrillo, convendrá que marcheis como portador de una de las copias del manifiesto que se está redactando. Así que mañana mismo podreis partir.

Doña Isabel quedó sola y escribió una larga carta en que decia:

«Al reverendo señor obispo de Sigüenza, D. Pedro Gonza-«lez de Mendoza:-Tengo de vos y de vuestros parientes y deu-«dos una prenda de enemistad, que solo he conservado como un «documento curioso y muestra de los estremos á que conducen «las rivalidades políticas aun á los espíritus mas rectos y lle-«nos de lealtad y honradez. No quiero sin embargo, guardarlo «por mas tiempo, porque hace peso á mi conciencia, la cual me «inclina á querer bien á cuantos me hacen mal. Dios, que nos «enseñó á perdonar, me manda devolveros un objeto, que en «mis manos pudiera parecer indicio de rencor. Aguardaba una «ocasion de presentároslo, y deciros de palabra que no ha he-«cho varie la buena opinion que siempre tuve de vos y de los «vuestros. Esta ocasion tarda mucho para mi impaciencia: he «resuelto, pues, dirigirme á vos, segura de que no rechazareis «la sincera prueba que os doy de confianza. Otra mayor quiero «daros, no dudando que sabreis corresponder á ella. Bien sa-«beis que apresuré mi matrimonio huyendo de persecuciones y «violencias: el nuncio de Su Santidad prestó su anuencia á mi

«enlace, que consentido y aprobado por otros reverendos pre-«lados, se verificó de buena fé por mi parte y la de mi esposo. «Ahora se nos acusa de faltas graves y se declara nula y cri-«minal nuestra union: ¿vereis vos con indiferencia una acusa-«cion tan vergonzosa, que me arranca lágrimas de sangre? No «es posible que un noble miembro de la casa de Mendoza sea «sordo á los sentidos clamores del honor ultrajado. Por eso «acudo á vos, aunque os veo militar en el campo de los que tan «cruelmente me combaten, y espero que me ofrecereis vuestra «intercesion en Roma, para obtener la católica aprobacion de «mi matrimonio. A vos, que sois mi contrario, me confieso cual «si estuviese en el santo tribunal de la penitencia: mi alma es-«tá exenta del pecado que me imputan. A vos que sois un alto «ministro de Dios en la tierra, os declaro que, siendo fuerte «para hacer la guerra á mis detractores, suspiro por la paz. «Ayudadme á perseverar en este buen propósito, que solo pue-«den combatir los enemigos de la patria. No pretendo que fal-«teis á vuestras promesas: os pido solamente el amparo que al «honor de una princesa debe todo noble y caballero. Quedo re-«gando á Dios por vuestra salud y prosperidad.-ISABEL.

Escrita esta carta, la princesa buscó el cartel que la familia de Mendoza hizo clavar en la puerta de la venta de Tablada, y lo unió á ella, y llamando á su maestresala Cárdenas, se la dió á leer, y le encargó que la guardase.

Don Fernando, el arzobispo y el almirante concluyeron el manifiesto, que era una reproduccion bastante enérgica de las representaciones hechas anteriormente al rey D. Enrique, y una protesta contra la injusticia con que trataba éste á su hermana; la cual, apoyándose en la buena fé con que llevó á cabo su enlace y en el consentimiento de muchos prelados y grandes del reino, sostenia su legitimidad ofreciendo probarla en tiempo oportuno.

Doña Isabel hizo por su mano algunas correcciones en este documento: sacáronse de él multitud de copias, y dos dias despues salieron emisarios por todas partes, llevando cada cual la suya. Gutierre de Cárdenas se encargó de varias de ellas para dejarlas en diferentes ciudades. Pero Vaca y Alonso de Palencia con una escolta respetable, en tren de embajada, salieron á llevar el mensaje á D. Enrique.

CAPITULO V.

De como el maestre de Santiago encontró la piedra filosofal.

Cuando llegaron á Segovia los embajadores de doña Isabel, habian partido para Francia los del duque de Berri y de Guiena, conociendo seguramente que no era ya necesaria su presencia en la corte del rey de Castilla. Con efecto, dejaban bien cargada la mina y encendida la mecha que, en su sentir, debia producir una esplosion ruidosa. Multitud de señores y ricos hombres acudian á Medina del Campo, centro de reunion designado por D. Enrique, á quien habia bastado dar una muestra de energía para encontrar numerosos partidarios, de aquellos que siempre se arrimaban al lado que les parecia mas pudiente. Desde luego era muy natural que se adhiriesen al rey, toda vez que éste se presentaba decidido y pujante, pues la égida de su autoridad soberana y de su poder legítimo les aseguraba por lo menos la impunidad de las tropelías que pudiesen cometer durante las revueltas: al cabo eran considerados como sostenedo-

res del trono, y este título les prometia medros, que en todo tiempo debian reputarse como lealmente adquiridos.

El rey estaba en Segovia como de tránsito: habia ya gastado en festejos y banquetes todas sus rentas del año y algunas cantidades tomadas á préstamo. Sentíase, por consiguiente, desanimado, y á no ser por las vivas escitaciones de la reina doña Juana y la firmeza que desplegaba en aquellos momentos don Juan Pacheco, habria desistido de su propósito, aunque tuviese que repetir de nuevo la escena de sus perdurables inconsecuencias.

Conociendo esto Andrés de Cabrera, que, como alcaide de Segovia y tesorero del rey, habitaba en el mismo alcázar, incitado por su mujer, no perdia ocasion de representar á su señor el deplorable estado de su hacienda, y aunque las circunstancias no eran nada favorables para abogar por doña Isabel, no dejaba de apuntarle de cuando en cuando la idea de una reconciliacion, como el único medio de evitar gastos y reponer el tesoro real.

Pero esta reconciliacion no era posible, sino descontentando al maestre de Santiago y á todos los grandes y señores que se habian movido para apoyar al rey, y creándose éste nuevas dificultades, cuyo fin no alcanzaba á prever su menguado entendimiento. Por otra parte, D. Enrique tenia la conviccion de que su hermana carecia de recursos y defensores, y no dudaba que la arrollaria en el momento mismo en que quisiese, quedando desembarazado de ella y de todo peligro: asi es que, siendo su entereza proporcional siempre á la debilidad que consideraba en los demás, no se creia en el caso de transigir con doña Isabel, que en su concepto era el enemigo menos fuerte que habia tenido en su vida.

Ocupaba en el alcázar el mismo aposento donde algun tiempo antes su hermana rehusó la corona que le ofreciera el marqués de Villena. La reina y su hija estaban en una ala opuesta del edificio.

Era una mañana fria y nebulosa, y el estado de la atmósfera influia desfavorablemente en el carácter hipocondríaco del rey.

Hallábase éste sentado junto á una gran chimenea, encorvado el cuerpo hácia el fuego, y meneando de tiempo en tiempo los tizones con la punta del pié. Media docena de sabuesos le rodeaban; unos tendidos en el suelo sobre curtidas pieles de oso, otros sentados con las manos tiesas y el cuello torcido, miraban soñolientamente á su dueño, y alguno mas entremetido se le colocaba entre las piernas meneando el rabo, y hasta le echaba las zarpas sobre los muslos y le lamia rápidamenle la barba.

En pié, al otro lado de la chimenea, estaba Andrés de Cabrera, el cual decia:

—En mal tiempo, señor, se ha promovido esta querella. No es decir que yo desapruebe las disposiciones y acuerdos de V. A.; pero, si al menos el duque de Guiena os hubiese mandado algunas arrobas de oro para ayuda de gastos, ó el maestre y sus amigos franqueasen sus pingües rentas, ya el asunto variaria de aspecto.

—Efectivamente, contestó el rey, malhaya si esos aliados y señores saben dar mas que consejos. No sé donde mete el dinero el maestre: ayer, como tú no tienes dinero, le pedí cien doblas para pagar el último vestido que me han hecho.-Ya ves, ¡una miseria! cien doblas, que yo se las devolveria duplicadas si fuese menester. ¿Pues sabes lo que me contestó? ¡Ay, señor! Todas las rentas del maestrazgo no me bastan para pagar encomiendas y cargas, de modo que estoy alcanzado.-No sé si será verdad: tuve que recurrir á Beltranico, y ese me las dió. Apúntalas para pagárselas cuando podamos.

—Bien, señor; las apuntaré con las otras trescientas que os ha dado Abraham, señor.

—Dicen que es muy rico ese judío. Mira, no le apuntes nada: demasiado habrá robado á mis buenos vasallos.

—Señor, Abraham es efectivamente bastante rico, mil doblas son, segun mi cuenta, las que ya le debeis. Pero, advertid que siempre os presta á un interés moderado, y nunca os niega su caja.

—¡Hem! Se conoce que eres amigo de D. Abraham.

—No lo digo por ser amigo de él, sino porque tiene vuestra

firma y podeis necesitarle acaso muy pronto. Ya veis, señor, que no en todas partes acatan y cumplen el último manifiesto de V. A., y está evocada una guerra civil.

—Eso me han dicho, que los andaluces y los vizcainos y no sé quien mas se me rebelan. ¡Diablo de gentes! Pero siempre me darán tiempo hasta la primavera y para entonces habrá dinero. El maestre me lo ha prometido, y aunque él no lo tenga, es hombre de recursos.—A ver si te estás quieto, Leal, dijo el rey á su perro favorito; ya dos veces me has metido la lengua en la boca.—Pues, como digo, es hombre de recursos, y nos sacará adelante.

—¡Cuanto mejor seria, repuso Cabrera, si para ese tiempo pudieseis estar en buena paz y concordia con vuestra hermana!

—Eso no puede ser, Andrés: mi hermana se ha portado muy mal conmigo: y luego que ya es hora de que yo sostenga mi palabra y me haga respetar. Tú, como has servido á Isabel, le tienes cariño: eso es muy natural.

—No negaré, señor, el respetuoso afecto que profeso á doña Isabel; pero este afecto es hijo del que me inspira V. A. Por mas motivos de queja que os haya dado, yo no puedo menos de recordar con placer que aquí, en esta misma sala rechazó con dignidad propia de su estirpe régia una oferta que, en momentos solemnes, le hacía cierto amigo vuestro, evitándoos de este modo una guerra civil desastrosa.

—Ya: pero eso nada tiene que ver con la cuestion presente. Si entonces me evitó la guerra civil, ahora la provoca con su desobediencia, y necesito inutilizarla para no hacerme daño. A propósito: dicen que han venido unos emisarios suyos. ¿Qué embajada traerán? ¿No sabes nada?

—Tengo entendido que es una contestacion al manifiesto de V. A.

—¡Eh! Vayan al infierno; siempre estamos de contestaciones. Ya tres veces han venido y les he dicho que no quiero escucharles.

—Respetando el parecer de V. A., opino que no hariais mal en recibirles: acaso de esta audiencia resultará la paz, que,—no

lo dudeis, señor,-es el mejor recurso que podeis encontrar para llenar las arcas de vuestro tesoro. De otro modo temo que empeñareis vuestra corona, y os espondreis á mil desastres. Doña Isabel cuenta con la opinion favorable de casi todo el pais.

—¿Cómo?... ¡Bah!... No puede ser. Pero, en fin, por si acaso, bueno es vivir prevenidos. Manda recado á esos emisarios, y diles que estoy dispuesto á recibirlos.

—¡Ah! esclamó el tesorero disimulando mal su alegria. ¿Y cuándo han de venir? ¿Queréis que se les reciba con alguna solemnidad?

—No, nada de eso: que vengan ahora mismo. Pero avísale antes á D. Juan Pacheco. ¿Entiendes? Antes.

—Bien está, señor, sereis obedecido, contestó Cabrera. Y salió del régio aposento disgustado.

No necesitó, sin embargo, llamar al maestre, pues en aquel instante mismo entraba en el alcázar. Andrés de Cabrera y don Juan Pacheco se llevaban muy mal: sus carácteres eran diametralmente opuestos: el uno todo lealtad y honor caballeroso; el otro doblez y egoismo, mal podian congeniar, siendo ambos astutos, y penetrándose mútuamente las intenciones. El maestre habia intentado muchas veces destituir á su rival, quitándole la alcaldía que él mismo le dió con la esperanza de hacerle instrumento ciego de su partido; pero el tesorero habia sabido parar siempre con maña los golpes de su contrario, mereciendo cada dia mas la confianza del rey. Cabrera por su parte no dejaba de conspirar contra el valido de D. Enrique, pero templando sus armas de buena ley al suave calor de la sutileza cortesana. Los dos se trataban en público de la manera mas afectuosa, pero en secreto se odiaban.

Don Juan Pacheco y Andrés de Cabrera se encontraron en la antecámara del rey: el maestre tenia el privilegio de entrar á cualquier hora sin hacerse anunciar.

—Bien venido seais, señor maestre, dijo Andrés saludando cortesmente. Ahora iba á enviaros un recado.

—¡Ah! ¿Me llama S. A.?

—Sí: ha dispuesto recibir á los mensajeros de su hermana,

y es natural que quiera teneros á su lado. El asunto es grave...

—¡Ya!... Demasiado grave, amigo mio. El rey se va á irritar terriblemente cuando sepa lo que traen esos pobres embajadores. Yo les aconsejaria que se volviesen por donde han venido, pues les puede suceder algo malo.

—No creo que S. A. deje de tener las consideraciones debidas con esos señores, repuso con intencion el tesorero. Ellos son enviados, y no tienen culpa de nada.

—Es verdad. Llamadles; allá veremos.

—Vuestra prudencia cuidará de atemperar el mal humor de S. A. Voy á llamarles, y allá veremos.

Don Juan Pacheco saludó con una tierna sonrisa al tesorero y pasó adelante.

El rey estaba entretenido en acariciar á sus perros.

—Vosotros sois mis mejores amigos, les decia, como si pudiesen entenderle: me dais hermosos ratos de distraccion, y nunca me pedís nada mas que caricias y pan, ni me alborotais mas que la caza, cuando yo quiero. Vamos, Roldan: estáte quieto. ¡Échate, échate! Así.

El maestre, oyendo hablar al rey, creyó que no estaba solo, y se detuvo en la puerta, echando una ojeada al aposento. Cerciorado de que no habia ninguna otra persona, siguió adelante. Los perros comenzaron á gruñir.

—¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí? preguntó el rey volviendo la cabeza.-¡Hola! ¿eres tú, D. Juan? Pronto has venido.

—No ha sido menester que me llamen, señor. Desde que me levanté esta mañana, estaba impaciente por venir á veros.

—¿Tenemos algo de nuevo?

—Sí; esta noche pasada he resuelto el problema.

Don Enrique abrió desmesuradamente sus lánguidos ojos.

—¡Hola! esclamó. ¿Tendremos dinero?

—Cuanto querais.

—¡Hombre! ¡hombre! Deja que te abrace, prorumpió el rey con entusiasmo, levantándose y dando los brazos á su privado. -Bien decia yo hace poco que eres el hombre de los recursos. Con que, veamos: siéntate y dime tu plan. ¿Has encontrado?....

—Sí, señor: he encontrado para vos la piedra filosofal, repuso el maestre sentándose.

—¿Y cómo es eso?

—Es muy sencillo: vais á convertir el pergamino en oro..... Pero no asi como quiera, sino en grande. Con cuatro ó cinco arrobas de pergamino podeis hacer en pocos dias cuarenta ó cincuenta millones de reales.

—¡Diablo! ¡Pues manos á la obra! Manda detener todo el pergamino que haya en todas las tenerías de mis reinos, y que fabriquen solamente pergamino. Pero esplícate: no entiendo como puede ser eso.

—El modo de hacerlo no es algo delicado; pero sí se consigue el objeto.....

—Sí, el objeto es hacer dinero, sea como quiera. Veamos.

—Señor, el procedimiento es como sigue: Se toman hojas de pergamino en blanco, en las cuales cien ó doscientos escribientes van estendiendo una minuta de albalá que yo les daré, sin variar mas que la cantidad que quereis recibir: habrá cantidades mayores y menores, desde cien maravedís hasta cien mil: esto es muy esencial para que puedan contribuir con su metálico toda clase de bolsillos.

—¡Ah! ¡ya! ¿se trata de un empréstito?

—Precisamente: pero escuchad. Por cada suma puesta en el albalá ofreceis un interés perpétuo para el acreedor y sus descendientes, cobrable sobre las rentas de la corona, y el importe de este interés se deja en blanco para que cada interesado lo llene á medida de su conciencia.

—¡Hombre! ¡Por Dios! ¿Tratas de arruinarme? ¡Una renta perpétua y al gusto del prestamista! ¡Eso es enorme!

—Y tanto como lo es. Pero bien comprendereis que esa misma enormidad puede libraros del compromiso mañana ó el otro. Suponed que espedimos ahí cien mil albalaes, que en junto os proporcionan trescientos millones de maravedís: esto es lo positivo del negocio. Quedando al arbitrio de los acreedores el señalamiento de los intereses perpétuos y hereditarios, cada uno procurará que suba mas la renta que el principal. Las leyes

castigan la usura, lo cual no impedirá que los usureros quieran despacharse á su gusto: por otra parte, la corona tiene privilegios que en ocasiones de gran penuria la eximen de sus obligaciones con los particulares en pro del comun. Cuando llegue el caso, la misma codicia de los prestamistas, servirá de pretesto, y entonces los albalaes serán verdaderos pergaminos en blanco.

—¡Calla!.... Es verdad. Pero con todo; eso tiene dos inconvenientes.

—Veamos si hay alguno que yo no haya previsto.

—En primer lugar, no es posible hacer dinero mucho tiempo por ese sistema, pues tan pronto como se sepa que no pago, no habrá quien me dé; y en segundo lugar, esto tendrá que suceder muy pronto, porque no bastarán mis rentas anuales para saciar la codicia de mis primeros acreedores.

—Todo eso se remedia con solo añadir una cláusula, en la cual se estipule no pagar en los seis, ocho ó diez primeros años, sino por un órden preferente á los que menos premio devenguen. Resultará de aqui que, como todo parece poco á la avaricia, será muy escaso el número de acreedores á quienes tendreis que pagar por ahora su renta, y luego, que todo puede pareceros mucho para no pagar á nadie lo menos en seis años. Teneis tiempo largo para ir contentando á los que os convenga tranquilizar, y entre tanto no os faltarán recursos. Con solo poner vuestra firma y sello, á cada momento estareis provisto de lo que necesiteis.

—Me parece bien ese plan. De modo que ya podremos hacer frente á Isabel.

—Podreis espulsarla del reino, que es lo que os conviene, y con las rentas de su señorío, y si es menester vendiendo sus villas; tendreis para pagar á los acreedores mas impacientes, ó para cubrir otras atenciones.

—No habia pensado yo en eso, D. Juan. Pues mira, lo haremos.

Asi quedó concertada una de las mas escandalosas medidas rentísticas, adoptadas por Enrique IV, y la que mayores angustias habia de causar en los últimos dias de su aciago rei-

nado, alcanzando á los primeros años del siguiente. Y no se debe estrañar la facilidad con que se prestaba á tan inmoral é impolítica negociacion un rey, que, para salir momentáneamente de otros apuros, no habia tenido empacho en vender licencias para fabricar moneda.

Don Enrique se frotaba las manos con alegria; pues en su concepto acababa efectivamente de encontrar la piedra filosofal. Es verdad que acaso iba á empeñar hasta el último diamante de su corona, y á dejar entrampados á sus sucesores, pero, pudiese él triunfar y gastar mientras le durase la vida, y ¿qué le importaba el porvenir de una descendencia que sabia muy bien no era suya? En cuanto á la suerte de sus pueblos era cosa que nunca le habia quitado el sueño.

En medio de sus alegres cálculos vino á interumpirle el anuncio de que aguardaban su licencia para entrar los embajadores de doña Isabel.

—Que pasen, dijo. Veremos que quieren esas pobres gentes.

Alonso de Palencia y Pero Vaca entraron en la cámara real, dejando fuera su comitiva. No pudieron menos de espresar con un gesto su estrañeza al ver el poco decoro con que se les recibia, estando el rey solo con su favorito y rodeado de perros. Andrés de Cabrera entró con ellos, y se colocó detrás del sillon de D. Enrique, dispuesto á prevenir cualquiera escena desagradable.

—¡Hola! ¿Sois vos, señor Alonso de Palencia? dijo el rey. ¿Qué me traeis de bueno?

—Señor, contestó el cronista, la augusta señora que me envia, doña Isabel, reina de Sicilia, princesa de Asturias, heredera jurada de Castilla y Leon y hermana de V. A., en union con su esposo el rey D. Fernando, me mandan poner en vuestras reales manos este documento, que es un testimonio de su lealtad, y una protesta contra los malos tratamientos de que, sin merecerlos, ha sido objeto recientemente.

Dichas estas palabras, se acercó al rey, y le entregó el manifiesto de la princesa. Don Enrique le echó una ligera ojeada y repuso:

—Está muy bien: esto no tendrá contestacion probablemente.

—Señor, para llevarla, buena ó mala, hemos venido: y aunque la indiferencia con que V. A. parece mirar este gravísimo asunto, debiera dispensarme de proseguir representando aqui á las augustas personas que nos envian, reconozco que soy fiel eco de su espíritu conciliador y amante de la paz, prescindiendo de toda ceremonia, y diciendo lisamente á lo que vengo. La princesa de Castilla, señor, tiene grandes quejas de V. A.; pero dispuesta siempre á olvidar las ofensas personales, quiere dar el último paso en las vias de conciliacion, á fin de que podais decidiros á elegir entre quien os ama y desea serviros y los que os aconsejan mal y os conducen á la perdicion.

—¿Habeis concluido? preguntó D. Enrique con muestras de impaciencia.

—Si V. A. me lo permite, diré mas. La muy alta señora reina de Sicilia y princesa de Asturias no puede creer que su hermano sea quien mancille su reputacion con palabras indignas y calumniosas, para motivar el rompimiento de un tratado solemne, y conferir la sucesion del reino á quien no tiene derecho á ella por la naturaleza ni por las leyes, y prefiere atribuirlo á sugestiones de malos consejeros.

—¡Muy atrevido sois, señor embajador! esclamó el rey con acento sarcástico.

—Señor, hablo en nombre de los señores reyes de Sicilia.

—Pues bien, decid á los reyes de Sicilia que se ocupen en gobernar su reino, si lo tienen; que les doy de plazo dos meses para arreglar sus negocios y pasar allá, á su isla, ó á donde mejor les parezca, siempre que en ese tiempo no hagan en mi tierra cosa que me desagrade; y que si transcurrido el plazo no se marchan, iré yo en persona á enseñarles el camino de la frontera.

—¿Es esa vuestra última resolucion?

—La última.

—Rey de Castilla, dijo Pero Vaca: como vasallo y representante de S. A. el rey de Sicilia, me cumple decir á vuestra se-

ñoría que mi señor es el marido de la ilustre princesa de Asurias, y como tal ha prometido sostener sus legítimos derechos. No estrañe, pues V. A. que, aun yendo en persona, le sea difícil enseñarle el camino de la frontera. Los altos y poderosos señores, en cuyo nombre hablo, os brindan con la paz, pero no temen la guerra, ni la rehusan. Si esta se declara, caiga la sangre que se derrame sobre la cabeza de quien se obstina en provocarla.

Dicho esto los dos embajadores hicieron un cortés saludo, y salieron de la cámara sin arrogancia ni humillacion.-El rey hizo una seña á sus perros, que se lanzaron ahullando en pos de ellos. El aragonés se volvió, é imponiendo respeto á los animales, dijo al rey:

—Señor: mandad á los miembros de vuestro consejo que se retiren. No necesitamos el honor de su compañía.

—¿Qué os ha parecido la osadía de esos hombres? preguntó el rey, mirando alternativamente al maestre y al tesorero. Intenciones me han dado de mandar ponerles una mordaza á cada uno, y enviarlos así á su reina de Sicilia.

—Señor, dijo el maestre: preciso es conceder algun desahogo al despecho.

—Sí, pero no tanto como la insolencia y el desacato. Veamos lo que dice mi señora hermana.

El rey se puso á leer el manifiesto de doña Isabel: al principio se sonreia, pero luego se fué nublando su frente, y concluyó por último estrujando el pergamino y dando una puñada en uno de los brazos del sillon.

—¡Vive Dios! ¡Qué arrogancia! esclamó. ¡No parece sino que piensan infundirme miedo! A ver, D. Juan: toma esto y haz de ello el uso que te parezca. En seguida dispon lo que hemos convenido: es menester que al terminar el plazo de los dos meses tengamos en pié de guerra un ejército de treinta mil hombres.

—¿Vais á emprender la conquista de Granada? preguntó con afectada candidez Andrés de Cabrera.

—Voy á limpiar el reino de rebeldes, señor tesorero, contestó el rey de muy mal talante.

—Hareis bien, señor.

Don Juan Pacheco se despidió del rey, saludó con amabilidad á Cabrera y salió.

En el palacio de Villena que ya conocen nuestros lectores, y en una de las cámaras destinadas á D. Diego Pacheco, estaba éste á la sazon encerrado, hablando con el astrólogo Abacuc.

—Estraño mucho, decia el jóven marqués de Villena, que Abiabar me pida cuentas de su protegida. Medio año hace lo menos que no la he visto, ni me acuerdo de ella.

—Sin embargo, señor marqués, y sin que esto sea dudar de vuestra palabra, se asegura que hace menos tiempo la visitásteis una noche en Arévalo.

—¡Yo, en Arévalo! Recuerdo haber pasado allí una singular aventura; pero no sabré decir quien fué la mujer que allí ví, porque estaba encubierta, aunque puedo jurar que su voz no era la de Jarifa.

—Si he de hablaros con ingenuidad, á mí nada me interesa la suerte de esa muchacha. Bien sabeis que si por mí hubiera sido, estaria sepultada mucho tiempo ha. Por consiguiente, sed franco, y decidme lo que habeis hecho de ella.

—¡Pardiez, señor astrólogo! ¿Os atreveis á dudar de mi palabra? ¿Os ha revelado vuestra ciencia que Jarifa está en mi poder? Si así es, podeis buscar otro oficio, porque mentís como un bellaco.

—Calmaos, señor, he dicho que no me interesa nada Jarifa; poco me importa que se la haya llevado el diablo. Pero es necesario tranquilizar de algun modo á nuestro amigo Abiabar, y convencernos todos de que esa jóven no está donde pueda hacernos daño. Si vos no sabeis nada de ella, con mucha mas razon importa averiguar si es viva ó muerta. Se ha creido que vos podriais darnos noticias suyas, porque las últimas que tenemos son las que ya os he dicho de Arévalo. El criado único que allí la servia durante la ausencia de Abiabar, ha dicho que pasasteis una noche en la casa donde ella estaba, y que á la mañana siguiente desapareció, sin que se haya podido averiguar su paradero.

—Ahora me haceis pensar que pudo efectivamente ser ella cierta dama dolorida, que me llamó para hacerme una súplica muy singular. ¿Se hallaba Jarifa en una casa de campo á orillas del Adaja?

—Justamente. Abiabar tuvo que hacer un largo viaje, con motivo de varios asuntos propios y de la hermandad, y la dejó en la casa que Abraham Señor posee cerca de Arévalo.

—¡Diablos! ¡Pues era ella! ¿Cómo no la reconocí?

—Pues qué, ¿no se descubrió á vos?

—Nada de eso, y por cierto que me dió mucho en que pensar. Me habló cubierta con un espeso velo, y con una voz chillona que seguramente no era la suya; y despues de una larga plática en que me reveló ciertos amores, acabó por pedirme que le diese la muerte; cosa que no me pareció muy galante ejecutar.

—¿Y despues?

—Viendo que no queria descubrirse, me despedí de ella, y no supe mas.

—Tambien se sospecha que se haya dado ella misma la muerte, pues se ha encontrado una prenda de sus vestidos enganchada en la rama de un árbol abatido por la corriente del rio.

—¡Será posible! murmuró D. Diego, conmovido, á pesar de su ingratitud al recuerdo de Jarifa.

—Esta sospecha tiene visos de verdad con lo que me acabais de decir. Abiabar está desolado: la amaba como á una hija, y es menester evitar que su dolor se trueque en ódio contra vos; porque en verdad, si ha muerto Jarifa, vuestra es la culpa.

—¿Cómo puede ser eso?

—Si os amó y la olvidasteis, ahí teneis la causa de su desesperacion.

—Es que yo no creo que una mujer ame tan de veras, ni menos que se desespere por tan poca cosa.

—Sin embargo, en el carácter orgulloso de Jarifa, si el amor no, el despecho ha podido producir esos efectos.

—¿Y si esa mujer estuviese hoy buena y sana como vos y yo?

—¡Ah! ¿Qué me decís?

—Esto no es mas que una sospecha; pero podeis averiguar lo que haya de cierto. Se me figura que Jarifa sirve hoy al obispo de Sigüenza.

—¡Es posible!

—Os parecerá estraño, es verdad; pero he visto cierto paje tan parecido á ella, que á no ser porque tiene una cicatriz grande en la frente y el cabello corto, habria yo jurado que era ella misma.

—Eso no puede ser. Sin embargo, averiguadlo vos. Á nosotros los judíos, y sobre todo si somos astrólogos, nos está vedado entrar en csa del obispo Mendoza. Nos ódia de muerte, y no quiero esponerme á que me mande dar de palos, como lo ha hecho poco tiempo ha con uno de mi profesion, que pretendió sacarle el horóscopo.

—¿Y acaso no sabeis disfrazaros?

—Ya: pero es inútil. Jarifa está tan muerta como mi abuelo; y si en alguna parte se hallase viva, no sería por cierto sirviendo de paje al obispo Mendoza. Estaria con Abiabar. ¡Oh! no lo dudeis: Jarifa ha muerto.

Sonó ruido en la puerta de la estancia. Don Diego abrió y entró su padre.

—¡Hola, compadre Abacuc! dijo el viejo maestre. ¿Cuándo habeis llegado?

—Hace una hora, contestó el astrólogo.

—¿Cómo anda eso por Medina?

—Demasiado bien. Salvo error de cálculo, hay ya reunidos allí sobre doce mil hombres.

—Muchos son: treinta mil quiere el rey, y á ese paso no dudo que los reuna. ¡Diablo de gentes! Nunca hubiera yo creido que tuviese tanto partido la Beltraneja. Y de doña Isabel, ¿qué sabeis?

—Hasta hoy no cuenta mas que con el arzobispo, el almirante y unas cuantas familias de Castilla la Vieja.

—Con algo mas cuenta.

—Sí: Andalucía y Vizcaya se handeclarado en su favor.

—Pero todavia no tiene formadoasu cuerpo de ataque y de-

fensa. Es menester portarse con ella como caballeros, y dejarle tiempo bastante para hacerse fuerte. Lo demás seria una falta de atencion imperdonable.

—Seguramente.

—¡Diablo de Beltraneja! ¿Quién habia de pensar....? Pero en fin, ya entretendremos el negocio; porque hay negocio largo.

—¿Sí?

—Sí. Hemos encontrado la piedra filosofal. Esta buena noticia debeis llevarla inmediatamente á nuestros amigos, para que se apresuren á convertir en oro los pergaminos del rey.

—¿Ha accedido?

—Completamente. Mas, decidme: yo necesito colocar unos tres cuentos de maravedís al interés mas módico posible, y no puedo prestarlos al rey en mi nombre. ¿No conoceis algun sujeto de confianza que dé el suyo?

—Por esa cantidad, como no os valgais de D. Abraham Señor, no conozco á ninguno que pueda dar la cara.

—Don Abraham..... Sí, es hombre de bien y goza reputacion de rico.

—Es poderoso.

—Pero tiene amistad con Andrés de Cabrera.

—Cuando se trata de intereses, D. Abraham no conoce amigos. Cumple sus palabras y á nadie da cuenta de lo que hace.

—Pues bien: llamadle, y que venga á verme esta noche. Despues avisad al número *Uno*, para que circule sus órdenes. Se trata de prestar al rey sobre las rentas de la corona.

El astrólogo salió á cumplir los encargos del maestre, y éste se retiró á su aposento particular murmurando:

—Por fin se presentan bien las cosas. Isabel y Enrique me sirven como deseo. Pero es menester moderar la impaciencia estemporánea de mi pupilo, porque si entrase de pronto en lucha con su hermanita, la arrollaria de repente y esto no me acomoda. Que luchen, bueno es, pero cuando tengan armas iguales.

CAPITULO VI.

De como D. Diego Pacheco siguió aficionándose á las infieles.

Abacuc habló con el rico judío de Segovia don Abraham Señor, y éste pasó á verse con el maestre de Santiago.

Don Abraham era un hombre de bien, como lo habia calificado D. Juan Pacheco: solamente podia tachársele de avaro, pero este vicio era nacido de una pasion noble, que absorvia todas las las facultades de su alma. Casado á los cuarenta años, despues de haber adquirido una fortuna respetable, con una hermana de Abiabar, que fué su primero y último amor, habia tenido la desgracia de perder á su esposa, quedándole de ella un hijo y una hija en quienes adoraba, y á los cuales queria dejar opulentos. Esaú, que era el mayor, contaba ya veinte años, y diez y ocho su hermana Lia, jóven de apacible carácter, criada con estrema delicadeza, candorosa y pura como un rayo de sol de primavera.

El anciano Abraham era rígido en la observancia de su reli-

gion é intachable en sus costumbres: cumplia fielmente la ley de Moisés, haciendo bien á los demás, y sin mezclarse en nada que tuviese relacion con la política ni con las creencias agenas. Solo era intolerante respecto á la conservacion de la pureza de su amada Lia, de quien se hablaba generalmente con elogio, como de la jóven mas bella de Segovia, sin que nadie pudiese jactarse de haberle visto el rostro. Su padre la guardaba como su mas preciada joya, nunca le permitia salir á la calle sino en su compañía, llevada en litera cubierta con un velo de gasa de plata, y en su casa la servian mujeres ancianas.

Conociendo el carácter de su cuñado, Abiabar no habia querido comprometerle á entrar en la sociedad de la *Perpétua Noche*, pues sabia que su escesiva honradez era capaz de perderle, si por acaso se tratase de algun asunto que repugnase á su conciencia. Preciábase Abraham de vasallo fiel y sumiso, y creia que el primer deber de un buen israelita, despues de cumplida su ley, era acatar y reverenciar la autoridad suprema del rey á quien estaba sometido. «Si el rey no es justo conmigo y no puedo sufrirle, decia con frecuencia, debo sustraerme de su dominio huyendo de él, pero nunca faltarle al respeto, ni conspirar contra la potestad que Dios le ha dado. Lo mas que un buen vasallo puede hacer cuando le manda un tirano, es arrostrar impávido su cólera, y decirle cara á cara sus defectos para que se enmiende.»

Con estos antecedentes puede decirse que Abraham era una escepcion entre los miembros de su proscrita raza, siempre dispuestos á minar el poder de los reyes cristianos, bajo el cual se consideraban cautivos. Así es que nunca se contaba con él, porque no inspiraba confianza á los espíritus rebeldes, y sin embargo se le tenia en el concepto de hombre religioso y amante del pueblo de Israel, por quien hacía cuantos sacrificios se le exigian, con tal que no fuese contra su severidad de principios.

Las proposiciones de D. Juan Pacheco podian ser aceptadas por Abraham sin el menor inconveniente; pues solo se trataba de negociar un dinero dando el nombre, y recogiendo alguna ganancia, cosa muy propia de un mercader y sobre todo grata

á nuestro hebreo. Sin embargo, luego que éste hubo escuchado atentamente las bases del negocio, preguntó al maestre:

—¿Y qué necesidad teneis de perder un dos ó tres por ciento que á mí puede tocarme en el asunto? ¿Acaso no será mas provechoso para vos prestar el dinero directamente al rey, acrecentando así además el favor que os dispensa?

—Tengo tres razones para no querer que el rey sepa que yo le presto, respondió el maestre. La primera es que, mereciendo sus favores, no podria llevarle interés ninguno: la segunda, que no me acomoda abrirle mis arcas, porque me pediria todos los dias; y la tercera, que mi condicion y clase no me permiten ocuparme en esa especie de negocios.

—Esa última razon no me hace fuerza, pues teneis mayordomos que negocien por vos.

—Y bien: quiere decir que os hago mi mayordomo especial para esto. ¿Qué reparo teneis en aceptar un cargo, que os dará al año sobre sesenta mil maravedís líquidos?

—No tal: quereis imponer un interés de seis por ciento, y me dais un dos solamente: de ahí he de deducir los gastos de administracion y cobranza; los quebrantos que se originen... No, no; habeis de darme la mitad, ó de lo contrario no acepto.

—Eso es demasiado.

—Pues bien: dejadme el tres por ciento, y aumentad el interés que ha de quedar para vos.

—Eso de ningun modo: no quiero que nadie preste al rey tan barato como yo. En eso consiste mi negocio.

—Vuestro negocio... ¿Eh? Pues señor, no lo entiendo. Yo creo que el mejor negocio es el que deja mas ganancia.

—Esa es vuestra opinion; yo sigo la contraria. Podeis prestar de vuestro dinero, y tomar aunque sea el mil por ciento.

—¿Tan apurado está el rey?

—Necesita recursos para espulsar del reino á su hermana, y le urge sobremanera concluir pronto. Así es que dá cartas en blanco á cuantos le faciliten dinero. Vos, que lo teneis abundante, podeis hacer mucho negocio.

—No lo haré.

—¿Y por qué no?

—En primer lugar, porque no soy tan rico como se me supone; y en segundo, porque doña Isabel triunfará tarde ó temprano, y entonces podria yo perder lo que ahora diese.

—Tambien puede suceder lo contrario de lo que pronosticais, y entonces perdereis tal vez lo que ahora no quereis dar.

Esta objecion del maestre, presentando á la mente del judío las dobles eventualidades que podian resultar, le decidió por último á tomar á su cargo el negocio que se le proponia, y á no esponer por su cuenta sino una cantidad insignificante. De este modo, si doña Isabel triunfaba, no corria peligro su fortuna, y si era vencida, quedaba á cubierto de la animosidad política, con el servicio aparente que prestaba.

—Señor maestre, dijo: estamos conformes. Acepto la proposicion que me haceis, y cuando querais me entregareis el dinero y os daré un resguardo.

—¿Con las condiciones propuestas?

—Como mejor os parezca.

—Pues bien: no necesitais recibir el dinero. Yo os enviaré los albalaes, y vos me firmareis una obligacion por el capital y mi parte de réditos. Pero hay otra condicion que debemos estipular en contrato aparte. Yo podré reclamaros en pago los mismos albalaes siempre que me acomode, para hacer de ellos el uso que me convenga.

—Ciertamente: son vuestros, y desde luego me acomoda mas eso que no pagaros nunca en dinero. Esto no podria hacerlo de ninguna manera.

—Estamos conformes, amigo Abraham. ¿Y pensais ayudar al rey con mucha cantidad?

—¡Oh, señor! muy poco podré darle. Ando escaso de recursos, y además que ahora pienso en casar á mi Lia, y necesito arreglarle su dote.

—¡Hola! ¡Con que estais de boda! Cuentan que teneis una hija preciosa. ¿Y quién es el afortunado que se la lleva?

—Es un matrimonio de familia, señor. Mi Lia está prometida desde muy niña á Benjamin, el hijo de mi pariente José el

de Valladolid. Son los dos jóvenes de una edad, se han criado juntos y se aman. ¿Qué puedo hacer sino ayudar á su felicidad?

—Es bien pensado, es bien pensado, amigo Abraham. Ea, pues: dentro de algunos dias os enviaré los albalaes, y sin poner nada de vuestro bolsillo, sereis bien querido del rey. Ya veis que tiene dos ventajas el tratar conmigo..... ¡Adios, Abraham!

Y asi diciendo, se levantó D. Juan Pacheco y dió la mano al judío para despedirle. Apenas quedó solo, se frotó las manos murmurando:

—Esto va perfectamente: con tres cuentos de maravedís puedo comprarle al rey lo menos tres villas y otras tantas fortalezas y quedarme con mi dinero. Tengo á Madrid: si pudiese apoderarme del alcázar de Segovia, el negocio era redondo: Trujillo tambien me agrada bastante.... Luego, con un par de matrimonios es fácil vincular en mi casa el mayor poder de Castilla: Mi Diego..... No, ese no puede casarse todavia: lo único que le conviene es una hija que le queda al almirante; pero la ocasion es mala. Que espere. Casaré á Beatriz con el conde de Arcos..... Es un bastardo, pero es el rey de Andalucía por sus estados y por su arrogancia y bravura. Sí, el tal Diego Ponce de Leon es un leoncillo capaz de revolver el mundo, y me conviene.—Yo tambien puedo casarme.....

Al formular esta palabra, el maestre, que andaba paseando por su estancia, se paró de pronto delante de un espejo, y mirándose en él, soltó una ruidosa carcajada.

—Muy viejo estás, Juan, dijo hablando consigo mismo. Pero, ¡qué importa! No se trata de hacer el amor: me caso con doña Maria de Velasco, y afianzo asi la alianza del de Haro y de los Mendozas..... Los Mendozas..... es menester acallarlos; porque despues de la última jugada, preparo otra peor al obispo, y hay que manejarlos con maña: el capelo no es para él: es para mi sobrino Acuña. Sí, esto ha de ser; pero cállate, Juan: no lo digas á nadie.

Pasados algunos dias, vino el rey á visitar al maestre en su

propia casa. Estaba muy satisfecho de la actividad y celo con que le servia, necesitaba esplayar el torrente de sus sentimientos benévolos, y queria hacerlo sin que pudiese oirle el alcaide del alcázar, ni persona alguna de las que estaban á su servicio. Don Juan Pacheco le esperaba, y le tenia preparada la mas agradable sorpresa. En su gabinete reservado habia puesto sobre una mesa el dinero que prestaba al rey, el cual en el momento de entrar, quedó deslumbrado.

—¡Calla! esclamó. ¿Y eres tú el que dices que estás pobre?

—¡Ay, señor! contestó el privado: ese dinero no es mio.

—¿Pues de quién es?

—Vuestro.

—¡Mio! ¿Quién me lo presta?

—El primero á quien he comunicado nuestro negocio, Abraham Señor. Bien os dije que haríamos oro.

—¡Diantre!... ¡Con que Abraham!... Yo le debia ya no sé cuanto. Debe de ser muy rico ese judío.... ¿Y me lleva muy caro?

—Temo que os llevará muy barato. Ved ahí los albalaes, que firmareis cuando lo tengais á bien: el interés queda en blanco, pero segun he llegado á entender, Abraham no quiere exigiros mas de un seis por ciento.

—¡Qué felicidad!

—¡Qué desgracia! digo yo: á éste habrá que pagarle su renta sin que le falte una blanca. ¡Oh! se conoce que es muy pájaro el tal Abraham.

—¡Calla, hombre, por Dios! Estoy contentísimo. Si no fueras quien eres te nombraba ahora mismo mi tesorero.

—Con tal que me dieseis la tenencia del alcázar.....

—No; eso no: quiero darte otra cosa mejor. ¡Diantre! Bien lo mereces. ¿Alcázar quieres? Pues bien: cambiemos dos letras y toma en propiedad Alcaraz. ¿Te parece bien?

—Señor, yo no merezco... respondió con hipócrita modestia el maestre.

—Yo te la doy, tómala, y calla.

—En verdad os digo, señor, que siento en el alma os hayais

adelantado á hacerme esa merced; porque deseaba pediros otra, no para mí, sino para cierto sugeto que conviene mucho atraer á vuestro servicio.

—¿Quién? ¿tu tio Carrillo?

—Mi tio Carrillo es incorregible: á ese vale mas quitarle lo que tiene que no darle; es el único modo de atraerle, y sino á él á sus cosas. Como no duermo, pensando en los medios de fortaleceros, hace dias que, bregando en la cama, me ocurrió la idea de casar á mi hija Beatriz.

—¿Ah? Ya: dijo el rey fingiendo que comprendia.

—Pues, señor: ¿con quién casaré á esta muchacha, me dije, para que resulte de su matrimonio algun provecho á S. A.? Entonces me acordé del leoncillo de Andalucía, Diego Ponce, y calculé que, dándole yo mi hija, y aumentándole vos su estado, tendríamos en él un escelente apoyo para resguardar aquella hermosa parte del reino. Seguro es que con esta sencilla combinacion estaria casi muerto el partido de vuestra hermana en Andalucía.

—Tienes razon. Al menos quedaria muy quebrantado.

—Pues bien: á ese objeto se dirigia la merced que yo deseaba pediros. Pero ya no es posible... como no revoqueis la otra.

—¡Bah! ¡Bah! ¡Qué tontería! Veamos lo que te parece que debo hacer.

—Yo, señor, habia pensado que, dando al jóven conde de Arcos la isla de Cádiz con el título de marqués, habríamos conseguido nuestro objeto.

—Bien, hombre: dispon desde luego el casamiento. Yo mismo escribiré al conde, y le ofreceré, como dote de su mujer, ó como regalo de bodas, el marquesado de Cádiz. Hemos concluido.

—Señor, me abrumais con vuestras bondades, repuso don Juan Pacheco inclinándose profundamente. Al cabo esa merced refluye en beneficio de mi familia, y sentiria mucho que me creyeseis interesado.

—¿Será cosa de que te salgan los colores al rostro á los cin-

cuenta años? No hablemos mas de eso, y vamos á otra cosa. Cabrera no aprueba el negocio de los albalaes: dice que eso me perjudicará mañana, echando sobre mi corona una carga que no podré soportar.

—No quereis creerme. Cabrera nos ha dado chasco á todos: no sirve para el puesto en que le habeis colocado. Si tanta es su prevision, ¿por qué no os propone algun otro medio mas espedito y menos arriesgado para salir de apuros?

—Te diré, D. Juan: Cabrera es honrado y leal. Ya sabes que yo mismo pensé al principio como él. No todos tienen los alcances que tú, y por eso se oponen á tus proyectos.

—Señor, vuestra oposicion no me ofende, porque si alguna vez discutís conmigo, es solo por el deseo de acierto que os anima. Pero cuando otros combaten mis ideas, permitidme dudar de la rectitud de sus miras.

—Sin embargo, D. Juan: por esta vez te prohibo pensar mal...

—Haré lo posible para pensar bien. Pero conozco á Cabrera mejor que vos, y temo que sea demasiado adicto á vuestra hermana.

—Tanto como eso, no: se inclina mucho á la paz, y no dejo de conocer que me convendria transigir con Isabel. Eso de pensar que vamos á encender una guerra desastrosa, cuando yo esperaba vivir tranquilo, no es cosa que me satisface.

—¿Ya comenzais á vacilar? Pues bien, declaraos por la paz, y tendreis que hacer frente á vuestra hermana, al rey de Aragon y al de Francia, sin contar con el abandono de todos vuestros grandes señores. Yo creia, señor, que habíais olvidado ya para siempre vuestra política de indecision, que tan cara os cuesta.

—No, D. Juan, no: me arrepiento de lo dicho. Isabel es perjura, es rebelde, ha cometido faltas imperdonables.....

—Y sobre todo la de atentar á los derechos de vuestra hija.

—Dime, ¿y se cree ya que la Beltraneja es mi hija? preguntó D. Enrique bajando mucho la voz.

—La decision con que acuden los grandes á defenderla os contesta por mí, repuso el maestre.

—Es verdad.

—Á propósito, señor: bien sabeis que soy depositario de la sagrada persona de vuestra hija: pronto saldremos de aqui, y no puedo dejarla en el alcázar de Segovia. Si este se hallase bajo mi custodia, seria otra cosa. Es menester trasladarla á Madrid.

—Bien: haz lo que quieras. Yo en eso no me meto.

El maestre apretó los puños y rechinó los dientes con disimulo, al ver que el rey no comprendia lo que él deseaba, que era poseer el alcázar de Segovia.

Don Enrique, antes de separarse de su privado, firmó los albalaes que debian entregarse á D. Abraham Señor, en cambio de su supuesto préstamo, y el maestre quedó en sellarlos y en cuidar de que el tesorero del rey los visase y sentase en sus cuentas.

Andrés de Cabrera desempeñó su cometido, y se hizo cargo del dinero, aunque no sin repugnancia; si bien disimulándola, porque no desconocia que una oposicion declarada podia malquistarle con el rey y asegurar contra él el triunfo de su enemigo. Sin embargo, resolvió en su interior ver al judío Abraham, á fin de prevenir el uso inmoderado que podia éste hacer, en su concepto, de unos documentos tales como los albalaes imaginados por D. Juan Pacheco.

Éste, por su parte, apenas tuvo en su poder los albaleas, dispuso enviarlos al hebreo, y como habia de recibir de él un resguardo que en cierto modo declarase la procedencia del dinero, no queriendo ir él mismo ni llamar á Abraham á su casa, para no despertar sospechas, dió la comision á su hijo diciéndole:

—Vas á ir esta noche á casa de Abraham Señor: le entregarás estos pergaminos, y harás que copie de su letra y firme este pacto que aqui ves. Puede acompañarte Manoférrea, á quien darás á entender que se trata de una aventura galante. Abraham tiene una hija casadera que, segun dicen, es preciosa, y nada es mas verosímil como el que un mozo de tus años la requiera de amores. ¿Me has comprendido?

—Perfectamente.

Llegada ya la noche, D. Diego cargó con los pergaminos y llamó á Manoférrea para que le acompañase.

La casa de D. Abraham era un semi-palacio antiquísimo de construccion sólida y sombría, situado en uno de los barrios menos céntricos de la poblacion. Tenia puertas á dos calles, la una principal y la otra estrecha y tortuosa, que era formada por el costado derecho de la casa y por unos edificios mezquinos de planta baja, que al lado de aquella parecian pobres cabañas al pié de un castillo feudal. D. Diego bajó por este callejon estrecho, y al doblar la esquina, oyó rechinar los quicios de la puerta principal, y retrocedió.

—Alguien sale, amigo Souza, dijó á Manoférrea. Adelántate y mira quien es.

Manoférrea dió algunos pasos, cubriéndose el rostro con su capellar á tiempo que salia de la casa un caballero igualmente embozado y precedido de un criado que llevaba una linterna en la mano. El hidalgo portugués apretó el paso hasta ponerse al lado del caballero.

—¡Haceos allá! dijo éste, cuadrándose con arrogancia; ó vive Dios que me veré obligado á despejar mi camino.

—Id con Dios, señor de Cabrera, contestó Manoférrea saludando al tesorero del rey. No es á vos á quien busco.

—¡Ah! ¿Es decir que buscais á alguno? ¿Será por cuenta de vuestro señor?

—No, que es por la mia propia.

—¡Ea, pues! Buena fortuna, Souza.

—Buenas noches, señor alcaide.

Manoférrea volvió á donde estaba su señor, al cual dió cuenta de lo ocurrido.

—Está bien, le dijo D. Diego: quédate en esta esquina, y está al cuidado, por si acaso te necesito.

—Qué, ¿os vais solo?

—No te inquietes por mí: me esperan.

Sin mas se dirigió D. Diego á la puerta de la casa, y levantando la gruesa aldaba, dió con ella un fuerte golpe. Un criado abrió un postigo para informarse de quien era el que llamaba, y aunque reconoció al jóven marqués de Villena, no le franqueó la puerta sino despues de haber cerrado por precaucion

otras interiores, de las cuales una produjo un ruido estrepitoso de campanillas.

Don Diego entró en un espacioso vestíbulo, en cuyos costados habia puertas que conducian seguramente á los almacenes del rico judío. Allí, con palabras corteses, se le hizo aguardar un rato, hasta que por último se presentó un viejecillo, el cual, haciendo una profunda reverencia, le suplicó le siguiese. Precedido de este guia pasó el marqués por varios corredores angostos, débilmente alumbrados, al cabo de los cuales se detuvo el viejo, y abriendo una puerta forrada de cuero y tachonada de clavos dorados, se perfiló invitándole con la mano para que pasase.

Detrás de aquella puerta estaba el gabinete reservado de D. Abraham: era una estancia cuadrilonga irregular, amueblada con severidad mercantil: armarios de roble sin pintar ocupaban los testeros: en medio habia una mesa colosal sin tapete ni otro adorno alguno, y sobre ella se veian cinco ó seis enormes libros de cuentas forrados de baqueta con cantoneras de bronce, y un gran tintero del mismo metal. Una trípode con asiento de piel y un sillon de talla gótica, semejante á los que vemos en los coros de las catedrales, completaban el mueblaje de esta pieza, cuyo ambiente era templado con esceso por una fogata de leña de encina, que ardía en una chimenea.

Don Abraham se adelantó á recibir cordialmente al jóven marqués.

—Venid, ilustre señor, le dijo: dignaos tomar asiento en mi humilde morada.

Y le condujo al vasto sillon, donde quedó embutido de modo que solo mirando de frente se descubria su persona. El judío se colocó en la trípode al otro lado de la mesa, y apoyándose de codos en esta, esperó con aspecto benévolo que le hablase don Diego.

—Ya sabreis, dijo éste, cual es el objeto de mi venida. Mi señor padre me ha mandado entregaros unos documentos, y arreglar con vos un contrato, del cual traigo la minuta.

—Sí, ya sé de lo que me hablais. ¿Me permitís ver?...

—Tomad, repuso el marqués, sacando de bajo su tabardo un paquete de pergaminos y poniéndolos sobre la mesa.

Don Abraham los examinó uno por uno, anotando de paso en un pedazo de papel las partidas que contenian, y despues que las hubo sumado, dijo:

—Están corrientes. Ahora falta el resguardo: ¿traeis la minuta?

—Aquí está. Ved si os parece bien.

El judío tomó el papel que le presentaba D. Diego, y leyéndolo, vió que decia:

«Yo, D. Abraham Señor, mercader y vecino de esta ciudad de Segovia, declaro que soy en deber al muy ilustre D. Juan Pacheco, gran maestre de Santiago, señor de Escolana, etc., la suma de tres cuentos de maravedís, los cuales me obligo á satisfacerle cuando dicho señor me los reclame, sea en su totalidad ó por partes, con mas los réditos que á dicha cantidad corresponden, á razon de cuatro por ciento al año, y siendo conforme en ello el mencionado, señor maestre de Santiago, me reservo la facultad de abonarle los tres cuentos de maravedís en documentos de crédito contra el tesoro real; pero no así los intereses, que habrán de ser pagados por mí en metálico, segun hemos convenido, etc.»

—Está en regla, dijo D. Abraham. Lo escribiré de mi letra para que haga mas fé. ¿No es asi como lo quiere vuestro señor padre?

—Justamente.

Don Abraham abrió un cajon de la mesa, tomó de él un pergamino en blanco, y se puso á copiar el contrato. Mientras escribia pausadamente, formando las letras con mucho primor, D. Diego se arrellanó en su sillon y guardó silencio. No se oia en la estancia mas rumor que el zumbido de la llama de la chimenea y el pausado chirrear de la pluma del judío.

De pronto, y sin que se percibiese el menor ruido de pasos, apareció ante los asombrados ojos de D. Diego una figura de mujer, que destacándose lentamente de la sombra, hubiérase creido que era uno de esos séres fantásticos é ideales que evoca

el sueño. Era una jóven de tez alabastrina, cuya blancura resaltaba mas á causa de ser sus cejas, ojos y cabellos negros como el azabache: su cuerpo de sílfide estaba cubierto por una túnica de finísima tela de lana de corderos, sobre la cual llevaba una tunícela de seda de color azul claro. Tenia la mirada de la inocencia, limpia y risueña, y sus labios entreabiertos parecian una rosa cuando aspira los primeros besos del céfiro.

Don Diego la miraba fascinado, sin atreverse á dar fé al testimonio de sus ojos, y reprimia el aliento. Ella se adelantó hasta colocarse junto al judío, á quien seguramente creia solo, y conteniendo sus movimientos como para no turbarle en su tarea, inclinó graciosamente la cabeza para mirarle, y quedó por espacio de algunos segundos en esta actitud. D. Abraham alzó casualmente los ojos del pergamino para mojar la pluma, y reparando en la bella aparicion, fijó rápidamente sus miradas, primero en ella, luego en el jóven marqués, y cual si le hubiese tocado una víbora, un estremecimiento nervioso agitó todos sus miembros.

—¡Lia! ¿Qué haces aquí? murmuró el anciano con voz cavernosa.

La jóven miró entonces al sillon, donde el marqués estaba, por decirlo asi, sepultado, y un grito de sorpresa se escapó de sus labios.

—¡Ah! Señor, dijo: creí que estabais solo.

—¡Vete!.... ¡Vete!.... ¡desdichada! barbotó el judío.

—No la despidais asi, D. Abraham, dijo D. Diego levantándose; pues tanta hermosura digna es de ser admirada.

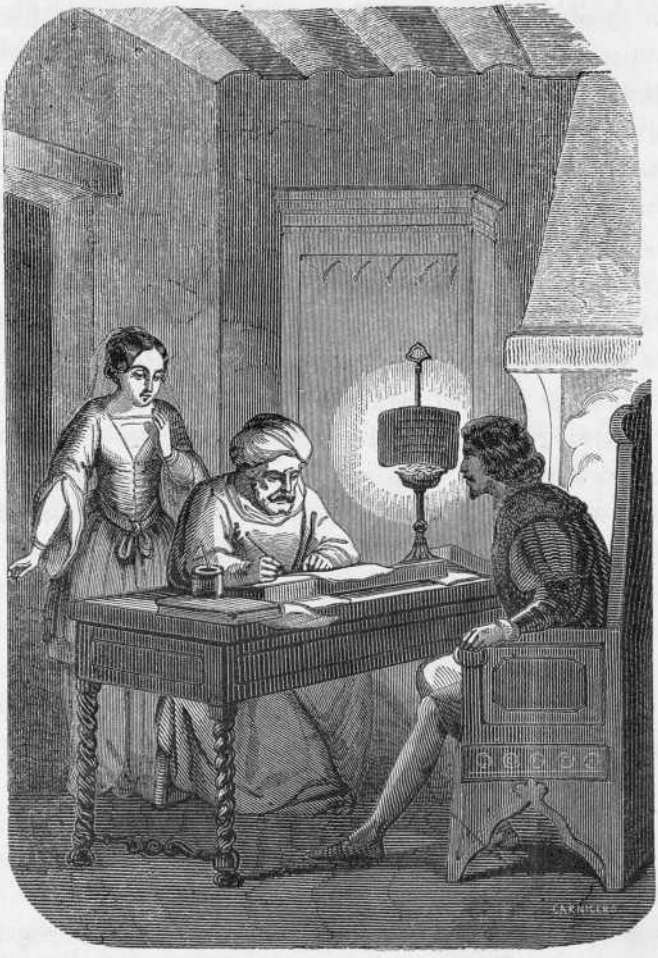
—¡Oh! perdonad, señor marqués, repuso el judío con trémulo acento: es mi hija predilecta..... y sé lo que debo hacer.

La jóven se habia cubierto ya el rostro con un velo que le pendia de la cintura. Hizo, aunque turbada, un gracioso saludo, y se retiró.

—Hermosa hija teneis, D. Abraham. ¡Pardiez que no lo seria mas una princesa!

—Os equivocais; no es tan hermosa como decís.

—¡Oh!... No disputemos. Yo os aseguro que podeis envane-



Don Diego la miraba fascinado.

ceros de tenerla, y que con razon sois avaro de su hermosura.

El judío volvió á tomar la pluma sin responder, y acabó de copiar con mano temblorosa el documento, que entregó en seguida al marqués, apresurándose á despedirle con frases corteses. En seguida tomó la minuta y la guardó con los albalaes.

Don Diego salió á la calle, donde encontró á su fiel Manoférrea dando paseos para desechar el frio.

—Amigo Souza, le dijo: vengo loco de amor. Es la criatura mas bella que ha nacido.

—Lo celebro infinito, señor; aunque sentiré que otra vez no haya para mí algun rincon dentro de la casa; pues he creido helarme.

—¡Bah! ¡Que tal diga un hombre de tus brios!

—No digo mas que la verdad.

—Pues, amigo, no creo que sea esta noche la última. ¡Diablos! ¿No es una lástima que esa muchacha se case?

—Si se casa, tanto mejor para vos.

—No me entiendes. Yo necesito robar esa chica á su padre. ¡Es un asombro!

—Bien, señor: se la robaremos.

Así continuaron hablando mientras se encaminaban hácia el palacio de Villena.

Luego que D. Juan Pacheco recibió el documento escrito por D. Abraham, diz que lo guardó con el mayor cuidado, murmurando:

—No he perdido el dia: con el valor que representa este pergamino he comprado una ciudad, para mí, y un marquesado para mi hija, y aun me queda íntegro el capital, y además los réditos. A este paso puedo adquirir todavía media Castilla con el mismo dinero. Dichoso el que encuentra la semilla de los necios, y sabe sembrarla en tierra fértil.

CAPITULO VII.

Una venganza frustrada.

Don Diego Lopez Pacheco era ciertamente un señor muy poderoso. Aunque jóven, debia tener el orgullo y la dignidad de su clase. ¿Cómo es que se inclinaba tan fácilmente á intrigas amatorias nada delicadas, poniendo los ojos en mujeres, cuya condicion social no podia igualar á la suya, y á quienes no se acercaba sin empañar su pureza?

En el período histórico que venimos bosquejando, la nobleza castellana, salvas muy pocas escepciones, no tenia ideas fijas acerca de lo que constituye la verdadera hidalguía. En vano la naturaleza, siempre propensa á convertir en frutos las semillas que en su fecundo seno germinan, despertaba en los ánimos de aquellos descendientes de héroes, ciertos sentimientos generosos, nobles y elevados: como flores nacidas entre zarzales, apenas brotaban estos bellos atributos del hombre de honor, eran ahogados ó se desfiguraban y perecian. El antojo y la violencia de pasiones nunca domadas, constituian la ley moral de aquellos magnates:

la fuerza brutal, la astucia y la perfidia, sus medios de accion. Solo se creia pequeño y menguado aquel que no osaba atropellarlo todo hasta lograr sus fines. El orgullo, esa pasion noble, que, bien conducida, es la fuente del pundonor y hasta del heroismo, era entonces un turbio manantial de osadía y desenfreno: el que habia nacido grande, se conceptuaba autorizado para hacer gala de todos los vicios.

Hemos visto al jóven D. Diego pagar generoso tributo á los impulsos espontáneos del corazon: á medida que el jóven se hacía hombre, la savia de las virtudes se desecaba en él, consumida por el estío de la vida en el árido arenal de una sociedad disoluta. Pasarán años: una mano laboriosa plantará las semillas del honor en el campo desierto, arrancando con energía la mala yerba, y el noble caballero se alzará como el cedro, adornándose con las galas propias de su calidad.

Entre tanto D. Diego era lo que la fatalidad de su época queria que fuese.

Vió á Jarifa, y la deseó: el recato de la jóven mora enjendró en él sentimientos, aunque vehementes, delicados y puros. La encontró accesible á sus ruegos, y la despreció como á una flor deshojada.

Vió á la interesante Lia, y necesitó profanar la pureza de su alma. Pero no era fácil penetrar en la fortaleza que un padre celoso habia levantado para defender la inocencia de su hija. D. Diego repitió con frívolos pretestos sus visitas á D. Abraham, sin que volviese á ver la bella aparicion que tanto le habia fascinado. Y como quiera que un señor poderoso sea en todos tiempos semejante á un niño mal criado; es decir, obstinado y terco siempre que encuentra alguna oposicion á sus caprichos; y como Lia fuese además un juguete demasiado lindo para que un jóven noble pudiese renunciar á ella, nuestro marqués redobló sus esfuerzos en la misma proporcion que sentia contrariada su voluntad, y mil veces juró en el fondo de su corazon trabajar sin descanso hasta poseer aquella codiciada perla.

Pero pasaban dias. El maestre de Santiago, habiendo reuni-

do gran cantidad de dinero, con que de todas partes contribuian los ricos y en particular los judíos en cambio de los albalaes en blanco librados por el rey, habia marchado con éste á Madrid, acompañando á la reina doña Juana y á su hija, que debian quedar bien guardadas en el alcázar de aquella villa, para poder abrir luego con mas desembarazo la campaña que se preparaba contra doña Isabel y su esposo. D. Diego quedó en Segovia con una fuerza respetable, á fin de apoyar al alcaide en caso necesario, segun se dijo; pero en realidad para vigilar su conducta y mantener, si fuese necesario, la ciudad en la obediencia del rey.

El jóven marqués, sin embargo, no tanto se cuidaba de su importante cometido, cuanto de visitar á D. Abraham de dia y rondarle la calle de noche: ningun suceso venia en ayuda de su liviana esperanza, mas por lo mismo que nada alcanzaba, ofendíase su orgullo y cobraba mas dureza su obstinacion. Con esto crecian los recelos del judío, el cual comenzaba á mirar con ódio al perseguidor de su hija.

Una tarde, por este tiempo, llegó á Segovia el rabí D. Abiabar, y fué á hospedarse, como solia, en casa de su cuñado Abraham. El rico mercader no tenia secretos para el hermano de la que fué su esposa, ni á sus miradas se ocultaba el tesoro de hermosura en quien ponia su amor y su dicha.

—Bien venido seas, Abiabar, le dijo, saliendo á recibirle, y dándole los brazos.

—¡Salud, hermano! le contestó el gran sacerdote con acento grave.

—¿Qué tienes, Abiabar? La pena que aflige á tu corazon, ¿no ha sentido alivio?

—Mis penas, Abraham, son irremediables: el averno se complace desencadenando sus iras contra mí, y solo me da para consuelo sus armas de esterminio, que mi corazon aborrece. ¿Dónde está tu hija?

—¿Por qué me lo preguntas? Mi hija vive la vida de los ángeles. ¿Quieres verla?

—No: déjala en paz hoy; porque mi vista la causaria alguna desgracia. Retirémonos á tu aposento reservado.

Los dos judíos se retiraron á la habitacion que antes hemos descrito, y habiendo cerrado la puerta, dijo Abiabar:

—Hermano: te he preguntado por tu hija. ¿Es cierto que se han fijado en su hermosura los ojos impuros de un magnate enemigo de nuestra ley?

—Es cierto.

—Y sabes que ese hombre pertenece á una raza que marchita con su aliento envenenado todo lo que toca.

—No ignoro que tienes de él justas quejas. Sin embargo, la flor que yo guardo no estará jamás al alcance de su aliento. Lia no seguirá el camino de Jarifa.

—No lo seguirá, prorumpió Abiabar, contrayendo sus duras cejas, porque yo pondré asechanzas al lobo para que no entre en el redil de la oveja: no lo seguirá, porque el seductor, el asesino de Jarifa está condenado por el tribunal de Israel.

—¿Cómo condenado? ¿Y qué tribunal puede condenar á un señor tan poderoso?

—¡Ah!... Me olvidaba de que hablo con un ser tímido que ninguna participacion tiene en los destinos del pueblo escogido de Dios. Abraham, tú entiendes de comprar y vender, y eres ducho en préstamos y cobranzas; déjame á mí velar por tu honra del modo que me cuadre.

—No hables de mi honra cuando piensas en tu venganza. Yo me basto para guardar mi honra.

—¿Lo crees así?... Abraham: no hay nada seguro para esa raza, que á todo atenta y todo lo atropella. Óyeme, y guarda mis palabras con siete sellos en tu pecho. ¿Te acuerdas de Mendo Alerce? Aquel honrado menestral tenia una hija: un bandido, amigo de esa familia, el rico-hombre de Hinestrosa se la robó, y la entregó luego al poderoso marqués. El marqués quiso entregarla al príncipe D. Alonso para precipitar la muerte de éste. ¿No recuerdas una partida de caza en que estuvo á punto de perecer?

—Sí, la recuerdo. ¿Y fué el marqués?

—El marqués. Sabes que luego el príncipe murió: pero ignoras quien le envenenó.

—¿Quién?

—El marqués. Has presenciado los vergonzosos juramentos del rey, sus mas vergonzosos perjurios, su indecision constante, su impotencia y su descrédito. ¿Sabes de quién son obra?

—¿De quién?

—Del marqués: del mismo que prepara la ruina del reino; del que pretende arrojar al cieno una corona, para luego recogerla y ceñirla á las sienes de su hijo; del que atenta contra el honor de la mujer mas pura, de la intachable Isabel, y del que por último, acaso conspira en este momento contra nuestras haciendas y vidas.

—Es terrible lo que me dices, Abiabar. Pero ese hombre ha depositado en mí su confianza. Los capitales que en mi nombre se han prestado al rey, son suyos.

Una sonrisa infernal movió los labios de Abiabar.

—Ya lo sabia, dijo: el maestre quiere hacerse mas poderoso, tal vez á costa tuya. Tú eres responsable de ese dinero, que probablemente no cobrarás jamás.

—¡Oh! Eso no; porque le devolveré sus cédulas: con ellas le pago.

—Allá veremos. Pero ya te he hablado del padre: déjame que te hable del hijo. El viborezno ahora empieza á morder: entró en mi casa; emponzoñó el honor de la que era mi único bálsamo de felicidad, é infiltró en su seno la muerte.

—¡Oh! ¡Pobre Jarifa! ¿Nada has sabido de su destino?

—Nada sé que no me revele su fin desastroso. Pero aun conservo alguna esperanza de que vive. Abacuc me traerá esta noche noticias, y por cierto que ya tarda.

—No esperes imposibles, hermano. Si Jarifa viviese, estaria contigo ó conmigo.

Abiabar meneó la cabeza como quien reflexiona, y ocultando una lágrima, repuso:

—Es verdad.

Á este tiempo sonó el ruido de campanillas, que anunciaba la llegada de alguna persona.

—¿Será Abacuc? dijo Abiabar. Si acaso es él, déjanos solos, hermano.

El astrólogo apareció en la puerta de la estancia. El mercader saludó y se retiró á otro aposento.

—¿Qué noticias traes? preguntó el anciano levita.

—Ningunas que puedan serte gratas. Jarifa no existe, y ojalá que nunca hubiera existido.

—Esplícate.

—No he necesitado ir á Sigüenza, como me mandaste. Los informes que me han dado del paje Lucilo, varios criados del obispo Mendoza, que he encontrado cerca de Guadalajara, bastan para convencer á cualquiera de que ese jóven nada tiene de comun con Jarifa.

—¿Y te has fiado de informes?

—Sí: escúchame. Lucilo es un mozo pendenciero y bullicioso, que en quince dias ha roto la cabeza á tres halconeros del obispo, ha dado veinte bofetadas á otros tantos escuderos y palafreneros, y ha desafiado á todo un hombre como D. Gutierre de Cárdenas, que acertó á pasar un dia en el palacio episcopal de Sigüenza, solo porque le dijo que tenia cara de niña. Si estas señas concuerdan con las de Jarifa, iré á buscarle todavia.

—¿Pero no le has visto?

—No, porque merced á sus hazañas, está castigado de órden del obispo en el castillo de Almazan, donde hace el servicio de armas, para el cual, es á lo que parece, mas adecuado que para llevar sotana. Si estas noticias no te convencen, oye otras que te aclararán mas el misterio.

—Habla.

—Volviendo ayer de mi correría, pasaba por la márgen izquierda del Adaja, cuando ví sentado junto al camino un mendigo que me pidió limosna. Tenia en la mano un pergamino escrito y muy ajado, cuyos caractéres hebreos fijaron al punto mi atencion.-¿Sabes leer eso? le pregunté. Y me contestó:-Ay, señor: si yo fuese tan sabio que supiera leer, no pediria limosna. Tomadlo, si lo quereis y os hace al caso, pues yo no entiendo nada de esos garabatos.-Tomé el pergamino y le dí un real de plata, con lo que se fué muy contento, y yo seguí mi camino descifrando lo escrito, que estaba muy borrado por las lluvias.

Á las pocas palabras que leí conocí con asombro que era una carta de Jarifa.

—¡Es posible!

—Volví atrás, alcancé al mendigo, que como él iba á pié y yo á caballo, no me fué difícil, y le pregunté por la procedencia del pergamino.—Buen señor, me dijo, señalándome un ribazo á orillas del rio: buscando unas yerbas para alimentarme, hallélo en aquel recuesto.

—Pero esa carta..... ¿Dónde está?

—¡Vedla aquí!

Abacuc sacó un pergamino muy arrugado y manchado de lodo, en el cual habia trazadas, en efecto, letras hebreas, descoloridas y borrosas, como si el agua las hubiese azotado mucho tiempo. Abiabar lo tomó, y reconociendo la mano de Jarifa en aquellos caractéres, se estremeció de emocion.

Lo escrito decia así:

«Al rabí D. Abiabar, príncipe de los sacerdotes.—Si llegan á «vuestras manos estas letras, que confio á la providencia de «Dios, no me maldigais, mi respetable amigo. He sido débil «tres veces: primero dí mi amor á quien no lo merecia: des«pues le confié vuestro secreto: ahora, por último, no tengo va«lor para sobrevivir á la perfidia del que me juró eterna fé. «Muero, y os lego mi venganza, que es al mismo tiempo la sal«vaguardia de vuestro pueblo escogido. Adios, Abiabar, hasta «la eternidad.»

Las mejillas de Abiabar se habian tornado mas blancas que su plateada barba. Sus ojos despedian fuego.

—¡Ah! ¡La desdichada! esclamó: ¡se ha perdido y nos ha perdido á todos! ¡Le confió nuestro secreto! ¡Es decir, que D. Juan Pacheco sabrá ya que le engañamos, y estará preparando nuestra ruina! Abacuc, estoy decidido á jugar la vida. El asesino de Jarifa debe morir. ¿Están avisados todos nuestros amigos?

—Para eso acabo de recorrer la comarca: bien lo sabes.

—Marchemos, pues: no les hagamos esperar.

Los dos jefes de la *Perpétua Noche* se despidieron de don Abraham, que acostumbrado de mucho tiempo á las salidas noc-

turnas de Abiabar, no estrañó nada, si bien sospechaba que su cuñado tenia parte en algun conciliábulo secreto.

Una hora despues la tenebrosa sociedad celebraba una de sus asambleas parciales en el magnífico subterráneo próximo á Segovia, que ya conocen nuestros lectores. Los miembros allí reunidos eran los mas notables por su fanatismo y arrojo. Abiabar les arengó, recordándoles sus tremendos deberes y haciéndoles saber que un traidor se habia introducido en la hermandad, y era necesario estirparlo. Todos los congregados espresaron su indignacion, ofreciéndose á sacrificarse por la causa comun. Entonces el gran maestre mandó á su ayudante Abacuc echar suertes para el nombramiento de cinco esterminadores.

Abacuc sacó de una bolsa de brocado cinco bolas, en que habia escritos otros tantos números, y los fué publicando en alta voz. Los sócios á quienes correspondian aquellos números se iban levantando, segun los oian pronunciar, y se acercaban á la mesa.

Terminado el sorteo, Abiabar declaró disuelta la asamblea, citándola para otra noche, y llevando consigo los cinco individuos nombrados al gabinete negro, les dijo:

La hermandad pudiera castigar en su recinto al culpable, pero esto comprometeria seguramente á nuesrros hermanos: debeis buscarle fuera de aquí, espiarle, y aprovechar el momento para herirle.

—¿Su nombre? preguntó uno de los conjurados.

—El marqués de Villena.

Todos retrocedieron espantados al oir este nombre.

—¿Acaso le temeis? Pues bien, dejadle vivir, y él os esterminará á vosotros y á vuestros hijos.

—No le tememos, no, dijo otro de los sócios. Yo sé donde puedo encontrarle, y esta noche quedarán cumplidas tus órdenes.—Y volviéndose á sus compañeros añadió: Seguidme.

Abiabar los miró salir, diciendo para sí:

—¡Oh! Por ella hubiera yo podido ahogar mi ódio y darle el imperio sobre mi pueblo. Pero él ha sido perjuro y me ha robado mi dicha. Perezca, y comience con él el esterminio de su raza.

—¿Qué piensas, Abiabar? le dijo Abacuc acercándose. Vas á satisfacer tu venganza; pero no evitarás nuestra ruina.

—La ira de D. Juan Pacheco solo puede caer sobre mí; pero su cabeza guarda la mia. Quiero aterrar al coloso que á todos hace temblar, y lo aterraré porque él no conoce á sus enemigos.

—Luchará contra todos los hijos de Israel.

—¿Y qué importa, si no podrá con toda su grandeza, anonadar á la hormiga que haya de clavarle el aguijon? ¡Ay de él, si se moviese contra nuestro pueblo!

Los dos jefes se retiraron lentamente hácia Segovia.

En aquellos momentos D. Diego Pacheco estaba disponiéndose para salir de su casa con gran sigilo, y solo acompañado de su fiel amigo Souza. Era ya cerca de media noche, y la oscuridad intensa y el frio glacial dejaban desiertas las calles. En aquella época no se conocian el alumbrado público ni la vigilancia nocturna permanente, que solo era suplida por alguna ronda, y así es que todo el mundo se retiraba á sus casas al anochecer para evitar malos encuentros de matones y rateros.

Solamente los enamorados galanes arrostraban la osadía de los malhechores, y muchas veces contribuian con ellos á turbar el reposo de los pacíficos habitantes.

Don Diego, á tales horas en la calle, debia de ser clasificado necesariamente en una de estas dos especies de ciudadanos intranquilos. Hablando en voz baja con Manoférrea, y siendo ambos invisibles en medio de las tinieblas, se encaminaron hácia la casa de D. Abraham, y entraron en el callejon donde estaba la puerta lateral de la misma.

—Veo la seña convenida, dijo el jóven marqués mirando á una ventana que habia sobre aquella puerta, y en la cual se veia luz. Raquel me cumple su palabra.

—Pues bien, señor: ya que para vos hay hospitalidad, bueno será que esa vieja hebrea me permita estar á cubierto. Aquí corre un cierzo que no puede sufrirlo el mismo diablo.

—Ya veremos el modo de arreglar eso, camarada.

—No hay mas arreglo sino que cuando os abra la puerta, me cuelo yo bonitamente, y si quiere echarme, la ahogo.

—Es un medio muy espedito para que los dos quedemos en la calle. ¿Pero no has oido? Suena la cerradura. Acerquémonos.

—Aguardad, señor. Vos no atendeis mas que á vuestro negocio. Yo veo algo mas.

—¿Qué pasa?

—Mirad aquellos bultos: me parece que nos observan.

Con efecto, acababan de aparecer en un estremo de la calle dos embozados, los cuales avanzaban lentamente hácia nuestros conocidos.

—Sigamos pausadamente la calle arriba, dijo D. Diego, y dejémosles pasar: no conviene que nos vean entrar.

Y uniendo la accion á la palabra, comenzó á seguir la direccion indicada.

—Por ahí vienen otros, observó Manoférrea. ¿Nos habrá tendido algun lazo la vieja Raquel?

—Empuña, y sea lo que quiera, repuso el marqués medio desenvainando su espada.

Pocos momentos despues nuestros dos aventureros se encontraron con los que bajaban: eran tres: dos de ellos tomaron las aceras, mientras el otro se plantaba en frente de D. Diego, y vibrando un largo puñal, le asestaba rápidamente un golpe al pecho, sin hablar palabra. El arma mortífera se embotó en la cota de malla que llevaba el caballero, el cual, dando un salto atrás, sacó su espada y se puso en defensa. Manoférrea quiso acudir á socorrer á su señor, pero en el mismo acto se sintió acometido por la espalda: eran los dos primeros embozados que llegaban en ayuda de los segundos.

—Unámonos, amigo Souza, y demos fin de esta canalla, dijo el marqués formando semicírculos con su tajante espada.

—Unámonos por las espaldas, señor, que por ambos lados nos acometen, repuso Manoférrea.

Y corrió á ejecutar su pensamiento, á fin de hacer frente por una y otra parte á los enemigos: pero antes que pudiese colocarse en su puesto, saltó en medio de los dos uno de los que habian tomado las aceras, descargando á Souza una puñalada que le penetró en las carnes.

—Seguidme, señor, gritó Souza, ocupando de un brinco el lugar que acababa de abandonar su contrario. Ganemos la pared...

Al mismo tiempo descargó tan tremendo tajo sebre la cabeza de otro que le disputaba el puesto, que se la abrió, haciéndole caer al suelo casi sin vida.

—¡Uno! esclamó con feroz alegría el hidalgo portugués.

Don Diego retrocedió, oblicuando para buscar el apoyo de su compañero. En este movimiento se descubrió un poco por la izquierda, y dos puñales le hirieron á pesar de la cota, uno en el omoplato y otro en el costado.

—¡Ira de Dios! gritó el jóven acabando de apoyarse en la casa de Abraham. Ahora vereis, miserables asesinos, que no os vale ser muchos.

Los cuatro agresores, guardando siempre el mas profundo silencio, concentraron tambien sus fuerzas, inclinándose al lado de D. Diego, tanto para acabar con él, cuanto para esquivar los certeros golpes del tremendo Souza, que los mantenia sin tregua á la distancia que alcanzaba su espada. El jóven magnate, á pesar de sus muchos brios, se veia cerrado á cada momento por sus contrarios, cuyo arrojo parecia desesperacion.

—Ve cediendo, Souza, ve cediendo... Salgamos á lo ancho, dijo sin dejar de defenderse.

Manoférrea conoció la intencion de su señor, que era ganar campo ancho donde poderse manejar, y comenzó á proteger su retirada, deslizándose á lo largo de la pared. Este movimiento les condujo hasta la puerta, cuya cerradura oyeron sonar en el momento de su llegada. Los asesinos redoblaron sus esfuerzos para acorralarlos en aquel estrecho hueco, donde les era mas difícil manejar las espadas con desembarazo.

—¿Pero qué quieren de mí estos demonios? dijo con rabia el marqués.

—Tu vida, murmuró uno de los asesinos, asestándole una puñalada que le rasgó la cota, y le hirió aunque no de gravedad.

Don Diego sintió que le faltaba el apoyo de la espalda; bus-

có la puerta con la mano izquierda, y conoció que estaba abierta. Cediendo entonces al natural deseo de salvarse, describió un semicírculo con su espada, y tirando al mismo tiempo de Manoférrea, entró con él rápidamente en la casa y cerró la puerta con violencia.

Una ronda apareció en aquel momento en la esquina de la casa. Los asesinos corrieron hácia donde habia quedado tendido su compañero. Uno de ellos intentó llevársele, pero siendo esto imposible por la premura del tiempo, le puso la mano sobre el corazon, y advirtiendo que aun latia, le hundió su puñal por el mismo sitio y escapó. Cuando llegaron los de la ronda, solo encontraron un cadáver en el lugar de la refriega.

Entre tanto D. Diego buscaba á tientas en la oscuridad alguna entrada que le condujese á lo interior de la casa, cuando oyó la voz de una mujer que desde un rincon le decia:

—¡Oh! ¡señor, por piedad! estaos quedo y no hagais ruido: no me perdais.

—¡Ah! ¡maldita vieja! ¿Dónde estás? Tú nos has vendido.

—Señor, os juro por lo mas santo que no he pensado mas que en serviros. Pero ese maldito lance ha debido alarmar á mi dueño, y es menester que salgais, no sea que os encuentre aqui.

Don Diego, guiado por la voz de la vieja Raquel, llegó hasta ella, y la cogió de un brazo.

—¿Salir de aquí? dijo. No puede ser. Estoy herido y necesito que me cure tu señora.

—¡Santo Dios de Abraham! Eso es imposible.

—Guia sin demora, ó te ahogo, vieja harpía. Si haces lo que te mando, tendrás veinte ducados mas sobre los que te he prometido.

—Pues bien, señor: seguidme, pero si mi dueño os descubre, no le reveleis mi culpa.

—Nada temas.

Raquel condujo á D. Diego hasta una cámara inmediata al aposento especial de Lia, y dejándole descansar en un sillon, se retiró por una puerta interior.

Lia estaba levantada, y habia presenciado parte de la lucha entre D. Diego y sus agresores.

—¿Qué ha sido eso, mi querida Raquel? preguntó saliendo al encuentro de la vieja.

—¿Qué ha de haber sido, mi querida señora? la contestó Raquel. Han intentado asesinar á un magnífico señor; y no sé como ha conseguido introducirse en casa, merced á lo cual se ha salvado.

—¿Es posible? Le habrás abierto tú la puerta.

—¡Yo abrirle! No por cierto. Pero habiendo entrado, y hallándose herido, era forzoso prestarle algun auxilio.

—¿Y dónde está?

—¡Oh! No os alarmeis, mi querida señora. Contando con vuestro buen corazon le he conducido á ese aposento inmediato. ¿Quereis verle? Vamos, venid. Es un jóven tan interesante.....

—¡Qué imprudencia! Si mi padre le viese..... ¡Oh! Es menester que se vaya pronto.....

—Eso es: y que acaso se muera por vuestra causa.

—¡Ay! no: en ese caso, lo mejor es avisar á mi padre.

—Venid. Si él quiere le avisaremos. Además, vos le persuadireis mejor para que se vaya, si puede.

Lia, en parte movida de compasion y curiosidad, en parte impulsada por Raquel, salió á la estancia donde aguardaba don Diego.

—Caballero, dijo la jóven, turbada al reconocerle; no puedo permitir que esteis en mi aposento. Si, como presumo, sois amigo de mi padre, le pasaré recado.....

—Hermosísima Lia, contestó D. Diego; lo que vos dispongais, eso será de mi agrado. Pero si quereis complacer á un hombre, que por vuestra causa está herido, me permitireis hablaros á solas un momento: despues haré lo que me mandeis.

—¡Herido por mi causa! esclamó la jóven, abriendo desmesuradamente sus magníficos ojos negros. ¿Cómo puede ser eso?

—Si os dignais escucharme.....

—¡Oh! Sí; pero antes debeis pensar en curaros.

—No son graves mis heridas; apenas sale sangre de ellas. Otra mas honda me aflige, que solo vos podeis curar.

Diciendo esto, D. Diego hizo seña á Raquel para que se retirase. La vieja hebrea obedeció al momento.

—¡Otra herida! esclamó Lia. No os comprendo.

—Acercaos, bellísimo ángel, y me comprendereis, dijo don Diego levantándose. Y tomando una mano á la jóven, la aplicó sobre su corazon, y añadió:-La herida mas profunda que me mata, la han abierto vuestros divinos ojos, Lia, y está aquí dentro. ¿No sentís brotar la sangre á borbotones? ¿No percibís el ardor de la fiebre que me devora?

—¡Oh! ¡dejadme! ¡dejadme, caballero! murmuró la jóven temblando. Yo no sé de que me hablais... Ni debo saberlo... Dejadme y salid, ó llamaré á gritos, para que venga mi padre.

—Llamadle, pues, ingrata, y me matará, ó tendré que matarle.

—¡Dios mio! ¡Qué decís!

—¡Lia! ¡dulce amor mio! Tranquilizaos, y tened compasion de mí. Yo os adoro desde que aparecisteis á mis ojos como una sílfide aérea que desciende de las nubes para consolar á los mortales. Yo no vivo sino para vos: por respirar el aire que os rodea, por gozar del ambiente de vuestra morada, he venido esta noche, como otras muchas, á colocarme al pié de vuestras ventanas. Ahí me han acometido unos asesinos, con tanta fortuna mia, que á su agresion debo la dicha de contemplaros un momento. ¡Ah! hermosa Lia, ¿me habré refugiado aqui para encontrar segura y mas amarga la muerte en vuestra crueldad?

—¿Pero de qué me acusais? repuso la inocente jóven. ¿Qué puedo hacer por vos? ¿Estais herido? Llamaré á mis mujeres para que os curen. ¿Temeis que mi padre os vea? Yo tambien lo temo: idos, pues: los asesinos han huido, ya no correis peligro ninguno.

—¿Es posible, Lia, que siendo tan hermosa, seais tan insensible? ¡Os amo, y me despedís con desprecio!

—No, yo no os desprecio, no dejo de sentir vuestra desgracia.

—Sí, mi desgracia, decís bien: porque lo es muy grande amar como yo amo á una mujer incapaz de corresponderme.

—¡Oh! Caballero. No debo corresponder á ese amor, sino con una buena amistad. Soy la desposada de Benjamin.

—¡Acaso del que ha intentado asesinarme!....

—No, no: Benjamin no está en Segovia, os lo juro; y es incapaz de cometer un asesinato.

En este momento sonó ruido de pasos como de persona que se acercaba hácia el aposento de Lia. Raquel se presentó azorada, diciendo:

—Mi señor viene, huid.

—¡Mi padre! ¡Oh! ¡Salid, retiraos por piedad! esclamó Lia.

Raquel condujo á D. Diego hácia la puerta de salida, pero retrocedió espantada:

—Ya no es tiempo, dijo: está ahí.

—Ocúltale, Raquel, ocúltale, murmuró Lia: que mi padre no le vea.

—¡Venid, venid pronto! dijo Raquel, haciendo entrar al caballero en el cuarto donde antes se habia ella retirado.-Un instante despues entró D. Abraham con una linterna en la mano. El viejo hebreo echó una ojeada investigadora á la estancia, y luego miró á su hija, cuya turbacion no pudo ocultarse á su perspicacia.

—¿Qué es esto, Lia, mi amada hija? dijo. ¿Cómo es que te hallo levantada siendo tan tarde?

—Señor, contestó la jóven con voz balbuciente: el ruido de esa quimera, que acaso habreis oido, me desveló.

—Sí, eso es muy posible; pero despues has podido tranquilizarte. ¿Quién estaba contigo hace un momento?

—Raquel.....

—¿Y nadie mas?

—Nadie mas, señor, repuso la jóven poniéndose encendida.

—Bien está, hija mia. Me permitirás registrar tus aposentos.

—¿Para qué, padre?

—Acabo de encontrar un hombre allá abajo, querida mia, y temo que se hayan introducido ladrones en casa.

—¡Oh! No, por aqui no ha entrado nadie: podeis estar tranquilo.

No culpeis á vuestra hija...

—¡Déjame verlo! prorrumpió el anciano con energía. Si no ha entrado nadie, ¿por qué te opones á que yo me convenza por mis propios ojos?

Y se dirigió sin vacilar hácia el cuarto donde estaba oculto D. Diego. Lia corrió á colocarse entre su padre y la puerta.

—¡No entreis, padre mio! ¡no entreis! esclamó la jóven cayendo de rodillas.

—¡Apártate, desventurada! gritó el anciano fuera de sí. ¡Qiero ver quien está ahí dentro! quiero verlo.

—¡No culpeis á vuestra hija, D. Abraham! dijo D. Diego saliendo. Yo soy el que buscais.

Lia y su padre dieron cada uno un grito; ella de terror, él de rábia.

—Señor marqués, dijo D. Abraham con voz trémula. ¿Qué haceis aquí escondido? ¿No temeis que se os confunda con un malhechor?

—No, D. Abraham; porque quien de tal me calificase, responderia de su acusacion con la vida. Yo he llegado hasta aquí conducido por la casualidad: me acosaban unos asesinos, hallé una puerta mal cerrada, entré por ella, y andando á oscuras he llegado hasta este aposento. El hombre que habreis encontrado es un caballero de mi servidumbre, que no habrá acertado á seguirme. Si estrañais el haberme hallado escondido, os diré, que al sentirse vuestros pasos, vuestra hija, que me mandaba salir, temió que me vieseis en su compañia, y una criada que estaba con ella, me hizo entrar en esa estancia contra mi voluntad. Esto es lo que ha pasado, y puesto que me presento á vos, debeis conocer que no tengo por que ocultarme de un amigo, cuyos auxilios pensaba reclamar, pues vengo herido.

—No necesito que me deis tantas satisfacciones, dijo el anciano con afectada calma. Ya sé que mi Lia es incapaz de cometer una mala accion, y que vos sois un caballero. Venid, pues, conmigo, y os prestaré los auxilios que necesiteis.—Y volviéndose á su hija, añadió:—Tranquilízate, amada mia: no conviene ocultar nada á tu padre. ¡Adios! Vete á descansar.

Dicho esto, indicó á D. Diego la puerta, y salió detrás de él alumbrándole.

La noche siguiente partia de Segovia por el camino de Valladolid una litera cerrada y cubierta con cortinillas. Á su lado marchaba á caballo un arrogante jóven hebreo de veinte años, y delante y detrás formaban escolta doce hombres armados. Dentro de aquella litera iba Lia: el jóven que la acompañaba era su hermano Esaú.

CAITULO VIII.

Donde se confirma el refran que dice: «Hijo de gato caza ratones.»

URANTE algunos dias se habló mucho en Segovia del muerto encontrado por una ronda junto á la casa de D. Abraham. Aquel cadáver era el de un judío de Buitrago muy bien acomodado: tenia el rostro cubierto con una careta de metal, y en sus bolsillos se habia encontrado una chapa de bronce con un número grabado en ella. Estas circunstancias estrañas dieron pié naturalmente á mil conjeturas. Si el asesinado hubiese podido hablar antes de morir, tal vez habria dado algun indicio para saber lo que todo aquello significaba, pero como tenia el corazon atravesado y la cabeza hendida, bajó al sepulcro con sus secretos, y los segovianos hubieron de resignarse, aguardando del tiempo la aclaracion de tan raro acontecimiento.

Pero no cupo la misma resignacion en el ánimo del jóven marqués de Villena, quien apenas oyó hablar de las circunstancias especiales del muerto, creyó comprender de que parte ve-

nia el ataque dirigido contra su persona, y resolvió en su interior, no solo castigar la osadía de sus agresores, sino ejecutar otros actos que hiciesen patente su poderío, y el riesgo á que se esponia quien contrariase sus antojos.

Inmediatamente salió para Madrid, sin aguardar á estar curado de sus heridas: caminó de noche á fin de no ser visto, y aunque llevó consigo una fuerte escolta de caballería, dejó esta gente oculta en uno de los densos bosques, que poblaban en aquel tiempo los hoy pelados campos inmediatos á la villa heróica, y se adelantó hasta el pié de los muros del alcázar, deteniéndose en el paraje donde solian celebrarse las justas y torneos, y que por esta causa se conocia con el nombre de la Tela, que aun conserva. Desde allí envió á Beltran de Souza con encargo de dar aviso al maestre de su llegada, y de pedirle una entrevista secreta.

Una hora despues volvió Souza, y habiendo hablado algunas palabras al oido de su señor, dejó éste su caballo en poder de un escudero que le acompañaba, y se encaminó con el portugués hácia una de las poternas ferradas del viejo alcázar, que daba al campo del Moro. No habia en aquel momento ningun centinela en toda el ala del edificio que miraba al poniente; pues los que, por lo comun velaban en aquellos parajes, acababan de ser relevados.

Manoférrea sacó una gruesa llave y la introdnjo en la cerradura de la poterna, la cual cedió á los violentos esfuerzos del rudo hidalgo, y giró al fin con agudo chirrido sobre sus mohosos quicios de hierro. Tampoco este ruido atrajo la atencion de ningun vigilante: solo las lechuzas y cárabos, que anidaban en los torreones del régio edificio, revolotearon alarmados, dando lúgubres alaridos.

Don Diego se estremeció involuntariamente al sentir el frio húmedo de los subterráneos en que penetraba, y no habria podido dar un paso sin riesgo de perderse y perecer en aquel dédalo de profundas galerías, á no haber acudido en su ayuda una luz macilenta, que á lo lejos se divisaba, y parecia luchar con las tinieblas. Guiado por aquella luz y por un criado de su

padre que la tenia en la mano, anduvo largo rato, atravesando multitud de piezas abovedadas y subiendo escaleras tortuosas, que le inclinaban siempre hácia la izquierda, hasta que por último, comenzó á respirar un aire menos denso, y á pisar aposentos amueblados, aunque desiertos. Diríase que, lejos de hallarse en un palacio real, morada en aquel tiempo de torpes y ruidosos placeres, recorria un inmenso sepulcro abandonado hasta de sus cadáveres.

El guia continuaba subiendo escaleras: D. Diego y su compañero le seguian. Al fin se detuvieron en una pequeña antecámara, en la cual habia una puerta ojival entornada.

—¿Dónde estamos? ¿Qué aposentos son estos? preguntó el jóven marqués á su guia.

—Señor, contestó éste: os hallais en la antigua torre del Norte, donde vuestro célebre antecesor D. Enrique de Villena tenia su estudio: esta es la parte mas solitaria y apartada del alcázar.

—Y la mas medrosa tambien, si es verdad, como cuentan, que mi ilustre antecesor tenia pacto con el diablo. ¿Y para qué me conducís á este sitio?

—Señor, vuestro padre está ahí dentro, y me ha mandado traeros á su presencia.

—Ya: ¡mi padre está aquí! Bien.-Oid, Souza: quedaos en esta pieza por si os necesito.

Dichas estas palabras, D. Diego empujó la puerta y entró en un aposento cuadrado, que mas parecia el laboratorio desmantelado de un alquimista, que la estancia de un magnate. Don Juan Pacheco estaba sentado en un antiguo sillon de roble, junto á una mesa enorme, cuyo tablero, negro por el tiempo y el uso, presentaba en varias partes manchas rojizas, que parecian producidas por el contacto de líquidos corrosivos vertidos en el. Á su lado se hallaba en pié y en actitud respetuosa el astrólogo Abacuc, cuya presencia en aquel sitio sorprendió al jóven de una manera poco agradable.

—Acércate, D. Diego, dijo el maestre, viendo que su hijo se detenia. Nuestro amigo Abacuc sabe ya, segun presumo, el objeto de tu venida, y merece nuestra confianza.

—Señor, contestó D. Diego; á nadie he revelado el objetode mi venida, pues para que sea mas reservado, no he querido confiarlo á una carta. De modo que, si Abacuc lo supiese, desde ahora le proclamaria el hombre mas sábio del universo; y he de hacer una prueba para ver hasta donde alcanza su penetracion en el arte de adivinar.

—Estoy pronto á serviros en lo que dependa de mí, dijo Abacuc.

—Pues bien, hacedme el obsequio de retiraros á donde no podais oirme, y no os alejeis mucho, porque luego os consultaré.

Abacuc hizo una reverencia y salió de la estancia. D. Diego le acompañó hasta la puerta, y llamando á Manoférrea, le dijo:

—Guardad esta entrada, Souza, y cuidad que nadie se acerque á diez pasos de distancia.

En seguida cerró la puerta por dentro, y fué á sentarse en otro sillon cerca de su padre.

—Cosa grave es la que te trae, D. Diego, dijo el maestre; pues tantas precauciones tomas. ¿Habrá llegado el dia de que seas prudente y cauteloso, como tu padre te aconseja que seas?

—Ha llegado el caso de que mi cabeza ayude á la vuestra para la seguridad de entrambos.

—¡Gracias á Dios que empiezas á tener juicio! Veamos: ¿de qué se trata?

—Señor, se ha intentado asesinarme.

—Lo sé, y voy viendo que la ciencia de Abacuc saldrá triunfante de tus pruebas.

—¿Os lo ha contado él?

—Sí; me ha dicho que, mientras andabas en nuevos devaneos, te han acometido cinco asesinos. Esos son tropiezos de una juventud loca como la tuya.

—Me parece, señor, que veo fracasar la ciencia de vuestro astrólogo. ¿Sabeis á qué categoría pertenecen mis asesinos?

—Siempre serán hombres pagados por algun amante celoso, ó amigos suyos.

—Son agentes de la *Perpétua Noche*.

—¿Qué?... ¿Cómo es eso?

—Uno de ellos quedó tendido en el lugar de la refriega, sus cómplices le remataron de una puñalada en el corazon, seguramente para evitar que hablase: su rostro estaba cubierto con una máscara que vos y yo conocemos; era judío de los que no se compran con dinero para cometer un asesinato, y en sus bolsillos se encontró la contraseña de metal que solo usan nuestros consócios.

—¡Hola! Eso es grave. Pero bien pudo ser casualidad que entre tus agresores se hallase algun miembro de nuestra sociedad. Abacuc nada me ha dicho acerca de esas notables circunstancias.

—Ya veremos si alcanza su ciencia á descifrar ese misterio. Entre tanto, yo creo que el golpe viene de la *Perpétua Noche*, pues seria demasiada casualidad que todos mis asesinos llevasen máscaras, y guardasen el mas profundo silencio. Señor, ese atentado debe servirnos de aviso: tratamos con gente falaz y pérfida, que puede querer nuestra perdicion.

—No creas que me fio mucho de ellos, D. Diego. Sin embargo, advierte que tu conducta con esa gente es algun tanto provocativa, sin conocer que su índole rencorosa puede precipitarlos á la venganza. No hace mucho tiempo cometiste la torpeza de enamorarte de aquella Azhuma ó Jarifa, ó como se llamase, á quien, segun he llegado á entender, abandonaste despues... No te culpo de esto: pues tenia que suceder así necesariamente. Pero aquella muchacha era el ojo derecho de Abiabar, el cual debe de estar quejoso de tí. Ahora vuelves á tus devaneos, y pones tu aficion en otra muchacha de esa maldita raza, que es el ídolo de su padre, y sobrina del mismo Abiabar. Estas cosas nada valen, consideradas en sí mismas; pero son imprudencias, que esplican fácilmente tu aventura como resultado de un ódio personal.

—Convengo con vos en que puede haber sido poco prudente cobrar aficion á esas jóvenes de vil ralea: os hablo como hijo, y reconozco mi culpa. Pero ¿os parece que debemos dejar pasar sin correctivo esos atentados contra mi persona, que segura-

mente son amagos de mayores y quizás mas certeros ataques?

—¡Oh! No, de ninguna manera: si el leon consiente que le pisen los osos, mañana le acocearán los asnos. Pues no faltaba mas, sino que nos dejásemos intimidar por esa gentecilla ruin. Lo que tú has hecho no merece mi aprobacion; pero bien mirado, es demasiado honroso para esa canalla, y debieran agradecértelo, en vez de atentar contra tu vida. ¡Cuidado con eso! yo les ayudo por la cuenta que me tiene; pero si se me declaran contrarios, ya sé como se les debe tratar: palo de ciego en ellos, hasta que se amansen y besen la mano que les castiga.

—Soy de vuestro mismo parecer.

—Pues bien: ¿has concebido algun plan? Veamos.

—Á proponéroslo he venido. En mi sentir, es preciso mostrarles á un tiempo que tenemos poder para destruirlos y para protegerlos: así conocerán que no son nada sin nuestro apoyo.

—Bien pensado; pero, esplícate, á ver si estamos acordes en lo que conviene hacer.

—Yo, señor, promoveria una sublevacion contra los judíos y los que vienen de su raza en cuatro ó cinco puntos capitales del reino. Esto no es difícil, mucho menos ahora que en todas partes hierve un sordo descontento contra esa gente, con motivo de la escandalosa usura con que han prestado su dinero al rey. A la vez daria órdenes á los gobernadores de las ciudades donde esto hubiese de suceder, para que estuviesen prevenidos, á fin de reprimir el tumulto y proteger á las víctimas. Esto serviria de saludable advertencia á nuestros hombres para hacerlos menos agresivos.

—Me parece muy bien la idea, D. Diego, y te felicito sínceramente por ella. Con mas, que eso puede servirme de mucho para continuar mi obra de demolicion, y reponerme algo en el concepto de las gentes. Yo sublevaré al pueblo contra los judíos, y el rey los defenderá. Es negocio hecho.

—Me alegro de que os agrade mi pensamiento. Ahora voy á esponeros mi plan mas por menor: bastará, en mi concepto, que esa manifestacion se haga en cuatro puntos. Por ejemplo: en Sevilla, Jaen, Toledo y Valladolid.

—Los tres primeros me parecen bien: pero en el cuarto no tenemos bastante influencia.

—No importa: permitidme concluir. En Sevilla contamos con el marqués de Cádiz y con el asistente Diego de Merlo; en Jaen teneis á vuestra devocion al condestable Iranzu; en Toledo hará lo que se le ordene el conde de Fuen-Salida, y en Valladolid estaré yo para promover y reprimir el tumulto, sujetando luego la ciudad con este motivo á la obediencia del rey.

—¿Y te atreverás?....

—¡Oh! Esto es necesario para el complemento de mi plan. En primer lugar, conviene así para que se me tema y respete. En segundo lugar, estando yo allí, daré un golpe de mano que os interesa mucho.

—Veamos: ¿cómo es eso?

—Es indudable que la agresion ha sido promovida por don Abraham Señor: como cuñado que es de Abiabar, tendrá grande influencia en las resoluciones de la *Perpétua Noche*. Abraham es depositario de vuestra confianza, y de vuestros tesoros: si no le atamos corto, su resentimiento puede hacernos mucho daño.

—Todo eso es evidente.

—Pues bien: al dirigir el motin de Valladolid, yo procuraré hacerme de rehenes para que Abraham no se mueva. La cabeza de uno de sus hijos, que es lo que mas ama, nos servirá de fianza. Esaú ó Lia caerán en mi poder, y nuestro amigo Perafan de Hinestrosa se encargará de guardarlos en su castillo de la Calavera.

—Me quitas un gran peso del corazon. ¡Venga esa mano, D. Diego! Mi cabeza va ya muy cansada, pero veo que pronto no me hará falta. Sin embargo, dime: ¿no entra en esa última parte de tu proyecto algo de interés apasionado? Hay que tener mucha cuenta con eso, hijo mio; porque para llevar á cabo empresas como la que has concebido, se necesita primero meter el corazon en una nevera, ó encerrarle con cien llaves. ¿Me comprendes?

—Señor, os he hablado de apoderarme de uno de los hijos

de Abraham: no me importa cual sea de los dos. Pero si la pasion me dominase, no se os esconde que esto seria una garantia de buen éxito.

El maestre se quedó un momento pensativo, meneando la cabeza, y repuso:

—Sí; todo puede ser... Ea, pues: manos á la obra desde ahora. Cabalmente estoy de vacaciones y puedo ocuparme en eso.....

—¿No está el rey en Madrid?

—Sí, hombre: ¿no percibes un rumor de fiesta? El rey se divierte: como tiene dinero, no sabe que hacer para gastarlo pronto, y entre tanto yo no hago nada. Vete, pues, confiado, y espera mi aviso en Segovia.

—Antes de partir, ya que Abacuc me ha visto, necesito enseñarle las uñas.

—Cuidado con eso, mucho tiento, D. Diego, mucho tiento.

—Descuidad. Es menester que esa gente vea venir el golpe para que reconozca la mano que debe lamer.

Don Diego se dirigió á la puerta, la abrió, y dijo al criado de su padre, que dormitaba en un escaño:

—Llamad al astrólogo.

Á poco se presentó Abacuc, dirigiéndo á uno y otro lado miradas recelosas, como la hiena cuando entra en la jaula bajo el látigo del domador.

—Vamos á ver, señor adivino, le dijo el jóven, despues de cerrar la puerta: ¿sabreis decirme de que hemos hablado aquí durante vuestra ausencia?

—Señor, contestó Abacuc: aunque lo sepa, mi deber es ignorarlo.

—Sois demasiado fiel, señor astrólogo: vuestra discrecion no debe ser tan escesiva, que os obligue á callar hasta conmigo mismo.

—Pues bien, señor: ya que lo exigís, os diré que habeis hablado de riesgos y venganzas.

—Poco sabeis, señor adivino. He hablado efectivamente de riesgos, y del modo de conjurarlos. ¿Sabreis, por ventura, á quien amenazan esos riesgos?

—A vos, señor.

—¿Y á quién mas?

Abacuc volvió á mirar alrededor, como si temiese por su seguridad.

—A quien luche contra vos: esto es evidente, dijo.

—Eso es: habeis acertado. Seria conveniente que levantaseis mi horóscopo, para saber si saldré triunfante de esos riesgos que me amenazan.

—Señor: tengo la dicha de haberme anticipado á vuestros deseos, y puedo deciros que el peligro se ha desvanecido.

—¡Ah! El mio. Pero hay otros que atañen á vuestros hermanos. El pueblo israelita pisa sobre un volcan.

—¿Sí?....

—¡Os sorprende la noticia!.... Es muy natural. Sin embargo, nada temais; porque yo tambien tengo mis puntas de astrólogo, y habiendo adivinado que vuestra cabeza no está segura, he consultado los astros acerca de vos.

—¿Y qué os han dicho los astros?

—Me han dicho que vos y vuestro pueblo debereis la salvacion á un señor poderoso, cuyas señas concuerdan exactamente con las mias. Cosa estraña: ¿no es verdad?

—Al contrario, señor, repuso Abacuc recobrando su calma. Vos sois el protector natural de nuestro pueblo.

—Pues bien, allá veremos si soy buen adivino, amigo Abacuc: pronto ha de aclarar el tiempo mi pronóstico. Entre tanto os aconsejo que mediteis mucho sobre el horóscopo de vuestro pueblo. ¡Adios!

Abacuc hizo una profunda reverencia, y se retiró convencido de que D. Diego y el maestre meditaban algun golpe terrible contra él y sus compañeros. Luego que hubo salido, D. Juan Pacheco se levantó, y abrazando á su hijo, esclamó:

—¡Eres un hombre, D. Diego! Tienes ingenio y energía: serás lo que quieras ser.

Poco despues se separaron: el jóven marqués salió del alcázar con la misma cautela que habia entrado, y seguido de Manoférrea bajó al campo del Moro, y montando á caballo partió á reunirse con su gente. Faltaban tres horas para amanecer: en medio del silencio de la madrugada se oian los alaridos de las aves nocturnas y los acordes de la música con que el rey solazaba á su corte disoluta.

CAPÍTULO IX.

El sábado de gloria.

La política doble de D. Juan Pacheco, cuyas miras se dirigian á no dejar al rey sin dificultades con que luchar, tenian en suspenso los proyectos de hostilidad concebidos contra doña Isabel. Pero, mientras ésta desconcertaba los planes del astuto magnate, permaneciendo en una actitud pasiva, que imposibilitaba la lucha, y atrayendo los pueblos á su partido con la dulce magnanimidad de su conducta, la mayor y mas pudiente parte del reino estaba en combustion.

Los grandes señores que habian reunido sus fuerzas, comenzaban á mirar con desagrado una quietud violenta que debia disgustar á sus gentes armadas, y algunos entretenian su ócio haciendo correrías y entradas en los dominios de sus vecinos, é inquietando y robando á los vasallos de Abadengo y á los pacíficos habitantes de los territorios de Franco Alodio, que como mas débiles no podian oponer una fuerte resistencia á sus depradaciones y bárbaros ataques.

Samejante estado de cosas no podia menos de producir un

hondo malestar en el pueblo, cuyos trabajos eran interumpidos contínuamente, cuando no se destruia en pocos momentos el fruto de sus afanes. Los hombres mas vigorosos abandonaban las labores del campo, para tomar una ballesta ó un arcabuz, y bien se agregaban al bando del señor mas inmediato, bien á una partida de bandoleros, ó bien se dedicaban á robar por su cuenta y riesgo, considerando este género de vida mas lucrativo que los ejercicios honrados. Quien mas se resentia de este desórden eran los pobladores de las ciudades, gente pacífica de suyo y poco osada para arrostrar la muerte, los cuales veian paralizadas sus industrias y deprimido su comercio: la miseria corroia lentamente las entrañas de aquel pueblo, y la desesperacion se apoderaba de los ánimos contristados, que al contemplar el horizonte político, no podian percibir sino presagios de largas y funestas tempestades. Para colmo de irritacion en varias poblaciones se habian recibido órdenes del rey para cobrar los impuestos de aquel año, que apenas empezaba, con el objeto de pagar el primer plazo de la deuda recientemente contraida, y á nadie se ocultaba que esta exactitud inusitada en el pago era un pronóstico de nuevos compromisos y exacciones.

En Valladolid se ejecutaba la cobranza con escesivo rigor. El pueblo, como suele suceder, no pudiendo revolverse contra el primitivo autor de sus desgracias, se irritaba contra sus causantes inmediatos.

Era la semana santa, y multitud de aldeanos y gente rústica habian acudido de los pueblos cercanos á presenciar las solemnes ceremonias de la iglesia, que se celebraban en la ciudad. Veíanse entre ellos individuos de feo aspecto y feroz catadura; hombres de mirar atravesado, y barba inculta y revuelta, que siempre andaban en grupos y pandillas de seis ú ocho, y mas parecian facinerosos que labriegos.

Durante la procesion del Viernes Santo, cada vez que aparecia uno de los *pasos*, que en aquel tiempo se representaban por personas, ejecutando á lo vivo los crueles padecimientos del Salvador, aquellos mismos hombres de torva faz prorrumpian en gritos y maldiciones contra los judíos, y el pueblo, conmo-

vido por las patéticas escenas que á su vista pasaban, unia su indignacion á los denuestos de aquella gente. La efervescencia de los ánimos crecia por momentos, y es seguro que si algun miembro de la mísera raza hebrea hubiese aparecido en las calles, habria sido despedazado para honra y gloria de Dios. Pero, como todos los años, por igual tiempo, se cometian atropellos y asesinatos con los judíos, tenian estos buen cuidado de permanecer encerrados en sus casas, á fin de no escitar la cólera religiosa del pueblo, y este dia pasó sin que hubiese que lamentar ninguna desgracia.

Llegada la noche, y cuando ya todos los habitantes de Valladolid se habian recogido devotamente en sus moradas, andaba paseando en el puente Mayor sobre el Pisuerga un embozado, el cual de tiempo en tiempo se paraba, ya en uno, ya en otro estremo de su limitado paseo, y permanecia mirando con muestras de impaciencia las riberas del rio. La noche estaba clara y serena y la luna comenzaba á blanquear el diáfano azul del cielo, en cuyo fondo plateado se dibujaban con duras tintas las torres y cúpulas de los innumerables conventos de la ciudad.

De pronto y confundiéndose con el murmullo de las aguas del Pisuerga, sonaron las pisadas de un caballo: el embozado se inclinó sobre el pretil del puente, y dirigiendo sus miradas rio arriba, murmuró:

—¡Por fin!

En seguida dió un rodeo para bajar á la ribera, y aguardó en la sombra que se acercase el ginete; el cual, echando pié á tierra, y entregando su caballo á un peon que con él venia, se encaminó hácia el puente. El embozado entonces, seguro de que era la persona que esperaba, le salió al encuentro, y le dió las buenas noches.

Era el recien llegado un jóven de unos veinticuatro años, alto y delgado, en cuyo rostro moreno se pintaba una espresion habitual de indomable fiereza, que tenia tanto del orgullo del noble, como de la rusticidad del salvaje: vestia traje de guerra cubierto con un tabardo de paño burdo guarnecido de pieles, y le pendian del cinto espada y puñal.

—¡Hola! ¿Sois vos, señor Manoférrea? dijo el nuevo personaje al embozado.

—El mismo, señor de Hinestrosa. Ya comenzaba á temer que no vinieseis.

—Me pareceis demasiado impaciente, repuso el hidalgo bandido. Prometí estar aquí al salir la luna, y creo que he cumplido mi palabra.

—Seguramente: pero dejemos eso y vamos á nuestro negocio. ¿Teneis ya reunida vuestra gente?

—Cuarenta hombres, que son cuarenta leones, acabo de dejar ahí arriba, en el soto de Medinilla: para lo que se ha de hacer ya sobran la mitad. ¿Y el marqués, dónde queda?

—En Zaratan espera desde ayer el momento de intervenir. ¿Os parece que los vallesoletanos moverán mucha jarana?

—Calentillos están como demonios. Pero eso es lo de menos: yo no cuento mas que con mi gente, y es menester que el marqués no falte á tiempo; pues si el almirante le gana por la mano, puede cortarnos la retirada, y no doy un ardite por mi pellejo.

—Descuidad: D. Diego acudirá en el momento necesario: le va mucho en ello, pues bien sabeis que lo que mas le interesa es que saqueis á la judía sana y salva de Valladolid.

—Y á mí lo que me interesa es encontrar tela con que forrar bien los bolsillos de mis muchachos, y un agujero por donde escapar, luego que esté armada la zarracina. Con que asi á ver si me enseñais la casa del judío José, para que el marqués sea servido y yo tenga desde luego donde hacer presa.

—Venid, y os daré las indicaciones posibles.

Los dos interlocutores echaron á andar, marchando siempre con cautela alrededor de los muros de la ciudad, hasta llegar á las inmediaciones del barrio judío.

—Entrando por ese postigo que está enfrente, dijo Manoférrea, debeis pasar las dos primeras calles que encontrareis: en la tercera, torciendo á mano izquierda, vereis una puerta de arco señalada con una cruz blanca, que yo he pintado con yeso esta tarde al anochecer. Esa es la casa de José el platero.

—No lo olvidaré.

—¿Y á qué hora se dará el golpe?

—Yo hubiera querido que fuese esta noche, pero ya no es posible. Mañana, en el momento de tocar á gloria, se dará el primer grito, y á la voz de ¡viva Dios y mueran los judíos! comenzaremos la santa obra de esterminar á esos perros infieles. Que no falte D. Diego á la cita, pues como el pueblo se unirá indudablemente á nosotros, mientras él haga replegarse el tumulto hácia el centro de la ciudad, podré yo retirarme con mi presa casi sin testigos.

—Estamos conformes: al toque de gloria vendremos á este mismo sitio.

—Por supuesto, que tenga buen cuidado el marqués de no atropellar á los mios: todos llevarán una pluma blanca en la gorra. Lástima es que D. Diego se meta á proteger á esos cerdos, enemigos de Dios: porque si no fuese por él, habíamos de ganar mañana la remision de todos nuestros pecados.

—Eso no quita que hagais lo que podais en servicio de Dios, repuso Manoférrea con una profunda conviccion. Mas debo yo sentirlo, que no tendré ocasion de hacer algo por mi alma.

Siguiendo su conversacion sobre este tema, se alejaron los dos hidalgos hácia el puente, donde se despidieron, tomando Souza el camino de Zaratan, mientras Hinestrosa, recobrado su caballo, marchaba rio arriba por la ribera izquierda, hoy llamada de Santa Teresa, en direccion al Soto de Medinilla.

Cerca ya de este, forma el rio un largo recodo que le aproxima al camino de Dueñas. En el momento de pasar por este sitio, el rico-hombre de Hinestrosa y su palafrenero sintieron ruido de caballos, y deteniéndose á observar, vieron hácia Valladolid unas treinta personas montadas, entre las cuales, merced á la claridad de la luna y al silencio de la noche, advirtieron que iban algunas señoras: la luz, reflejando en los paramentos de los caballos, y en los trajes de los caballeros, les hizo conocer que aquella gente pertenecia á la alta nobleza, y llevaba escolta de hombres de armas.

—Hé ahí una soberbia presa que se nos escapa, dijo el hi-

dalgo. Pardiez, que si tuviese aqui toda mi banda, no se me habian de ir esos brillantes señores, sin dar cada uno mil doblas por su rescate.

—¿Sabeis quiénes son?

—No; pero bien se conoce que son personas de buena casa.

—¿Quereis que avise á mis compañeros? Deben estar á seis tiros de ballesta de aquí.

—No, déjalo: ya es tarde y somos pocos. Además que no conviene darnos á conocer, pues acaso perderíamos la gran fiesta de mañana.

La brillante cabalgada siguió su camino hácia la ciudad, y Perafan se internó en el bosque, donde dormian sus bandidos, escepto algunos que hacian de centinelas á la entrada del soto.

El sábado de gloria amaneció apacible y sereno. Desde muy temprano comenzaron á entrar en Valladolid hombres de feroz aspecto, unos con apariencia de leñadores, llevando al hombro el hacha propia de su oficio, otros como simples aldeanos, provistos de armas cortas, ocultas bajo sus capotes de monte, otros con arcabuces como para hacer salvas á la resurreccion del Señor, y todos dispersos, pero distinguiéndose por una pluma de ánadé blanca colocada en sus gorras y caperuzas. Estos hombres, aunque llegaban por diferentes puertas, se iban concentrando hácia el barrio judío, cuyas estrechas calles aparecian desiertas de sus habituales moradores: algunos se dirigian á las iglesias, y aprovechando el recogimiento de los devotos que asistian á los divinos oficios, se introducian sin ser vistos en los campanarios.

Entre tanto en la casa de José, el platero judío, cuya puerta permanecia cerrada, como las demás, se celebraba una fiesta de familia. Durante la noche se habia efectuado la ceremonia del desposorio de Lia con su primo Benjamin: los parientes y amigos de los novios, en número de veinte personas de ambos sexos, asistian á la boda, cuyos festejos, segun las costumbres hebreas, debian durar siete dias. Seis doncellas vestidas de blanco rodeaban y servian á la jóven esposa, y otros tantos mancebos, adornados con grande ostentacion de lujosos atavíos,

formaban el cortejo del esposo. Los padres de éste, otros ancianos y con ellos, Esaú, hermano de Lia, que representaba á su padre, presidian la fiesta.

La novia salió del aposento que le habian destinado, vestida con un magnífico traje de seda y brocado blanco y oro, adornada con perlas que oscurecia la blancura de su fino cútis, y coronada de flores: las doncellas la precedian tocando harpas y salterios y cantando un himno alusivo á la pureza y felicidad de la esposa. Benjamin se presentó por una puerta opuesta, precedido igualmente de los jóvenes de su acompañamiento que respondian al canto de las doncellas con cantares análogos. La sala donde entraban estas dos encontradas comitivas ofrecia á la vista todo el aparato de la magnificencia oriental. En un estremo estaban sentados los ancianos en soberbios taburetes forrados de púrpura con flocaduras de oro: en otro habia dispuesto un banquete frugal: multitud de esclavos de ambos sexos aguardaban las órdenes de sus señores, alineados en dos filas á uno y otro lado de la mesa: en los ángulos se quemaban gomas aromáticas y ámbar en sendos pebeteros.

Al aparecer la esposa se levantaron los ancianos: José marchó hácia ella y tomándola de la mano, la presentó al concurso diciendo:

—Ved aquí la vírgen escogida por mí para perpetuar mi raza. Dios la bendiga, y la haga fecunda en el tálamo de Benjamin, mi amado hijo.

Esaú se acercó á su vez, y dijo:

—Esta es mi hermana, la casta Lia, hija de Abraham, en cuyo nombre os la entrego, Benjamin, hijo de José. Hacedla feliz, para que la bendicion del cielo caiga sobre ambos y sobre vuestros descendientes.

Benjamin tomó entonces la mano de Lia y pronunció esta fórmula del matrimonio hebreo:

—Esta es mi desposada, mi esposa, mi bien: yo la acepto para mí, como mia que es, porque la he comprado con mi amor y mi moneda. Ven, amada mia, esposa mia, bien mio, reposarás en mi tálamo y bajo mi techo; me darás hijos benditos de

Dios, los criarás á tus pechos y serán la esperanza de Israel.

Los dos esposos se besaron, y á su vez fueron besados por José y su mujer y por Esaú.

En seguida se sentaron á la mesa con los ancianos, y empezó el desayuno nupcial, mientras los jóvenes de ambos sexos cantaban en dos coros armoniosas alabanzas.

Lia estaba turbada y llena de casto pudor en esta ceremoniosa fiesta, pero su corazon latia dulcemente penetrado de alegria, pues el esposo que le daba su padre era el escogido de su alma.

Benjamin la miraba á hurtadillas trémulo de amor y de contento; solo amargaba su dicha la impaciencia, pareciéndole que debia ser eterna la semana de bodas que comenzaba aquel dia.

Ni uno ni otro comian: la felicidad embotaba sus sentidos, que solo percibian las emociones de su gozo interior.

Era ya cerca de medio dia: las campanas de la ciudad, que hasta entonces habian permanecido mudas, prorrumpieron de pronto en alegres repiques. Lia se estremeció involuntariamente volviendo de súbito al mundo real del mundo fantástico, donde la tenia transportada su imaginacion.

—¿Qué tienes, Lia, mi amada esposa? le preguntó Benjamin, notando su repentina turbacion.

—No es nada, Benjamin, respondió la jóven sonriéndose. Me ha sorprendido el clamoreo de esas campanas, como si estuviese dormida, y al despertar hubiese oido voces de alarma; pero ya veo que no debo asustarme. Tú estás conmigo.

Cuando el alma se concentra en sí misma, desprendiéndose, por decirlo así, de sus lazos materiales, suele recibir impresiones inmotivadas, que llamamos presentimientos, y que son verdaderas intuiciones de lo futuro. Así aconteció á Lia en este momento: el alegre repique de las campanas le anunciaba un desastre, que ella misma no comprendia; y que, sin embargo, agitaba violentamente su espíritu.

Mientras Benjamin recompensaba con amorosas frases la tierna confianza de su esposa, un infernal estruendo de gritos desaforados llegó hasta la sala del festin, dominando las armonías

de la música y las voces de los cantores. José hizo señal á todos para que callasen: hubo un momento de silencio, y en seguida retembló la casa como si un ariete hubiese comenzado á batir sus muros, y á la vez que el ruido de los tremendos golpes, se oyeron voces innumerables que decian:

—¡Viva Dios! ¡Mueran los judíos!

—¡Qué oigo! esclamó José. ¡Un motin contra nosotros! ¡Ah! Hijos mios. ¡Si Dios no nos ampara, estamos perdidos!

—No os asusteis, señor, dijo Benjamin, levantándose: contra nosotros nó será eso, porque no hacemos mal á nadie. Voy á ver lo que es.

—¡Oh! ¡no, no vayas, Benjamin! esclamó Lia, cogiendo al jóven por la cintura. No vayas, te matarán.

—Yo iré, yo iré: no tengais miedo, dijo Esaú.-Y se lanzó fuera de la habitacion, antes que pudiesen detenerle.

Seguian, entre tanto, los violentos golpes, que hacian temblar todo el edificio, y eran dados con hachas y otros instrumentos en la puerta de la calle. Un tiro de arcabuz y una espantosa gritería vinieron á aumentar el terror de los míseros hebreos. Benjamin se desprendió de los brazos de su esposa, y corrió hácia donde habia ido Esaú. Lia le siguió, pero retrocedió de pronto dando un grito desgarrador.

—¡Mi hermano! esclamó. ¡Han asesinado á mi hermano!

—¡Estamos perdidos! volvió diciendo Benjamin. Pongamos en salvo á las mujeres, y tratemos de defendernos.

Los ancianos rasgaban sus vestidos en muestra de dolor, y los jóvenes corrieron á unas y otras partes en busca de armas.

—¡Madre! ¡Padre! dijo Benjamin: llevaos á Lia: guardadla, que yo sabré defenderla y defenderos.

Lia, perdido casi el conocimiento, se dejó conducir á una estancia retirada con las demás mujeres. El jóven esposo era un mozo robusto y valiente que no se dejaba arredrar por el peligro. Rápido como una exhalacion corrió al taller de su padre, y armó á sus compañeros con martillos y otros instrumentos de trabajo, además de algunos puñales y otras armas que habia en la casa. Entre los ancianos, los jóvenes y los esclavos, llegaron á reunirse hasta quince combatientes.

Benjamin, dispuesto á vender cara su vida, reforzó las puertas de los almacenes donde se hallaban depositadas las riquezas de su padre, y colocándose al frente de sus compañeros y esclavos al pié de una escalera, por la cual era menester subir, para entrar en las habitaciones interiores, aguardó á sus enemigos armado con un enorme martillo.

La puerta principal comenzó á ceder á los reiterados golpes de los agresores, y no tardó mucho en estallar con formidable estrépito. La masa de los amotinados entró por ella como una inundacion: se componia de toda clase de gente, aldeanos, menestrales de la ciudad, estudiantes y hasta mujeres, pero sobresalian entre ellos los rústicos de la pluma blanca, á quienes parecia capitanear uno mas esbelto que los demás, que llevaba pluma roja, loriga y espada. Las armas de esta multitud desenfrenada eran tan heterogéneas como ella misma: viejos espadones, hachas, hoces, alabardas, puñales, arcabuces y palos. El jefe de la pluma roja no esperaba sin duda encontrar una resistencia organizada, y quedó un momento sorprendido al ver á los judíos que obstruian el paso de la escalera: sin embargo, se volvió á sus hordas gritando:

—¡Ahí están! ¡Mueran esos enemigos de Dios! ¡Mueran los judíos!

—¡Mueran! vociferó la multitud con estruendo infernal.

Y todos se precipitaron en tropel hácia la escalera. Inmediatamente se trabó una lucha espantosa. Benjamin, el primero, derribó á dos de sus enemigos partiéndoles el cráneo con su martillo. La sangre salpicó los rostros de los individuos mas inmediatos y encendió su furor.

—¡A mí! ¡A mí! ¡los valientes de Hinestrosa! gritó el jefe, que no era otro sino el mismo rico-hombre.

Y acometió con rabia al denodado Benjamin, hiriéndole en la cabeza con el filo de su espada: pero el martillo del hebreo cayó á su vez sobre el hombro izquierdo del hidalgo bandido, que retrocedió abrumado por el dolor.

Sus feroces compañeros se arrojaron como tígres hambrientos sobre los hebreos, obligándoles á ceder con la violenta presion

de sus cuerpos. Algunos tiros de arcabuz partieron al mismo tiempo, é hiriendo á dos de los esclavos, pusieron en consternacion á los demás. Benjamin tuvo necesidad de defenderse en retirada: la muchedumbre celebró con horribles gritos este pequeño triunfo, y avanzó. Asi fué conquistando tramo á tramo y grada á grada la escalera, que iba quedando sembrada de cadáveres y moribundos.

El anciano José conoció que no habia medio de salvacion si los amotinados se apoderaban de la sala principal, y corrió á donde estaban las mujeres, á fin de proteger su fuga. Si lograba encerrarlas en la Sinagoga, ó ponerlas bajo el amparo de algun grande, habia esperanzas de que fuesen respetadas. Afortunadamente la casa tenia una puerta de escape, y una breve inspeccion bastó al anciano para conocer que la calle á donde aquella daba no habia sido invadida por los insurrectos.

Pronto inundaron éstos la sala del festin, cuyos opulentos muebles rodaron en el mayor desórden, siendo muchos de ellos despedazados en el acto para arrancarles el oro. Allí la lucha se hizo en estremo desigual: los míseros hebreos caian á los golpes de sus fanatizados enemigos, como las espigas bajo la hoz del segador. Benjamin se halló acompañado de solos cuatro vigorosos jóvenes, y en aquel momento supremo acudió á defender la puerta que conducia al retiro de su esposa y su madre.

—¡A ellos! ¡á ellos! esclamó Hinestrosa. ¡Allí tienen sus tesoros!

—¡Aquí están, sí, venid por ellos! gritó Benjamin con la rabia de la desesperacion.

El arma del hidalgo y el martillo del hebreo se alzaron á un tiempo y se encontraron en el aire: la espada saltó hecha pedazos, y la cabeza del rico-hombre de Hinestrosa quedó abierta en dos mitades. ¡Caro triunfo! Los bandidos, sedientos de venganza, cayeron sobre Benjamin, y un momento despues Lia era viuda. Los amotinados, unos rompieron la puerta, y otros se entregaron al saqueo.

Entre tanto las turbas habian asaltado otras casas espulsando

de ellas á sus moradores, y en las calles era general la matanza: las campanas, que poco antes celebraban la resurreccion del Señor, ahora conmovian los ánimos con el fatídico toque de rebato. Un socorro inesperado llegó á los judíos en estos momentos de fuera de la ciudad: D. Diego Pacheco entraba con una hueste numerosa, sofocando el tumulto en nombre del rey.

Las turbas se replegaron hácia el centro de la ciudad. En este mismo instante José acababa de decidir á las mujeres á seguirle, y abandonaba su casa. La calle estaba desierta, y el desventurado anciano se prometia salvar los restos de su familia: pero al doblar una esquina se vió atropellado por la multitud que tenia delante de los ginetes del marqués de Villena: en medio de aquel espantoso desórden, las mujeres se desbandaron, y José huyó desatentado y perdida la esperanza de conservar su vida.

Lia, entre tanto, habia adquirido ese valor ficticio que acompaña al ser mas débil en las grandes tribulaciones... En el momento de ser atropellada estuvo á punto de caer en manos de algunos de los fugitivos que le arrancaron el velo nupcial y algunos pedazos de sus vestidos. La pudorosa jóven temia mas verse profanada que muerta: huyendo del peligro, y sin saber á donde le conducian sus pasos, desembocó en una plazuela irregular: allí se encontró perpleja, como la paloma cogida entre redes, que lucha por escapar, y mas se maltrata cuanto mas se agita. Corrió á una boca calle, y vió venir una numerosa turba: volvió á la misma por donde habia entrado, y tambien estaba ya obstruida por el tumulto: corrió al centro, y girando en torno sus ojos estraviados, observó que la plazuela era invadida por judíos fugitivos y por centenares de sus perseguidores. Dos de estos, armados con una hacha y una pica, se lanzaron hácia ella. Lia dió un salvaje grito de terror, y oyendo á este tiempo un toque de trompetas por el lado opuesto, creyó encontrar allí su salvacion ó al menos una muerte instantánea, y se precipitó al encuentro de aquel nuevo y desconocido peligro.

Una hermosa amazona dobló en el acto la esquina hácia donde la jóven se dirigia: guiaba con destreza un poderoso caballo

engualdrapado: en su bellísimo semblante se pintaban la intrepidez y la compasion: una corona de oro adornaba sus sienes. Era doña Isabel. Detrás de ella venian D. Fernando y muchos caballeros.

Lia, rendida de cansancio, estaba próxima á sucumbir, y como la cierva acosada por los sabuesos, sentia ya, por decirlo así, el aliento de sus enemigos. Un instante mas y era perdida.

—¡Dejadla! ¡Oh! ¡Dejadla! esclamó con imponente voz la reina de Sicilia, guiando su caballo, y conteniéndole á la vez para que no atropellase á la desalentada hebrea, la cual, estendiendo sus brazos hácia ella, y volviendo la cabeza decia con acento angustiado:

—¡Socorro!.... ¡Misericordia!....

Doña Isabel estendió su mano sobre la desdichada, gritando:

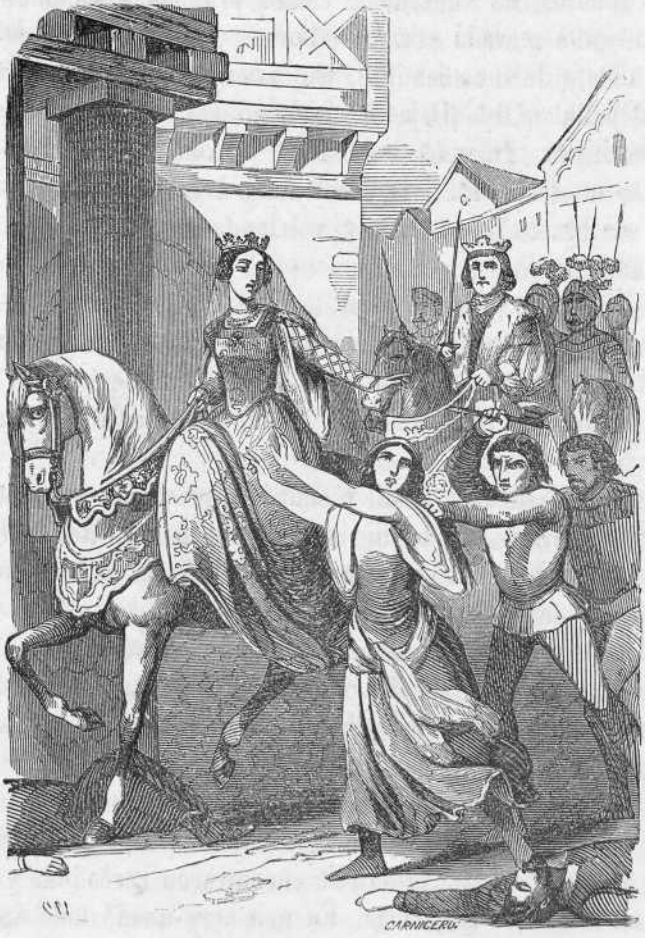
—¡Válgale mi real seguro! ¡Ay de quien la toque!

Los amotinados retrocedieron: Lia cayó al suelo privada de sentido.

—¡Á mí, Cárdenas, á mí! esclamó la princesa.-Y habiendo acudido su maestresala, le dijo señalándole á Lia.-Recoged esa pobre niña, y llevadla al doctor de Toledo: una cadena de oro para él, si le salva la vida: para vos mi gratitud.

Cárdenas bajó del caballo, y tomando en sus brazos á la desmayada jóven, la sacó del peligro: en seguida, auxiliado por dos escuderos, se retiró con ella hácia las casas de Juan de Vivero.

Don Fernando estendió en ala sus caballeros, hizo tomar todas las bocas calles; y como los amotinados venian perseguidos por D. Diego Pacheco, pronto se encontraron cercados, y comenzaron á arrojar las armas. En una hora quedó todo apaciguado, y escepto la inocente sangre vertida en este dia, no hubo mayores desgracias que deplorar.



¡Válga!e mi real seguro! ¡Ay de quien la toque!

CAPITULO X.

Todo por la paz.

Recordará el lector que la noche precedente al dia del motin que acabamos de referir, se acercaban á Valladolid por el camino de Dueñas una cabalgada de treinta personas. Eran estas doña Isabel y su esposo, algunas damas y los nobles de su reducida corte; lo cual esplica como pudo hallarse nuestra heroina en situacion oportuna de sofocar con su presencia el sanguinario tumulto contra los judíos y salvar la vida á la interesante Lia.

La venida de doña Isabel tenia por objeto contener los ímpetus belicosos del arzobispo de Toledo, el cual, habiendo recibido una intimacion para presentarse á responder de su conducta en el casamiento de la princesa, ante un concurso de jueces eclesiásticos nombrados por el Papa, y conociendo que este era un golpe de D. Juan Pacheco, habia resuelto acudir á las armas, separándose al efecto del lado de su protegida, cuya política conciliadora le impedia vengar su resentimiento.

Para comprender mejor los motivos en que se fundaba doña Isabel para observar una conducta pasiva, despues de los gravísimos ultrajes que habia recibido de su hermano, y penetrar en algunos otros misterios de esta historia, nos permitirá el lector le conduzcamos á la habitacion reservada que los dos reales esposos ocupaban en la casa de Juan de Vivero, algunos dias despues del sábado de gloria en que pasaron las sangrientas escenas de que ya tiene noticia. Estaban solos D. Fernando y doña Isabel, y trataban de los asuntos relativos á su situacion.

—Confiésoos, Isabel, que no es sufrible la especie de tiranía que el arzobispo pretende ejercer sobre nosotros, decia el rey de Sicilia. Desde que ha sospechado que tenemos inteligencias con D. Pedro Mendoza, su despotismo no reconoce límites, y como si él solo bastase á sacarnos de todos los apuros, quiere absolutamente alejar de nuestro lado cualquiera otra influencia, y hasta parece que aspira á tratarnos como á esclavos de su capricho. Mas no por esto dejo de reconocer que mi padre tiene razon en aconsejarme que procure conllevar las genialidades del arzobispo, y que tampoco á éste le falta para obstinarse en luchar de frente con Enrique y su privado: pues á la verdad, es bochornoso lo que está pasando: nos han insultado impunemente; hacen ostentacion de sus fuerzas en Medina, como si quisiesen dirigirnos una insolente amenaza; persiguen á nuestros defensores con viles intrigas, y mientras nosotros aguardamos cruzados de brazos, puede llegar el momento en que nos espulsen de Castilla con ignominia.

—Fernando, nuestro estado actual exige mas prudencia que otra cosa, tanto para resistir á nuestros enemigos, como para vivir bien con nuestros amigos. Es menester llevar con paciencia los ímpetus invasores del arzobispo, pero sin ceder tanto que nos arrastre á cometer actos de que podamos arrepentirnos algun dia: es menester que venzamos, no por la fuerza de las armas, sino por la persuasion y la cordura.

—Bien sé, Isabel, que teneis el talento necesario para vencer con dulzura; pero temo que sea demasiada nuestra confianza, y creo que convendria oponer la intriga á la intriga y la fuerza á la fuerza.

—No, Fernando, no: jamás emplearé los medios tenebrosos y ruines de que se valen nuestros adversarios, ni suscitaré conflictos á mi hermano. Mis intrigas serán francas y leales: quiero arrastrar en pos de mí la opinion de todas las gentes: hacer que me amen, pero no que me teman ni me aborrezcan. Siempre he pensado que las miras de D. Juan Pacheco se dirigen á provocar entre nosotros y mi hermano una lucha fratricida, y los hechos van confirmando mi parecer. Si yo pudiese averiguar cierto misterio, pronto quitaria la máscara á nuestro enemigo, y el rey nos recibiria en sus brazos.

—¿Hablais de esa conspiracion secreta que os ha revelado nuestra adivina? Si, como parece, es cierto que esa jóven tiene el don de descubrir las cosas ocultas, pudiéramos exigirle que nos lo dijese todo.

—Esa jóven sabe mucho seguramente, repuso doña Isabel encogiéndose de hombros: pero ella me ha enseñado á no creer en adivinos.

—¡Oh! No digais eso, Isabel: mi padre no es ningun hombre lerdo, y muchas veces se ha valido de la ciencia de su astrólogo Abiabar, que, como sabeis, le volvió la vista: otros muchos personajes de grande instruccion recurren diariamente á los mágicos y adivinos, que, aunque revelan las cosas ocultas por arte del diablo, ello es que aciertan; y esa misma jóven ha solido pronosticar sucesos graves, que nadie podia prever, y han salido ciertos. Ahí teneis, si no, el motin contra los judíos: ella no dijo precisamente que hubiese de ocurrir un motin; pero sí que les amenazaba un desastre. ¿Podeis negar que se ha realizado su prediccion?

Doña Isabel se sonrió y dijo:

—No disputemos sobre creencias, Fernando. Fuera de la revelacion de Dios, no hay para mí mas medio de conocer lo futuro, que una clara inteligencia, y algun conocimiento de hechos precedentes. Si la prediccion de los adivinos es obra del diablo, no puede traer nada bueno á quien la escucha y aprovecha; si no hay nada de sobrenatural en ella, puede ser hija de la superchería y de la intriga: en uno y otro caso debemos

rechazar á todos esos embaucadores que trafican con nuestra credulidad, y solo buscan dinero, turbando el reposo de las familias.

—Pero, si tal es vuestra creencia acerca de los adivinos, ¿cómo creeis las palabras de Azhuma?

—Porque esa mujer posee secretos importantes, que son la clave de sus pronósticos, y porque estoy convencida de que me sirve por afecto á mí, ó por ódio á otra persona. Lo que ella me revela no es por arte del diablo, sino por arte de induccion. Sabe una cosa, y deduce otra: esto es obra del talento, y no de la astrología ni de la mágia. Mas á pesar de todo, yo no la creo ciegamente: aprovecho sus indicaciones, y obro segun mi juicio.

Don Fernando se encogió de hombros á su vez, como quien no comprende lo que le dicen.

—Además, continuó la esclarecida princesa, nuestra mora, si alguna vez nos ha engañado, no ha sido para mal, sino para bien; y ahora mismo su intervencion sagaz y oficiosa nos ha valido la casi alianza de una de las familias mas pudientes, y sus consejos han de conducirnos á una reconciliacion con mi hermano.

—¿Lo ha pronosticado?

—No: pero me lo ha prometido, y solo espera la venida de Abraham Señor para cumplir su promesa. Yo confio en ella, porque sus presunciones, no diré profecías, se han cumplido hasta hoy. Cuando estuvo Cárdenas en Sigüenza, como sabeis, se descubrió á él y al obispo, bajo el mas rigoroso secreto: para encubrir mas el incógnito que ha querido guardar, hizo mil travesuras: pegó á los criados de D. Pedro, insultó á otros y hasta desafió al mismo Cárdenas. Entonces fué cuando reveló que don Diego Pacheco y su padre conspiraban contra el trono de Castilla, y para probar la verdad de su aserto solo pidió que pusiesen á sus órdenes un hombre de la mayor confianza, á quien dió un pergamino escrito de su mano en caractéres hebreos ininteligibles, y ciertas instrucciones para que lo hiciese llegar á manos del astrólogo del maestre de Santiago: afirmó que de este paso resultaria un atentado contra la familia de Villena, y con efec-

to, á los pocos dias se intentó asesinar al jóven marqués. No ignorais las circunstancias de uno de sus agresores. Preguntada acerca de este hecho, me dijo: «El marqués conspira en union con una sociedad poderosa: siendo mi amante, me reveló secretos que debia guardar, y ha bastado que yo indique alguno de ellos á sus consócios para que peligre su vida.»

—¿Pero quiénes son esos consócios del marqués?

—Eso es lo que yo quisiera saber; pero Azhuma me ha hecho una reflexion que me detiene en mis averiguaciones.-Señora, me ha dicho; si os revelase una palabra mas, me perderia irremisiblemente, privándoos de mis servicios, y arrastrando en mi ruina á media Castilla, y á personas que amo: no exijais de mí un sacrificio inútil, cuando puede bastaros conocer al jefe de esa intriga y el plan que se ha propuesto seguir, para frustrar sus criminales intentos.-¿Qué haremos en este caso?

—No sé: pero yo la obligaria á declarar, aunque fuese menester darle tormento. ¿Quién sabe si nos engaña? ¿Por qué guarda tanto misterio, que ni aun quiere que la vean?

—No nos engaña, no: estoy segura de ello. El misterio en que procura envolverse está justificado por sus antecedentes. Cuando en Ocaña me sirvió en el asunto de nuestro matrimonio, fué arrebatada por un agente de D. Juan Pacheco, y estuvo á punto de perecer: se salvó milagrosamente, segun me ha contado, y teme caer en manos de los mismos á quienes debió la vida y que solo se la concedieron para someterla á una dura reclusion.

—Pero los nombres de esas personas...

—En vano es preguntárselos: consentirá que la maten, primero que decirlos.

—¡Es mucha obstinacion!

—Yo creo que es lealtad y agradecimiento lo que sella sus labios en tocando á ese punto: así me lo ha dado á entender, Fernando, y es forzoso que respetemos esos sentimientos nobles, porque de lo contrario viciaríamos su corazon vehemente y ya demasiado propenso á las malas pasiones, que la desgracia y el ódio engendran. Esa pobre mujer ha sido engañada, herida en

sus mas tiernos afectos, y de aquí nace seguramente su adhesion á nosotros contraria á Villena. No exijamos de ella mas, porque la precipitaríamos en el crímen.

Don Fernando volvió á encogerse de hombros, pero de modo que no lo advirtiese su esposa.

En esto se presentó en la cámara D. Gonzalo Chacon.

—¿Qué me traeis, mi buen amigo? le preguntó la reina.

—Buenas nuevas, seguramente, señora, contestó el anciano: ved aquí; cartas de D. Pedro Mendoza.

—Dádmelas.

Don Gonzalo entregó á la reina dos cartas, una dirigida á ella y otra al arzobispo de Toledo. Abierta la primera, decía así:

«Cada dia bendigo mas á la Providencia Divina, mi amada «señora, por haber puesto entre nosotros un ser oscuro para «ilustrar nuestros pasos. Estoy en la corte de vuestro hermano, «y veo palpablemente que nuestro Lucilo tenia razon: la fami- «lia de Mendoza estaba sirviendo de ciego instrumento á un «ambicioso, que conspira á destruir todos los miembros de la «real prosapia. No quiera Dios que yo siga mas las huellas del «que pretendia encadenarme á su carro de triunfo: mi conducta «seguirá siendo neutral, ó mejor dicho, adicta al bando de la «paz y concordia, que no dudo es el vuestro, si seguís mis lea- «les consejos. Manteneos firme, señora, y de seguro vencereis «sin pelear: otros pelean por vuestra causa. Ya sabeis que el «rey empeñó sus rentas, á trueque de dinero para combatiros. «Ese dinero se emplea en dosordenados festines: aquí llega el «escándalo á su colmo: ya no basta lo empeñado: se espiden «nuevas cédulas, se enagenan oficios, dejando á cada cual la «libertad de escoger. Cuidad que estas ventas del patrimonio «real no sirvan para luchar contra vos, porque os hariais cóm- «plice en la ruina del reino.»

«Corren voces de que el maestre, como si el desórden fuera «poco, ha promovido los últimos disturbios contra los judíos, «para satisfacer cierta venganza personal. El rey ha procurado «reprimirlos, con lo cual se aumenta su descrédito. En Jaen no

«se ha podido contener el tumulto, y el condestable Iranzu ha «pagado con la vida. En Sevilla, durante la sublevacion, han «entrado los hombres del de Medinasidonia, y han incendiado «mil casas del nuevo marqués de Cádiz. En Toledo ha sido es- «pantosa la matanza, y ahora con esta ocasion, vienen á las «manos el conde de Fuensalida, (hechura del maestre) y el de «Cifuentes. Ved, señora, á donde conducen esos desacertados le- «vantamientos. Valiera mas mil veces purgar á Castilla de una «vez de la raza judía, para que al menos no se repitiesen tan «inhumanas escenas, ni hubiese ocasiones de luchas desastro- «sas.»

«Acaba de llegar aquí nuestro amigo D. Rodrigo de Borgia, «legado de Su Santidad. Me ha dado buenas nuevas de la in- «tervencion de vuestro suegro en lo del Capelo, que no se me «ha conferido ya, merced á la influencia del maestre. Y sin «embargo, éste continua ofreciéndome su mediacion..... No las «trae tan buenas respecto á la dispensacion de vuestro matri- «monio, y mucho temo que solo un milagro pueda aplacar la «cólera de Su Santidad. No obstante el cardenal Borgia nos fa- «vorece en secreto, y yo sé que está trabajando mucho para re- «conciliaros con el rey: haced vos lo demás, con vuestra man- «sedumbre y resignacion. En la carta que os envio para el ar- «zobispo de Toledo le hablo de esto: contribuid por vuestra «parte á sosegarle, porque todo alarde de fuerza en la actuali- «dad empeoraria vuestra situacion. La paz á todo trance: no «hay otro medio de desarmar al maestre y sus satélites.»

—¿Qué os parece, Fernando? Ved como nuestro amigo Mendoza insiste en lo de la paz.

—Sí, ya lo veo: pero vos, Isabel, creeis de buena fé á todo el mundo. ¿Qué sabemos si Mendoza no os engaña? ¿No puede ser que trate de adormeceros, para darnos luego el golpe mas seguro? Al cabo es un ambicioso como los demás, que solo nos sirve por el interés del capelo.

—No digais eso, amado mio: D. Pedro pudiera prescindir de nuestra influencia, y al contrario, nosotros necesitamos la suya. Yo no negaré que tenga ambicion, pero de ningun modo creeré que nos engaña.

—¿Quién os lo asegura?

—Mi corazon, que rara vez se equivoca. Pero, Fernando, aunque D. Pedro fuese capaz de engañarnos, en la ocasion presente deberíamos seguir su consejo, porque es bueno. Cuanto mayores hayan sido las ofensas que nos ha hecho el rey, tanto mayor mérito contraeremos perdonándolas; tanto mas resaltará la lealtad de nuestra conducta pasiva, y mejores títulos adquiriremos al amor del pueblo castellano.

Don Gonzalo Chacon, que se habia retirado por discrecion á la puerta de la cámara, se adelantó un poco y anunció en voz baja al arzobispo.

—Dejadnos solos con él, dijo la reina.

Chacon se retiró y á poco entró D. Alonso Carrillo.

—Venid, nuestro querido amigo, venid, le dijo la reina, ofreciéndole asiento cerca de sí. Tengo que daros una carta de cierta persona que seguramente desea vuestra amistad, aunque vos la mirais con prevencion.

—Ya sé que habeis recibido noticias de vuestro amigo el obispo de Sigüenza, contestó el arzobispo.

—Ved lo que os dice: acaso os convencerá de que es tan amigo vuestro como mio. Leed esta carta.

El arzobispo tomó la carta y leyó para sí contrayendo las cejas unas veces, y otras haciendo muecas desdeñosas.

—Perfectamente, dijo luego que acabó la lectura. El señor obispo de Sigüenza me proteje: ya no tengo nada que temer. El señor Mendoza se toma la libertad de darme consejos. Pardiez que esto es curioso y divertido.

—El obispo no pretende arrogarse superioridad ninguna sobre vos, amigo mio, repuso doña Isabel. Me consta que desea serviros en obsequio á mí: sus consejos no indican que él crea su capacidad mayor que la vuestra; solamente revelan su buen deseo de concurrir con vos á mi servicio. Si rechazáseis su cooperacion, me hariais dudar del afecto noble y sincero, de que tantas pruebas me habeis dado.

—Señora, yo empiezo por negar que el obispo Mendoza quiera serviros. Él es sin duda, quien os ha infundido la idea

de permanecer impasible, mientras os insultan y desafian. Magnífica idea, que dá el triunfo á vuestros enemigos, que nos hace aparecer mas débiles de lo que somos, y que acabarán con nuestro partido.

—Ved lo que son las opiniones: yo pienso todo lo contrario.

—Pensais muy mal, señora: teneis el defecto de creeros superior á todos en inteligencia, sin conocer que sois una niña y que no podeis saber tanto como los hombres encanecidos por los años y la esperiencia.

—No, amigo mio; estais en un error. Yo escucho los consejos de todo el mundo, y mucho mas los de una persona tan respetable como vos; pero algunas veces, casi siempre, pienso en mis propios asuntos, y cuando me parecen acertados mis juicios, deseo que prevalezcan, como á vos mismo os sucede. Si podemos arreglar nuestras desavenencias de familia por medios pacíficos, ¿qué necesidad tenemos de hacer que se vierta sangre? Bien sé que teneis vuestros resentimientos personales, y Dios sabe que me duelen mas que los mios. Pero, ¿quién hay mas ofendida que yo? Cuando cedo, ¿podré carecer de razones poderosas para hacerlo?

—No os niego vuestras razones, señora: lo que sí os digo es que á medida que cedeis, crece la audacia de vuestros contrarios. Ahora mismo, despues que habeis apaciguado el motin de Valladolid, como no han podido hacerlo los parciales del maestre en Toledo, Jaen y Sevilla, D. Diego Pacheco se atribuye toda la gloria, y pretende someter al rey esta ciudad.

—Enhorabuena. Esò me hará bien; mi hermano no puede ignorar la parte que me ha cabido en esta pacificacion. Que tome su ciudad, y sepa que su hermana le sirve con desinterés. ¡Oh! me habeis dado una buena noticia. Ojalá pudiese yo darle todos los dias pruebas análogas de mi lealtad.

El arzobispo meneó la cabeza con muestras de desagrado.

—Está visto, dijo, que para serviros, se necesita la paciencia de Job. No podemos quejarnos aunque nos desuellen.

—¡Válgame Dios! No exijo de vos tanta abnegacion, mi respetable amigo. Lo único que deseo es que mi nombre no auto-

rice ninguna rebelion. Quizá llegue un tiempo en que sin ser rebelde, tenga yo misma que ceñir una espada, para defender mis derechos, ¡y ojalá entonces encuentre servidores tan denodados como vos! Mas ahora, no; estais viendo como gime el pueblo bajo el peso de onerosos impuestos: veis como le chupan la sangre, y como se empeña la corona so pretesto de combatir mi rebeldía; veis en fin que la patria está desgarrada por luchas intestinas y ¿quereis que yo aumente el desórden y justifique con mi conducta ese despilfarro, que todo lo consume y aniquila? ¡No, por Dios! Harto haré cuando llegue la hora, si logro desempeñar esa corona que hoy es vil juguete de usureros y ambiciosos: no quiero que se diga jamás que fuí la causa de las estrecheces del reino.

—Isabel tiene razon, señor arzobispo, dijo D. Fernando. Conocemos vuestro celo y buena voluntad; pero no podria sernos provechoso ahora ningun movimiento armado; esto seria chocar con nuestros antecedentes y desmentir nuestras protestas de fidelidad.

—Señores, me resigno á lo que dispongais, pero no respondo de las consecuencias. ¿Con que no haremos nada?

—Sí, haremos, repuso doña Isabel. Acaba de ocurrirme una idea: vamos á conquistar todos los pueblos que podamos, y á formar un bando irresistible.

—¿Cómo?

—Vos, señor arzobispo, sereis el jefe de esta campaña. Convocad un concilio: no os faltarán abusos que corregir en el clero de España. Yo estaré con vos y entre ambos atraeremos á nuestra bandera de paz á todos los obispos y prelados que acudan al concilio. ¿Qué os parece la idea?

—La apruebo. Pero es menester elegir un pueblo á propósito para la convocatoria.

—Sí, uno que esté léjos de toda lucha, y que no haya seguido ningun partido. ¿Qué os parece Aranda?

—Me parece bien, allá iremos.

El pensamiento de doña Isabel no podia menos de agradar al arzobispo y distraerle de sus proyectos de resistencia, por-

que halagaba sobre manera á su pasion dominante, á su sed de influencia. La reunion de un concilio le colocaba en el primer lugar sobre cuantas personas abrazasen la causa de sus protegidos. Por esto aceptó sin vacilar la proposicion y desde aquel momento comenzó á ocuparse del asunto con grande actividad.

Doña Isabel vió con suma satisfaccion este cambio de ideas en su molesto amigo, pues podia decir que alcanzaba la mayor victoria venciendo su obstinada resolucion belicosa, y conduciéndole á otras vias mas conciliadoras: prometíase además por este medio unirle al obispo de Sigüenza. Coligados en su favor estos dos poderosos rivales, solo le faltaba convencer á su hermano de la injusticia con que la perseguia, dejándose llevar de los consejos de D. Juan Pacheco, y probarle que éste era su mayor enemigo. Para esto le habia ofrecido su cooperacion Jarifa, que segun ya hemos visto, se hallaba en su compañia, despues de haber servido á D. Pedro Mendoza en calidad de paje, y solo se aguardaba la llegada á Valladolid de D. Abraham Señor, única persona de quien la mora queria fiarse para que le ayudase á ejecutar su proyecto. Don Abraham habia recibido en Segovia la terrible noticia de los desastres ocurridos en su familia, y fué tal el trastorno que ocasionó en su salud, que faltó poco para que le costase la vida: solo la idea de que vivia su amada hija, pudo salvarle de la muerte. Por esta causa tardó tanto en acudir á dar gracias á nuestra princesa por el eminente auxilio que prestó á Lia; pero apenas se halló restablecido lo bastante para ponerse en marcha, vino á Valladolid, ansioso de abrazar á aquella, que por su parte acababa de pasar una enfermedad que la tuvo muchos dias al borde del sepulcro.

El celo incansable del doctor de Toledo, médico de cámara de doña Isabel, y los cuidados de Jarifa, devolvieron por fin la salud á la jóven hebrea.

Don Abraham no esperaba encontrar en Valladolid á la protegida de su cuñado, á quien, como éste y los demás que la conocian, creia muerta. El anciano mercader de Segovia se presentó en la casa de Juan de Vivero llevando cuantiosos regalos para la salvadora de su hija: doña Isabel mandó que le dejasen

entrar en su cámara, y le recibió á solas. Imposible seria describir la viva conmocion de respeto y gratitud que sintió el honrado judío, al verse delante de la generosa reina. Luego que ésta le permitió hablar, dijo con voz trémula y doblando una rodilla.

—Gran señora: perdonad á un padre agradecido el atrevimiento de llegar hasta vuestra soberana presencia. He perdido en un dia á mi amado hijo, el apoyo de mi ancianidad, y el esposo que destiné á mi amada Lia pereció tambien, dejando á su esposa viuda y doncella. Solo un golpe faltaba para dar muerte á mi corazon, y á vuestra mano debo la salvacion y el consuelo. ¡Ah! señora: vos que sois madre, comprendereis mi dolor y mi gratitud. No tengo elocuencia para espresar una ni otra; pero mis lágrimas dicen lo que siento.

—Levantaos, anciano, le contestó doña Isabel: comprendo vuestras emociones, y en presencia de ellas deploro no haber podido salvar mas víctimas inocentes del furor popular.

—¡Oh! ¡señora! ¡Cuán buena sois! ¡es posible que no os amen todos! Cómo no inspirais á cuantos os conocen el acendrado afecto que os profesan el alcaide de Segovia y su ilustre consorte, afecto que yo quisiera poder igualar.

—¡Ah! ¿Conoceis á mis buenos amigos Andrés y Beatriz? ¿Qué noticias me traeis de ellos?

—Esos nobles señores me honran con su amistad: ellos me han consolado en mi afliccion: por vos y por ellos sacrificaria yo gustoso mi escasa existencia. Me han dado cartas para vuestra Alteza, encargándome de palabra que os repitiese sus protestas de fidelidad y amor.

—¡Ah! Dadme esas cartas, esperad aquí á vuestra hija. ¿Tendreis vivos deseos de verla?

—¡Oh! Señora.....

—Tambien vereis á una amiga suya, que necesita hablaros á solas, y cuya entrevista me interesa.

—En ese caso, primero sois vos: que venga esa amiga; despues veré á mi hija.

—Dios da tiempo para todo, Abraham, repuso la princesa,

tomando las cartas que le entregaba el judío, y saliendo de la estancia.

El mercader quedó solo algunos momentos luchando con su impaciencia. De pronto aparecieron en la puerta por donde habia salido doña Isabel, Lia y Jarifa. En los primeros instantes Abraham no vió mas que á su adorada hija: la estrechó entre sus brazos, la besó con trasportes de júbilo, lloró, y vencido al cabo por la emocion, se dejó caer sin fuerzas en un sitial. Las dos jóvenes se colocaron á los lados: la una conmovida y anegada en llanto, la otra dominando sus sentimientos y erguida como la estátua de Némesis. Cuando Abraham se volvió á la mora para darle gracias por la asistencia que habia prestado á su hija, quedó sorprendido, se frotó los ojos y esclamó:

—¡Jarifa!

Lia la miró tambien con asombro: ignoraba quien era, pues hasta este tiempo jamás la habia visto, aunque sí oido hablar de ella.

—Os equivocais, Abraham, contestó la jóven friamente, pero apretando de un modo espresivo la mano del mercader que tenia asida: no me llamo Jarifa. ¿No veis mi traje cristiano? Me llamo Estrella.

—¡Oh! perdonad, señora, repuso Abraham, á quien la entereza de la jóven hizo dudar. Me habré equivocado. Sí..... pero una estraordinaria semejanza me ha hecho creer.....

—Es verdad, muchos me han dicho lo mismo.

Abraham sintió de nuevo la presion significativa de la mano de Jarifa, y volviendo á mirarla, comprendió que debia callar. Entonces, acordándose de lo que le habia dicho la reina, apresuró el momento de quedarse á solas con la jóven, para lo cual despues de un breve rato, dijo á Lia:

—Ya te he visto, ya te he abrazado, amor mio, hija mia: ya estoy enteramente tranquilo. Retírate para que yo pueda cumplir algunas órdenes de tu ilustre salvadora. Pronto estaré otra vez contigo.

Lia se retiró: Jarifa hizo ademan de seguirla, pero se detuvo á la voz de Abraham que le decia:

—Quedaos vos.-Y tomándole la mano, añadió mirándola de hito en hito:

—Sí, tú eres. ¿Pero es posible? ¿Acaso salen los muertos de sus sepulcros?

—Yo no he muerto, Abraham, sino para vengarme. Debí morir, pero la fatalidad de mi destino me salvó la vida.

—No te comprendo, Jarifa. ¿De quién quieres vengarte? ¿Por qué si no has muerto te has ocultado á las miradas de tu protector Abiabar? ¿Cómo no has venido á mí?

—Escucha: quizás tienes razon en creer que yo he muerto. Un dia el hastío de la vida me arrojó en las aguas turbias y tormentosas de un rio: durante algun tiempo (no sé cuanto) dejé de pensar: el olvido aprisionó mi inteligencia con sus cadenas de tinieblas. Despues oí que hablaban cerca de mí: abrí los ojos y me ví en una choza junto á la lumbre, y rodeada de rostros estraños: tenia la frente vendada, porque me habia abierto una profunda herida con una roca, y estaba en medio de una compañia de farsantes: de los cuales era jefe un antiguo servidor del marqués de Villena. Me horroricé de verme junto á aquel hombre, figurándome que era un demonio tutelar del de Villena, y que tomaba la forma de su criado para conducirme otra vez y acaso por la eternidad, al poder del que me habia impelido á morir. Pronto me tranquilicé: supe que aquella gente me habia sacado del agua casi muerta; pero á medida que recobraba la salud, iba entrando en mi seno un ódio inestinguible contra el hombre que amé.

—Mas, ¿por qué no volvisteis á buscar á Abiabar?

—Porque necesitaba ser libre para vengarme, y Abiabar no lo habria consentido: porque juntamente con mi ódio á D. Diego Pacheco crecia mi amor á la princesa de Castilla, único ser que he hallado digno de ser amado: necesitaba servirla, y Abiabar me lo habria impedido. ¿Acaso lo ignoras? ¿No piensas tú como él?

—No sé si Abiabar piensa como yo; pero de mí sé decir que jamás pondria obstáculos al mejor servicio de la princesa.

—Eso puede ser ahora; pero ¿no has jurado nunca ser su enemigo y el de su hermano?

—Jamás.

Jarifa miró atentamente al anciano: era imposible dudar de su sinceridad. Le tomó de la mano y le dijo:

—Aquí no estamos bien seguros. Ven conmigo.

Y le condujo á su habitacion particular, y cerró la puerta. Lo que allí hablaron nadie lo oyó. Solo al cabo de una hora se vió á Jarifa salir con Abraham, diciéndole en voz baja:

—Lo que acabas de oir no debe saberlo nadie, ni tu hija, ni aun la princesa, como no sea de boca de su hermano.

—Ni el rey tampoco sabrá de mi boca ese horrible secreto. Yo no debo vender á mis hermanos en religion.

—No se trata de eso, Abraham, se trata de vengar á tu hijo, sacrificado, no lo dudes, por la lujuria de un magnate: se trata de poner coto á la desmedida ambicion del de Villena, que se vende á los hombres de tu raza y luego los asesina: se trata de salvar á un tiempo al rey, á la princesa y aun al mismo Abiabar, que tarde ó temprano será víctima de su imprudente celo. Acuérdate del sábado de gloria: no olvides nunca ese dia, y sigue los impulsos de tu corazon. En cuanto á mí, si quieres descubrir mi nombre con mis relaciones, hazlo enhorabuena; pero que sea despues que yo haya visto sus efectos. Entonces no temeré morir.

Abraham permaneció tres dias en Valladolid: tuvo otra conferencia con la princesa, en la cual le prometió trabajar sin descanso hasta conseguir su reconciliacion con el rey, pero sin revelarle todos los resortes que pensaba poner en juego, y despues de esto se volvió con su hija á Segovia, no sin haber consolado antes á su pariente José, que habia quedado muy pobre á consecuencia del motin en que pereció su hijo.

CAPITULO XI.

De como el rey, al volver de caza, fué cazado por su tesorero.

Nuestros lectores habrán adivinado de que género serian las revelaciones que hizo Jarifa á Abraham, y conocerán que éste no se hallaria dispuesto á consultar acerca de ellas á su cuñado Abiabar, no obstante la íntima confianza que en él tenia. Presumirán tambien que doña Isabel estaba impuesta en todo lo mas esencial de los secretos de la mora, pues de otro modo no habria admitido su intervencion en el asunto que mas la interesaba. Le habia prometido, sin embargo, guardar sigilo, para no comprometerla, y dejar á su discrecion el manejo de su intriga, que debia descubrir á D. Enrique la perfidia de su privado.

El instrumento de que se valió Jarifa, no podia ser mejor elegido. Abraham, animado de la mas profunda gratitud á nuestra princesa, resentido y casi enemistado con D. Diego Pacheco, á quien atribuia con razon sus desventuras; amigo de

Andrés de Cabrera, que deseaba derribar al maestre de su privanza, é incapaz al mismo tiempo de hacer daño al gran sacerdote de los judíos, era, sin duda, el hombre mas adecuado para una negociacion que requeria mucha sagacidad y no poca prudencia. Una circunstancia, que no hemos referido vino á fortalecer el ánimo del mercader segoviano en esta empresa. Cuando visitó á su pariente José el platero, éste le contó como al volver á su casa despues de la dispersion del motin, la encontró saqueada y llena de cadáveres: estos mismos habian sido despojados por los bandidos del señor de Hinestrosa, sobre cuyo cuerpo estaba atravesado el de Benjamin: levantando á éste para hacerle los honores de la sepultura, y arrastrando el cadáver del rico-hombre para echarlo á la calle, se escapó de entre sus vestidos una cartera de cuero, en la cual se encontraron un salvo conducto del maestre de Santiago, y una carta de su hijo, citándole para la semana santa en Valladolid, y prometiéndole estar allí á punto para proteger su retirada. Esto acabó de persuadir á D. Abraham, que el motin estaba preparado de antemano, y tal vez con ánimo de robar á su hija. Guardó estos instrumentos de su venganza, y marchó á Segovia, no sin fundados recelos de ser acometido en el camino por alguna banda de salteadores ó de caballeros aventureros.

Su buena estrella quiso que á través de mil peligros, llegase ileso al término de su viaje. Su primera diligencia fué visitar á su amigo Andrés de Cabrera, dióle cuenta de todo, y le pidió consejo.

—Difícil es coordinar esos estremos, dijo el tesorero, despues de haberle oido atentamente; y mas aun persuadir al rey de que su ministro le vende. ¿Creeis que no lo he intentado ya mil veces? Pero, amigo, hay quien dice que el viejo raposo tiene hechizado á S. A., y casi, casi me voy convenciendo de que es verdad. Por lo que hace á esa conjuracion secreta, no diré que no exista. ¿Pero cómo diablos es entonces que el maestre levanta motines contra sus propios amigos?

—¡Ay, santo Dios de Abraham! ¿No puede ser con ánimo de encubrir mas sus intrigas? Además, el que es traidor á su

rey, bien puede serlo á unos míseros aliados que tienen fama de ricos, y á quienes tal vez ha enredado en sus lazos para devorarlos á su sabor. ¡Oh! no lo dudeis. ¡Pobre pueblo mio! El no es culpable sino de su imprudente fé en el tirano, que les habrá prometido la libertad. ¿Y qué no emprende el mísero cautivo por romper las cadenas que le aprisionan?

—No disculpes á tus compañeros: si tú eres bueno, y la prueba es que mereces mi amistad, los demás solo saben desollar al género humano, y sembrar la zizaña. ¡Malditos de Dios!

—¡Oh! ¡Señor, Señor! tened de ellos misericordia. ¡Qué no sea yo la piedra de escándalo, la causa de su perdicion!

—Descansa en mí, buen hebreo, y vamos á pensar en lo que interesa.

—Sí, eso es: que caiga ese tirano y que el ángel de Castilla recobre sus derechos.

—Los recobrará, Dios mediante. Las circunstancias se van presentando favorables. Don Juan Pacheco va perdiendo sus mejores aliados, y acaso se quedará pronto solo.

—¿Cómo?

—Sí: el obispo Mendoza pretende hace tiempo el capelo de cardenal de España, y sabe por su amigo D. Rodrigo de Borgia, que el maestre es quien pone obstáculos á su ambicion: por consiguiente, le abandona con toda su poderosa familia, no obstante que el viejo raposo se ha casado ahora con una de sus parientas. La alianza del rey Luis de Francia se ha resfriado: el duque de Guiena, esposo en ciernes de la Beltraneja, acaba de morir de repente. Hay quien dice, aunque yo no lo afirmo, que ha sido envenenado por su amigo el cardenal de Arrás, de órden del rey su hermano.-El duque de Alburquerque,-ya sabes, D. Beltranico, que en medio de todo es muy caballero, se ha retirado de la corte, por no ver los escesos que allí se cometen. Los nobles acampados en Medina se van cansando de esperar una guerra, de que se prometian grandes despojos, y ya habrás visto como desertan, para no volver á sus castillos con las manos vacías...

—¡Ay! Demasiado lo sé: tres mil enriques he tenido que pa-

gar por el rescate de varios amigos que han caido en sus garras: váleme que esos pobres amigos son muy honrados y trabajarán para restituirme lo que he dado por ellos.

—Pues bien: todo eso unido á los nuevos desórdenes interiores que han obligado al maestre á separar la reina del lado de su hija, á los bandos que por do quiera se levantan para vengar y sostener resentimientos personales, y á la escasez de recursos, todo esto, digo, va cansando al rey, cuyo espíritu con poco se desalienta.

—¿Escasez de recursos decís?

—No te asustes por eso, Abraham: nunca faltará dinero para pagarte á tí, al menos mientras yo guarde los tesoros del rey.

—¡Oh! Eso no me inquieta: es muy poco el dinero que el rey tiene mio.

—¡Poco! Segun eso, eres mucho mas rico de lo que yo pensaba.

—¡Pobre de mí! Os equivocais: ese dinero no es mio; es del maestre de Santiago.

—¡Del maestre!

—Sí, la mayor parte es del maestre: yo no he podido dar sino una pequeña cantidad.

—¡Tambien usurero! ¡Pardiez! Vamos á jugarle una mala pasada: entrégame las cédulas que has recibido por él, y ya verás...

—¡Oh! No: eso no lo consiente mi conciencia. Yo he tratado con él, y no faltaré á mis compromisos.

—¿Tienes miedo de perder el dinero? Yo te respondo de todo.

—No importa: mis tratos son formales, y aunque el maestre no tuviese mi firma, yo le responderia de lo que me tiene dado. Lo justo es justo: no le perdonaré una blanca del interés que me corresponde, pero tampoco me quedaré con nada de lo suyo, ni consentiré que lo pierda.

—Eres demasiado escrupuloso: quédate con la mitad del dinero, y déjame la otra mitad para convencer al rey de la doblez de su favorito.

—¡La mitad!.... esclamó Abraham trémulo de codicia. No,

no: callad.... no hablemos una palabra mas de este asunto. Yo no quiero lo que no es mio. Pero decidme: ¿cómo es posible que el rey carezca de recursos con tanto como le han prestado? Deberia estar nadando en oro.

—Pregúntalo á los amigos del maestre y á toda esa caterva de cortesanos que le rodean. Pronto vendrá el rey á Segovia, y verás lo que pasa: los tesoros de Creso no bastarian á satisfacer sus prodigalidades.

—No comprendo como pueda ser tan pródigo S. A., siendo la codicia en persona.

—Bien se comprende: no sabiendo retener ni economizar un maravedí, siempre se vé necesitado de adquirir mas de lo que derrocha. Esto es muy lógico: ahora mismo está empeñada la corona por mucho mas de lo que el rey podrá satisfacer en toda su vida: sus apuros han de ser grandes, y por consiguiente no tendrá límites su codicia.

—Es verdad. Pero dejando esto: ¿qué determinamos?

—Habia que aguardar á la venida del rey: yo os procuraré una entrevista con él, y le hablareis. De mí desconfia, porque me cree, y con razon, enemigo del maestre. Tenemos tiempo para meditar lo que mas convenga.

Como habia previsto Andrés de Cabrera, pocos dias despues de su entrevista con el hebreo, llegó el rey á Segovia. Sabíase ya en todo el reino de Castilla la retirada de la reina Isabel y del arzobispo de Toledo á la villa de Aranda, y el contraste que formaba este retraimiento pacífico y resignado, al parecer, con los preparativos belicosos hechos por la parte del rey, sublevaba los ánimos en general contra toda exaccion de hombres y recursos destinados á combatir á quien daba una prueba tan relevante de humildad y sumision. No faltaba quien, interpretando la conducta de nuestros príncipes conforme al interés de sus miras particulares, la creyese un acto de cobardía ó debilidad: los que así pensaban eran todos aquellos indómitos señores, que sin mas ocupacion que la guerra, esperaban hacer al reino presa de sus rapiñas.

Don Juan Pacheco creyó tambien como los demás, que la

falta de auxiliares impedia á Isabel y Fernando lanzarse á la venganza de sus ultrajes, y temiendo que esta calma, en momentos favorables para aquellos, ablandase el corazon de don Enrique, determinó tomar un partido estremo, seguro de suscitar con él mayores dificultades. Habló al rey de esta manera:

—Ya veis, señor, que triunfamos sin combatir: los príncipes rebeldes, abandonados de todo el mundo, se declaran derrotados. Nuestros armamentos contra ellos nos ocasionan gastos inútiles, y lejos de servirnos de algo, la gente comienza á mirarlos como un peso odioso y como un acto de poca generosidad. Salvo vuestro parecer, yo disolveria el campamento de Medina.

—Hombre, haz lo que mejor te parezca, dijo el rey; pero, ¿no temes que los rebeldes se rehagan y nos den un chasco?

—Eso no os inquiete: yo solo puedo poner en campaña veinte mil hombres en ocho dias. Si se rebelan, tanto mejor: así tendríamos un pretesto legítimo para espulsarlos del reino. Mientras duren las cosas en este estado, no podemos dar un paso contra ellos, sin hacerles aparecer como víctimas. Dejémosles tranquilos, y negociemos entre tanto un nuevo enlace para vuestra hija, que ha quedado viuda y doncella.

—¿Y no se disgustarán nuestros partidarios, viendo esta falta de energía?

—Bien podrá ser que algunos se disgusten: pero el mayor motivo de temor que os pudiera inquietar por ese lado, ya no existe: con la muerte del hermano del rey Luis, han cesado vuestros compromisos con Francia: ningun peligro os amenaza, ni auxilio alguno podeis esperar por aquella parte. Los demás es *pecata minuta:* los hombres de por acá son como las olas del mar, y ya sabeis que yo tengo en la mano los vientos para llevarlos á donde sea menester. Sobre todo, señor, la razon mas poderosa es que los recursos van escaseando, y no estamos para gastar la pólvora en salvas.

Esta era, con efecto, la razon mas convincente para el rey, que temia verse sin dinero para sostener sus desórdenes. No solo le persuadió el maestre de la conveniencia de levantar el

campo, sino que, previendo que, á consecuencia de esta medida, pronto sería necesaria su persona, pidió permiso para retirarse por algun tiempo á su señorío de Escalona, con pretesto de arreglar asuntos de familia y restablecer su quebrantada salud. Obtenida esta licencia, dejó al lado del rey á su hijo D. Diego, para ir acostumbrándole á la intriga y al favor, y marchó á levantar el campamento de Medina.

Los efectos de esta dispersion de gentes armadas fueron funestos. No hubo un jefe que la aprobase, y mientras Isabel y Fernando permanecian tranquilos en Aranda, ganando las voluntades de los prelados y obispos que habian concurrido al concilio, muchos de los nobles se pronunciaron por ellos, otros sostuvieron la causa que habian abrazado, y sin que hubiese por ninguna de ambas partes una cabeza, toda Castilla se convirtió en un verdadero campo de batalla. El grito de guerra de cada bando no era en realidad mas que un pretesto: el robo y el saqueo, las venganzas personales eran el móvil de ambas facciones y no faltaban pandillas de bandidos que peleaban por la mañana gritando; ¡viva el rey Enrique! y por la tarde asaltasen un castillo ó pillasen un pueblo en nombre de doña Isabel.

Entre tanto D. Enrique no podia oir el ruido de las armas, ni los gemidos de su pueblo: el estruendo de las copas y de los brindis en los festines que preparaba su gula, el estrépito de las danzas y la distraccion de las partidas de caza á que se entregaba con una especie de frenesí, estaban demasiado cerca de su persona para que llegasen á sus oidos aquellos fracasos de esterminio y desolacion, mas que como los ayes del mendigo que apaga el rumor de una fiesta. Enrique IV en los últimos dias de su vida, se asemejaba al jugador, que habiendo perdido toda la noche se embriaga al amanecer, para ofuscar su inteligencia, y seguir devorando el patrimonio de sus hijos, y gozando en el retintin de un oro que ya no le pertenece.

Sin embargo, por mas que el rey cerrase los ojos y los oidos á la realidad, no podia esta permanecer oculta mucho tiempo. Un dia que estaba D. Enrique en la ciudad de vuelta de una partida de caza, le salió al encuentro Andrés de Cabrera y le dijo:

—¿Os divertís mucho, señor?

—Mucho, Andrés, mucho; le contestó el rey: nuestro amigo Pacheco tiene un monte soberbio: cada pieza que allí se encuentra vale tanto como mi cronista Enriquez del Castillo, que es hombre de empaque. ¿Venias en mi busca?

—Señor, como no os habeis dignado parar en mi casa, ni en el alcázar, no tengo ocasion de hablaros despacio; y eso que convendria mucho.

—No importa: ven conmigo, participarás del banquete que hoy me dá el jóven de Villena, y luego que haya comido, hablaremos todo lo que quieras. Ahora no puede ser: llevo un hambre voraz.

—Os agradezco el convite, señor; mas para hablaros, necesito hacerlo sin testigos.

Andrés se inclinó hácia el rey, apoyándose en el estribo derecho de su caballo, y le dijo en voz baja:

—Señor, vuestro reino se pierde.

—¡Qué! ¿qué dices? ¿qué sucede?

El tesorero miró con recelo á la caterva de cortesanos que seguian al rey, y en particular á D. Diego Pacheco, que marchaba casi á su lado, y escuchaba la conversacion con aire distraido.

—No es ahora ocasion de deciros todo lo que pasa, contestó. Teneis hambre, señor, y no quisiera entreteneros. Comed tranquilo, y disponed de mí cuando gusteis: en el alcázar aguardo las órdenes de vuestra Señoría...

Dicho esto, hizo una reverencia, saludó con la mano á los demás caballeros y se retiró. El rey murmuró viéndole alejarse:

—¿Qué diablos será eso?-Pero repuso en seguida:-Vamos, señores, vamos aprisa, que no puedo aguantar el apetito.

Don Diego Pacheco volvió á ocupar al lado del rey el puesto que habia cedido por cortesía, cuando se acercó Andrés de Cabrera, y guardó silencio, esperando que D. Enrique se le franquease. Así fué, con efecto, el débil monarca, que durante un largo trecho permaneció pensativo, al cabo dijo:

—¿Sabes tú algo de eso, Villena?

—Señor, si no os dignais esplicarme lo que es eso, no puedo deciros lo que sepa.

—Pues qué ¿no has oido á mi alcaide de Segovia? Me ha dicho con tono lúgubre: «señor, vuestro reino se pierde:» ¿Sabes si por acaso ha invadido el moro nuestros dominios?

—No tengo noticia de semejante calamidad, señor: lo único que yo he llegado á saber es, que el bando de vuestra hermana está en campaña; pero á fé que nuestros amigos no se duermen.

—¡Es decir que estamos ya en guerra! Bien se lo dije á tu padre. Pero ¿es muy grave lo que sucede?

—No carece de gravedad, señor: sin embargo, será fácil ahogar esa rebelion.

—¡Mi hermanita!... ¡mi hermanita! Ya me figuraba que aprovecharia la ocasion. Por supuesto el maestre habrá tomado ya su partido.

—Mi padre se halla enfermo; pero podeis contar conmigo y con mi gente.

—¡Malditas revueltas, amen!... Vamos, vamos: no quiero pensar ahora en eso. Comamos, y despues Dios dirá.

Estas noticias vagas, aunque inquietaron bastante el ánimo del rey, no le impidieron entregarse con voracidad á los placeres de la mesa. Sin embargo, cuando, ya entrada la noche, se hubo aplacado su apetito, comenzó á cavilar y á sentir alguna impaciencia. No quiso aguardar al dia siguiente: se levantó de la mesa, y haciéndose acompañar de su secretario privado Juan de Oviedo y de media docena de estaferos, que le precedian á alguna distancia se encaminó al alcázar.

Andrés de Cabrera le aguardaba, ó por lo menos esperaba alguna órden de su parte. Cuando le vió llegar, se apresuró á recibirle con muestras de placer y de acatamiento.

—Vamos á ver, Andrés, dijo el rey: ¿qué significa ese fatídico anuncio que me has dado esta tarde?

—Señor, contestó el tesorero: aunque tema incurrir en vuestro desagrado, mi deber es deciros la verdad desnuda, y os la diré toda.

—Sí, hombre, sí: es muy justo. Dime todo lo que sepas. ¿Es verdad que mi hermana tiene ya sus gentes en campaña?

—Señor, vuestra hermana no puede ser la causa de la perdicion del reino; en su nombre se han levantado facciosos que todo lo atropellan; pero su lealtad no se ha desmentido un momento en estas aciagas circunstancias. Yo os juro por la fé de caballero, que podeis contar con su amor y su fidelidad.

—¡Qué disparate, hombre! ¿Cómo puedes creer que sea fiel mi hermana cuando sus parciales combaten por ella?

—No son sus parciales los que han tomado las armas: son los mismos que poco hace aguardaban vuestras órdenes en Medina del campo: son los amigos de D. Juan Pacheco.

—Seguramente quereis volverme loco entre todos. ¿Qué tiene que ver en eso el maestre? No puede ser: yo sé que sus parciales combaten á esos facciosos de mi hermana, y sé tambien que D. Diego Pacheco solo aguarda mis órdenes para salir á campaña contra ellos.

—Pues bien: dadle el mando supremo de vuestros ejércitos, y si consigue pacificar una sola provincia del reino con las armas, me dejo cortar un brazo.

—Segun eso, ¿crees que Pacheco me es infiel?

Andrés de Cabrera se sonrió encogiéndose de hombros.

—¿Qué quieres decir? Esplícate.

—Señor, conozco que es inútil tratar de convenceros acerca de los dudosos servicios de ciertas personas.

—No, ¡vive Dios! Yo sé que pueden engañarme los que se me venden por mas amigos. Pero ¿cómo quieres que dude de la lealtad del maestre, cuando tantos sacrificios ha hecho por mí?

—¿Los ha hecho de balde?

—¡Oh! Eso no: pero consiste en que no me está bien dejar sin recompensa á mis buenos servidores.

—¿Y son buenos servidores los que promueven constantemente la discordia para contraer el mérito de reprimirla? ¿Cuál de los disturbios ocurridos durante vuestro reinado no ha sido obra de vuestros favoritos?

—Eso nada prueba. Señálame algun hecho: nómbrame personas.

—No un hecho, mil os citaré, puesto que lo quereis. ¿Dónde estaba D. Juan Pacheco, cuando se os depuso en estátua en los campos de Ávila? Estaba allí, si mal no recuerdo, para arrancaros el cetro de la mano.

—Esas son cuentas ya pasadas y que D. Juan y yo entendemos.

—Sí, D. Juan las entiende y yo tambien, repuso el tesorero. Despues os hizo jurar dos veces que careceis de legítima sucecion directa:..... os condujo á tratar con vuestra hermana, y á faltar á vuestros pactos: fué el primero que ofreció la corona de Castilla á doña Isabel; quien os ha tenido en contínua enemistad con ella; quien ha provocado una lucha fratricida, que no se ha realizado, merced á la heróica paciencia de la que llamais princesa rebelde; quien ha empeñado vuestras rentas quizás para siempre, y despues de haceros gastar cuanto teneis, acaba de arrojar de Medina millares de descontentos, que ahora mismo despedazan el reino.

—Nada de eso me prueba la culpabilidad del maestre: ningun paso ha dado sin mi anuencia, y culparle de las desgracias que nos abruman, es culparme á mí. Si la infanta Isabel hubiera sido obediente á mis mandatos, nada de eso pasaria: ella sola tiene la culpa de todo.

—¿Es posible, señor, que ofuscado vuestro entendimiento por el engaño, no podais percibir la luz de la verdad? Bien sé que os desagrado al hablaros así; pero mi deber me lo manda. No trato de acusar á nadie: solo deseo salvaros de los males que os amenazan. Desde Galicia hasta Cartagena, desde Vizcaya hasta Cádiz, todo el pais arde en guerra civil. No teneis recursos para sofocar tan espantoso desórden, y aunque los tuvierais, serian inútiles. La discordia renaceria de sus mismos despojos, porque los vencedores tomarian la bandera de los vencidos para continuar la lucha.

—¡Oh! Eso no será. Yo no tengo recursos, es verdad; pero Pacheco tiene los necesarios para espulsar del reino á los príncipes rebeldes; y hecho esto, la insurreccion quedará muerta.

—Hecho eso, si es que lo consiguieseis, no os quedaria un

solo pueblo sobre que reinar; ¿con qué pagariais al maestre sus servicios? Habriais de darle villas ó fortalezas sobre las muchas que ya posee, despojándoos asi de los pocos dominios que os permaneciesen fieles. ¿Quién seria entonces el rey de Castilla? ¿Vos ó él? Creedme, señor; ¿quereis hacer una prueba para quitar todo pretesto á la rebelion? Nada podeis perder en ello: ni un hombre, ni un maravedí necesitareis emplear.

—Si eso fuese posible.....

—Sí es. Yo pondré en vuestras manos á doña Isabel; pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Sé que arrostro la terrible venganza del maestre: la promesa que acabo de haceros, será un secreto inviolable entre vos y yo, hasta que esté cumplida.

—¿Pero me entregarás mi hermana?

—Dentro de quince dias, á mas tardar, estará en Segovia, sin otro acompañamiento que el de su inmediata servidumbre. Si entonces continuais creyendo que es rebelde, podreis disponer de ella á vuestro arbitrio. ¿Qué mas necesitareis para ahogar la rebelion que usurpa su nombre?

—En verdad que si me prestas ese servicio, diré que eres el mas leal de mis vasallos.

—Para prestároslo, es indispensable que nadie lo sepa. Si una sola palabra se trasluce, no respondo de mi compromiso.

—Descuida: nadie lo sabrá. Me interesa mucho guardar silencio.

—Pues bien, señor; dentro de quince dias estareis reunido con vuestra hermana, y vereis disiparse como el humo esos bandos que ahora os amenazan. Mas tened por cosa segura que si el maestre se entera, procurará impedirlo.

—¡Dale! no lo sabrá, hombre, no lo sabrá. Pero, aunque lo supiese, ¿tendrias algo que temer?

—Sí, señor; temeria que estorbase la venida de la princesa.

—¡Bah! Tan interesado está él como yo en que nos apoderemos de ella sin costarnos sangre ni sacrificios.

—Señor, repuso Andrés mirando al rey cara á cara; no me

habeis entendido bien. Si mi intencion fuese la de entregaros vuestra hermana como prisionera, tal vez mereceria esto la aprobacion del maestre, y tal vez no; porque conforme podia irritar mas los ánimos esta alevosía, pudiera tambien templar la discordia; pero como mi ánimo es corresponder á los deseos de la princesa, que quiere probaros su lealtad poniéndose á vuestra discrecion; para demostrar así á los que pelean en su nombre que es imposible una lucha entre vos y ella, el maestre no aprobará de ningun modo el paso que os propongo.

—¡Ah! ¿Con que solo tratas de reconciliarnos? Ya sabes que eso no puede ser.

—Pues bien, señor; en ese caso, dejad que se encienda mas la guerra y aguardad á que la apaguen D. Juan Pacheco ó su hijo: tarde será, ¡por vida mia!

—Te obstinas en creer que Pacheco me vende, y por Dios, que te engañas.

—No me tengo por infalible. Pero creo que podeis ser vos el engañado, y nada os cuesta hacer una prueba. Guardadme el secreto, y cuando venga la princesa, recibidla con la solicitud afectuosa que merece. La conducta que observe el marqués de Villena en aquellos momentos, será el mejor testimonio de su lealtad y de la de su padre.

—Me parece bien eso. ¿Qué opinas tú que harán?

—Opino, señor, que D. Diego huirá precipitadamente, por temor á vuestra cólera; y bien conocereis que el que huye, no tiene la conciencia muy limpia: en cuanto al maestre, mostrará mucho enojo, porque no le habreis comunicado vuestros intentos; pero procurará recobrar vuestra confianza.

—Pues bien; allá lo veremos. Que venga mi hermana. Yo te prometo que, como eso suceda, creeré que vivo engañado, y que solo ella me ama.

El rey se despidió de Andrés, el cual salió acompañándole hasta la puerta del alcázar. Cuando volvió al aposento donde tuvo lugar la anterior conversacion, encontró en él á su esposa Beatriz, la cual le abrazó con vivas muestras de amor y agradecimiento.

Beatriz le abrazó con vivas muestras de amor y agradecimiento.

—¿Estás contenta de mí? dijo el tesorero.

—¡Ah! sí, esclamó la hermosa dama, estrechándole contra su pecho. Todo lo he oido, y te juro, amado mio, que jamás se borrará de mi memoria el valor con que has arrostrado la animosidad del maestre, por acceder á mis ruegos.

—Pues bien, ahora es preciso obrar con rapidez y sigilo: no tenemos ganada mas que la mitad de la partida, y conviene ganarla por completo.

—Sí, amado mio, sí: yo misma voy en busca de la princesa. Entre tanto, procura no separarte del lado del rey, para sostenerle en su buen propósito. No quiero confiar á nadie esta agradable comision, porque pudiera traslucirse, y entonces no faltaria quien trabajase para inclinar en contra nuestra la volubilidad de S. A., ni quien pusiese obstáculos á la venida de mi querida señora. Son muchos, aparte del maestre de Santiago, los que esperan engrandecerse por medio de la guerra civil, y harán cuanto puedan para fomentarla.

—Me parece muy conveniente que vayas tú misma, querida Beatriz, pues nadie desempeñaria mejor este delicado encargo. Puedes asegurar á la princesa que será bien recibida de su hermano, que es lo que mas importa, y para lo cual no cesaré de trabajar durante tu ausencia. Dila tambien que pongo el alcázar á su disposicion, de modo que, aun cuando sobreviniese algun contratiempo, nada tendria que temer, estando bajo mi custodia.

El resto de la noche se pasó en hacer los preparativos para el viaje de doña Beatriz, y antes de amanecer salió ésta por un postigo del alcázar, en traje de aldeana, montada en un asno, y acompañada de un servidor de mucha confianza, disfrazado igualmente de campesino. El objeto de estos disfraces era, segun nos dicen las historias, asegurar mas el secreto de los tratos que Andrés de Cabrera tenia con la princesa y con el rey. En el alcázar mismo se procuró ocultar á todos ó la mayor parte de sus moradores la partida de la noble dama.

CAPITULO XII.

De como faltó poco para que cazase al rey el marqués de Villena, y menos para que el marqués fuese cazado por el rey.

Gracias á la contínua vigilancia de Andrés de Cabrera, D. Enrique cumplió esta vez su palabra de guardar silencio. D. Diego Pacheco entre tanto, miraba perdido su valimiento y aunque el rey se le mostraba complaciente, no dejó de comunicar á su padre las sospechas que tenia de que se tramaba alguna cosa contra él.

Lo que mas le inquietaba eran las frecuentes y largas visitas que hacía el rey á su tesorero, acompañándose casi siempre del cardenal legado D. Rodrigo de Borgia y del obispo de Sigüenza D. Pedro Gonzalez de Mendoza. Veia tambien con algun recelo la intimidad cada dia mayor del judío D. Abraham con Andrés de Cabrera, pues naturalmente debia estar prevenido contra un hombre á quien habia causado tanto daño, y cuya adhesion á la princesa doña Isabel no podia ocultarse,

despues que ésta salvó la vida de su hija. Sin embargo, los tratos de estos personajes eran tan secretos, que en vano pretendia el marqués adivinar lo que se meditaba. Estos cuidados y la agitacion que producian otros acontecimientos ruidosos, le tenian algo distraido de sus pensamientos amorosos, respecto á Lia, cuyo paradero además era ignorado, pues el viejo mercader habia procurado ocultarla á todo el mundo.

Los grandes acontecimientos de que acabamos de hablar eran por una parte la guerra de pandillas, que iba tomando cuerpo, hasta llegar á verse frente á frente ejércitos formales de diez y doce mil hombres, y por otra la rendicion de Barcelona ante las armas de D. Juan de Aragon y el fallecimiento del Santo Padre Paulo II.

Barcelona se habia sometido á su rey, despues de abandonada de su aliado el francés, por una de las capitulaciones mas honrosas de que hay noticia en la historia. Reducida á los últimos estremos, cercada por un ejército aguerrido y formidable, y habiendo perdido cuatro mil hombres de la milicia cívica en una salida, no consintió en deponer las armas, sino despues que el rey prometió conservar todos sus privilegios jurisdiccionales, olvidar lo pasado, permitir que saliesen con seguridad los soldados mercenarios estranjeros, y lo que es mas singular, que mandaria pregonar por todos sus dominios, que los barceloneses eran buenos, fieles y leales súbditos.

El Papa habia muerto, cuando menos se esperaba, sucediéndole en el trono pontificio Sixto IV, cuyo afecto á D. Fernando y doña Isabel se mostró desde luego tan marcado, como firme habia sido contra ellos la aversion de su antecesor. Juntamente con la noticia de su elevacion al pontificado se recibió en Castilla el capelo de cardenal de España conferido al obispo de Sigüenza, y la bula de dispensacion en el parentesco de nuestros príncipes, delegada al arzobispo de Toledo.

Don Juan Pacheco, aunque vió contrariados sus deseos en lo del capelo, que pretendia para su sobrino el obispo de Búrgos, al saber lo ocurrido no dejó de felicitar al nuevo cardenal por su elevacion; y en cuanto á lo demás mostró la mayor indife-

rencia, contestando á su hijo, que le habia comunicado sus inquietudes:

«Nada debe importarnos todo eso; ahora, menos que nunca, se avendrán Isabel y Enrique, porque ella recobrará lo único que le hacía falta, que son fuerzas, no teniendo su suegro enemigos que combatir en su propio reino. La declaracion de legitimidad de su matrimonio, es un mal y es un bien: si antes la detenia la falsa posicion en que se hallaba, hoy podrá lanzarse á la defensa de sus derechos con la audacia que le presta la autorizacion del Santo Padre, y así encontrará defensores, además de los nuevos que ya la aclaman. ¿Qué mas podíamos apetecer? Nuestros auxilios serán ahora mas necesarios que nunca. Dí al rey todo lo que pasa, y ofrécele el apoyo ilimitado de de nuestro poder para combatir la rebelion. Con esto y con procurarle cuantas diversiones apetezca, puedes echar por tierra las intrigas del tesorero y de sus amigos.»

Mientras D. Diego leia esta carta, D. Enrique se ocupaba en los preparativos de una partida de caza al bosque de Balsain. Esperaba el marqués una invitacion para presentarse en esta diversion, que habia sido dispuesta algunos dias antes; pero miraba pasar el tiempo con zozobra, y determinó hacerse visible, para llamar la atencion del rey.

El palacio en que éste residia, estaba á la sazon lleno de cazadores: en los patios y hasta en la calle piafaban los caballos impacientes: los monteros y los ojeadores preparaban sus arreos y ataban en traillas los perros que se sometian gustosos á la argolla y la cadena, presintiendo la libertad de los campos que les aguardaba.

Don Diego atravesó todo el bullicio de criados, cazadores y caballeros que ocupaban las antesalas, vestido en traje de corte, y llegó hasta la puerta de la cámara del rey. Quiso pasar; pero un ugier le detuvo, y el orgulloso magnate hubo de resignarse, mal de su grado, á esperar, mezclándose con los demás cortesanos que aguardaban al rey, ataviados para la caza, y que al verle comenzaron á murmurar del decaimiento de su privanza, y á molestarle con preguntas ofensivas á su amor propio.

—Muy galan venís, señor marqués, decia uno: ¿acaso desdeñais alternar con nosotros en la caza?

—¡Oh! señor marqués, decia otro: sois demasiado espléndido y confiado además en vuestra destreza. Si por ventura os tocase luchar á pié con un jabalí, y resbalaseis, podriais perder un dineral, que sin duda vale vuestro vestido, y sin que este os resguardase nada de las presas del animal. ¿A no ser que traigais debajo cota de malla?....

—No es nada de eso, señores; dijo un tercero. El señor marqués tiene ocupaciones que le impiden asistir á la partida, y viene seguramente á suplicar á S. A. le dispense de acompañarle.

—Cabalmente: habeis acertado, contestó con tono seco el marqués.

Entre tanto el rey, dispuesto ya para partir, conferenciaba á solas con Andrés de Cabrera y el judío D. Abraham, en un gabinete reservado. En su cámara estaban el marqués de Santillana, su hermano el nuevo cardenal y el legado del Papa, que tambien eran de la partida.

—Esplícame bien eso, Abraham, decia el rey. No puedo persuadirme que sea verdad tamaña traicion.

—Señor, yo apenas tengo noticias ciertas de lo que maquina vuestro privado; pero es notorio que por sus consejos vais perdiendo el amor y el respeto de toda clase de gentes: de mi pueblo sé deciros, que consentirá en morir quemado, primero que ayudaros con una blanca, mientras tengais cerca de V. A. al maestre ó á su hijo.

—Pero, ¿por qué..... por qué es eso?

—Porque temen perder lo que ya os han dado, y que la codicia del maestre se apodere de todo y luego nos persiga como ya lo ha hecho.

—La prueba, la prueba de eso.

—La prueba es, señor, que mi único hijo y mi yerno han perecido á manos del bandido de Hinestrosa, y que éste era protegido por D. Diego y por su padre: ved aquí, señor, lo que se encontró en poder del hidalgo asesino.

Y diciendo esto, D. Abraham puso en manos del rey el salvo-conducto del maestre y la carta del jóven marqués de Villena, de que hicimos mencion en otro lugar.

—¡Oh! ¡qué perfidia! esclamó D. Enrique pasando la vista por aquellos papeles. Y el traidor me ofrecia su mediacion para amparar á los judíos, que segun él, sabia estaban en peligro. ¡Y vaya si lo sabia! ¡Oh! déjame, déjame esto, y ya veremos como lo esplica el ladino de D. Juan.

—Si quereis esplicaciones, señor, dijo Cabrera, os dará tantas que quedareis satisfecho. Lo mismo en cuanto á eso, que si le preguntaseis cuyo es el dinero que os ha prestado D. Abraham.

El judío apretó la mano con disimulo al tesorero, pero éste repuso:

—No me hagas señas, D. Abraham: tu fidelidad á lo pactado te hace usar de reserva con nuestro señor el rey, pero S. A. debe saberlo todo.

—Sí, veamos: ¿cómo es eso?

—Es muy sencillo, señor, continuó el tesorero. D. Juan Pacheco os ha prestado tres millones de maravedís á usura, por medio de D. Abraham; y gracias á la honradez de este buen israelita, el interés que os cobra es el mas módico posible.

—Bueno está eso, dijo el rey, mordiéndose el labio superior. Bueno está eso; ¡y no quiso darme para pagar un vestido! Pues bien, quiere decir, que no debo ese dinero. Abraham, no te debo nada: tráeme los albalaes.

—¡Señor! ¡Señor! esclamó aterrado el judío: pedidme una cantidad igual, pedidme mas: yo la buscaré, si no la tengo: pero no me arruineis. Yo debo dar cuenta de ese dinero al maestre, y me lo cobrará, tal vez juntamente con el pellejo.

—¡Qué te lo cobrará! ¡Bah!... D. Alvaro de Luna era tan poderoso como el maestre, y mi padre puso freno de una vez á sus demasías. Deja que te cobre: yo me haré pagado á mi turno.

Sin duda no agradó al judío este traspaso de cuentas, pues repuso:

—¡Ay, señor! Despues que el maestre se haya cobrado en mí, ¿cómo resarcireis la pérdida de un vasallo leal, como yo, siempre dispuesto á sacaros de vuestros apuros?

—¿Temes que te mate?

—Lo temo, porque mi muerte no sería en este caso de ningun provecho á V. A., señor; de otro modo, haria gustoso el sacrificio de mi vida.

—Mas vale, en todo caso, señor, dijo Cabrera, que asegureis antes al maestre y á su hijo, de modo que no puedan hacer daño á quien os sirve. Para esto, puedo poner á vuestra disposicion alguna torre del alcázar, y no hayais miedo que se mate la gente por acudir á romper sus puertas.

—Veremos lo que conviene: hay que andar con piés de plomo, Andrés. Sin embargo, quisiera tener alguna prueba con que convencer á ese pérfido amigo. ¡Ah! Yo le creia el mas fiel de mis servidores.

Diciendo esto el rey, sacó de su seno un medallon de oro, y lo abrió, presentando al tesorero un fragmento de piedra iman, que habia engastado dentro.

—Mira, Andrés, continuó: mira si deberia yo tener fé en ese hombre: este iman, que aquí ves, lo partió él con sus manos veinte años ha, para hacer invariable nuestra amistad, y él debe conservar el otro pedazo, como yo guardo el mio.

¿Es posible que no haya bastado la fuerza misteriosa de este talisman para conservar invariable su afecto?

—Cuidad, señor, no se encierre algun maleficio en eso que llamais talisman.

Un movimiento instintivo hizo que el rey soltase con supersticioso terror el medallon; pero recobrándolo luego, repuso:

—No puede ser. Pero como quiera que sea, no debo conservar esta prenda de la perfidia.

Y quitándose el medallon del cuello, se acercó á una ventana para arrojarlo por ella.

En seguida retrocedió indeciso diciendo:

—No: mejor es conservarlo, aunque no sobre mi persona. ¿Quién sabe si el arrojarlo me acarrearia males? Además todavía puede ser que el maestre se enmiende.

Andrés se encogió de hombros. El rey salió á la cámara y mandó entrar á sus cortesanos, despues de despedir al tesorero y al judío que salieron juntos.

Don Diego les vió alejarse con ojos recelosos, y entró con los demás á saludar al rey, el cual le dijo:

—¿Cómo es eso, Villena? ¿Todavía no estás dispuesto para la caza?

—Señor, ignoraba si seriais gustoso en que os acompañase.

—¡Calla! es verdad que no te he avisado. Pero eso no importa: tú no podias dejar de ser de la partida.

Un maestresala ó senescal del rey entró en este momento con dos cartas en la mano: D. Enrique las tomó diciendo:

—¿A ver? Dadme acá. ¿Qué es eso?

Y mirando los sobreescritos añadió:

—Esta no es para mí: es para Villena. Tómala, D. Diego: puedes leerla.

El marqués abrió su carta, no sin un ligero temblor, pues acababa de reconocer en el sello el signo distintivo de la *Perpétua Noche*, y pasó la vista por su breve contenido, que así decía:

«El rey lo sabe todo: si en algo apreciais vuestra libertad ó vuestra vida, huid. Guardad el... *Número Uno.*»

Mientras D. Enrique repasaba los primeros párrafos de la otra carta, que era de su hermana, D. Diego recapacitaba lo que debia hacer en aquel crítico momento: si guardaba su lacónico billete sin decir nada de él, se hacía sospechosa su reserva, cuando parecia que alguna mano infiel lo habia dirgido de intento á manos del rey para que se enterase de su contenido: si lo manifestaba podia tal vez recobrar la confianza del monarca. Se decidió por esto último.

Luego que D. Enrique guardó su carta sin acabar de leerla, le dijo el marqués, presentándole abierta la suya:

—Esto es alguna burla, que no se me alcanza con que objeto sea hecha. Ved, señor, que tonterias me escriben. ¿Puedo temer algo de vos?

El rey miró á D. Diego, asombrado de su serenidad, y le contestó:

—Tú lo sabrás, Villena.

Y volviéndose á los demás personajes que habia presentes, dijo:

—Vamos, señores: vamos pronto. Tengo impaciencia de ver como se porta mi amigo Villena en el bosque, con su traje de Navidad.

Don Diego se mordió los labios, y repuso:

—Para acompañar á V. A. ningun traje es bastante rico, y nada importa la clase del vestido, cuando se sabe manejar con destreza lo mismo una espada y una lanza, que un caballo y una jabalina.

El rey se dirigió á los dos cardenales Borgia y Mendoza y colocándose en medio de ellos marchó hácia la puerta. Toda la corte se puso en movimiento. D. Diego se apresuró á buscar á uno de sus servidores que aguardaban fuera, y le mandó traerle inmediatamente su mejor caballo, que para el caso habia dispuesto enjaezar, previniendo á la vez que le siguiesen al bosque de Balsain seis de sus mas aventajados monteros.

Aun no se habia puesto en marcha la partida, cuando ya estaba el jóven marqués á caballo al lado del rey; su riquísimo traje de brocado de oro, guarnecido de inestimables pieles, las joyas de brillante pedrería que ostentaba en su gorra y en su cuello y manos, los arreos lujosos del soberbio corcel que montaba, todo contribuia á dar á su persona un aire de distincion y de opulencia, que formaba notable contraste con la sencillez casi miserable de D. Enrique.

Los cardenales tomaron la delantera, para hablar libremente de sus asuntos de política y ambicion, los demás caballeros, formaron grupos detrás, buscando cada cual á sus iguales, y D. Diego, entre tanto, aprovechando la ocasion, reanudó su plática, con el ánimo de esplorar las intenciones del rey.

—Hoy me ha escrito mi padre, señor, dijo: y tengo el placer de participaros que ha entrado ya en la convalescencia y muy pronto podrá volver á serviros con su actividad acostumbrada.

—Me alegro, contestó el rey. Mira que bien monta el señor

cardenal de España. No así el señor vicecanciller de Su Santidad, diríase que va atado á los estribos. ¿Qué te parece?

—Con efecto, señor, no parece muy diestro su eminencia.

—Sin embargo, D. Diego: ese mal ginete nos ha enfrenado á todos, incluso tu padre.

—Mi padre no tenia por sí gran empeño en privar del capelo á D. Pedro Mendoza, lo que sí le ha inquietado mucho es la dispensacion del matrimonio de vuestra hermana: y esto le incomoda, porque ahora el partido aragonés se envalentonará, como es consiguiente, y será preciso tomar pronto las armas para abatir su orgullo.

—¡Bah! ¿Sabes, Villena, que quien no nos conozca y nos vea juntos, pensará que tú eres el rey?

—¿Por qué, señor? preguntó el jóven, devorando interiormente el despecho que le causaba la indiferencia con que el rey le oia.

—Porque no he visto nunca cerca de mí un mancebo tan brillante, desde los buenos tiempos de D. Beltranico. Mírate, y mírame: compara mi pelaje con tu boato. Pardiez, que me dá vergüenza de ir contigo.

Diciendo esto, el rey contuvo su caballo, como para dejar á D. Diego que se adelantase; pero el jóven refrenó tambien el suyo, decidido á no soltar la presa.

—No repareis en eso, señor, repuso: la magestad resalta mas en medio de la sencillez.

—Como la opulencia al lado de la pobreza: ¿no es verdad?

—Veo, señor, que estoy en desgracia hoy con V. A.

—No tal, Villena, es que tu conversacion es hoy poco divertida.

Don Diego guardó silencio: al cabo de un rato le dijo el rey:

—¿Es verdad que la hija de Abraham Señor es tan hermosa como se dice?

—Verdad es, señor; jamás he visto una mujer tan hermosa. ¿Será posible, sin embargo, que V. A. piense en una miserable israelita?

—¿Por qué no, si es hermosa? Bien sabes que soy ciego admirador de la belleza.

—En ese caso, puedo aseguraros, señor, que nunca habreis empleado mejor vuestros pensamientos.

—Me han dicho que tienes relaciones íntimas con D. Abraham.

—Os han engañado, porque, al contrario, ese judío me aborrece de muerte; y todo porque he tenido la desgracia de que me guste su hija.

—¿Cómo es eso?

—No hace mucho tiempo, apostó asesinos pagados para que me matasen mientras yo rondaba en su calle.

—¡Ah! ¿Con que tu grandeza ha podido humillarse hasta pensar en una miserable israelita?

—¿Por qué no, señor, si es hermosa?

—¡Bien dicho, Villena! ¡Bien dicho! esclamó el rey, prorrumpiendo en una estólida carcajada. ¿Y tú, buen cazador, no has podido atrapar esa paloma?

—Al mejor cazador se le va la liebre, dijo el marqués en tono sentencioso. Mucho he trabajado: hasta quise aprovechar la circunstancia de hallarse la muchacha en Valladolid, cuando el motin, para interesarla, sacándola del peligro; pero el diablo enredó las cosas de otra manera.

—¡Ya! ¿Con que hay algo de lo que dicen?...

—Hay lo que os acabo de manifestar, y de ahí proviene que D. Abraham, hecho amigo de vuestra hermana, porque casualmente hizo lo que yo no pude, trabaja de consuno con Andrés de Cabrera para arrancar de vuestro lado á mi padre y á mí. Ya saben lo que quieren: la pérdida de nuestro apoyo leal, seria vuestra derrota y el triunfo de doña Isabel. Por fortuna, ningun poder humano separará á los Pachecos de la defensa de su rey.

Don Enrique se quedó pensativo, cavilando que podia tener razon el marqués, y llegó á dudar por un momento de la lealtad de Cabrera, de las sanas intenciones de la princesa y de cuanto en su favor le habian dicho los dos cardenales: D. Diego, alentado por el silencio del rey, continuó:

—Ved, señor, en qué circunstancias conspiran contra noso-

tros: cuando ha terminado la guerra de Aragon; cuando los príncipes D. Fernando y doña Isabel pueden presentarse al mundo á cara descubierta, como legítimos esposos; cuando nadie que quiera se avergonzará de abrazar su partido; cuando en fin, les basta salir á campaña, para tener un ejército de cincuenta mil combatientes, que hoy llevan dispersos su bandera. En estas circunstancias quieren arrebataros vuestro apoyo mas fuerte y leal; pero no será ¡vive Dios!

—Oye, Pacheco, dijo el rey: ¿qué dia del año es hoy?

Don Diego quedó un momento desconcertado por esta fria pregunta.

—Señor, contestó: es el dia de los Inocentes.

—Justo. Pues mira, continuó D. Enrique hablando con la mayor sinceridad: te voy á comunicar un secreto, en el concepto de que no lo dirás á nadie.

—Podeis confiar en mi discrecion.

—Si mi hermana piensa engañarme, podrá llevarse un solemne chasco porque de nada la servirán esas grandes ventajas que tiene sobre mí. Hoy, dia de los Inocentes (aquí bajó la voz), ha de llegar á Segovia Isabel, para ponerse en mis manos. ¿Verdad que, si lo hace, cometerá una inocentada?

El tono irónico que habia empleado el rey durante toda esta conversacion, hizo que D. Diego, al escuchar su sándia confianza, la interpretase dándole un doble sentido, y la creyese una amenaza. En aquel momento se acordó del aviso misterioso que pocas horas antes recibiera. Su rostro se demudó al oir tan inesperada noticia; se representó al rey como una de esas fieras que se divierten jugando con su presa, antes de devorarla: el terror y la cólera unidos contrajeron sus músculos, y por un movimiento involuntario metió las espuelas á su fogoso corcel, que, no esperando este brusco castigo, se espantó y salió á escape. La turbacion ó el aturdimiento venció en D. Diego á su destreza; por mas que hizo el caballero, no pudo contener el ímpetu violento del caballo, que siguió desbocado á campo través, con asombro de cuantos le miraban.

Este incidente cambió de súbito las ideas del rey, como veleta que gira al mas leve viento.

—¿Qué le ha dado á Villena? esclamó. ¡Diantres! ¡Peor maneja el caballo que el señor vicecanciller!—¡Pronto! Monteros: volad al socorro de D. Diego, no quiero que se me desgracie, ahora que teníamos una conversacion tan interesante. ¡Vivo, monteros! A traérmele.

Los monteros y otras varias personas del séquito del rey, pusieron sus caballos á escape en seguimiento del marqués, pero éste, que oyó las voces y vió el movimiento de aquellos, comprendió que se le perseguia para prenderle, por lo cual, lejos de pensar en reprimir la carrera de su corcel, cuyo brío y ligereza escedian en mucho á los de los otros, soltó las riendas, y se dejó llevar con una velocidad espantosa. D. Enrique se habia parado, y observaba desde un alto aquella lid de equitacion.

—No le alcanzan, decia: ¡vá como alma que lleva el diablo!

Y hablando consigo mismo, murmuró:

—La noticia no le ha hecho gracia. ¡Oh! Ya nos veremos algun dia. Pero ¿por qué le inquieta la idea de que venga Isabel á ofrecerme la paz, cuando puede imponerme la guerra? ¿No decia, hace un momento que ningun poder humano le apartaria de mí? Así son todos: ¡mucha lealtad en los labios; mucha perfidia en el corazon!—Se escapa, continuó en voz natural. ¡Vaya con Dios! Aquel maldito caballo debe ser hijo primogénito de Satanás. Sentiré que le estrelle ó le arroje por algun despeñadero.—Ya no se le vé..... vamos, señores; al bosque: á la caza. Que esto no turbe nuestra diversion..... Demonio de marqués..... digo, de caballo mas espantadizo..... ¡Vamos, señores, vamos!

La cabalgata entró en el bosque de Balsain, formando los caballeros mil comentarios sobre el estraño incidente que acababan de presenciar. Los mas adictos á la casa de Villena fueron los que primero comenzaron á murmurar de su conducta pasada; como que eran los mas interesados en no participar de su inopinada desgracia. Como en tales casos acontece, cada cual miraba por sí, nadie abogaba en defensa del caido.

La señal del ojeo puso término á las murmuraciones, los ca-

zadores ocuparon sus respectivos puestos: los monteros que habian ido en persecucion del marqués, volvieron rendidos de cansancio, manifestando que el fugitivo se les habia perdido en las revueltas de una selva; la caza comenzó, y esta ocupacion noble tuvo entretenida á la corte hasta la caida de la tarde.

Durante las varias batidas que se dieron, D. Enrique no pudo tomar la parte activa que solia, ni entregarse en cuerpo y alma á su diversion favorita: tenia el ánimo preocupado por otros objetos y esperaba con ansia el momento de volver á Segovia, y sobre todo el de ver llegar á su hermana, en quien habia adquirido una ilimitada confianza desde la precipitada fuga del marqués de Villena.

La voz de la próxima reconciliacion del rey con doña Isabel y su esposo habia corrido ya entre los cortesanos, merced á algunas insinuaciones hechas por el cardenal Mendoza y su hermano, que estaban en el secreto. De pronto se vió venir á todo escape un caballero por el camino de la ciudad. El cardenal fué el primero que reparó en él, y avisó en seguida al rey.

—¡Alto! ¡alto! esclamó éste: veamos que nuevas nos traen de Segovia.

Pronto llegó el caballero á donde estaba el rey rodeado de sus magnates, echó pié á tierra, y se acercó indeciso.

—Bien venido seas, Bobadilla, le dijo D. Enrique: puedes hablar. ¿Está ya en Segovia mi hermana?

—No, señor, contestó el padre de Beatriz. Yo acabo de llegar de Aranda, acompañando á mi hija.

—¿Cómo es eso? prorrumpió el rey con impaciencia. ¿No quiere acaso venir la princesa?

—Esta noche la vereis en vuestros brazos, pues solo dos leguas nos separaban de S. A. esta mañana. ¿Podeis dudar que viniese, cuando tanto lo ha deseado?

—No: ya no puedo desconfiar de ella: es fiel á su palabra, y no dudo que me quiere bien.—¡A Segovia, señores, á Segovia! Vamos á recibir á mi hermana, con quien he resuelto hacer las paces.

Aunque las buenas noticias no corren con tanta rapidez como

las malas, el vivo deseo que todo el mundo tenia de ver terminadas amigablemente las desavenencias del rey con su hermana, hizo que cundiese con suma prontitud por Segovia la nueva de la próxima llegada de la princesa. Cuando entró en la ciudad D. Enrique halló iluminadas espontáneamente todas las ventanas y balcones de las casas, y las calles pobladas de gente, que le victoreaban, y casi en triunfo le llevaron hasta el alcázar.

Allí estaba ya doña Isabel con muy pocas personas de su séquito y en compañia de su fiel amiga Beatriz, que, por un alarde de lealtad, conservaba puesto el traje de aldeana que le habia servido para el viaje. D. Fernando, mas cauto, ó menos confiado que su esposa, no habia pasado de Turuegano donde se hallaba al frente de todas sus fuerzas disponibles, y á la espectativa de lo que pudiera ocurrir.

En el momento de verse, los dos hermanos se abrazaron con verdadera efusion de cariño, y habiendo quedado solos con algunos de sus íntimos amigos, pasaron dos horas en conversacion afectuosa y en recíprocas satisfacciones de su conducta respectiva durante su larga ausencia.

CAPITULO XIII.

De como una mujer engañó á tres hombres, haciéndose amiga de otro.

Era para las personas enemigas de trastornos, y en general para todo el pueblo, un espectáculo consolador, el que ofrecian D. Enrique y doña Isabel durante los primeros dias de su reconciliacion: veíaseles cordialmente unidos, cabalmente cuando se temia un rompimiento desastroso entre ambos, rompimiento que nunca fuera tan inminente como en aquella sazon. Hasta los enemigos de nuestra princesa no podian menos de admirar su abnegacion, pues nadie desconocia que, si buscaba la paz, no era por falta de influencia para imponer la ley á su hermano, sino por una superabundancia de lealtad. D. Enrique, cuya aversion á la guerra estaba en el fondo de su carácter, comprendia y apreciaba mas que todos este generoso proceder, y procuraba corresponder á él, olvidando lo pasado y dando á su hermana públicas demostraciones de cariño. Al efecto comió con ella en el alcázar, el dia siguiente al de su llegada, y poco despues la

sacó á paseo por la ciudad, llevando él mismo las riendas de su caballo. Los segovianos manifestaban su aprobacion y regocijo, con vivas aclamaciones, al ver aquel ejemplo, que les prometia una paz deseada para el presente, y una sucesion legítima en el trono para el porvenir. Aunque se conocia la índole voluble del rey, ¿quién podia creer que se alterase una union tan ostensiblemente manifestada?

Para complemento de esta feliz concordia, D. Fernando, tranquilizado por las noticias que le comunicó su esposa, habia venido de Turuegano á Segovia, donde encontró la mas cordial acogida de parte de D. Enrique.

Con tan buenos auspicios comenzaba el año 1474.

Era la antevíspera de la Epifanía, y la hora en que el buho comienza á dar al viento sus lastimeros gemidos. Una espesa capa de nieve cubria la tierra, y sus reflejos prestaban á la noche una claridad pálida y confusa. Solo velaban el crímen y el dolor: los honrados habitantes de Segovia restauraban sus cansadas fuerzas, entregados al sueño. Algunos habian visto al anochecer unas figuras fantásticas, envueltas en negros ropones, encaminarse hácia el cementerio judáico, y teniéndolas por espíritus infernales ó apariciones mágicas, les habian cedido el paso santiguándose llenos de terror.

Ya tarde, cuando ningun ser humano podia turbar el reposo de la campiña, llegaron por el camino de Medina del Campo dos personas montadas en caballos negros, las cuales se internaron en una vasta y medrosa selva, en que el pié del pastor no habia jamás impreso sus huellas. Al poco tiempo y por diferente sendero, llegaron otros tres ginetes y se ocultaron en el mismo bosque: todos vestian túnicas largas y llevaban caretas, de modo que era imposible recenocerles.

Puesto que ya inferirá el lector, á donde se dirigia esta gente, nos dispensará penetremos con ella sin rodeos en el seno de la *Perpétua Noche*. Un guia apostado en el bosque, condujo á las dos primeras personas al gabinete reservado del gran maestro, sin pasar por la sala de las asambleas. Abiabar las aguardaba sentado en su trono y vestido con el severo traje de su

alta dignidad: cuatro negros atletas, armados de hachas y puñales componian su guardia de honor.

Al aparecer en su presencia las dos personas desconocidas, se levantó, y dirigiéndose á la mas baja, le tomó la mano con respetuosa cortesía, y le ofreció su asiento. En seguida hizo una seña á los guardias, que se retirasen por la puerta que habia detrás del trono.

La persona con quien Abiabar tenia estas inusitadas atenciones se dejaba conducir maquinalmente, y como si un sentimiento de terror embargase el uso de su voluntad. Observándolo así el judío le dijo:

—Nada temais, señora: estais entre amigos, que siempre se han ocupado en vuestro servicio. Comprendo que debe imponeros pavor el lúgubre aparato que aquí os rodea: pero esto solo es terrible para los traidores que abusan de nuestra confianza, y para los verdugos del pueblo de Israel.

—No negaré, dijo entonces la dama encubierta, que es imponente el misterio de esta mansion subterránea; pero me han dicho que podeis asegurar la corona en las sienes de mi hija, y no hay peligro que yo no arrostre cuando de esto se trata. Si lo haceis, contad con mi proteccion y silencio.

—Vuestra proteccion, señora, es inútil para una sociedad, cuyos miembros todo lo poseen: vuestro silencio á nadie interesa tanto como á vos; porque, entre nosotros, las palabras cuestan muy caras, nada menos que la vida. Sin embargo, no rehuso vuestra amistad y benevolencia para el pueblo que rijo: este será el precio de la corona que espero dar á vuestra hija, ó al menos de la guerra que haré á su poderosa rival. Pero advertid, señora, que sois la primera persona estraña en mi hermandad que pisa este oscuro recinto: lo que aquí presencieis, ha de quedar sepultado en vuestro pecho, como en una tumba.

—Descuidad, noble Abiabar, dijo el otro personaje encubierto: mientras ayudeis á mi señora, segun me lo habeis prometido, tendreis en ella y en mí los dos mas firmes y prudentes aliados: pero si llegaseis á faltarla, no respondo de nuestra palabra.

En este momento sonó el resorte de la puerta de mármol que conducia al brillante salon de los gigantes, donde fué sometido D. Diego á la prueba del amor. Abiabar se acercó á ella, y habló en secreto con el hermano que acababa de abrirla, el cual se hizo á un lado, y dejó pasar á otros dos que le seguian, quedándose él como en guardia.

—Venid, ilustres huéspedes, les dijo el gran sacerdote: os aguardaba con impaciencia, porque temia no acudieseis á mi llamamiento. Venid y vereis el banquete que os tengo preparado.

Y les condujo al ángulo de la estancia, donde, levantando un tapiz, apareció á su vista un pequeño aposento iluminado, en el cual habia un tajo con su hacha, una horca, y sobre una mesa una copa llena de cierto licor estraño. Los dos personajes retrocedieron con muestras de indignacion y espanto.

—¿Qué significa esto? preguntó el mas pequeño de ellos.

—Pronto lo sabreis, ilustre número Mil, contestó Abiabar: ya habeis visto el banquete: venid y os mostraré la numerosa servidumbre que ha de asistiros.

Y asi diciendo los condujo á un estrecho corredor, desde el cual se veia la sala de las asambleas ocupada por una numerosa concurrencia de gente armada.

—Este es un lazo que se me ha tendido, dijo D. Juan Pacheco. Abacuc me aseguró que estabais solo.

—Abacuc ha cumplido mis órdenes.

—¿Y que pretendeis de mí?

—Pretendo pediros estrecha cuenta de vuestra conducta: no quiero exigiros la responsabilidad de los asesinatos cometidos por vuestro mandado en las personas de mis hermanos: me consta que vos dispusisteis los motines de Toledo, Sevilla, Jaen y Valladolid: pero esto fué una venganza personal que yo desprecio. Sin embargo, esa sangre derramada os condena, y os acusa de connivencia con el tirano Enrique y con su hermana: los secretos de la *Perpétua Noche* se han divulgado, y nadie puede haber cometido semejante traicion sino un enemigo nuestro.

—¿Deliras, Abiabar? ¿Qué interés me trae aquí, sino el recelo de que nuestra sociedad se halla en grave peligro? ¿Me acusas de traicion á la *Perpétua Noche*? Pues bien, preséntame ante la asamblea, si te atreves: yo descubriré al traidor. Tiempo hace que dudo de tu sinceridad: tiempo hace que el rey Enrique me niega su completa confianza; y no ha mucho que mi hijo tuvo que huir para librarse de su saña: si tu pueblo sufre persecuciones, tambien yo las sufro: busca el traidor, que entre los tuyos está, y si no sabes encontrarlo, yo lo señalaré.

—Decidme su nombre.

—Si no es Abraham Señor, eres tú mismo.

—Abraham no pertenece á la sociedad: yo estoy demasiado alto, para que me alcancen vuestros tiros.

—Uno solo me basta para volver contra tí la acusacion.

—Me haceis reir: habeis creido que os he llamado para ofreceros mi apoyo en las circunstancias actuales: digo mal; porque no podiais creerme necesario, cuando nada teneis que temer de vuestro cómplice Enrique; os ha parecido conveniente seguir engañándome, para estar á salvo del puñal y el veneno. Pero os equivocais: habeis venido á escuchar la mas formal acusacion, venid y descubríos ante aquella dama que ocupa mi trono.

—¿Una dama? ¿Quién puede ser? No me descubriré, ni tampoco lo hará mi hijo.

—Como gusteis, repuso Abiabar.

Y añadió dirigiéndose á la dama:

—¿Qué quejas teneis, señora, de D. Juan Pacheco?

—Una sola, contestó la encubierta. Me ha separado de mi marido, para servir á la causa de la princesa rebelde; ha hecho que su hijo finja huir de la corte, para facilitar la entrada en ella de doña Isabel.

—Señora, injustamente me acusais, dijo el maestre de Santiago descubriéndose. Si os separé de la corte, fué para que no me impidieseis serviros: si mi hijo, que está presente, ha tenido que huir, culpad de ello á mis enemigos, entre quienes podeis contar al judío que os ampara.

—Don Juan, prorrumpió Abiabar: no repitais esa acusacion, si no teneis pruebas para sostenerla.

—¿Quereis una prueba? Vedla aquí, contestó el maestre, sacando un papel. Esta carta vuestra fué entregada al rey para que la diese á mi hijo: leedla en alta voz:

Abiabar tomó la carta y leyó:

«El rey lo sabe todo: si en algo apreciais vuestra libertad ó vuestra vida, huid. Guardad el..... *Número Uno.*»

—¡Esto no es mio! esclamó Abiabar con vehemencia.

—Esa es, sin embargo, vuestra fórmula, dijo el jóven marqués de Villena: vuestro sello, vuestra letra y firma están visibles. ¿Cómo, pues, nos acusais de traicion, cuando somos el blanco de ella? Si no es vuestra la carta, decidnos de quien puede ser: yo no la he inventado: el rey me la dió en presencia de toda su corte.

—Repito que no es mia: dijo Abiabar.

—¡No es tuya! repuso D. Juan Pacheco. Luego hay otra persona, que posee nuestros secretos, y con ellos nos vende, y mete la discordia entre nosotros. Tú que tienes la pretension de verlo y oirlo todo; tú que dispones de una red sigilosa tendida sobre todo el reino, ¿cómo ignoras el nombre del verdadero culpable, y persigues á tus mejores amigos? No dudes, Abiabar, que el que nos acusa, ese nos vende. Nuestra causa es comun ahora, como siempre lo ha sido: nuestra desunion es la muerte de entrambos. Si yo hubiese abrigado el pensamiento de faltarte, ¿me verias en este sitio indefenso y confiado? Si hubiese querido destruirte, ¿carezco de medios? Dices que estoy de acuerdo con Enrique para perderte: yo te probaré cuando quieras que vives en un error.

—Al momento.....

—No: cuando estemos solos. La escelsa señora que nos oye merece mi confianza, y yo no tendria inconveniente en hacerla partícipe de mis secretos; pero poseo algunos que no me pertenecen, y que solo á tí puedo revelar. Únicamente diré, que nadie como yo, desea derrocar de su altura á la princesa Isabel, destruyendo la amistad repentina que la ha unido con su hermano, y que no puedo conseguirlo, siempre que la hermandad no me ayude.

—No es otro mi pensamiento, D. Juan; mas para llevarlo á cabo, creia necesario lo primero destruir los obstáculos que pueden oponerse á mi libre accion, ó usando de vuestro lenguaje, necesitaba suprimiros á vos y á vuestro hijo. Por mas que digais, ilustre magnate, no podeis negar que la sangrienta matanza del Sábado de gloria fué obra vuestra: me habiais amenazado con ella: tampoco negareis que, teniendo en la mano la fuerza suficiente para inutilizar á los reyes de Sicilia, la entretuvisteis inactiva mucho tiempo, y luego la dispersasteis, fomentando así el vigor del partido rebelde. No convencereis á nadie de que habeis perdido el favor de Enrique, ni por consiguiente os librareis de la sospecha que sobre vos recae de haberle comunicado el secreto de la sociedad, como tambien de haber dispuesto la reconciliacion con su hermana.

—¡Qué delirios! Mis mejores amigos, mi hijo mismo reprimieron los motines contra los hebreos; si os avisé lo que debia suceder, fué porque sabia que Enrique lo preparaba. El entretenimiento y la dispersion del campo de Medina, fueron obra del rey, por cuya causa me retiré á Escalona disgustado. En cuanto á las revelaciones que se hayan hecho, acaso sabrá algo de ellas doña Isabel cuya intimidad con Andrés de Cabrera, mi capital enemigo, de nadie es desconocida; ó tal vez tu cuñado Abraham, que hace de mediador entre ambos y Enrique.

—Noto, señores, dijo la dama encubierta, que hablais con embarazo en mi presencia; me retiraré, si gustais. Solo deseo me participeis vuestra última resolucion.

—Es muy justo lo que quereis, señora, repuso Abiabar: venid, pues, y dignaos esperar en este aposento inmediato. Don Pedro Fonseca, vuestro amigo, os hará compañía.

Y así diciendo, la condujo á la opulenta sala de los gigantes. Al entrar en ella, la dama se inclinó á su oido y le dijo:

—No os dejeis seducir por las melosas palabras de D. Juan: él y su hijo son traidores, y vuestra vida durará lo que tarden ellos en verse libres y seguros.

—Así lo creo, ilustre reina: dejadme obrar segun mi prudencia.

El judío volvió en seguida al gabinete negro, recomendando de paso la vigilancia al hermano que ocupaba la puerta.

—Gracias á Dios que estamos solos, y podremos hablar con franqueza, dijo D. Juan Pacheco. Supongo, amigo Abiabar, que todo lo que aquí ha pasado esta noche entre nosotros es una farsa.

—Suponeis mal.

—¡Ah! ¿Os formalizais?

—Seguramente.

—Lo mismo da, repuso el viejo maestre encogiéndose de hombros. Pues bien, con toda seriedad deseo saber para qué habeis traido aquí á la reina doña Juana.

—Con entera franqueza os diré que la he traido para oponer su influjo al vuestro. Doña Juana os aborrece.

—¿Y qué podeis esperar de esa mujer desacreditada?

—Viviendo vos, nada puedo esperar: faltando vos, todo lo espero de ella.

—Sea enhorabuena: pero dejemos eso, Abiabar, y pensemos en lo que á entrambos interesa. Estamos vendidos, y es necesario que yo vuelva á la gracia de Enrique, para desvanecer sus sospechas. Ni el triunfo de Isabel ni el de la Beltraneja nos acomoda: mis dilaciones para combatir á la primera y la disolucion del campamento de Medina, no han tenido otro objeto que el de provocar una lucha que era imposible: si no se ha realizado y en su lugar vemos hoy restablecida la paz, esto se debe á la traicion de un enemigo oculto, que nos importa mucho descubrir.

—Y bien: ¿qué pretendeis hacer?

—Os lo diré: ¿no teneis entre los hermanos algun inmediato servidor de Isabel, de Andrés de Cabrera ó de mi tio el arzobispo?

—Sí tengo.

—¿Es hombre fiel y diestro?

—¿Por qué lo preguntais?

—Porque habrá que encargarle una comision delicada, y no seria prudente que nos confiásemos á quien tal vez sea el que nos ha entregado.

—No: el número Cuarenta y cinco está exento de toda culpa.

—Pues bien: poned ese hombre á las órdenes de Abacuc, y dejadme obrar.

—Necesito conocer antes vuestros planes.

—Mi plan se reduce á dar al rey un filtro que le indisponga con su hermana, y de cuyas resultas quede ella presa en el alcázar de Segovia.

—Un filtro...

—Sí: en estos dias se presentan mil ocasiones favorables: todos los amigos de Isabel dan al rey convites á porfía. En uno de ellos, puede enfermar repentinamente S. A.

—¿Pero de mucha gravedad?

—No: si el rey muriese ahora de repente, todo se habria perdido: los partidarios de su hermana le habrán arrancado promesas solemnes que serian cumplidas con su fallecimiento. ¿Me comprendeis?

—Estais comprendido.

—Y ahora, ¿dudais todavía de mi fidelidad?

—No: pero, ¿cuánto tiempo necesitareis para ejecutar vuestro plan?

—Ocho dias, ó tal vez menos: eso depende de las circunstancias.

—Pues bien: ya estais libre: Abacuc y el número Cuarenta y cinco ejecutarán vuestras órdenes; pero en garantia del cumplimiento de vuestra palabra, me quedo con este jóven.

—¿Quién? ¿Mi hijo ha de quedar aquí?

—¿Por qué no? Yo os prometo que estará tan bien asistido como en su palacio. Pero si faltais á vuestro compromiso, si dais un paso en falso, os mandaré su cabeza, y la vuestra no estará segura.

—Me conformo: pero no era esto lo que yo esperaba de la *Perpétua Noche*.

—No estrañeis nada, D. Juan: necesitais recobrar la confianza que habeis perdido: entre tanto la necesidad me obliga á trataros como á enemigo.

—Sea: en tu poder queda mi hijo. Solo te advierto que su

cabeza vale bien las de todos los hijos de Israel, y que en caso necesario sabré reunirlas para cortarlas de un solo golpe.-¡Adios, Abiabar!-¡Adios, D. Diego!

El maestre apretó la mano á su hijo, y dirigiéndose al hermano que estaba en la puerta de la sala de los gigantes, le dijo:

—Venid, Abacuc: estais á mis órdenes.

Abacuc miró al gran sacerdote, el cual hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

El maestre, seguido del astrólogo, salió atravesando con arrogancia por medio de la asamblea; y luego que estuvo en el campo, se encaminó hácia el parque, cuya comunicacion subterránea con su casa de Segovia es conocida del lector. Abiabar, entre tanto, ponia á D. Diego bajo la custodia de los cuatro guardias negros, y presentándose luego á la asamblea les habló de esta manera:

—Hermanos: sabeis que la traicion se alberga entre nosotros: esta noche debiais presenciar una ejecucion solemne, pero mi prudencia me aconseja no obrar con precipitacion en estos casos. Uno de los presuntos culpables queda en mi poder, el otro, que es su padre, ha prometido conjurar los peligros que nos amenazan. Retiraos tranquilos, y descansad en la vigilancia de vuestro jefe. Quédese solo aquí el número Cuarenta y cinco.

Uno de los hermanos, gordiflon y corcovado, se acercó á la mesa, mientras todos los demás desfilaban. Abiabar se retiró con él á su gabinete reservado.

—Froilan de Ávila, le dijo: la hermandad exige tus servicios:-sobre tí pesa la sospecha de haber vendido nuestros secretos al rey ó á la princesa, y no puedes librarte de la muerte, sino ejecutando lo que te se mande.

—¡Oh! ¡Señor! ¿Es posible que se sospeche de mí? ¿De mí, que para mas disfrazar mis pensamientos, he adjurado públicamente de la fé de nuestros padres, como el pan del arzobispo de Toledo, llevo siempre al cuello un rosario cargado de medallas, y he merecido que me designen con el nombre de *Beato?*

—Sí, Froilan: á pesar de todo eso, y quizás por eso mismo, se sospecha de tí.

—¿Qué debo hacer, señor, para desvanecer esa sospecha?

—Lo que te mande Abacuc el astrólogo: si lo haces, tendrás una recompensa: sino, morirás de muerte violenta. Vete, pues; Abacuc estará mañana en el parque de Villena.

El Beato salió, y Abiabar se dirigió á la sala de los gigantes. Poco faltó para que sorprendiese á D. Pedro Fonseca y á la dama encubierta con las manos enlazadas y en la actitud del amor mas rendido.

—¿Qué habeis resuelto? preguntó la dama.

—Don Juan queda libre; pero me ha prometido hacer que antes de ocho dias pierda doña Isabel la amistad de su hermano, y sea presa en el alcázar de Segovia.

—No lo cumplirá, repuso la dama con acento de firme conviccion.

—Si no lo cumple, morirá su hijo, replicó Abiabar.

—¡Ah! ¡Su hijo! ¿Pero ese no está libre tambien?

—No: le guardo en rehenes.

—Eso me basta: guardadlo bien, y si el maestre falta á su palabra, descargad sin temor el golpe fatal, y venid á mí: yo os ampararé. Aunque no pudieseis encontrar un asilo á mi lado, lo tendriais seguro en Portugal, en el palacio mismo de mi hermano.

—Asilos no os faltarán, Abiabar, dijo D. Pedro de Fonseca. Yo poseo la Mota de Medina: en aquella fortaleza tendreis siempre una cámara preparada.

—Gracias, D. Pedro: aprovecharé vuestra generosa oferta, si fuere necesario. Y vos, señora, contad con mi adhesion, y no olvideis la promesa que me habeis hecho de proteger á mi abatido pueblo.

Diciendo esto, Abiabar se inclinó respetuosamente, tomó la mano de la dama, y se la besó. En seguida la condujo hasta una de las dos salidas del hipogéo, y se despidió de ella y de su acompañante.

—Sí, murmuró, viéndoles partir: contad con mi adhesion para derribar á vuestra enemiga: mas no para elevaros. El imperio cristiano caerá de una vez en Castilla para no levantarse

jamás. La tea de la discordia está en vuestras manos: yo la atizaré sin descanso hasta que os reduzca á pavesas.

Mientras Abiabar se entregaba de este modo á sus lúgubres meditaciones, creyendo haber ganado el apoyo de la reina doña Juana, los dos personajes que acababan de partir caminaban conversando juntos, y depuesta ya la máscara del disimulo.

—Me habeis prestado un eminente servicio, D. Pedro, iba diciendo la dama: nunca lo olvidaré, y mi corazon agradecido será para vos lo que siempre debió ser.

—Poco vale lo que hago por mereceros, amada Jarifa, le contestó D. Pedro. Solo me pesa en el alma que hayais necesitado sufrir amargos desengaños de otro, para acordaros del que siempre os amó y habria hecho por vos todo género de sacrificios.

—¡Ah! No me recordeis mi estravío, que demasiado me cuesta. Si en algun tiempo pude desconocer vuestros méritos, baste para borrar mi culpa el amor profundo que os profeso. ¿Cómo apreciariamos el bello esplendor del dia, si no esperimentásemos alguna vez los horrores de la noche? Yo he necesitado vivir en las tinieblas de una noche borrascosa, para saber cuanto valeis vos, que sois mi sol, el astro vivificador de mi existencia.

—Esas dulces palabras me recompensan mas de lo que merezco, amada Jarifa; pero serian mucho mas gratas á mi corazon, si no supiese que un arrebato de celos es lo único á que debo mi dicha.

—Os engañais, amigo mio: quien tiene celos, ama: quien ama, no busca el daño del ser amado. Yo aborrezco á D. Diego, pues quiero su muerte: me vengo de él, y al preparar su ruina, labro la prosperidad del que me fué siempre fiel. Sí, D. Pedro; vuestro rival morirá, porque yo lo deseo: su casa se hundirá con él, y ese título de marqués, y esos honores y esas riquezas que indignamente posee, serán para vos. ¿Por qué creeis que os he inducido con tanto ahinco á preparar la farsa que hemos representado esta noche, sino por coger á los Pachecos en una trampa, y seguir el hilo de sus maquinaciones? ¡Oh! El viejo maestre no realizará su plan, porque yo estoy aquí para impedirlo; perderá su hijo, y su traicion se hará notoria. Entonces

sabrán el rey Enrique y su hermana quien es el que vela por ellos, y la misma mano que derrumbe al traidor, os colocará en el lugar de su dignidad.

—No creais, Jarifa, que me halagan esos dorados sueños de ambicion: por alcanzar tanta grandeza no abandonaria yo el partido de doña Juana para abrazar el de doña Isabel; pues conozco cuan difícil es que se realicen vuestras promesas. Si me lanzo en esta nueva y peligrosa carrera y arrostro las tenebrosas iras de Abiabar, es únicamente por vos; por demostraros que mis amoríos con la reina fueron solo un delirio, un desahogo del despecho. Posea yo vuestro corazon, y nada me importa lo demás.

A pesar de esta desinteresada protesta, el pensamiento del noble D. Pedro estaba muy distante de seguir el curso de sus palabras. Desdeñado por la reina doña Juana, despues de haber tenido con ella dos hijos, el jóven hidalgo abrigaba en su alma un profundo resentimiento contra aquella señora, á quien habia servido con miras ambiciosas. Como satélite de la familia de Mendoza, seguia desde algun tiempo el rumbo de esta, y los recientes acontecimientos que acercaban á doña Isabel al trono, habian acabado de decidirle. Conociendo Jarifa su carácter y sus aspiraciones, habia emprendido la tarea de seducirle, valiéndose del amor y de la ambicion: no le fué difícil reanimar en su pecho la mal apagada hoguera de su antiguo afecto, ni mucho menos hacerle codiciar la opulenta herencia del marqués de Villena. La mora solo se proponia servirse de él, como de un instrumento de su venganza; D. Pedro aceptaba el destino que se le ofrecia, considerándolo como un escalon para su engrandecimiento. Con el mismo ardor que antes acometiera las mas atrevidas empresas en favor de la Beltraneja, se dedicaba ahora á decidir el triunfo de los reyes de Sicilia y la ruina completa de los Pachecos, no tanto por amor de Jarifa, cuanto por humillar á doña Juana y remontarse á un puesto envidiable.

Movidos por estos secretos impulsos, los dos reconciliados amantes habian concertado formular una acusacion contra don Juan Pacheco y su hijo, concitando contra ellos la rencorosa sus-

picacia del jefe de la *Perpétua Noche*, y queriendo la mora presenciar el éxito de su empresa, ó penetrarse del curso que seguia; para obrar en su consecuencia, inventó la ficcion que le hizo pasar á los ojos de Abiabar por la reina doña Juana, con quien D. Pedro, por no declarar humillado su orgullo, aparentaba estar en buenas relaciones. Osada era esta determinacion, pero, como por medio de la máscara de doble efecto, se disfrazaba completamente la voz, el riesgo de un reconocimiento se disminuia; y ya hemos visto como Jarifa logró engañar al judío y á los demás, para lo cual contribuyó no poco el prestigio que siempre lleva en sí el nombre de una persona real. Ya hemos visto tambien que la venganza de la resentida jóven se frustró por tercera ó cuarta vez, debiéndose este resultado principalmente á la carta que presentó D. Juan, la cual hizo que Abiabar vacilase en su resolucion.

Los dos jóvenes, despues de seguir por algun tiempo el camino de Medina del Campo, torcieron por una vereda de travesía y fueron á parar en el alcázar de Segovia, entrando por una poterna, donde les aguardaba un criado del tesorero Cabrera.

CAPÍTULO XIV.

De como el rey se sintió enfermo y estuvo á punto de morirse de miedo.

Continuaban en Segovia los festejos y las alegres demostraciones por la reconciliacion de doña Isabel con el rey.

La animacion de la ciudad era constantemente sostenida por las entradas que de tiempo en tiempo hacian los nobles cabecillas de ambos bandos, los cuales, faltando el pretesto de la guerra, se presentaban á rendir párias á los príncipes. Sucedia con esto á la poblacion de Segovia lo que á las aguas de un estanque, cuando un muchacho se entretiene en arrojar en ellas piedras de trecho en trecho: la conmocion, apenas amortiguada, volvia á tomar incremento repentino, reproduciéndose tantas veces cuantas eran las llegadas de nuevos campeones.

Todo era júbilo, por consiguiente, hasta en las clases ínfimas de la sociedad, y en particular los amigos íntimos de nuestra princesa veian con estraordinario placer el feliz éxito

de sus tareas conciliadoras, pues no solo aseguraban la paz, y acrecentaban su crédito, sino que tambien adquirian influencia y favor.

Andrés de Cabrera entre todos era el que mas privaba, y el que mas empeño tenia en sostener la nueva situacion creada con su ingenio y lealtad. Ya sabia por Jarifa que D. Juan Pacheco se proponia destruir su obra, y sin descansar en su triunfo, vigilaba con el mayor esmero á todos cuantos pudieran conservar, en su concepto, simpatías hácia el destronado maestre: además tenia personas pagadas y fieles que observasen el menor indicio sospechoso y averiguasen si aquel magnate se hallaba oculto en Segovia. Pero nada se descubria que pudiese turbar, al parecer, la marcha ordenada de los acontecimientos: los antiguos aliados del de Villena hacian la corte al tesorero, y al cardenal Mendoza: los segovianos todos estaban animados del mejor espíritu; doña Isabel y su esposo vivian en la mas apacible amistad con el rey; el palacio de D. Juan Pacheco permanecia cerrado; nadie hablaba del antiguo valido, sino para execrar su memoria; todo, en fin, inspiraba seguridad y confianza.

Para estrechar mas y mas los nuevos vínculos que habia formado el tesorero, y afianzar su valimiento, dispuso dar á don Enrique un magnífico banquete, el dia de los Reyes en el palacio episcopal.

Grande era el movimiento, deslumbrador el aparato del festin régio, exuberante la profusion de manjares y vinos que se preparaban. Los personajes mas notables de la corte habian puesto á porfía sus criados, vestidos con lujosas libreas, al servicio de Andrés de Cabrera: los mejores maestresalas, los mas hábiles cocineros y reposteros, los pajes mas diestros en el delicado arte de trinchar y escanciar, estaban á las órdenes del senescal del rey que á su vez las recibia del tesorero.

En medio de esta agitacion gastronómica, formaba un singular contraste la actitud de un personaje oscuro que, sentado en un rincon de la repostería, pasaba y repasaba las cuentas de un enorme rosario, alzando de tiempo en tiempo los ojos al cielo, y

dando fervorosas gracias á Dios, que habia criado tantas cosas buenas y suculentas para consuelo y delicia del hombre. Los que le conocian le miraban con veneracion y respeto; los que le veian por primera vez, estrañaban su aspecto ruin y su devocion estemporánea, pero no se atrevian á reirse de él.

—Es el Beato, un santo varon, que está gozando en vida de la presencia de Dios, decia en voz baja un repostero del obispo Segovia á un paje del duque de Arévalo. El señor arzobispo de Toledo le dispensa la mayor confianza, y no sin razon, pues dicen que hace milagros.

—A mí me han contado, dijo otro servidor del marqués de Santillana, hombre bonachon y crédulo, que en la batalla de Olmedo se presentó en forma de ángel delante del señor arzobispo, y recibió, sin ser herido, todos los golpes que se asestaron al santo prelado.

—Es muy posible, observó un tercero: yo sé que el polvo de de sus vestidos sirve para curar las tercianas.

—¡Silencio, silencio! esclamó el repostero del obispo de Segovia: no interumpamos su santa contemplacion. Vedle ahí orando con fervor para que la comida sea saludable á nuestros señores el rey y los príncipes.

En esto sonaron las orquestas que anunciaban la entrada de D. Enrique, doña Isabel y D. Fernando en la sala del festin. La servidumbre se agolpó hácia aquel punto, á esperar la señal de comenzar el servicio ó bien se diseminó para ocupar cada uno sus respectivos puestos. La sala de la repostería quedó sola por algunos momentos, durante los cuales Froilan de Ávila se levantó rápido como el gato montés, sacó de una de sus anchas mangas, una pastilla blanda, soluble, transparente y del color y el aroma del ambar, y estregó con ella el fondo de algunos de los platos de oro destinados al servicio esclusivo del rey. En esta operacion le habrian sorprendido varios reposteros que volvian; pero el sagaz converso, con la mayor serenidad, deslizó la pastilla dentro de la manga, levantó la mano, y se puso á echar bendiciones á todo cuanto habia en los aparadores y mesas. En seguida se retiró á su rincon, se arrodilló y, mirando al cielo,

se dió fuertes golpes de pecho, sin que en todas estas pantomimas distrajese lo mas mínimo su atencion nada de cuanto le rodeaba.

El rey estaba ya sentado á la mesa entre su hermana y su cuñado; el arzobispo de Toledo y el cardenal Mendoza ocupaban un puesto en el banquete por deferencia á su dignidad eclesiástica. Todos los demás personajes de ambas cortes se hallaban presentes, mezclados sin distincion en el fondo de la sala, y deslumbrantes con el lujo de sus atavíos: algunas damas ocupaban el testero detrás del régio asiento: entre estas estaba doña Beatriz, cuyo marido iba y venia de una parte á otra, para la exactitud del servicio.

No recordaba el rey cuando habia estado tan contento como en esta ocasion: veia por todas partes rostros placenteros y á su lado una jóven angelical, que cuidaba de él con la afectuosa atencion de una hija.

La comida fué alegre y mereció repetidos elegios del rey, cuyo paladar se gozaba en las delicias de la mesa. Un incidente muy natural turbó por un momento el regocijo comun. Al tomar un plato el cardenal Mendoza, se le enredó la manga de la muceta en un salero, y vertió la sal. El rey palideció:

—¡Qué habeis hecho, Mendoza! esclamó el supersticioso monarca con el mas profundo terror.

—No os alarmeis, señor, contestó el cardenal: si esto es de mal agüero, solo para mí puede serlo, pues soy Mendoza. Confio, sin embargo, en que nada malo me sucederá.

—No os fieis, cardenal: por mí no continueis á la mesa.

—Señor, si de este modo os agrado, dejaré de comer; mas permitidme que continúe sentado, para que la desgracia, si ocurriese, recaiga sobre mí, y no sobre V. A.

El cardenal decia esto convencido de que el único contratiempo que podia sobrevenirle era quedarse sin comer. El rey accedió á ello, y pasado un rato, habia olvidado ya sus infundados temores.

Pero en el momento de servirse los postres palideció de nuevo, y comenzó á moverse en su silla con la mas viva inquietud.

—¿Qué teneis, señor? ¿Quereis alguna cosa? le preguntó doña Isabel con acento afectuoso.

—Nada, no es nada, contestó el rey con acento lúgubre.

—¡Oh! sí; algo teneis, sin duda, que os inquieta, señor y hermano mio, repuso la princesa.

—Tal vez habrá comido S. A. mas de lo regular, dijo con su tono brusco el arzobispo, y le dolerá el vientre. Una copa de vino le quitará eso.

—Teneis razon, D. Alonso, replicó el rey: me siento malo; pero esto no puede ser efecto de la mucha comida. Sin embargo, voy á seguir vuestro consejo.

Y esto diciendo, tomó la copa y se la llevó á los labios. Pero el vino, lejos de mitigar su malestar, le produjo intensos dolores de estómago, que afectando al hígado, del cual padecia una enfermedad crónica, le pusieron á los pocos momentos en un estado insoportable: á duras penas podia, contenido por la idea de su dignidad, ahogar en su garganta los gemidos que le arrancaba el dolor.

Todo fué consternacion en aquellos primeros instantes: los cortesanos acudieron solícitos alrededor del rey: doña Isabel mandó llamar inmediatamente á su médico de cámara, y puesta en pié al lado de su hermano, y sosteniendo su cabeza con un brazo, daba órdenes para que se le prestasen socorros. Andrés de Cabrera y su esposa repetian ó ejecutaban aquellas órdenes con la precipitacion que era consiguiente, pues nadie como ellos sentia este inesperado contratiempo.

El rey, entre tanto, se sentia cada vez peor, y no pudiendo ya resistir en silencio la vehemencia de sus padecimientos, se levantó pálido y desencajado, diciendo:

—¡Dejadme!... dejadme todos... No necesito á nadie.

—¡Oh! Yo no os abandonaré, señor, repuso doña Isabel. No me dareis el disgusto de rehusar mis auxilios y los de mis amigos.

—A nadie necesito: replicó D. Enrique, poseido de un terror pánico. Mi médico... que venga mi médico... Tú, Juan de Oviedo, vente conmigo: vámonos á mi casa... quiero acostarme.

—Señor, aquí se os pondrá un lecho, dijo el obispo Arias.

—No: quiero estar solo... quiero ir á mi casa.

Y sin escuchar á nadie, se apoyó en el brazo de Juan de Oviedo, y salió apresuradamente.

La princesa, consternada, llamó á Cabrera y á otros de sus amigos íntimos y les dijo:

—Seguid al rey: acompañadle, y que nada le falte: yo misma iré á cuidarle si fuese menester; aunque confio en Dios que esto no será nada.

En pocos momentos quedó evacuada la sala del festin; pues los cortesanos salieron precipitadamente en seguimiento del rey. Éste corria mas que andaba, volviendo de cuando en cuando la cabeza, como si huyese de algun peligro. Al entrar en su palacio, siendo ya casi de noche, vió en el vestíbulo dos hombres embozados hasta los ojos en sendas capas, los cuales le salieron al encuentro.

—¿Quiénes sois? ¡Qué quereis de mí! esclamó con asombro.

Uno de ellos dió un paso hácia el rey, y quitándose el embozo, contestó:

—Nada temais, señor: ¡soy yo!

—¡Don Juan! ¡Vos aquí!

—Debiais esperarme, puesto que os hallais en peligro, repuso D. Juan Pacheco. Aquí estoy para salvaros, si aun hay tiempo, y para que despues me prendais, ó hagais de mí lo que sea de vuestro agrado.

—Ahora no es tiempo de pensar en nada, D. Juan: estoy muy malo: ¡me muero!

—Lo temia, señor, y por eso he venido.

—¡Lo temias!... ¿Y quién es ese hombre que viene contigo?

—Es mi médico: un sábio, el único que os puede salvar.

—Pronto, pronto, vamos arriba... No puedo estar en pié, dijo el rey.

Y dejando el brazo de Juan de Oviedo, tomó el del maestre, y subió presuroso la escalera. El secretario y Abacuc siguieron detrás. Luego que llegaron á la cámara del rey, éste se volvió á Juan de Oviedo y le dijo:

—Déjanos solos y cierra la puerta, que no entre aquí nadie... ¿lo entiendes? Nadie; yo avisaré si te necesito.

El secretario se retiró, y el rey fué á sentarse en su sillon junto á una vasta chimenea, dando con el pié á sus perros, que habian salido á recibirle, acariciándole con lastimeros haullidos. Abacuc se colocó en pié enfrente de él, y D. Juan Pacheco quedó á su lado, apoyándose en el respaldo del sillon.

—Vamos, Abacuc, no os detengais, dijo el maestre. Ved qué remedio se ha de dar á la dolencia del rey.

—Estoy observando á S. A. desde el momento en que llegó, contestó el astrólogo; su dolencia es grave, pero no incurable. Padeceis, señor, del estómago y del hígado: ¿no es así?

—Justamente, lo has adivinado. Pero dame pronto un remedio, porque me muero.

Abacuc se dirigió á una mesa, tomó una copa de plata que habia sobre la misma, y sacando un frasco de vidrio de sus bolsillos vertió en ella el licor que contenia y se la presentó al rey, diciendo:

—Bebed esto, señor.

Don Enrique miró la copa con ojos espantados, sin atreverse á tomarla.

—¿Qué es eso que me das? preguntó.

—Es el mejor antídoto que ha salido de mi laboratorio.

—Luego crees efectivamente...

—Creo, señor, lo que es en realidad, que estais envenenado.

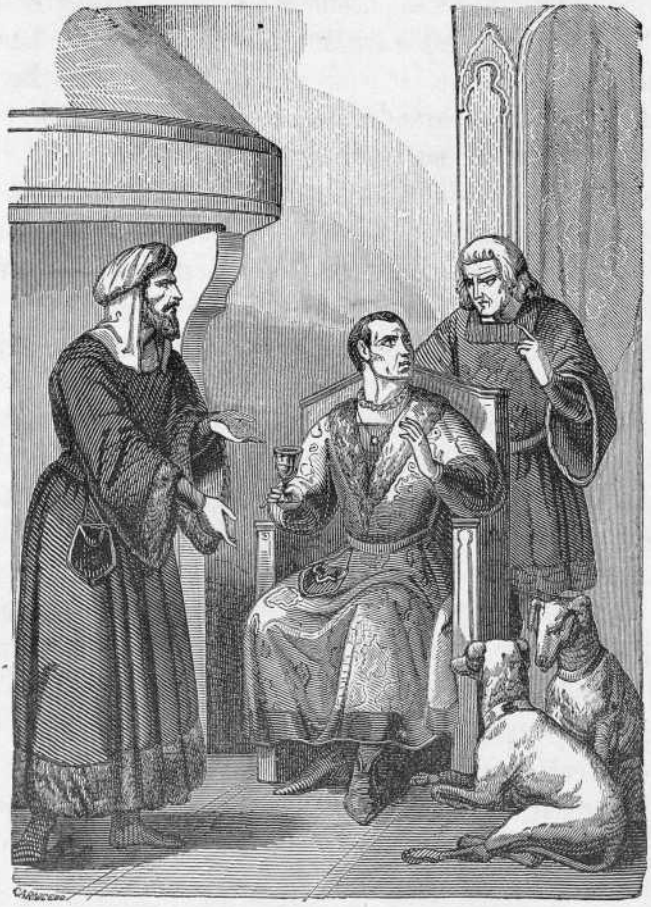
—¡Envenenado!... murmuró D. Enrique con espanto, apresurándose á tomar la copa. ¡Me han envenenado!...

—Era de temer, señor, dijo el maestre. Pero apresuraos á beber eso: no perdais tiempo.

—Sí, sí... dices bien, repuso el rey casi desfallecido de terror... Pero ¿no me hará esto mal?

—Señor, la medicina no hace mal, contestó el astrólogo: mandad que se me encierre en vuestra cámara, y si antes de dos horas no sentís alivio, que me corten la cabeza.

—No, ya no dudo, repuso el rey, bebiendo sin respirar todo el contenido de la copa.



¡Envenenado!

Fuese efecto de la confianza ó de la eficacia del antídoto, á los pocos momentos sintió el rey un agradable sopor, acompañado de un alivio general de sus agudos dolores. Mientras se efectuaba esta reaccion favorable, los tres personajes guardaban un profundo silencio, solo interumpido de tiempo en tiempo por los ayes del rey.

—Me parece que estoy mejor, dijo éste por último, ¡Dios mio! ¿qué habria sido de mí sin tu oportuno socorro, D. Juan?

—Habriais perecido irremisiblemente, señor, dijo Abacuc. No sé de nadie que posea el secreto del reactivo que acabo de administrar á V. A.

—¡Oh! ¡Qué alevosía! murmuró D. Enrique medio aletargado.

—Ciertamente, señor, dijo el maestre; es una alevosía sin ejemplo. Pero, ¿cómo no previsteis lo que debia suceder? ¡Oh! durante mi ausencia han pasado aquí cosas increibles. Habeis dado crédito á vuestros enemigos, entregándoos enteramente á su discrecion: habeis retirado vuestra confianza á los que os aman, obligándoles á huir para librarse del cautiverio ó de la muerte. Así no es estraño que seais víctima de vuestra credulidad.

—¿Crees, acaso, que mi hermana?...

Don Juan Pacheco hizo una seña al astrólogo, el cual se retiró al otro estremo de la cámara.

—No me atreveré á decir que vuestra hermana sea capaz de cometer tamaño crímen; pero ved las personas que la rodean, y comprendereis mi justa alarma. Su marido es hijo de don Juan II, cuya conciencia es ancha como manga de fraile; mi buen tio Carrillo, es hombre que no se para en barras; su amigo Arias, en cuya casa habeis comido hoy, no le vá en zaga; vuestro tesorero es un ambicioso, capaz de atropellar todo cuanto se oponga al logro de sus fines...

—Todo eso es verdad, contestó el rey; pero ¿qué fin han podido proponerse al envenenarme?

—¡Ay, señor! Siempre tendreis corazon de niño. Desde el momento en que llegó á mi noticia la precipitada fuga de mi Diego, y que era ocasionada por vuestra reconciliacion con los

príncipes rebeldes, temí lo que ahora mismo está pasando, por mas que no lo concibais. Por si mis recelos eran hijos de un esceso de suspicacia, consulté inmediatamente á ese astrólogo que os ha salvado, y él confirmó mis sospechas. Era evidente que os habian engañado, para ser dueños de vuestra voluntad; era probable que unas personas tan ofendidas de vos y, tal vez, sedientas de venganza, procurasen fingir un amor que no puede caber en sus pechos, para destruiros luego que hubiesen conquistado vuestra pública confianza. Si desgraciadamente hubieseis perecido en esta horrible celada, mientras dispensabais el mas ilimitado favor á vuestros enemigos, no habriais sospechado su traicion, y ellos habrian hecho que dieseis la codiciada corona á vuestra hermana. ¿Comprendeis ahora toda la iniquidad del plan concebido contra vos?

—Sí, lo comprendo: bien decia yo, D. Juan, que tú eres mi mejor amigo. Isabel ha venido á darme el ósculo de Judas.... ¡Oh!....

—No he dicho, señor, que la traicion sea obra de doña Isabel: su persona, como la vuestra, es sagrada para mí. Pero la caterva de malvados que la rodean, bien habrán podido viciar su noble corazon. El esplendor de una diadema deslumbra mucho... y una vez teniéndola asida, no es estraño que se quiera conservarla á todo trance.

—¡Calla, calla, D. Juan! ¡Mi hermana puede haber querido asesinarme! ¡Ella, que no hace una hora me acariciaba con dulce halago! ¡Esto es horrible! Ya no puedo fiarme de nadie.

—Ni aun de mí, ¿no es verdad, señor?

—¡De tí sí, amigo mio! prorrumpió el débil monarca con los ojos arrasados en lágrimas, y tomando las manos de su antiguo valido. De tí sí; y ojalá nunca me hubiese apartado de tus consejos. Pero, dime, ¿qué haremos ahora? Será preciso castigar el horrendo crímen cometido contra mí?

—Sí, será menester castigarlo: pero, ¿á quién acusareis? ¿Podeis designar la persona del delincuente?

—Eso es imposible. Mi hermana... ¡oh! mi hermana... No quiero verla mas... Si tuviese medios de convencerla, ella y su

marido sufririan el rigor de mi venganza. ¡Miserables asesinos!

—Tranquilizaos, señor: esa escitacion puede haceros daño. Si quereis seguir mi consejo, haced de modo que no sospeche vuestro justo resentimiento: si vuestra hermana viene á veros, que sin duda vendrá, disimulad con ella: mostraos afable, no la digais siquiera que me habeis visto. Vuestro envenenamiento ha sido indisposicion de poca monta: ganemos así algun tiempo, y os prometo que se hará completa justicia con los culpables. Digo esto, suponiendo que tendreis alguna confianza en mí; pues tanto os habrán mentido, que no es mucho tema haber perdido completamente vuestro real favor.

—Mucho, sí, mucho me han dicho contra tí, D. Juan; pero nada creo, y hasta me avergüenzo de haber dudado un momento de tu lealtad. Oye; á pesar de cuanto digan, no quiero pedirte satisfaccion de nada; porque veo claramente que me han engañado; porque sé que tú no me faltarás jamás.

—¡Oh! Gracias, señor, por esa confianza que tanto me honra.

El rey barbotó algunas palabras ininteligibles, y se quedó como aletargado.

El maestre, despues de observarle algunos momentos, corrió hácia el astrólogo, y le dijo:

—Abacuc, ¿qué significa ese parasismo? Si me hubieses engañado, si en lugar de un antídoto hubieses dado al rey un veneno, ¡ay de tí!

—Nada temais, contestó el judío. He prometido salvar su vida, y la salvaré.

—Pero ese letargo...

—No es nada: callad, pues oye todo lo que hablamos.

En esto sonó ruido fuera de la cámara, como de personas que disputaban. Don Juan Pacheco escuchó con atencion.

—Esa órden no puede comprenderme á mí, decia doña Isabel. Yo, no solo tengo derecho, sino tambien deber de entrar hasta donde está mi hermano enfermo.

—Señora, contestaba el secretario del rey: siento en el alma desagradaros: pero la órden que me ha dado S. A. no escluye á nadie.

Don Juan Pacheco hizo una seña al astrólogo, para que se ocultase en un aposento interior, y apenas le vió desaparecer, se dirigió á la puerta, y la abrió.

—La señora princesa tiene razon, dijo: la órden del rey no se entiende con su señoría.

Doña Isabel quedó un momento sorprendida por la inesperada aparicion del maestre. La antecámara estaba llena de cortesanos y grandes, seglares y eclesiásticos: todos hicieron á la vez un movimiento de retroceso, como si hubiesen visto algun espíritu evocado de la tumba por un conjuro. Don Juan Pacheco paseó una mirada punzante, acompañada de una sonrisa fria, por todo el concurso, y añadió:

—Señores, tengo la satisfaccion de anunciaros que S. A. el rey está ya muy aliviado de su repentina indisposicion. En este momento reposa y convendria que os retiraseis, pues el menor ruido pudiera molestarle.

Y volviéndose á la princesa:

—Podeis entrar, señora, dijo; pero vos sola.

Doña Isabel mandó á sus amigos la esperasen fuera, y entró en la cámara con el maestre, que volvió á cerrar la puerta. Inmediatamente se dirigió al sillon donde reposaba el rey, tan privado de movimiento como si estuviese muerto.

—¿Qué pasa aquí, D. Juan? preguntó con la mayor inquietud. No me oculteis la verdad: esta inaccion tan completa no me parece bien.

—Señora, dijo el maestre volviendo á colocarse contra el respaldo del sillon: aun cuando fuera lo que os parece, ¿qué mal seria ese para vos? Habria llegado el momento que tanto anhelais, desde que os creisteis llamada á regenerar el reino.

—¡Callad! ¡callad! No es ocasion esta de pensar en nada de eso. La vida del rey está en peligro, y es necesario salvarle. Ahí ha venido conmigo el sábio doctor de Toledo: llamadle para que asista á mi hermano.

—El rey no necesita ya de esos ausilios.

—¡Qué decís! esclamó la princesa dando á las palabras del maestre una interpretacion siniestra.

Y al mismo tiempo buscaba con amorosa solicitud en el pecho del rey los latidos de su corazon.

—¡Ah! ¡Vive! murmuró despues de un breve exámen.

Y arrodillándose á sus piés, le tomó una mano, que estrechó entre las suyas, quedándose en una actitud afectuosa y atenta.

—Quise decir, señora, repuso el maestre, que S. A. ha recibido ya cuantos auxilios ha menester por ahora, y no hay para que molestarle con medicinas, cuando lo que mas le hace falta es paz y tranquilidad.

La princesa fijó sus penetrantes miradas en el maestre, como si buscase en sus ojos la intencion que abrigaba en su alma. Tratándose de aquel hombre, lo mas acertado era casi siempre pensar lo peor. Doña Isabel habia recibido repetidas pruebas de su malicia y de la mala voluntad que le tenia: por consiguiente luchaba con la idea de que se hubiese cometido un crímen en la persona de su hermano, y de que acaso se la obligaba á presenciar su agonía, para luego acusarla de su muerte. Con efecto, ¿era posible esplicar de otro modo la inopinada aparicion del maestre en aquellas circunstancias? ¿Y seria nada estraño que el intrigante anciano tuviese ya preparada una trama para robar de un solo golpe á la princesa toda su herencia y su reputacion?

Doña Isabel sabia ya de antemano que su enemigo estaba dispuesto á malquistarla con el rey, pero ignoraba los medios de que pensaba hacer uso. Encontrándole frente á frente y armado de estraordinaria osadía, cuando debia suponerle mas abatido, era natural que temiese todo género de maldades, y que procurase precaverse contra ellas.

—Don Juan, dijo: sea la que quiera la situacion del rey mi señor, no puedo consentir que se le deje en este cruel abandono: vos decís que ya le habeis socorrido; pero esto no me satisface.

Y se levantó, dirigiéndose á la puerta de la cámara, que abrió de par en par.

—Entrad, señores, dijo á los que estaban fuera, la mayor parte de los cuales eran amigos suyos.

Todos se precipitaron dentro de la cámara: la ansiedad estaba pintada en sus rostros.

—Venid, doctor, continuó doña Isabel hablando con su médico de cámara: ved lo que necesita el rey.

Al aproximarse el doctor y la princesa, D. Enrique abrió los ojos, y los fijó con espanto sucesivamente en uno y otra.

—¿Qué es esto? ¿qué quereis de mí? murmuró.

—¿Qué hemos de querer, señor, sino salvaros? dijo doña Isabel.

—¡Ah! ¿Eres tú? ¡Aparta, aparta!.... Dejadme soñar, repuso el rey.

En seguida, mirando á los circunstantes, añadió:

—¿Qué hace aquí tanta gente?.... ¡Ah! ya: son los que vienen á proclamar á la reina Isabel.

—Señor, tranquilizaos: aquí no hay mas rey que vos.

—¡Ah! ¿Con que todo ha sido sueño? ¡Pero que sueño mas estraño! Escucha, Isabel: yo habia muerto.... muerto envenenado. Se me hacian unas magníficas exequias; y entre tanto el pueblo te aclamaba reina de Castilla; y yo, muerto y todo, asistia al banquete con que celebrabas tu coronacion: nunca he gustado manjares tan deliciosos. Mi felicidad era suprema cuando me has despertado.

—¡Qué horrible sueño! esclamó la princesa.

—No lo creas, Isabel, era delicioso. El maestre me servia de copero, y me daba un néctar como el que diz bebian los dioses. Pero, ¿á dónde ha ido el maestre?

—Aquí estoy, señor.

—¿Cómo le encontrais, doctor? preguntó doña Isabel á su médico en voz baja.

—Está bien: un poco escitado, y nada mas: solo necesita descanso.

—Sí, estoy bien, repuso el rey, cuyo oido parecia haberse afinado estraordinariamente. No pases pena por mí, querida. Puedes retirarte con tus amigos. Don Juan cuidará de mí.

—Pero, señor.....

—Nada; no quiero que te molestes. Me siento bien ¿no lo ha dicho el doctor? ¡Adios, adios! Mañana nos veremos.

Diciendo esto, el rey se levantó y besó á su hermana.

—Ea, señores, buenas noches, añadió; dirigiéndose á todos en general. ¡Buenas noches! Á descansar.

Y se encaminó á su alcoba, apoyado en el brazo del maestre.

Doña Isabel permaneció en su puesto, hasta verle desaparecer. En seguida con rostro apesadumbrado, miró á sus amigos, y les dijo:

—Vamos, señores, aquí no hacemos falta.

La princesa con toda su comitiva salió del palacio del rey, y marchó al alcázar, donde pasó la noche.

Corria, entre tanto, en Segovia la voz de que D. Enrique habia sido envenenado en el banquete que le dió su tesorero Andrés de Cabrera, y las gentes desocupadas hacian sobre este acontecimiento los mas estraños comentarios.

Al amanecer del dia siguiente aparecieron acampados á corta distancia de la ciudad, todos los caballeros de la órden de Santiago y multitud de hombres de armas de la casa de Villena.

CAPITULO XV.

De como se enfadó el arzobispo de Toledo.

Profunda sensacion de disgusto causó á doña Isabel y á sus leales amigos el deplorable accidente que tan de improviso vino á turbar la buena armonía establecida con mil afanes entre aquella y el rey. Aunque nadie creia posible que hubiese habido envenenamiento, porque la severa virtud de nuestra princesa y el noble carácter de Andrés de Cabrera bastaban para alejar toda sospecha, sin embargo, era evidente por lo menos que aquella indisposicion, casual ó preparada, servia de base á un plan de discordia premeditado, y cuyas consecuencias se preveian, atendidas las revelaciones de Jarifa.

Cuando volvió al alcázar doña Isabel, lo hizo acompañada de varios de sus nobles partidarios, y encontró allí otros muchos, aun de los que formaban la corte ordinaria del rey, los cuales la ofrecieron su firme adhesion, en testimonio de no serles dudosa su nunca desmentida lealtad. El vivo placer que sintió en

aquellos momentos la augusta señora hizo acudir las lágrimas á sus ojos: la emocion era tan fuerte, que necesitó apoyarse en el brazo de D. Fernando para no perder el equilibrio. Despues de un breve rato de silencio, reunió sus fuerzas y dijo con trémula voz:

—Nobles caballeros; leales castellanos: dejad que os esprese mi gratitud profunda por la justicia que me haceis. El veros reunidos en torno mio en estos momentos aciagos, es para mí la mas dulce prueba que pudierais darme de amor y bondad, porque nunca como ahora se vió afligido mi corazon. Sí, vuestra presencia me dice que creeis incapaz de perfidia y alevosía á la hija de vuestros reyes; que teneis fé en la sinceridad de mi alma, y que sois incapaces de abandonar á la inocencia calumniada. ¡Oh! ¡Gracias, ilustres huéspedes! ¡Gracias, amigos mios!

—Señora, dijo el cardenal Mendoza, llevando la voz de toda la reunion: no es posible que nadie se atreva á calumniaros, y si algun corazon hubiese tan menguado que pudiera manchar vuestra reputacion con una sospecha, le bastaria veros y oiros para arrepentirse. Yo puedo afirmaros que todos cuantos aquí están os consideran limpia, intachable de la mas leve falta: todos darian su sangre, si fuese necesario, por sostener ileso vuestro nombre. Pero ¿quién que tenga el juicio sano acusaria de traicion á la mas noble de las reinas, á la mas virtuosa de las mugeres? ¿Ni quién creerá que nuestro señor el rey padece otra cosa que una indisposicion casual? ¿No habeis comido vos, no hemos comido todos lo mismo que S. A., y nadie ha sentido el menor daño?

—Eso es lo que yo digo, repuso la princesa; pero, si todos hubiésemos enfermado, nadie sospecharia de mis leales servidores.

—¿Y de quién se sospecha? preguntó algo atufado el arzobispo de Toledo

—¿De quién quereis que se sospeche? de todos y de ninguno, lo que es como acusarme á mí sola.

—¡Eso es un delirio! esclamó el cardenal.

—Sí, sí, murmuró á una vez toda la asamblea.

—Sin embargo, señores, repuso el arzobispo: hay medios sutiles de atentar contra la vida de una sola persona en medio de un banquete de que participan varios. Yo no creo posible que ninguno de los servidores de nuestros príncipes ni de los de sus amigos sea capaz de haber cometido el crímen que se supone; pero esto es cosa que deberia averiguar Andrés de Cabrera.

Doña Beatriz de Bobadilla, que estaba junto á la princesa, palideció, buscando con ansia á su marido entre los concurrentes.

—No, no, prorumpió doña Isabel. Conozco á fondo la lealtad de Cabrera, y respondo de él como de mí misma.

—Yo no he dicho que el señor tesorero sepa nada de eso, replicó el arzobispo, sino que deberia averiguarlo.

—Eso sí, dijo D. Fernando: deberia averiguarlo.

Doña Isabel, mas impaciente aun que su dama, buscaba con la vista por todas partes al tesorero, el cual, por una coincidencia que pareció á todos estraña, no se hallaba presente.

—Beatriz, ¿dónde está tu marido? preguntó la princesa en voz baja á su jóven favorita.

—Señora, no lo sé, contestó Beatriz temblando. No le he visto desde que marchó en pos del rey.

Los concurrentes comenzaron á murmurar de la ausencia de Andrés de Cabrera, cuando de pronto se abrió la puerta de la cámara y todas las miradas se volvieron hácia aquella parte.

El tesorero apareció, trayendo asido fuertemente de un brazo á Froilan de Ávila, el cual con aire grotesco y compungido murmuraba algunas oraciones. Á pesar de su hipócrita resignacion, una palidez mortal denunciaba su temor. El arzobispo de Toledo le reconoció, y juntando sus pobladas cejas hasta formar con ellas una sola línea, semejante á un arco de armas, dijo con acento rencoroso:

—Señor alcaide; ¿con qué fin traeis aquí á ese hombre?

—Pronto lo sabreis, señor arzobispo, contestó Cabrera, cuyos ojos chispeaban, con ese brillo estraordinario que solo se muestra cuando el alma está en grande actividad.

Y dirigiéndose á los príncipes, añadió:

—Señores: el esplendor de vuestro nombre y la voz de mi honor, han exigido de mí la mayor diligencia, para descubrir, si por acaso tenian algun fundamento los temores de S. A. el rey. Todos mis servidores se hallan en este momento constituidos en prision, á pesar de la confianza que en ellos tengo: ninguno ha sabido esplicarme como puede haberse cometido el crímen de alta traicion que se sospecha y que, á ser cierto alteraria la paz del reino. Sin embargo, hánme dicho que este hombre es el único que ha quedado solo por algunos momentos en la repostería del rey, antes de servirse la comida, y que, si es posible dudar de su santidad, ha debido de poner algun maleficio en los manjares, pues se le sorprendió esta tarde echándoles bendiciones y pronunciando palabras misteriosas sobre ellos. Ignoro lo que puede haber en esto; pero mi honor y mi deber me mandan no desdeñar ningun indicio que conduzca al descubrimiento de la verdad.

—Aplaudo vuestro celo, señor alcaide, dijo el arzobispo; pero no debierais haber puesto las manos en ese hombre sino para entregármelo á mí, que soy su señor natural.

—Como alcaide de Segovia, señor arzobispo, y como leal vasallo de mi rey, dispongo aquello que me parece mas conveniente, sin consideracion á nadie; las puertas de la ciudad están cerradas de órden mia, y juro por Dios vivo, que nadie, aunque sea el noble mas encumbrado, se halla en estos momentos exento de mi justicia. Si este hombre es criminal, su cabeza será cortada sobre un monton de basura, por mas que pese á vuestra señoría.

—Sois demasiado audaz, señor alcaide, replicó el arzobispo ardiendo en ira. Ni vos ni el mismo rey usurpareis mis derechos señoriales: yo basto para hacer justicia en los mios.-Froilan, salid: yo os lo mando.

El Beato hizo un ligero movimiento para obedecer; pero Andrés de Cabrera le aferró con su nervuda mano, diciendo al arzobispo:

—Dispensadle de cumplir vuestro mandato: le es imposible moverse.

Don Fernando hablaba, entre tanto, en secreto con su esposa.

—Es preciso intervenir en esto, dijo: el arzobispo se vá á enemistar con nosotros.

—Es preciso hacer ejemplar justicia, Fernando, contestó doña Isabel; y aunque todo el mundo nos abandone.

Y dirigiéndose al arzobispo, añadió:

—Yo espero, venerable prelado, que considerareis de mas importancia mi honra y aun la vuestra, que no una pobre controversia de jurisdiccion: puesto que estais tan interesado como el que mas en la averiguacion del hecho que nos aflige, ¿por qué no unís vuestra potestad á la de nuestro amigo Cabrera para descubrir al culpable y castigarle?

—Tratándose de ese hombre no reconozco otra autoridad que la mia, repuso el arzobispo con mal tono.

—Ni yo os niego vuestra autoridad, replicó la princesa sin aparecer irritada. Os pido solamente una cooperacion que me debeis, y os debeis á vos mismo. Ninguno que rehuse dar cuantas satisfacciones se le pidan para serenar el ánimo del rey, puede llamarse amigo mio.

El arzobispo dió dos pasos hácia el centro de la sala, y mirando con torva faz al Beato, le dijo:

—Acércate, Froilan, y respóndeme.

Froilan se adelantó con la cabeza baja, empuñando el rosario y mirando con recelo á uno y otro lado.

—¿Qué has hecho en la repostería del rey? ¿Es verdad que te quedaste allí solo?

El Beato tartamudeó algunas palabras que no se entendieron.

—¡Habla claro desdichado! ¿Qué has hecho? insistió el arzobispo.

—Señor; contestó el hipócrita: Dios en sus altos juicios dispone de la vida de sus criaturas. Si me creeis culpable, aquí estoy para recibir el castigo: *in manus vestras commendo spiritum meum.*

—¡Llévete el Diablo! Responde sin rodeos: ¿qué hiciste allí solo?

—¿Qué habia de hacer? Rogar á Dios por la salud de nues-

tros príncipes. Ahí están cuantos me vieron, que lo pueden decir. Luego, es cierto, bendije las viandas. El Señor sabe mi buena intencion: si esto pudo causar daño á nuestro venerado rey, aquí está la mano con que lo hice, aquí está la lengua con que pronuncié el *Benedicite;* córtenseme si han delinquido; haced de mí, señor, lo que sea de vuestro agrado: *Fiat voluntas tua*.....

El arzobispo se encogió de hombros, y se volvió hácia los príncipes.

—¿Comprendeis, dijo, que una bendicion, pueda causar una enfermedad repentina?

—¡Oh! esclamó impaciente Andrés de Cabrera: pero ese hombre quedó solo en la repostería, se acercó á las viandas, y cuando le vieron, se puso á bendecirlas. ¿No pudo haber hecho antes otra cosa?

—Vos debereis saberlo, señor alcaide, repuso el Beato con osadía; pues nadie, antes que vuestra señoría, probó esas viandas. Si no me engaño, hicisteis en la mesa del rey el oficio de senescal.

—¡Pardiez! Tiene razon, esclamó el arzobispo: si las viandas tenian algo malo, estaria encima de todo; y habiéndolas probado el señor alcaide antes de servirlas, no sé que pudiera encontrarse ahora tan bueno y sano, como no estuviese en el secreto.

El Beato comenzó á murmurar un *Pater noster;* para disimular el placer de su triunfo. Andrés de Cabrera fué á contestar; pero el cardenal le interrumpió, diciendo:

—Lo que hay aquí de cierto, y cada vez me confirmo mas en ello, es que S. A. el rey tiene mucha aprension: le ha retentado un poco el dolor que padece, y esto basta para que se figure lo que no existe. Señores, el deber de cuantos amen de veras á Su Alteza, es hacer lo posible para disuadirle de su error, antes que otros se aprovechen de él para turbar la paz. No busquemos un crímen imaginario: tratemos solo de consolidar una alianza que ha venido á romper en su principio un deplorable accidente.

—Decís bien, repuso el arzobispo; pero entre tanto pesa una acusacion sobre un vasallo mio, y yo no puedo dejar las cosas en duda. Señor alcaide: señalad un aposento, donde pueda yo hablar á solas con ese hombre: si es culpable, pronto lo averiguaré, y os entregaré su cabeza.

Cabrera miró á doña Isabel como dudando de lo que debia hacer.

—Es muy justo, Andrés, dijo la princesa: obedeced al señor arzobispo.

Éste y Froilan se retiraron á una habitacion reservada, conducidos por el tesorero. Doña Isabel decia, entre tanto, á la noble reunion:

—El señor cardenal de España acaba de espresar mi propio pensamiento: la intriga y la malicia pueden aprovechar un accidente, tal vez casual, para enemistar de nuevo á mi hermano contra mí: acaso de aquí nazcan complicaciones graves, que todo leal vasallo debe reprobar: acaso en este momento se meditan persecuciones injustas. Pero resulte lo que quiera, estoy determinada á luchar cuerpo á cuerpo con la maldad y la calumnia. Desde este momento me considero prisionera: en este alcázar permaneceré hasta que sea reconocida mi inocencia, y entre tanto solo pido de vosotros que no os aparteis del lado de mi hermano: allí está vuestro puesto de honor; aquí el mio.

—Cuidado, señora, dijo en voz baja D. Fernando: esto es aventurarlo todo.

—Lo sé, señor y esposo mio: pero cuando el honor peligra, ningun precio es bastante caro para salvarlo.-Id, señores: no penseis en mí, sino para acordaros de que soy una prisionera de honor, y que me entrego á vuestra hidalguía. Yo he venido á Segovia para consolidar la paz y revindicar mis legítimos derechos: con este fin me he puesto á la discrecion de mi hermano; y fuera en mí una cobardía indisculpable retroceder por un ligero contratiempo. Nada ha pasado de que yo ni los mios podamos avergonzarnos: ahora con mas ahinco que nunca, debemos continuar nuestras negociaciones, y si mi persona no fuese garantía suficiente de mi lealtad, daré lo que mas amo: daré

mi propia hija. De este modo quiere responder la princesa heredera de Castilla, á las oscuras intrigas de la iniquidad.

Un murmullo de admiracion entusiasta se oyó en la cámara por toda respuesta á las anteriores palabras de nuestra heroina. Por mas que en aquella época depravada fuesen casi incomprensibles el valor y la intrépida abnegacion de la virtud, habia en los corazones y en la médula misma de la sociedad un vigor juvenil, tan apto para el crímen, como para el heroismo, y dispuesto siempre á seguir el impulso que se le diese, con tal que fuese enérgico y grandioso. Nadie habria sido capaz de ofrecerse en holocausto al tener que combatir á un enemigo fuerte y artero, fiando solo en la lealtad ajena y en la justicia de su causa; pero todos podian sentirse inflamados de noble admiracion ante un ejemplo semejante, y eran capaces de dar sus vidas para sostener á quien de tal manera procediese. La antigua nobleza castellana estaba enervada para hacer el bien, porque solo bajeza, debilidad y perfidia encontraba que imitar entre sus miembros y sobre ella misma; pero esto era contrario á su naturaleza. Doña Isabel vió con indecible gozo que todos los caballeros y hasta los cortesanos mas dados al placer llevaban la mano á la cruz de sus espadas, mientras los labios pronunciaban respetuosas protestas de lealtad, y los ojos centelleaban de entusiasmo. Despues de contemplarlos un momento, murmuró como inspirada:

—¡Todavía vives, noble espíritu del Cid! ¡Sí, te reconozco, heróico pueblo mio! ¡Dichoso quien rompa tus cadenas y te despierte de tu letargo, bravo leon castellano! ¡La gloria de su nombre llenará el universo!

Durante esta escena el arzobispo de Toledo habia quedado solo con su familiar Froilan de Ávila en el aposento que les designó el alcaide del alcázar.

—Froilan, le dijo el arzobispo: ahora que nadie nos oye vas á decirme la verdad, en el concepto de que te la pregunto *sub sigilo confesionis*: por consiguiente si eres culpado, yo no podré mas que imponerte una penitencia, segun tu pecado; pero de ningun modo acusarte públicamente. Si un estraviado celo

te ha impelido á poner fin á los dias de ese monarca gentil y sibarita; si la seduccion ó la autoridad de alguna persona se ha enseñoreado de tu espíritu, para hacerte cometer el atentado, dímelo sin rebozo; pues, además de que el secreto de la confesion sellará mis labios, tengo un interés personal en verte libre de la acusacion, y sabiendo la realidad de lo que ha pasado, me será mas fácil defenderte. Vamos, habla, y nada temas.

Froilan miró al arzobispo con fingido asombro, y contestó:

—Señor, yo creia que no necesitabais recurrir á mí para saber lo que ha pasado. ¿Es posible que lo ignoreis?

—¿Qué estás diciendo? repuso D. Alonso con acento irritado. ¿Luego ha sucedido algo que yo debiera saber?... ¿Pero qué entiendo yo de eso? ¿Me has dado cuenta de tus proyectos?

—¡Ay, señor! ¡señor!... Ahora comprendo que necesito de vuestra misericordia. *Miserere mei, Domine*... Yo no he dado cuenta de mis acciones á vuestra señoría, porque he creido, al ejecutarlas, que os obedecia á vos solo. Pero ahora veo que me han tomado por instrumento de iniquidad, para perderme y perderos.

—¡Por Dios eterno! Esplícate sin mas ambajes, porque me voy cansando de tus lamentaciones. ¿Qué ha sucedido? Habla pronto.

—Señor; no estrañeis que la sorpresa y el asombro embarguen mi entendimiento. Una persona que no me atrevo á nombrar, y cuyas órdenes debian ser para mí sagradas, como las de vuestra señoría, me mandó poner cierta sustancia en los platos del rey. Me dijo que lo sabiais todo, y que vos mismo habiais designado mi humilde persona para la ejecucion de este proyecto: tratábase de asegurar la sucesion del trono en nuestra princesa doña Isabel; y ¿cómo habia yo de dudar que vuestra señoría estaba conforme con esto? Naturalmente lo creí, señor, y he obedecido ciegamente, figurándome que os prestaba un eminente servicio. Hace poco, cuando me acusaban en vuestra presencia, me pareció que todo aquello era una farsa, dispuesta para disimular; y al veros venir aquí conmigo, esperaba que me dariais las gracias por mi destreza y serenidad.

—¡Oh! ¡Esto es una intriga infernal! esclamó el arzobispo, mesándose los cabellos. Pero, dime el nombre..... el nombre de esa persona que te ha engañado.

—Señor, no me atrevo. Temo que vuestro carácter impetuoso.....

—¡Dílo al momento, ó por Dios, que te haré desollar vivo!

—Pues bien, señor, el rey D. Fernando me lo mandó, repuso el hipócrita embustero con fingido temblor.

—¡Don Fernando! ¡Ah! Ya comprendo. ¡Inícua trama! Han querido deshacerse del rey Enrique, y hacer que recaigan las culpas sobre mí. ¡Oh! Este es plan del cardenal Mendoza.

—Yo así lo entiendo, señor; ¡pero por Dios santo y bendito! no olvideis que os he revelado este secreto *sub sigilo confesionis*. Si mi culpa lo merece, imponedme la penitencia correspondiente: castigadme; pero no digais nada.

—Llevar á cabo una empresa tan temeraria, decia entre tanto el arzobispo, paseándose sin escuchar al Beato: ejecutarla por medio de un servidor íntimo mio, y no decirme una palabra..... ¡Venir luego á acusar á este hombre delante de mí, en público y cogiéndome de sorpresa!.... ¡Oh! ¡príncipes ingratos! ¿Quereis perderme? Pues bien, yo os haré ver que no podeis pasar sin D. Alonso Carrillo. Veremos si Mendoza os libra de mi venganza.

—Señor, continuó Froilan arrodillándose y cruzando las manos; tened piedad de mí: no me denuncieis.

—Tranquilízate, Froilan: tengo yo mas interés que tú en guardar el secreto, y soy demasiado temible para que se atrevan á tocarte á un solo cabello. Ven conmigo.

Diciendo esto, el arzobispo se encaminó á pasos precipitados hácia la cámara donde se hallaban todavia D. Fernando y doña Isabel, despidiendo á los nobles.

—Un momento, señores: dijo el impetuoso prelado. He oido en confesion á Froilan de Ávila, y respondo de su inocencia: si hay alguien que ose acusarle todavia, tendrá que habérselas conmigo, no con él. Creo que mi responsabilidad basta para garantizar todo cuanto pueda sobrevenir.

—Ciertamente, repuso D. Fernando: vuestra sola palabra es suficiente garantia para nosotros. ¿Quién pondrá en duda vuestra sinceridad?

—Sospecho que vos.

—¡Yo! esclamó el rey de Sicilia, frunciendo imperceptiblemente el entrecejo. Estais equivocado: ¿tengo acaso motivos para dudar?

—No estamos en lugar ni ocasion oportuna para daros ámplias satisfacciones: únicamente os diré, que si se tuviese mas confianza en mí, si no fuesen aquí indiferentes mis consejos, no habria llegado la situacion en que nos encontramos, ni andaríamos ahora en vanas disputas.

Diciendo esto, el arzobispo volvió la espalda para marcharse.

—Aguardad un momento, D. Alonso, replicó el jóven rey con política frialdad. Siempre os quejais de que atendemos poco á vuestros consejos: permitidme deciros, que esta es vuestra manía: en la ocasion presente, como en todas, nada hemos hecho sin escucharos antes y atenderos cual mereceis. Así que vuestro resentimiento es, cuando menos, inoportuno.

—Si tal es vuestro parecer, repuso el arzobispo, dejadme protestar con mi ausencia que opino de diferente manera.

—¿Y á dónde vais?

—A donde pueda deshacer los errores que aquí se cometen.

—¡Ah!.... ¿Vais á poner en práctica la determinacion de mi esposa? Id con Dios.-Y volviéndose al tesorero, D. Fernando le dijo:-Vamos, Andrés, no os detengais: despedid al señor arzobispo.-Y añadió en voz baja:-Movedle disputa, y prendedle en nombre del rey.

—No hagais tal: dejadle ir, y no le irriteis, dijo con viveza doña Isabel.

Andrés quedó indeciso un momento sin saber á quien obedeceria.

—Señora, repuso D. Fernando, ¿no quereis que se haga justicia?

—Sí, pero no violencia. Despídele, Andrés.

El arzobispo estaba ya fuera de la sala con su amigote Froi-

lan. Cabrera se apresuró á seguirle, con el sentimiento de no poder ejecutar la órden de D. Fernando: sin embargo, al despedirle en la puerta, le dijo con mucha cortesía:

—Espero, señor arzobispo, que no vereis en mi conducta otro designio mas que el de averiguar un hecho en que se interesa el honor de todos nosotros. Todavia no he renunciado á él, como tampoco á vuestra eficaz ayuda.

—¿Quereis creerme? repuso el arzobispo dando la mano al tesorero. No paseis mas adelante en vuestras averiguaciones, porque, aun cuando descubrieseis al criminal, no habriais conseguido nada de provecho. Imitad mi ejemplo, y ganareis.

—Esplicaos.

—No me es posible, amigo: tened entendido, sin embargo, que la princesa es una buena muchacha, pero su esposo es digno hijo de su padre.-Adios, Cabrera; no me detengais. Al buen entendedor media palabra le basta.

Dicho esto, el arzobispo se alejó, dejando á Cabrera en la mayor confusion y perplejidad.

—¿Qué significa esto? se dijo por último á sí mismo. ¿Será posible que estemos jugando aquí la reputacion y acaso la vida, sin saberlo? Pero no: si el crímen existe, se ha cometido de órden, y por un agente secreto del maestre. Alto, Andrés: guardemos una prudente reserva, y observemos..... El arzobispo sospecha de D. Fernando, y D. Fernando sospecha del arzobispo: ninguno de ellos vé mas allá de sus narices en este negocio, como no sea que estén mútuamente de acuerdo. Vivamos alerta, y no seamos juguetes de unos y otros.

De este modo, con el espíritu invadido por la duda, volvió el tesorero á la real cámara, deteniéndose muchas veces para saludar á los últimos nobles y prelados que se retiraban: guardóse muy bien de hacer á nadie partícipe de las sospechas que acababa de infundirle D. Alonso Carrillo, y aun cuando estuvo algunos momentos con los príncipes, antes que estos se retirasen á descansar, tampoco les dijo nada mas, sino que temia se les hubiese enemistado el arzobispo, aunque sin razon, por su causa.

Despues que hubo dado las buenas noches á nuestros príncipes, el tesorero tomó una lámpara de mano, y por una comunicacion secreta pasó á una estancia situada en la parte estrema del alcázar hácia el campo, y lejos de las salas habitadas por la corte de aquellos, la guarnicion del castillo y la servidumbre. Allí tenia Jarifa su oculta residencia, solo conocida de algunas personas de su íntima confianza; y desde allí, como la araña en su rincon, rehacia la tela de su venganza, que una nueva ráfaga de viento acababa de romper.

Andrés de Cabrera oyó dentro del aposento voces de dos personas que departian juntas, y se detuvo en la puerta.

—Os he ofrecido mi amistad, decia Jarifa, y no habrá sacrificio ni esfuerzo que yo no haga en vuestro obsequio. Pero si ese hombre triunfa, no espereis nada de mí. Podré ser vencida, y en tal caso, ¡ay de los que se encuentren en el camino de mi ruina!

—¿Luego no pensais sino en hacerme instrumento de vuestra venganza? dijo D. Pedro Fonseca.

—Pienso como vos, D. Pedro: ambos nos hallamos en una situacion falsa, de la cual no podemos salir sino por medio de la violencia. ¿Por qué no hemos de ser francos? Vos poseeis el secreto de mi existencia y de mi ódio; yo el de vuestra ambicion: los dos buscamos la venganza y tenemos un interés idéntico en ella; pues para disfrutar una felicidad tranquila necesitamos la destruccion de nuestros respectivos rivales. Si, porque mi señora doña Isabel ha comenzado á perder la confianza de su hermano, tratais de abandonar nuestra empresa, decidlo sin rebozo: yo sabré prescindir de vuestra ayuda.

—No me considero indispensable, ni aun necesario, Jarifa; por lo tanto, ya que exigís de mí la franqueza, os diré que no me está bien comprometerme demasiado, cuando no puedo esperar que mis sacrificios sean debidamente recompensados.

—No estraño esa franqueza, digna del vendedor de frutas de Guisando.

—Debeis conocer que no estamos en tiempos de hacer nada por pura generosidad. Vos misma.....

—¡Basta! ¡Salid!

Hubo un momento de silencio, despues del cual repuso Jarifa:

—Deteneos, amigo mio, y tened compasion de mí. ¿Con qué derecho puedo yo exigiros ningun sacrificio? Nada pretendo ya de vos, nada, sino ese amor que luce para mí como un faro de salvacion. Si un instante ha podido mi vanidad ofenderos, olvidadlo: he querido que fueseis el instrumento de mi venganza, sí, pero es porque de este modo habriais realzado infinitamente vuestro mérito á mis ojos; y porque, anonadado el hombre que aborrezco, mi pensamiento se concentraria solo en vos. Y luego, ¿á qué negarlo? ¿Veis que me consume la sed de sangre? Pues á pesar de esto, si el objeto de mi rencor hubiese de sucumbir á mis propias manos, de seguro me faltaria el valor que busco en otros: nunca podria yo cebar mi resentimiento en el pecho de aquel á quien una vez amé.

—Y á quien amais todavia. ¡Oh! no podeis negarlo.

—Difícilmente sabria yo esplicar lo que pasa en mi corazon, continuó la mora con una entonacion de voz singular, que vibraba como un gemido.-Aborrezco á D. Diego; deseo su perdicion y su muerte; pero conozco que la vista de su sangre alteraria la mia; la idea sola de su peligro, viéndole yo, solo me daria valor para lanzarme á socorrerle. Por eso busco para herirle, una mano vigorosa, y es tal mi suerte que solo encuentro corazones débiles ó cobardes: sí, quiero que desaparezca ese hombre de entre los vivos, porque no me siento con valor para olvidarle..... ¿Y quién sabe, añadió con dulce complacencia, si el destino, al proteger su vida, me reserva todavia horas de felicidad á su lado?

—Con efecto: paréceme que no le seria difícil hacer con vos las paces, repuso el caballero con ironía.

—¡Difícil! esclamó Jarifa con aparente exaltacion. ¡Oh! Una palabra suya que me mostrase, no diré amor, solamente deferencia ó aprecio, bastaria para rendirme sumisa á sus plantas.

—¡Es posible!....

—Sí, D. Pedro: es posible tanto rendimiento en un corazon

que solo ambiciona ternura. Si vos hubieseis sido capaz de comprenderme, seria esclusivamente vuestro este corazon. Pero vos no soñais mas que en grandezas y poderío, y temeis esponeros al menor contratiempo, apenas divisais la faz adversa de la fortuna. No sois, no, el hombre que busca mi imaginacion delirante.

—¡Me estais insultando, y vive Dios que os engañais! Yo puedo hacerme digno de vuestro cariño, y de vuestra admiracion. Yo puedo, al menos, cambiar completamente vuestros afectos.

—¡No será mientras viva D. Diego: os lo juro!

—¿Y si muriese?....

—¡Oh! entonces..... contestó la mora con efusion: entonces vuestra existencia y la mia serian como dos arroyos que se juntan en una sola corriente.

El tesorero no pudo entender lo demás que hablaban: solo percibió el murmullo confuso de una conversacion íntima y apresurada, que se fué alejando hasta perderse en el silencio. Entonces movió con cautela el resorte de la puerta secreta, junto á la cual habia estado escuchando; la entreabrió, y habiendo observado que la estancia se hallaba desierta, pasó adelante y esperó.

Durante el tiempo que permaneció solo, mil reflexiones se agolparon á su mente, sin que pudiese darles una solucion satisfactoria. Lo que acababa de oir le recordó las antiguas sospechas que en otro tiempo concibiera contra la fidelidad de la mora, y le hizo comprender que ésta obraba instigada por sus miras particulares, y que tal vez, vendiéndose por amiga de doña Isabel, conspiraba á su perdicion. Parecíale poco prudente dejarse conducir por los consejos de aquella mujer, ó al menos poco digno el tolerar su conducta incomprensible y misteriosa, que parecia contribuir á mantener un estado de irritacion y descontento en la familia de Pacheco, á quien indudablemente odiaba. Como hombre cauto, determinó guardar una esquisita reserva, y estar en observacion.

A poco se presentó Jarifa: en sus ojos brillaba la alegría del

triunfo. Sin mostrarse sorprendida por la presencia del tesorero, le dijo con la mas franca naturalidad:

—Amigo mio: nos han atacado mas pronto de lo que yo esperaba. El maestre no se duerme.

—¿Creeis acaso que haya sido el maestre?...

—¿Pues quién ha de ser? No tardaremos mucho en ver las consecuencias de su atrevido golpe, y supongo que estareis dispuesto á evitarlas. ¿Qué ha determinado la princesa?

—Permanecer aquí hasta que todo se aclare.

Jarifa meneó la cabeza con aire de desconfianza, y repuso:

—Tarde será.

—¿No pensais ayudarnos?

—Sin duda alguna. Pero desconfio de mi estrella. Si yo pudiese penetrar en el dormitorio del rey, ó sorprenderle solo en algun paraje á las altas horas de la noche, tal vez lograria subyugar su espíritu.

—Eso es muy difícil, y aunque se consiguiera, os espondria quizás á graves peligros: ¿No contais con otro recurso?

—Tal vez.

—Yo creo que si vuestro afecto á mi señora la princesa fuese acompañado de alguna mas decision, no temeriais revelar al rey todas las ocultas tramas del maestre y de sus amigos.

—¿Y quien os dice que lo temo? Lo que yo no quiero es dar mas golpes en vago, y si procedo con cautela, es porque he jurado hacer que la princesa triunfe de sus enemigos. Cuando esto logre, ¿qué me importarán los peligros ni aun la vida?

Jarifa pronunció estas palabras con tal acento de concentrado despecho, que el tesorero no supo qué pensar de las miras de aquella mujer.

—Al encontraros tan tranquila, y casi alegre, la dijo, despues de lo que ha pasado, debo estrañar que hableis de perder la vida con tanta indiferencia. Yo hubiera dicho que teneis demasiado apego á ella, sobre todo en estos momentos.

—Es muy cierto: nunca como ahora, he deseado vivir; porque tengo grandes esperanzas de salirme con mi empeño. Decidme: ¿puede la princesa permanecer segura en este alcázar?

—Está libre de todo peligro, mientras yo sea su alcaide y quede piedra sobre piedra.

—¿Y conoceis bien el palacio que ocupa el rey?

—Como si fuera mi propia casa: mejor que el rey mismo.

—¿Hay alguna via secreta, que conduzca á los aposentos reales?

—Sí, la hay; pero ¿con qué objeto?...

—No os importa saberlo: cuando yo necesite hacer uso de esa via, podreis acompañarme, si desconfiais de mí.

—Pues bien, sin salir de este alcázar, se puede ir hasta la alcoba que ocupa el rey en este momento.

—No necesito saber mas. El maestre será vencido.

Andrés de Cabrera prolongó la conversacion por algun tiempo mas, haciendo de cuando en cuando preguntas indirectas que no fueron contestadas por la mora, ó fueron eludidas con destreza; despues de lo cual se retiró poco dispuesto á fiarse de ella, y aun decidido á vigilar su conducta respecto á don Diego Pacheco. Aunque aborrecia al marqués, pensaba no consentir que le asesinasen, como parecia intentar la vengativa jóven.

Mientras esto pasaba en el alcázar, el arzobispo de Toledo habia ido, sin detenerse, al palacio del rey, el cual, siendo ya muy avanzada la noche, dormia tranquilamente, y habló con su sobrino el maestre de Santiago, quien le oyó con mucha benevolencia y atencion; y es fama que, al despedirle, despues de una larga conferencia, hizo estremos de cariño filial, tales como abrazar á su tio, besarle en el rostro, y ocultar las lágrimas, que el placer de aquella reconciliacion hacía brotar de sus ojos.

Tambien sabemos que mientras el arzobispo y el maestre reanudaban sus relaciones de amistad y parentesco, el Beato daba cuenta al astrólogo Abacuc del buen éxito de su cometido, refiriéndole muy pormenor cuanto habia hecho para satisfacer en todo los deseos de los jefes de la *Perpétua Noche*.

—No solo, dijo al concluir, he llevado á cabo felizmente la delicada comision que vos me confiasteis, sino tambien he li-

brado á mi señor del yugo de esos príncipes sin consecuencia. Tiempo hace que lo deseaba y mi amigo Fernando Alarcon me lo agradecerá; pues maldito si se puede esperar nada de los reyes de Sicilia, cuya corte parece una comunidad de trapenses. Miseria mayor no la he visto en mi vida. El rey Enrique, al menos, es dadivoso, y á su lado hasta las ratas engordan.

CAPÍTULO XVI.

Las visiones del rey Enrique.

La primera diligencia de D. Juan Pacheco el dia siguiente al de su reconciliacion con el rey, fué la de esplorar el ánimo de los nobles y cortesanos para conocer el sentido en que la opinion general interpretaba el acontecimiento de la víspera; pero pronto advirtió, con secreto despecho, que los mas atribuian al carácter aprensivo de D. Enrique la alarma que á todos habia inquietado, y se mostraban demasiado afectos á doña Isabel, sin cuidarse siquiera de justificarla, como si fuese ofensiva á su honra semejante justificacion.

—Esa niña tiene hechizos, dijo para sí el viejo palaciego, luego que se vió abandonado de la multitud de personas que fueron á visitarle.-Cuando debian huir todos de ella, como de cuerpo apestado, tratan al rey de visionario, y la defienden tácitamente del tremendo cargo de regicida; que parecia natural cayese sobre su nombre.-Pero, ¿qué importa eso? Á

bien que el rey está bien persuadido de la perfidia de su hermana, y la reina pondrá en juego toda la actividad de su ódio para divulgar el horrendo crímen. Isabel será inutilizada en el concepto de unos: Juana lo está en el concepto de todos, y Enrique acabará de hacerse odioso al reino entero..... Apretaremos la cuerda en su nombre: saquearemos los pueblos: habrá discordia y guerras intestinas, y como ningun cuerpo resiste mas allá de ciertos límites, al cabo estallará la mina, y el mas fuerte que sobreviva, recogerá los pedazos del destrozado edificio. ¿Quién es hoy el mas fuerte de Castilla?.....

Una sonrisa fria dilató los finos labios del maestre, al hacerse á sí mismo esta pregunta. En seguida continuó:

—¿Cuánto tiempo vivirá Enrique?—Un año ó dos: su cuerpo es una armadura comida de orin, que se cae á pedazos. Debo consagrarme á su servicio con el mayor teson. Cuando él fallezca, yo seré el tutor de su hija; y de tutor á gobernador del reino hay corta distancia. Como entonces caerá sobre mí la responsabilidad de mis actos, procuraré ser el padre de la patria: ocuparé á los nobles en la conquista de Granada, librándome así de enemigos internos y dándoles ocupacion de su gusto; los pecheros, exentos de la tiranía de sus señores, prosperarán: seré colmado de bendiciones, querido, respetado..... La pupila no se casará jamás..... despertaré sospechas en Portugal de que pretendo alzarme con el reino, y el botarate del príncipe portugués, ese caballero andante, desfacedor de entuertos, tomará la defensa de su prima. Entonces fácil será que el orgullo castellano vea en esto pretensiones de dominacion estranjera..... Se recordará el orígen de la Beltraneja..... y el pueblo mismo rechazará á la bastarda y á su defensor, para echarse en brazos del que sepa hacerle bien..... ¡Oh! No está esto mal pensado: todavia me sirve mi cabeza.

No bien acababa el maestre de formar esta cábala, cuando entró en su aposento el secretario Juan de Oviedo y le dijo:

—Su Alteza acaba de despertar y desea veros.

El maestre corrió á la cámara del rey, á quien halló sumamente abatido, como si acabase de salir de una penosa enfermedad.

—No vive seis meses, dijo para sí.

Y saludando al débil monarca, esclamó con alegria fingida:

—¡Vamos! Parece que el sueño os ha hecho mucho bien: estais desconocido de anoche acá: teneis buen color y los ojos animados. Todavia dentro de poco he de veros hacer el amor á alguna Sandoval ó Castro.

El rey se sonrió de un modo lúgubre como si el recuerdo de sus antiguas queridas le fuese mas penoso que agradable, y repuso:

—¿De veras tengo buena cara, D. Juan? No lo creyera. ¿A ver? acércame un espejo.

El maestre se apresuró á satisfacer el deseo de D. Enrique, y éste, viendo en el cristal su escuálido rostro, murmuró con tono de afectuosa reconvencion:

—Siempre has sido un adulador, Pacheco.

Y apartó el espejo con disgusto.

—Ya sabia yo, continuó, que tendria rostro de cadáver. He pasado una noche fatal.

—¿No habeis dormido, señor? ¿Acaso ese perro Abacuc ha dejado de asistiros cual corresponde?

—No, D. Juan, no: he dormido demasiado; pero he soñado tanto desde anoche..... ¡Oh! ¡Malditos ensueños! Ni un momento me he visto libre de asesinos..... Mi hermana los mandaba: se iba uno y venian dos; luego tres, luego mil..... ¿Qué sé yo?..... Y la reina estaba en aquel rincon, y se reia; y en aquel otro, lloraba Catalina de Sandoval.

—Estraño es en verdad ese sueño. Pero no debeis inquietaros por él. Todo eso es efecto del estado de agitacion en que os dormisteis anoche, y solo se puede sentir el mal rato que os ha dado.

—¿Tú crees eso? Pues mira: yo doy mas importancia á los sueños, porque jamás me han ocurrido estando dispierto las ideas que muchas veces me han asaltado durmiendo. Yo quisiera referir mi sueño á un adivino, á ver cómo me lo esplicaba, porque comprendo bien lo de los asesinos de mi hermana, pero no se me alcanza cómo pueda ser esto para la reina objeto de risa,

ni á qué conduce el llanto de Catalina. Ya sabes que la pobrecilla me queria bien, y sus lágrimas no son de buen agüero. ¿No entiende algo tu astrólogo de interpretar los sueños?

—Nunca le he ocupado en semejante cosa, señor.

—Atiende, repuso el rey, dando una visible importancia á su asunto. Ahora me acuerdo de una jóven mora, que indudablemente sabe algo de esto. ¿No tienes presente aquella chica que estaba con mi hermana en Ocaña? He oido contar de ella cosas maravillosas. ¿Dónde andará ahora?

—Señor, es posible que esté con Mahoma y toda su canalla. Segun he llegado á saber, hace ya mucho tiempo se arrojó á un rio desesperada.

El rey se santiguó con mano trémula, y guardó silencio.

—Hablemos de otra cosa, Pacheco, dijo al cabo de un rato. No lo tomes á ofensa: te pregunto por mera curiosidad. ¿Qué cuentas tienes tú con el judío Abraham Señor?

El maestre, aunque sorprendido por esta inesperada pregunta, no desmintió un momento su serenidad.

—Son cuentas muy antiguas, señor; ¿os ha dado alguna queja ese perro usurero, para eludir el pago de lo que me debe, como ya otras veces lo ha hecho?

—No: ninguna queja me ha dado. Pero, ¿dices que te debe?

—Sí, señor: unos tres millones y pico de maravedís, que en varias ocasiones le entregué de mis ahorros, á fin de tener ese fondo á donde acudir en casos de apuro. Sin embargo, nunca he podido sacarle, sino cantidades mezquinas. Últimamente liquidamos cuentas, y sabiendo yo que trataba de prestaros una cantidad igual á la que me debia, le hice firmar una obligacion de abonármela en documentos de crédito contra el tesoro real, con mas la mitad de los intereses que corrieran desde la fecha del contrato. Ya comprendereis cual fué mi intencion.

—No, no la comprendo.

—Me propuse regalaros aquella cantidad, sin que lo supieseis; pues claro está que, recobrando yo los albalaes, nadie se habria presentado á reclamar contra vos. Al mismo tiempo, como á no valerme de astucia, no habria cobrado nunca del avaro

Abraham, le hice creer que entraba con él á la parte, y de este modo rescaté en vuestro provecho la mitad de la usura que os imponia.

—¿Y tienes ya los albalaes en tu poder?

—No, señor; pero podeis recobrarlos cuando gusteis, juntamente con la parte de réditos. Yo cederé á vuestro favor la obligacion que poseo, y vuestro tesorero puede reintegrarse por completo de capital é intereses.

—Hombre, no: yo no puedo aceptar eso. ¿Qué dirán?...

—Señor, ¿qué tiene eso de particular? Os pago una deuda: ¿qué le importan á nadie nuestras cuentas reservadas? Si os parece, lo espresaré así en el traslado.

—Pero, ¿acaso me debes algo?

—Puedo deberos mucho... Puedo haberos comprado alguna villa... Puedo comprárosla mas adelante. ¿Qué sabe nadie de nuestros tratos? Aceptadlo, señor; pues de otro modo, ese dinero solo aprovechará al avaro judío.

Altamente satisfecho y agradecido quedó el rey de la generosidad de su privado, y juró en su interior no dar oidos en adelante á nadie que tratase de indisponerle con él.

Don Juan Pacheco entre tanto calculaba que tenia ya cobrado con mucho esceso el valor de los tres millones, y que aun podia añadir á su ganancia cualquier pueblo ó fortaleza de su gusto, con solo saber aprovechar una buena coyuntura. Sin embargo, dejando esto, como hombre astuto, para mejor ocasion, se dedicó aparentemente á cuidar de la persona del rey con la solicitud de un padre, aunque otros cuidados de mas importancia para él le traian distraido.

Viendo que el espíritu público estaba reacio en admitir la culpabilidad, que se habia propuesto recayese sobre doña Isabel, dejó que el tiempo hiciese lo que no habia podido hacer su malicia, y al paso que procuraba difundir la calumnia entre las gentes, dispuso que las fuerzas militares reunidas cerca de Segovia se retirasen, distribuyéndolas en cantones á cortas distancias, con órden de impedir el paso á los reyes de Sicilia, si por acaso intentaban huir de la ciudad. Al mismo tiempo como

la princesa enviase, muchas veces al dia, comisionados, á saber el estado de la salud del rey, el maestre, cuyas órdenes eran rigurosamente observadas en palacio, habia mandado darles contestaciones atentas, pero sin permitir á ninguno penetrar en el aposento del augusto enfermo. Solo el arzobispo de Toledo tenia fácil acceso en la cámara real, y conservaba relaciones, aunque frias, con los habitantes del alcázar.

Por otra parte, diariamente se hacian solemnes rogativas en todas las iglesias y conventos, y las comunidades obedientes á mandatos superiores, y las cofradias religiosas, por imitacion, paseaban procesionalmente las calles, en actitud penitenciaria, rogando á Dios por la salud del príncipe. Con estas cosas, el vulgo, siempre ávido de noticias, hablaba largamente de los sucesos de actualidad, como ahora se diria; y en todos los parajes públicos mas concurridos era inmenso el gentío que se agolpaba disputando y dando mil pareceres; porque en aquellos tiempos y mucho despues, no habiéndose inventado el periodismo, nadie podia saber nada de lo que pasaba, como no se lanzase á la calle, ni habia quien, por doce reales al mes, ahorrase á cada individuo el trabajo de discurrir y de adquirir noticias. Acontecia, por consiguiente, que era mucho mayor que ahora el número de curiosos públicos, y que los comentarios, pasando de boca en boca y no siempre por cerebros inteligentes, abultaban los hechos ó los desfiguraban de una manera lamentable. No por esto se entienda que la opinion pública carecia de órganos autorizados: algunos agentes secretos de don Juan Pacheco, por un lado, sembrando la semilla de la acusacion calumniosa, y algunos amigos de Andrés de Cabrera, por otro, desvaneciendo el error y las sospechas, representaban entre la multitud un papel análogo al de los periódicos ministeriales y los de oposicion de nuestros dias. Los pareceres encontrados de aquellos hombres eran primero repetidos con reserva; luego se discutian con calor, tomaban cuerpo, y con frecuencia, motivaban necias contiendas, que daban por resultado heridos y contusos entre los individuos de carácter irascible.

Al cabo de algunos dias, observó con dolor el maestre que

prevalecia la opinion contraria, y que la inmensa mayoría de los segovianos se agrupaba en el bando favorable á doña Isabel. Ésta, por su parte, permanecia encerrada en el alcázar, sin dar muestras de temor ni de remordimiento. Al contrario, habiendo sabido que el rey estaba ya restablecido,—lo cual se atribuyó á la eficacia de las rogativas y penitencias públicas,—le envió una comision de algunos grandes, bajo la direccion del cardenal Mendoza, con el objeto de felicitarle, y proponerle la reunion de un consejo de los principales señores del reino, á fin de resolver definitivamente las cuestiones pendientes entre ambos. Anunciaba su resolucion de permanecer en Segovia, á las órdenes del rey, hasta tanto que fuesen ultimadas las negociaciones, y ofrecia dar en garantia su hija, bajo la custodia de Andrés de Cabrera, para responder de las obligaciones que le tocase cumplir, segun lo que se tratára.

Cuando llegó esta comision al palacio donde residia el rey, estaba D. Juan Pacheco en conferencia con Abacuc.

—Ese hombre obcecado, decia, pretende sin duda, apurarme la paciencia; y ¡vive Dios! que si se obstina en tratarme como á un miserable vasallo, seré capaz de romper todos mis compromisos y de entregarle al hacha del verdugo. ¿Qué pretesta para no dejar libre á mi hijo?

—Dice, señor, que no le habeis cumplido mas que la mitad de vuestra promesa. Doña Isabel continúa libre.

—¿Y qué le importa eso? ¿Ignora que no es posible dar un paso tan arriesgado; que el mismo rey se opone á ello, y que basta para nuestro objeto haber introducido de nuevo la desunion?

—Sí; pero dice que aun es dudosa vuestra conducta, que habeis alejado de Segovia las fuerzas destinadas á ejecutar la prision de los príncipes, y que no le inspiran confianza vuestros tratos con el arzobispo Carrillo.

—¡Lléveos el diablo á todos, gente sin fé y sin honor! ¿No debierais estar contentos de ver á los príncipes privados de su auxiliar mas poderoso?

—Además, la reina doña Juana no se satisface sino con la

prision de doña Isabel, y pide como garantia de vuestra fidelidad á su causa, que vuestro hijo sea puesto bajo la custodia de su amigo Fonseca en el castillo de la Mota.

—¿Con que, segun eso, yo trabajo para vosotros y para la buena de doña Juana? ¿Sabeis que me agrada poco la intrusion de esa señora en nuestros asuntos? Mas diré: se me figura que se trama una horrible traicion contra mí solo.

—No lo creais, señor: la sociedad quiere únicamente asegurarse de vuestra fidelidad,

—¡Y se asocia con una mujer que puede perderme con una palabra! Decidme: ¿ha sido juramentada?

—Seguramente.

—Pues bien: decid á nuestro amigo Abiabar que entregue mi hijo á Fonseca bajo su responsabilidad personal; pero que me reservo los medios de rescatarle.

—No admite otros que la prision de doña Isabel y D. Fernando.

—Bien: eso corre de mi cuenta.

En este momento fué avisado el maestre, de la llegada al palacio de los comisionados por doña Isabel. Inmediatamente corrió á ocupar su puesto al lado del rey, el cual, paseándose en su cámara, estaba indeciso, sin atreverse á recibir á los enviados.

—¿Qué te parece que hagamos, Pacheco? preguntó D. Enrique. No quisiera ver á nadie de casa de Isabel. Esta noche pasada he tenido sueños mas terribles que los anteriores: paréceme que debemos considerar esas visiones nocturnas como una revelacion de Dios, y no esponernos á nuevos peligros.

—Haremos lo que mandeis, señor; pero estando yo á vuestro lado, no temo que se atreva nadie á ofenderos.

—¿Tú opinas que debo recibir á esos comisionados?

—¿Por qué no? Asi sabremos lo que pretenden, é iremos conociendo á vuestros enemigos, que son muchos, por cierto. Háseme asegurado que no faltan adictos á vuestra hermana, aun en este mismo palacio.

—¿Qué me cuentas? Averigua quienes son, y échales de aquí. Vayan al infierno: líbrame de traidores, y será el mejor

servicio que puedes prestarme. ¿Acaso, tu tio el arzobispo?....

—Todos como ese: mi tio se ha convencido al fin de que sirve á una mala causa, y se adhiere á vos con toda lealtad: ha sido menester una traicion como la que os ha puesto al borde del sepulcro para abrirle los ojos; pero una vez convertido, no haya miedo que retroceda; sobre todo si se procura inspirarle confianza.

—Ea, pues; manda que entren esos señores..... ¡Ah! Llama primero á los de mi servicio..... es decir, á los que tú creas seguros..... y mira: me has de organizar una guardia permanente de hombres fieles á toda prueba, que estén siempre junto á mi persona: escógeles entre los nobles menos venales..... No: mejor es que me reunas doscientos aventureros, gente estranjera, sin patria ni hogar, y les pagues largamente, dándoles además esperanzas de mayores recompensas.

—Lo haré así, señor; aunque mis caballeros de Santiago podrian defenderos y guardaros como nadie.

—No, no: son demasiado orgullosos y se creerian humillados. No: mejor es una guardia estranjera, como los arqueros del rey Luis de Francia.

Don Juan Pacheco salió á comunicar las órdenes del rey. Poco despues la corte se hallaba reunida en la cámara real, y don Enrique, sentado en su sitial, en cuyo respaldo se apoyaba el maestre, oia con aire distraido la relacion que le hacía el cardenal Mendoza en nombre de los reyes de Sicilia, y en particular de doña Isabel.

—Muy bien: está muy bien, contestó: podeis decir á mi buena hermana que agradezco su atencion; y en cuanto á lo demás que todavia no estoy bastante firme para pensar en negocios: que aguarde algun tiempo, y permaneciendo fiel, como lo espero, resolveremos esos asuntos. No creo que le corra mucha prisa: yo estoy para vivir todavia largos años, ¡gracias á Dios!

—Señor, repuso el cardenal: vuestra señora hermana, su augusto esposo y todos cuantos aquí somos, no deseamos otra cosa sino que se prolongue la vida de V. A., por cuya salud rogamos sin cesar al Todopoderoso; pero al mismo tiempo anhe-

lamos afianzar la tranquilidad y la concordia, sin las cuales no es agradable la vida.

—Os comprendo: solo estraño, señor cardenal, que seais vos el encargado de asegurar esta alianza.

—¿Y quién mejor que un fiel vasallo de V. A., y un amigo de vuestra hermana?

—Lo digo, porque conozco, alguno que hasta hace poco, al menos, ha sido el amigo de confianza de Isabel.

—Y yo le habria cedido con gusto mi comision, á saber que era mas acreedor á la vuestra.

—En fin, cardenal: no hablemos de esto. Decid á mi hermana que se tranquilice: ya le comunicaré mi resolucion por medio del señor arzobispo de Toledo.

El cardenal y sus compañeros se retiraron poco satisfechos, y habiendo quedado solo el rey con el maestre, le dijo:

—Que aguarde: ¿no te parece bien, D. Juan? Es mucha osadía la de esa gente, y no comprendo como mi hermana se atreve á permanecer á mi disposicion, como dice, despues de lo que ha pasado. ¿Será posible que ella esté inocente de todo; ó acaso se creerá bastante fuerte para no temerme?

—Yo no veo en esa conducta mas que audacia. La contestacion que habeis dado no me habria satisfecho mas si la hubiese dictado yo mismo, y lo que ahora importa es sacar partido de ella.

—¿Cómo?

—Ganando tiempo, y preparando los medios de aprisionar á los príncipes rebeldes. Vereis entonces como todo ese orgullo cae por tierra, y como esos mismos partidarios suyos, que ahora se muestran tan erguidos, acuden sumisos á besaros las plantas. Entonces no habrá quien os proponga negociaciones: vos solo impondreis la ley al vencido.

—Tienes razon: á pesar de la aversion con que miro las medidas violentas, conozco que solo así haré prevalecer mi absoluta voluntad. Pero, ¿no resultarán de aquí desavenencias por la parte de Aragon?

—Pronto tendrá D. Juan II en que entretenerse, y harto ha-

rá si puede sacudirse el tábano de Francia y otros no menos incómodos, que le amenazan.

—Pues ¿qué hay?

—Poca cosa: el rey Luis quiere apoderarse del Rosellon y la Cerdaña como paises hipotecados al pago de los auxilios concedidos durante la guerra de Cataluña; y la princesa de Navarra quiere aprovechar esta coyuntura para declararse reina independiente con su marido.

—Bueno es eso: pero yo creia que D. Juan y el rey Luis estaban en mejores relaciones. ¿No ha enviado el aragonés una embajada á Francia para tratar de matrimonio entre mi sobrina Isabelita y el Delfin?

—Así parece. Sin embago, yo sé positivamente que los embajadores de D. Juan perderán el tiempo, mientras el rey Luis reune un ejército formidable en las fronteras de España; y que dentro de poco se verá el aragonés mas apurado que nunca. Vuestro propio interés exige que ayudeis indirectamente al francés, nuestro antiguo aliado, haciendo por acá mas complicada la situacion de D. Juan.

—Pero es el caso que no me atrevo á dar un golpe atrevido, estando Segovia en manos de Andrés de Cabrera. Si deponemos á éste del cargo de gobernador, se nos espantará la caza.... y luego, ¿cómo prenderemos á Isabel sin un motivo plausible? Lo último que ha pasado no se puede probar. ¡Si se rebeláran sus parciales otra vez!...

—Dejad eso á mi cargo: pronto hemos de tener algun pretesto para obrar como corresponde.

—¿Sabes algo?

—No, señor; pero la faccion de vuestra hermana no está muerta, por mas que aparezca tranquila, y la especie de intimacion que acaban de haceros, me induce á sospechar que habrá preparativos de fuerza para apoyar sus pretensiones. Dejemos que se dé algun paso sedicioso, y entonces, afectando deseos de conciliacion, podremos atraer á doña Isabel y su esposo á un lazo, del cual no escaparán.

Despues de esta conversacion, el rey comenzó á pensar con

seriedad en vengarse de los que creia sus envenenadores, y don Juan Pacheco se retiró á madurar en la soledad una intriga que le condujese á sus siniestros fines.

—Tres cosas necesito hacer, pensaba el viejo maestre, paseándose á lo largo de su estancia; fomentar el ódio mas irreconciliable entre Isabel y Enrique; recobrar la libertad de mi hijo, hundiendo en la nada á Fonseca y aterrorizando á la reina, y destruir el poder de la *Perpétua Noche*, que está resumido en su jefe. No quiero sufrir el peso de esa influencia que tiraniza mi libre albedrío... No: Abiabar se ha propuesto luchar de frente conmigo. ¿Quién es él para poner obstáculos á mi paso?

Era ya bastante entrada la noche, y aun continuaba el maestre absorto en sus cavilaciones. Un golpecito dado con discrecion en la puerta de la cámara le volvió al mundo real.

—Adelante quien quiera que sea, dijo, requisando maquinalmente el puñal que pendia de su cintura.

La puerta se abrió y entró Abacuc.

—Vuestro deseo queda cumplido, dijo el astrólogo. Don Diego acaba de partir en compañía del señor de Fonseca.

—¡Mi deseo! esclamó el maestre con ironía. Decid mas bien el de la reina y el de su esclavo Abiabar.

Abacuc guardó silencio.

—A pesar de todo, continuó el maestre, quiero ser fiel á mis promesas, no por temor á tu jefe, entiéndelo bien; sino para probarle algun dia, que soy mas consecuente que él con los intereses de nuestra Hermandad.

—Todos tenemos esa obligacion indeclinable.

—Lo sé, Abacuc, y no necesito que me lo recuerden.—¡Adios, pues!

Abacuc se inclinó para salir, á tiempo que aparecia en la puerta Manoférrea. El maestre despidió al judío con un ademan, é hizo seña al hidalgo para que se acercase.

—¿Qué me traes, Souza? preguntó.

—Señor, contestó Manoférrea presentándole una carta muy sucia, esto me han dado para vos.

Don Juan tomó el asqueroso billete y leyó:

«Señor maestre: hace algun tiempo que el dinero anda por «las estrellas, y como mis muchachos tienen buenos estómagos, «no pueden pasar un solo dia sin comer. Os he prestado algu- «nos servicios, y tengo derecho á que se me atienda. Por esta «razon quiero trataros con cortesía, y os pido lo que pudiera «tomar por mi mano. Si dentro de tres dias no me ha traido «mil ducados el portador de esta carta, no estrañeis que caiga «con mi gente, como una nube de langostas, sobre vuestros do- «minios de Peñafiel. Bien sabeis que es hombre de palabra, el «alcaide de Castronuño.—*Pedro de Mendaña.*»

El maestre, sin mostrarse ofendido por esta osada intimacion, se quedó un momento pensativo y murmuró:

—Tengo mi hombre.

Inmediatamente buscó en una caja el resguardo que le dió en otro tiempo el judío Abraham, y colocándolo delante de sí, se puso á contestar á Mendaña, imitando la letra del mercader:

«Señor Pedro de Mendaña: os envio los mil ducados que me «pedís, y os franqueo mis arcas, que encontrareis abiertas, «mientras me guardeis el secreto. Sé que sois hombre de ho- «nor, y que me devolvereis mi dinero tan pronto como lo ten- «gais de sobra: pronto podrá llegar esta ocasion, si os deter- «minais á caer sobre Medina del Campo, aclamando á la prin- «cesa doña Isabel: en aquella villa encontrareis muchos amigos «que secundarán vuestro grito, con tal que prometais ayudar- «les á tomar el castillo de la Mota y destruirlo: no ignorais que «los medineses son tan afectos á la princesa, como enemigos de «su Mota, y que son capaces de cualquier sacrificio por defen- «der á la una y librarse de la otra. Para ayudaros en la em- «presa, estarán con vos, de aquí á treinta dias, en el punto «que designeis, cien lanzas escogidas, que yo costeo. El jefe «que los ha de mandar, os dará mis instrucciones verbales. «Contad siempre con el afecto de vuestro buen amigo.»

Escrita esta carta, el maestre la dobló, y escribió en el dorso del resguardo:

«He recibido á cuenta mil ducados.»

Y firmó sin poner fecha.

En seguida llamó á Souza, que estaba en un estremo de la sala, arrimado á la pared como una estátua, y le dijo:

—Siempre me has sido fiel, amigo Manoférrea: ¿puedo contar contigo para un asunto importante?

—Hasta la muerte, contestó el rústico hidalgo: yo no sé leer ni escribir; pero sé abrir cabezas, y guardar un secreto.

—¿En cuántos dias podrás reunir una compañia de cien lanzas de gente aventurera?

—Si tengo vino abundante, en quince dias.

—Se trata de formar una guardia formidable para la persona del rey.

—Sereis bien servido.

—Además quiero que tu gente se pruebe antes en una empresa arriesgada: es menester que tome cierto castillo, donde se halla cautivo tu señor el marqués de Villena.

—¡Ira de Dios! ¡Mi señor cautivo! Decidme dónde está: yo solo basto para rescatarle.

—No, tú solo no bastas, generoso amigo: llevarás cien lanzas, y además tendrás la ayuda del alcaide de Castronuño, que pretende apoderarse del castillo. Mañana te daré instrucciones y dinero. Ahora es menester que desempeñes otra comision. Toma este pergamino, (y le entregó el resguardo), preséntate con él al judío Abraham Señor, y enséñaselo por este lado en que hay mas escrito; pero sin permitir que lo tome, ni lo vea por el reverso; y dile que, por señas de él, le manda el rey que te siga. ¿Comprendes?

—Comprendo.

—Luego le llevas á mi casa, de grado ó por fuerza. Probablemente se resistirá, cuando vea que no viene al palacio del rey.....

—Eso no importa: yo le haré obedecer.

El hidalgo aventurero marchó á ejecutar su comision, y don Juan Pacheco, despues de haber dado una vuelta por el palacio, y asegurádose de que el rey dormia y de que todos los empleados ocupaban sus respectivos puestos, salió de oculto por una puerta escusada, y se encaminó á su antigua casa.

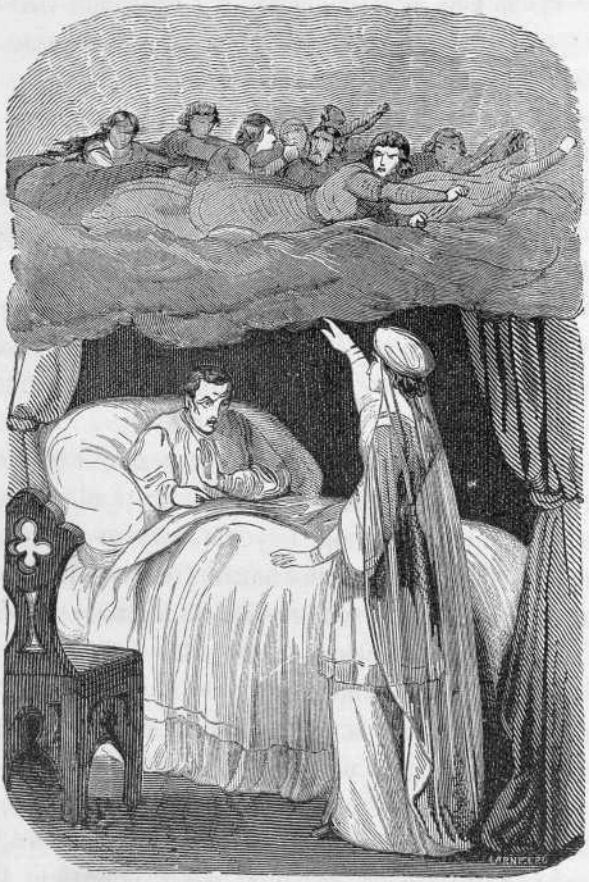
La cámara real estaba silenciosa: escepto el rey que yacía en su lecho, sumido en un sueño letárgico; ninguna otra persona habia en aquel recinto, cuyo aspecto era lúgubre á las altas horas de la noche: la luz de una lamparilla de plata, velada por un globo de tela engomada y pintada, esparcia una ténue claridad sobre los anchos tapices que adornaban las paredes, y cuyas mal delineadas figuras parecia que gesticulaban de un modo grotesco, al reflejar el indeciso resplandor de la lámpara. Las colgaduras de la cama, caian inmóviles por ambos lados de ella, dejando ver el rostro escuálido del rey medio escondido en las sábanas, y el perfil de su cuerpo acurrucado para concentrar el calor. No dormian sobre el lecho ni á sus lados, como en otras ocasiones, los perros favoritos de S. M., pues habian sido alejados para que no le turbáran el sueño, y solo en una pieza inmediata reposaban tres ó cuatro hombres de confianza, que debian acudir á la menor señal.

Era ya mas de media noche: un ligero rumor sonó detrás de la cabecera del rey, al mismo tiempo que se agitaba el tapiz que cubria el muro por aquella parte. Don Enrique nada sintió. De pronto, y como si fuese una figura desprendida del tapiz mismo, apareció la forma de una mujer, vestida á la usanza mora, y con tal arte ataviada, que mas parecia una sombra fantástica y vaporosa que una realidad tangible.

Esta ideal aparicion se inclinó sobre el lecho real, examinó atentamente al monarca dormido, y deslizándose hácia la puerta de la estancia inmediata donde estaban los vigilantes nocturnos, la cerró por dentro: volvió en seguida junto al lecho, tomó el martillo de plata con que podia el rey llamar, dando en un timbre que á su lado tenia, y lo puso en un rincon. Hecho esto se colocó de nuevo detrás de la cabecera, y empezó á pasar repetidas veces un cendal por el rostro de D. Enrique, para despertarle suavemente.

A poco el rey comenzó á moverse, y abrió los ojos abotagados. La aparicion estendió la mano sobre él, y murmuró con ténue y solemne acento estas palabras:

— «Sella tus labios y deten tus manos, rey de Castilla, si no quieres morir de repente.»



Las sombras de las víctimas se alzan para acusarte y maldecirte.

Don Enrique se estremeció lleno de terror: aunque hubiese querido, no habria tenido fuerzas en aquel momento para pedir socorro: únicamente agitó sus párpados, y miró fijamente á la estraña vision. Ésta, segura de su dominio moral, continuó:

—«¡Tus dias están contados, rey Enrique! Vuelve los ojos á la eternidad que te aguarda, y piensa en reparar tus injusticias.»

—¿Quién eres?.... ¿Qué quieres? barbotó el rey.

—«Yo soy Azhuma, hija de Agar la profetiza, la que murió en Córdoba, víctima de tu iniquidad.»

El nombre de Azhuma hizo temblar al débil monarca, que la creia muerta, segun le habia dicho el maestre.

—«No vengo á castigar tus delitos, continuó la mora; vengo á recordarte tus deberes, en nombre de Dios, y á salvarte.»

—¡Oh! ¡Déjame, déjame, horrible vision! murmuró el rey con voz desfallecida.

—«No te dejaré, hasta que, á tu pesar, hayas oido la verdad. Soy el eco de tu conciencia, que no te abandonará hasta el último instante de tu vida. Rey Enrique; los campos de Castilla están rojos de la sangre que han derramado tus perjurios y tu criminal flaqueza: las sombras de las víctimas se alzan por todas partes para acusarte y maldecirte.»

Don Enrique miró alrededor y le pareció que las grotescas figuras de los tapices se desplomaban sobre él con intencion de ahogarle. Sobrecogido de espanto, se tapó la cabeza.

—«Te escondes cobardemente, prosiguió Jarifa, cuando solo el valor y la justicia pueden salvarte! Oye, rey de Castilla: tus perjurios y tus delitos son obra del traidor que te acompaña constantemente, del que ahora mismo proyecta nuevos planes de discordia y esterminio, del que esclaviza tu corona para arrancártela de las sienes. Tu culpa consiste en dar oidos á sus palabras, que halagan á tu necio orgullo: le crees, porque no quieres que te llamen impotente, cuando lo eres para el bien, de cuerpo y de alma.»

—¡Déjame, déjame!

—«Tu demonio familiar ha emponzoñado tu espíritu, infun-

diéndote una sospecha indigna, para recobrar su valimiento, y atizar la tea de la discordia. Y tú, rey apocado, escuchas la calumnia que te pierde, y temes á la virtud que ha de salvarte. No puedes oir el nombre de Isabel, sin verte rodeado de asesinos, y miras con placer al maestre y á su hijo, que preparan tu ruina y la del reino.»

—¡Mientes! ¡Mientes! balbuceó el rey sacando la cabeza. Pero no pudo arrostrar la mirada magnética de la jóven, y se tapó el rostro con las descarnadas manos.

—«¡Mísero esclavo cubierto con la púrpura real! Cuando caigas envuelto en los escombros de tu trono, cuando te ahogue la serpiente que abrigas en el seno, entonces no me dirás que miento. Pero no: está escrito en los altos decretos del Eterno que el traidor no se gozará en los frutos de su traicion. Sobre las ruinas de tu sólio carcomido, se alzará magnífica y sublime la figura de Isabel, que ahora se eleva como una columna de salvacion en el desierto de tus reinos.»

—¡Oh! ¡Qué angustia! ¿No hay salvacion para mí? esclamó el rey poseido de espanto.

—«Sí, hay salvacion para tu nombre; pero eres impotente para el bien, y no harás lo que debes.»

—¿Qué debo hacer?

—«Lo que tu padre hizo con D. Álvaro de Luna, eso debes hacer con D. Juan y D. Diego Pacheco.»

—No, no: son leales.... son buenos.... ¡Mientes, horrible vision!

Jarifa no pudo contener una carcajada sarcástica, mas ruidosa de lo que ella hubiera querido. Los palaciegos, que velaban cerca de la cámara real, la oyeron, y se acercaron á la puerta.

—«Siempre serás un vil esclavo, y solo mereces que yo te abandone á tu miserable suerte.»

—¿No hay quien me quite de quí este demonio? gritó el rey fuera de sí.

—«Llama quien te socorra: yo me burlo de tu poder y del de tu amo D. Juan.»

—¡A mí! ¡A mí! ¡Socorro! gritó D. Enrique.

Oyóse ruido fuera, como si se tratase de violentar la puerta. Jarifa se echó al suelo y desapareció detrás del tapiz. En aquel momento entraban con luces los camareros del rey, el cual, respirando con agitacion y apoyándose en un codo, les señaló el sitio donde habia estado la terrible aparicion.

—¿Qué os pasa, señor? ¿qué ha sido? preguntaron á una voz los camareros.

—¡Allí!.... ¡Allí!.... barbotó el rey sin poder hablar mas.

Los camareros corrieron á levantar el tapiz, recelosos de que hubiese detrás alguna persona, pero no encontraron el menor indicio de ningun ser viviente, y volvieron á socorrer al rey, que se habia desmayado.

CAITULO XVII.

De como se cobraban antiguamente las contribuciones indirectas.

ontinuaremos con D. Juan Pacheco, que habiendo salido del palacio real, marchaba por las calles desiertas y silenciosas de Segovia, encaminándose á su antigua morada. Presentaba esta un aspecto lúgubre y solitario: ni una luz, ni un sonido anunciaba la presencia de una persona dentro de aquellos denegridos muros. Sin embargo, á una señal del maestre, se abrió la puerta y tres hombres de áspero continente aparecieron á su vista humildes y sumisos.

El maestre se hizo preceder de uno de ellos, encargando á los otros quedasen á la puerta para abrir á quien se presentase; pasó á su gabine reservado, en cuya chimena ardía una buena lumbre, como cuando él lo habitaba. Se quitó de los hombros la capa, que echó sobre una silla, y dijo al criado, que aguardaba sus órdenes en pié á una respetuosa distancia:

—Ven acá, Poca-risa: ¿conoces bien los subterráneos de la torre de los Encantos?

—No hay un palmo de terreno en este edificio que yo no conozca.

Don Juan Pacheco metió la mano en su escarcela, y sacando de ella un bolsillo con dinero, lo dejó caer al suelo.

—Recoge esa bolsa, dijo.

El obediente servidor levantó el bolsillo, y lo presentó á su amo.

—¿Cuándo me has visto recobrar lo que se me cae? le interrogó éste sonriéndose.

—Gracias, señor, contestó el ejecutor de las altas justicias, guardándose el dinero. ¿Qué debo hacer?

—En otros tiempos habria confiado la comision que voy á darte á Piel-del-Diablo en union contigo. Aquel perro traidor, que Dios confunda, tenia de astucia lo que á tí te sobra de rudeza. Pero, en fin, ya que estás solo, confio en que sabrás darte maña.

—Si se trata de engañar, no valgo un ardite para el caso, y aquí teneis, señor, vuestro dinero.

—¡Quita allá! repuso el maestre con tono airado.

—Si es cosa de atar ó colgar, mejor lo haria Fernandito Alturas. Ahora, si hay que cortar...

—Se trata simplemente de ejecutar mis órdenes: habrá que atar, colgar, y tal vez cortar. No tengo inconveniente en que te ayude Fernandito.

—Señor, yo solo debo obedecer.

—Pues bien: aquí entrará esta noche un judío: mientras hable conmigo, tú y tu compañero aguardareis ahí fuera, junto á la puerta. Yo saldré á despedirle, y si le digo: «Buenas noches, Abraham,» le dejais ir; pero si digo: «Dios te ampare,» os apoderais de él.

—¿Y despues?...

—Despues le llevais al quinto suelo de la torre, le atais bien los piés con una cuerda larga, y le descolgais un poquito no mas por la rampa que da al precipicio sin fondo; cada vez que grite y se lamente, le preguntareis: ¿Escribirás? Y si se niega, le descolgais otro poco, y así sucesivamente, hasta que pida escribir.

—¿Y cuánto habrá que cortar?

—Es menester que escriba en lo que resta de noche. Si amanece y no ha escrito, le amenazarás tres veces con cortar la cuerda, y á la tercera me avisas. ¿Quedas bien enterado de todo?

—Estoy al corriente.

—Vé, pues, á ocupar tu puesto, y no olvides mis instrucciones.

Poca-risa se retiró á ponerse de acuerdo con su compañero de *altas obras*, y á disponer los instrumentos del suplicio, mientras el maestre se paseaba impaciente á lo largo de la habitacion.

De pronto sonaron los cerrojos de la puerta principal: el astuto magnate concentró toda su atencion, y sonriéndose en seguida, tomó asiento junto á la chimenea.

Manoférrea entró á poco.

—¿Le traes? le preguntó su dueño.

—¿Pues no? contestó el aventurero: ahí fuera queda con mas miedo que vergüenza.

—Dame el pergamino, y manda entrar al hebreo.

Souza puso el resguardo sobre la mesa y salió. Poco despues entró el anciano Abraham demudado y temblando.

—Acércate, judío, le dijo el maestre con voz melíflua: ven y siéntate junto al fuego, pues vienes tiritando.

Abraham dió algunos pasos, y se detuvo sin atreverse á tomar asiento.

—Mira este documento, continuó el maestre señalando el pergamino con el dedo. ¿Lo reconoces?

—Sí, señor, y estoy pronto á devolveros su valor.

—¡Gracias! Ese pagaré no es ya mio. Pertenece al rey, merced á cierta delacion, que no ignoras, con mas mil ducados que he tenido precision de ofrecerle para calmar su cólera.

—Señor, yo no he revelado al rey nada de nuestro contrato: lo juro por la salud de mi hija.

—¿No? ¿Pues quién ha sido?

—Me es imposible decirlo.

—Está bien: eso me importa poco. Lo esencial es que yo pierdo tres millones de maravedís, y además, mil ducados, que el rey necesita para armar una guardia que vele por su persona. ¿No te parece justo que dividamos la pérdida entre los dos?

—Señor, disponed de mis bienes y de mi vida, repuso el hebreo, temblando de piés á cabeza; pero estoy tan pobre, que no podré reunir tan enorme suma.

—Mil ducados son para tí lo mismo que para mí diez *coronas*. No quiero que pagues mas que mil ducados en oro. Los tres millones los pierdo yo.

—¡Mil ducados! señor, ¿y dónde busco yo mil ducados?

—¡Bah! En cualquier parte. Apostaria á que llevas el doble cosido en el forro de tu hopalanda.

—¡Desdichado de mí! ¿Qué he de llevar? balbuceó Abraham apretando contra el cuerpo su raido traje. Os juro, señor, que no poseo esa cantidad, ni podria reunirla aunque estuviese trabajando un año seguido.

—Te advierto, Abraham, que no estoy de humor de oir lamentaciones. Necesito que pagues los mil ducados que he prometido al rey para mañana mismo, y agradece que no castigo severamente tus traiciones.

—¡Mis traiciones!... Yo no he sido traidor jamás: yo he cumplido siempre con mi deber.

—Tanto mejor: si eres leal, no podrás menos de contribuir con tus haberes á la seguridad personal del rey.

—Pero, señor; yo no tengo ese dinero: aunque lo tuviese, no puedo juntarlo en tan poco tiempo.

—Si no tienes dinero, tendrás crédito: escribe una carta para cualquiera de tus amigos, y no dudes que harán honor á tu firma.

—¡Es imposible, señor, es imposible!

—¡Imposible! No comprendo eso: tan distante estaba yo de creerlo así, como que, usando de generosidad, habia firmado ya el recibo. Hélo aquí.

Abraham miró con anhelo el recibo que le mostraba D. Juan,

y se alegró por un momento; pero reflexionando en el acto, repuso:

—No: yo no cobraré jamás ese dinero... No puedo darlo... Estoy arruinado.

—Piénsalo bien, judío; porque si no escribes la carta órden que te he pedido, podrá suceder que no veas mas la luz del dia.

—¡Oh! ¡señor! ¡Por piedad! esclamó el mísero anciano arrodillándose y tocando al suelo con su blanca barba: no tengo á quien pedir tanto dinero. Compadeceos de mi pobre hija, que no tiene otro amparo en el mundo mas que yo.

—Nunca hubiera creido que llegase á tal estremo tu avaricia. ¿Con que no quieres partir conmigo las pérdidas?

—¡No puedo, señor, no puedo!

—¡Ea, pues! ¡Vete, y Dios te ampare!

—¡Oh! ¡Señor! esclamó el hebreo levantándose transportado de gozo. ¡Me perdonais!

—Sal, te digo, repuso el maestre alzando la voz, y ¡Dios te ampare!

Abraham se dirigió á la puerta, deshaciéndose en acciones de gracias, que el maestre escuchaba sonriéndose malignamente; pero al pisar el umbral, retrocedió sobrecogido de nuevo terror: acababa de ver á los verdugos del maestre, que le aguardaban.

—¡Tened misericordia de este pobre anciano! esclamó. No os goceis en su desgracia.

—¿Quieres escribir?

—Qué he de escribir, señor, si no podré pagar...

—No me canso mas; vete y Dios te ampare.

Dicho esto, el maestre volvió la espalda al judío, y se retiró por una puerta interior.

Los dos verdugos se arrojaron sobre Abraham, que desesperado volvia á todas partes los ojos y las manos.

—Vamos, padre Abraham, le dijo Fernandito Alturas; estaos quieto y dejaos atar: no deis lugar á que mi compañero Pocarisa os inutilice para el baile en la cuerda tirante.

—¡Dejadme! ¡Dejadme, por compasion! ¿Qué vais á hacer conmigo?

—No es cosa mayor, repuso Fernandito, apretando brutalmente la cuerda con que ataba los brazos al hebreo.

—¡Ay! ¡Ay! gritó éste: ¡Santo Dios de Abraham! ¿Qué quieren de mí estos asesinos?

—¡Asesinos dices! prorumpió Poca-risa, vibrando su puñal.

—¡Perdon! ¡Perdon! esclamó el mísero anciano. Soltadme, y os daré lo que me pidais. Es decir, repuso en seguida como arrepentido: yo soy muy pobre; seré generoso con vosotros.

Fernandito contestó con una carcajada, y Poca-risa dió un empellon al judío, echándole fuera del aposento.

Abraham guardó silencio y se dejó conducir, esperando ver la clase de suplicio á que pensaban someterle, para calcular sus fuerzas y si podia escapar con la vida, y sin pagar lo que se le exigia. La esperiencia le habia enseñado que, en semejantes casos se abultaban los peligros con amenazas, para lograr el objeto principal, y confiaba en verse libre, si tenia valor para resistir algunas pruebas, que demostrasen á sus verdugos la inutilidad de atormentarle.

Pero sus fuerzas flaqueaban á medida que se le hacía bajar escaleras hácia los profundos subterráneos de la misteriosa torre de los Encantos: al llegar al quinto suelo, Poca-risa le mostró el lóbrego precipicio abierto junto á la rampa, y una larga cuerda enrollada en un torno, y le mandó tenderse.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! balbuceó el desdichado viejo. ¿Qué debo hacer? ¿Qué va á ser de mi pobre hija?

—¿Quieres escribir? le preguntó Poca-risa.

—¡Oh! ¡No me atormenteis!.... ¡No puedo hacerlo!

—Pues tiéndete.

Abraham obedeció, abrigando un resto de esperanza: sin embargo, sus dientes chocaban unos con otros.

Fernandito le echó á los piés un nudo escurridizo, y entre los dos le levantaron en alto para arrojarle por el precipicio.

—¡Santo Dios de Israel! esclamó el desventurado. ¡Qué mal he hecho, para que así me maltraten!

—¿Escribirás?

—Yo escribiria; pero ¿cómo he de hacerlo?

—¡Á una! dijo Poca-risa.

—¡Á una! repitió Fernandito.

Y balanceando al hebreo por tres veces, lo soltaron de pronto lanzándolo en el abismo.

El infeliz dió un agudo grito, arrancado por el dolor violento que le causaba la tension repentina de todos sus miembros, y los golpes que recibió al caer: sintió bajarle la sangre á la cabeza, y comenzó á retorcerse, luchando con su agonía, como si le agitasen horribles convulsiones.

—¡Ay! ¡Me muero! ¡me muero! esclamó.

Fernandito tomó la lámpara que habia llevado para alumbrarse, y asomándose al abismo soltó una insolente carcajada. Pero su compañero le apartó de allí bruscamente, y asomándose á su vez, dijo al judío.

—¿Escribirás?

—¡Oh! Matadme de una vez..... yo no tengo dinero. ¡Mi hija! mi pobre hija.

—Dale al torno, dijo Poca-risa á Fernandito.

La cuerda bajó: Abraham sintió desfallecer su valor: en las profundidades del abismo, cuyo fondo no podia descubrir, sonaban rumores siniestros, que eran acompañados de bocanadas de un vaho caliente y pestífero insoportable.

—¡Soltadme! ¡soltadme, por piedad! esclamó Abraham con voz doliente, que repetian mil ecos en tono zumbon. Diríase que los espíritus infernales se burlaban de su martirio.

—¿Escribirás ó prefieres que te corte la cuerda? le preguntó Poca-risa.

La idea de caer despeñado en aquella profundísima caverna, y el temor de no poder ablandar el corazon de sus verdugos, acabaron con los alientos del infeliz anciano, que gritó con espanto:

—¡No cortes! ¡No cortes! ¡Yo escribiré!

El torno comenzó á girar en sentido inverso, y á poco aparecieron á la altura de la rampa los piés del hebreo, el cual gritó de nuevo:

—¡No tireis, no tireis así, que me destrozais!

Con efecto, el cuerpo de Abraham, rozándose con las asperezas del muro, y sus piernas chocando con el ángulo superior, debian sufrir un bárbaro tormento, si no se procuraba levantarle en peso. Poca-risa, no obstante la rudeza de su carácter y la insensibilidad propia de su oficio, tuvo lástima del anciano, y le echó una punta de cuerda para que se agarrase á ella. Por este medio, tirando del otro estremo desde lugar seguro, consiguió poner en salvo al judío, que apoyaba al mismo tiempo los piés en el borde del abismo, y que al verse libre de su espantoso suplicio, cayó al suelo casi privado de sentido.

—Á ver si te mueres ahora, y no me cumples tu palabra, le dijo el grave ejecutor, sacudiéndole con aspereza. Vamos, á escribir lo que te han mandado.

—No hay que precipitarse, dijo á la sazon un cuarto personaje que habia llegado al lugar de la escena, sin ser notado de los otros: el buen Abraham cumplirá lo que ha prometido, ó tendria que habérselas conmigo, que me llamo Manoférrea. Vamos, D. Abraham: aquí os traigo papel y tintero: escribidme esa carta, y no provoqueis mas el enojo del señor maestre.

—Dadme, y la escribiré, repuso el hebreo: no puedo moverme.....

Manoférrea le presentó el papel y una pluma, Fernandito acercó la luz, y Abraham, sentado en el suelo, escribió una órden de pago de mil ducados, sollozando y diciendo á media voz:

—¡Hija mia, consuelo mio!.... Tanto como he trabajado por verte opulenta y feliz,.... para que ahora me despojen..... ¡Lia de mi corazon!.... ¡Mil ducados!.... ¡Qué desdichado soy!....

—¿Habeis concluido? preguntó Souza.

—Ya concluyo..... ya concluyo. ¡Mil ducados! ¡Los ahorros de un año! ¡Qué iniquidad!

Abraham estaba tan fatigado de cuerpo y alma que no podia levantarse ni dar un paso sin ayuda agena.

—Tomad, dijo, entregando la carta: mi compañero Roboan de Arévalo os dará el dinero. Pero no os vayais dejándome aquí.

—No somos ningunos bandidos sin corazon, repuso Manoférrea. Levantaos y tomad mi brazo.

Los cuatro personajes comenzaron á salir del subterráneo: Fernandito, llevando en una mano la lámpara, se apoyó en el brazo de Poca-risa y remedaba con ridículos gestos los ademanes lánguidos y abatidos del judío, que marchaba delante sostenido por Manoférrea.

Don Juan Pacheco aguardaba, no sin alguna inquietud, el resultado de su violenta determinacion: era ya de dia, cuando entró en su aposento el aventurero Souza llevando en la mano, como un trofeo, la carta del judío. El maestre la tomó, y habiéndola examinado detenidamente, dijo:

—Está bien: llévatela y dála al enviado de Pedro Mendaña, para que la cobre hoy mismo. Dále tambien esta otra carta, (y le entregó la que habia escrito para el alcaide de Castronuño), y disponte á partir inmediatamente. Con una órden que te facilitaré, tendrás en todas partes los auxilios que necesites para reclutar la gente que ya sabes. Á ver si estarás en Medina del Campo dentro de quince dias.

—Estaré, Dios mediante. ¿Y qué debo hacer allí?

—Buscarás á Mendaña, y te darás á conocer á él con nombre supuesto: llevarás morrion de celada y armas negras; sin empresa ni divisa de ningun género: toda tu gente ha de ir armada á la ligera y sin el distintivo real. Ayudarás al bandido á tomar el castillo, procurando que no se escape su alcaide Fonseca, y cuando esté todo hecho y puesto tu señor en libertad, te vendrás á Segovia con tu hueste. Á la vuelta, en el camino, impondrás pena de la vida al que hable una palabra de esta espedicion, y..... aun puedes colgar á un par de hombres, para escarmiento de los demás.

—Quedo enterado, y se hará todo como mandais.

El maestre se puso su capa y su sombrero y salió del aposento: en el vestíbulo de la casa encontró al judío Abraham sentado en un banco entre los tres verdugos. Al verle hizo un movimiento de asombro, y esclamó:

—¿Qué espera aquí este judío?

—Espera vuestras órdenes, señor, contestó Poca-risa.

—Yo no tengo órdenes que darle. Abrid la puerta y que se vaya: será capaz de decir luego que yo le he tiranizado.

—Nunca he abierto mis labios para calumniar á los hombres, dijo Abraham con dignidad; y aunque judío, sé perdonar á los que me ofenden.

—¿Eh? ¿Qué quiere decir eso? Guardaos, D. Abraham, de balar cuando el lobo está despierto.

Diciendo esto, D. Juan Pacheco se volvió á media docena de servidores que, á guisa de guardia pretoriana, le acompañaban á todas partes, y les hizo una seña para que le precediesen.

—¡A casa del rey! dijo: y salió sin cuidarse mas del judío, el cual marchó en pos de él, encorvado bajo el peso de sus años y sus aflicciones. La puerta del antiguo casaron se cerró con estrépito.

Desde que el rey volvió en su acuerdo, despues de la terrible vision que conturbó su ánimo, habia preguntado por el maestre una docena de veces: pero, aunque toda la servidumbre real y cuantos moraban en palacio, se habian puesto en movimiento, nadie supo dar razon del paradero del favorito. Éste se presentó en medio de aquella muchedumbre agitada, y escuchó atónito el relato de lo sucedido. Pero luego, encogiéndose de hombros, murmuró:

—¡Bah! ¡chocheces del rey!

Sin embargo, pasó sin detenerse á la alcoba real, donde encontró á D. Enrique preso de una especie de delirio. Mandó despejar á las personas que allí habia, y se quedó solo con el rey; el cual, mirándole con ojos desencajados, le preguntó:

—¿No me digiste que esa mujer habia muerto?

—¿Qué mujer, señor?

—¡Ah! ¿No lo sabes? ¿Dónde estabas que no la has visto? Te he llamado cien veces y no has querido responderme.... ¡Oh! ¿Diria verdad la vision? ¿Será cierto que conspiras á mi ruina y la del reino?

El rey hablaba con una volubilidad tan impropia en él, que bien á las claras se conocia que era víctima de la fiebre ó de una estraña fascinacion.

—Calmaos, señor, repuso D. Juan Pacheco: calmaos, y decidme qué mujer es esa, que os ha contado tales desvaríos.

—No son desvaríos, no, Pacheco: si tú la hubieses oido, temblarias, como yo: es un espíritu infernal que aterra con su mirada de fuego: es una serpiente que se enrrosca á la conciencia y punza el corazon..., ¡Y tú me digiste que habia muerto desesperada! Sin duda alguna es un alma precita, que me envia Satanás para darme tormento.

—Vamos: voy comprendiendo lo que ha sido. Habeis soñado.

—¿Crees tú que sea sueño?,.. No, no era sueño: yo tenia los ojos abiertos, y la ví aquí, junto á mi cabecera, como envuelta en una nube de humo. La oí hablar distintamente: me dijo su nombre y el de su madre.

—¿Y cómo se llamaba?

—¿No lo has adivinado? Azhuma: la mora que acompañó á mi hermana en Ocaña.

—¡Azhuma! ¡Es imposible! ¿Por dónde entró?

—¡Ah!... ¡Por dónde entró! ¿Necesitan, acaso, puertas los espíritus? Yo no la ví entrar: á mis gritos acudió gente y nadie la vió salir; pero habia desaparecido.

—Todo eso ha sido una pesadilla. Calmaos, y no penseis mas en ello.

—¡Qué no piense!... ¡qué no piense! ¿Puedo acaso desechar la idea de esa diabólica vision? ¡Ay, D. Juan! Es menester que pensemos en arrepentirnos: hemos sido muy malos. La codicia nos ha hecho cometer muchos pecados. ¡Si hubieses oido á la vision!... ¿Pero tú, dónde estabas?

—Estaba, señor, muy divertido, aunque ocupado en vuestro servicio. Tiempo hace que no he reido con tantas ganas como esta noche. Figuraos que, necesitando dinero para reclutar la guardia que me habeis pedido, hice ir á mi casa al judío Abraham, para obligarle á que me lo diese: pero el viejo avaro se obstinó en negármelo, so pretesto de que no lo tenia. Entonces me propuse intimidarle, y no podeis concebir qué de lamentaciones, qué de gestos medrosos y ridículos hacía el perillan por no soltar los cordones de la bolsa.

—¿Y dió el dinero al fin?

—Yo lo creo: despues que le tuve colgado de los piés media hora, y en manos de mis ejecutores de justicia, consintió en dar alguna cosa.

—¡Oh! ¡Oh! ¡seria de ver al viejo Abraham colgado de los piés! Pareceria un cerdo en dia de matanza. ¡Jah! ¡jah! ¡jah!

—Mejor diriais un zorro cogido en trampa, repuso el maestre, animándose al ver que conseguia distraer al rey á costa de D. Abraham. Os aseguro que mas de una vez me acordé de vos, y habria dado un dedo de la mano porque presenciaseis tan graciosa escena.

—Pero, hombre, eso es no tener pizca de caridad.

—¡Caridad con un judío! ¡Bah! ¡Caridad, cuando solo he podido arrancarle mil ducados!

—¡Mil ducados! ¡Qué fortuna! Mejor noche has pasado que yo. ¡Dios mio! No se me va de la memoria esa vision.—«Tus dias están contados, me dijo: las víctimas de tu indolencia se alzan ensangrentadas para acusarte... ¡Míralas! ¡Míralas! Y don Juan Pacheco se burla de tí, conspirando contra tu corona. ¡Pero no prevalecerán sus artes traidoras! Sobre los escombros de tu trono carcomido, se alzará pujante Isabel, como una columna salvadora en el desierto de tus reinos!» ¿Lo has oido, don Juan? ¡Y me llamó impotente!... ¡y esclavo miserable! ¿Comprendes? ¡Impotente!

—Fantasmas de la noche que disipa la luz del sol. Si os dejais dominar por ellas, nada será mas cierto que el triunfo de Isabel y vuestra vergüenza. Impotente os llamarán vuestros vasallos, y con ese dictado infamante os señalarán las crónicas. Pero si os armais de valor, si venceis con energía á vuestros enemigos, sereis el rey pudiente de los primeros dias de vuestro reinado.

—¡Valor! ¡energía! Tienes razon: es menester que despliegues toda tu energía, D. Juan. Es menester que me salves del abismo en que me precipita mi desgracia. ¿Sabes algo de conspiraciones y de revueltas?

—Tengo entendido que en Medina del Campo quieren alzar-

se por doña Isabel. Si yo fuese dueño de Segovia, pronto derrocaria de su pedestal á ese ídolo que venera el pueblo necio.

—¡A ella la veneran, y á mí... á mí me desprecian! murmuró el rey con un marcado acento de envidia. Oye, D. Juan, yo te daré á Segovia: no tengo mas deseos que apoderarme de Isabel y quitar de tesorero á Cabrera. Es un insolente, un tacaño que solo me da consejos, cuando lo que necesito es dinero; y un traidor que me ha envenenado y afligido mi existencia. Antes no tenia yo estas horribles pesadillas, que me llevarán al sepulcro... no lo dudes; me matarán.

Don Juan Pacheco quedó gravemente preocupado despues de esta conversacion. Conocia que el rey estaba herido de muerte, y que era preciso aprovechar los últimos dias de su vida en adquirir bienes sin cuento y fortalecer su poderío. Recelaba, por otra parte, que aquella vision de que hablaba D. Enrique no era una fantasma del sueño, sino una realidad. Carecia de pruebas auténticas acerca de la muerte de Jarifa, y las tenia del ódio de Abiabar: la mora habia podido introducirse en la alcoba del rey por la mediacion de Abacuc. Esta sospecha le indujo á buscar al astrólogo, pero no lo encontró; lo cual le demostró la necesidad de vivir muy alerta, para no ser víctima confiada de los que le habian jurado amistad.

CAPITULO XVIII.

De un mensajero que llegó á Segovia.

En sus maquinaciones y cábalas, D. Juan Pacheco siempre contaba con el tiempo y con las circunstancias imprevistas. Mas político de lo que, en general eran sus contemporáneos, no gustaba de precipitar los hechos: cuando mas, los preparaba, y los tenia dispuestos para lanzarlos al frente de la ocasion.

Ni el tiempo, ni las circunstancias le parecian favorables á sus intentos, y los dejó pasar. Entre tanto trabajaba en rehabilitarse con muchos de sus antiguos amigos, ofreciendo proteccion á unos, á otros valimiento, á otros riquezas: honores no ofrecia á nadie, porque el honor y el noble orgullo eran en aquella época monedas gastadas.

De este modo se formó en la corte una pandilla de parásitos, ya de mucho tiempo atrás acostumbrados á medrar á su sombra y á costa del pais. No contento con esto, comenzó á mostrar tendencias conciliadoras: entró en negociaciones reservadas con

el cardenal Mendoza, con el duque de Alba, con Andrés de Cabrera y otras personas mas ó menos conocidamente adictas á doña Isabel, y aun facilitó las relaciones de ésta con su hermano, hasta el punto de atraerla á frecuentes entrevistas con él. Así, mientras por un lado se hacía de instrumentos ciegos, que le ayudaran en un momento dado, inspiraba una falsa confianza á los príncipes y al alcaide de Segovia, para prenderles y apoderarse del alcázar.

Habia ya transcurrido el tiempo necesario para que Manoférrea, con grueso golpe de gente, se reuniese al famoso bandido que se conocia con el nombre de alcaide de Castronuño. Corrian voces vagas de levantamientos de índole diversa en varias poblaciones importantes del reino: en unas eran los *cristianos lindos* (*) los que se alzaban contra los judíos conversos, para reprimir el desmedido orgullo y la codicia tiránica de estos; en otras eran los menestrales y gente del pueblo contra la opresion de los señores; en otras, la miseria pública y la peste, compañeras inseparables, armaban á la desesperacion contra los arrendadores de las rentas reales; en otras, por último, se aclamaba desembozadamente la abdicacion del rey Enrique, y el establecimiento de un gobierno justo y paternal.

Don Juan Pacheco esplotaba todos estos rumores, hablando al oido del rey, á quien persuadia que los diversos movimientos preparados ó próximos á estallar, eran obra de los príncipes, los cuales se proponian por estos medios crearle dificultades y obligarle á someterse á sus exigencias.

Acercábase, pues, para el maestre el momento de obrar.

Con este propósito, una noche, mientras el rey cenaba, llegó muy empolvado y cubierto de bruñido arnés, como si volviese de alguna espedicion importante. Al ruido de sus espuelas, volvió la cabeza D. Enrique y le preguntó:

—¿De dónde venís, D. Juan? ¿Sucede algo?

—Sucede.... contestó el maestre afectando agitacion; sucede lo que tantas veces os he anunciado. Medio reino está en guer-

(*) Asi llamaban á los cristianos antiguos, que se preciaban de puros, sin mezcla de otra raza.

ra con el otro medio, y esto no acabará hasta que las dos mitades se destruyan.

—Pero.... ¿qué hay? repuso el rey dejando en su plato una presa que iba á llevar á la boca.

—Toledo está ardiendo.... materialmente ardiendo: el conde de Cifuentes se ha puesto á la cabeza de los conversos, y ha espulsado de la ciudad á nuestro amigo el de Fuensalida. Si yo tuviese algun poder sobre Toledo nada de esto sucederia.

—Bien, pues vete á Toledo y restablece las cosas al mejor estado.

—No: yo no puedo ir á Toledo. ¿Sabeis acaso, si está segura vuestra persona? Dadme el gobierno de aquella ciudad, y yo enviaré allá un hombre de mi confianza.

—Concedido. ¿Qué mas hay?

—Medina del Campo está levantada contra vos y contra mí: ha llamado en su apoyo al formidable alcaide Castronuño, el cual ha prometido destruir el castillo de la Mota.

—Pero allí está D. Pedro de Fonseca y sabrá mantenerse firme.

—Fiaos de Fonseca. Sabed, señor, que ha cautivado á mi hijo, y le tiene preso en el castillo. Sin duda está comprometido en la conjuracion; y lo que yo preveo es que juega por dos lados la cabeza; porque los medineses quieren aclamar á vuestra hermana luego que hayan ganado el castillo, y Fonseca cree que luchan contra mí y en favor de la reina.

—¡Diablo de enredos! ¿Por qué no se ha estado tu hijo en Madrid, como debia? ¿Y qué has hecho?

—He dado órden á uno de mis servidores para que entre en la combinacion de los de Medina, y á su tiempo se enseñoree del castillo.

—¿Y será eso posible? ¿Y no tendremos en ese caso mayores riesgos? Los pueblos no te quieren, D. Juan: es menester que lo conozcas: los medineses no aceptarán tu dominacion.

—Dejad eso á mi cargo: yo les remacharé la cadena, y ellos se someterán mal de su grado.

El rey meneó la cabeza con descontento y repuso desalentado:

—¿Hay algo mas?

—El rey de Portugal quiere intervenir en nuestros negocios. Justamente alarmado por la permanencia de los príncipes rebeldes en Segovia, presume que estais bajo la influencia de alguna coaccion moral desastrosa para su sobrina doña Juana, y trata de hacer un alarde en nuestras fronteras.

—No me gustaria eso.

—Menos debe gustaros el que algunos de los alcaides de las plazas fuertes fronterizas estén de acuerdo con vuestra hermana para organizar la resistencia al portugués. La entrada de éste nunca se efectuaria sin vuestro beneplácito, y en todo caso se reduciria á un paseo militar; pero si halla quien se le oponga, será la guerra civil combinada con la estranjera.

—¿Y quiénes son los traidores que se oponen sin mi mandato?

—No les llameis á todos traidores: ellos creen cumplir con su deber. El centro de la resistencia está en Trujillo, cuyo alcaide Gracian de Sesé obedece á las órdenes de Andrés de Cabrera.

—Pues bien, hay que quitar á ese Gracian. Pero, ¿quién le reemplazará?

—Forzoso es que sea una persona de mi confianza, para que pueda inspirársela al portugués: de otro modo, le estoy viendo entrar talando el reino, pues no creerá sino que vos le oponeis la resistencia.

—Corriente: haz en eso lo que te parezca. ¿Supongo que no habrá otra cosa?

—Suponeis mal: el rey de Granada ha entrado con un formidable ejército en Andalucía.

—¡Esto mas! ¿Y cómo conjurar ese peligro?

—Tranquilizaos: mi yerno el marqués de Cádiz, que me ha comunicado la noticia está ya en campaña, y pronto dará cuenta del mahometano.

—Mala cena me has dado, Pacheco, murmuró el rey, mirando con ojos lagrimosos los manjares intactos que habia sobre la mesa.

—Señor, lo siento en el alma: pero aun no he concluido.

—¿Acabarás de una vez?

—Lo que me resta deciros atañe á mis particulares intereses. La villa de Sepúlveda está, como sabeis, enclavada en medio de mis dominios, y es un foco perenne de perturbacion. Necesito que me hagais donacion de ella.

El rey se quedó profundamente pensativo, y al cabo de algunos momentos comenzó á contar con los dedos, diciendo:

—Toledo..... Medina del Campo..... Trujillo.... Sepúlveda....

—Ya sé lo que quereis decir, interrumpió el maestre. Pues aun no estoy contento, si he de serviros como conviene. Segovia con su alcázar han de quedar mañana en mi poder.

—Y Madrid, continuó el rey, contando siempre con los dedos: y Escalona..... y Ocaña..... y ¿qué se yo? media Castilla. D. Juan, bien sabe Dios que *quisiera ser por ocho dias señor de todo el mundo.*

—¿Para qué?

—*Para ver si podia saciar tu codicia.*

—¡Hola! ¿os parece que os pido mucho? Pues bien: no quiero venderos caros mis servicios. ¡Adios, señor!

El maestre dió algunos pasos hácia la puerta.

—¡Eh! D. Juan, escucha, ¡no te vayas! esclamó el rey levantándose trabajosamente.

—¿Qué no me vaya? ¿Qué necesidad tengo yo, al cabo de mis años, de fatigarme y quitarme la vida por un rey ingrato?

—Espera, hombre, te digo. No tienes razon para llamarme ingrato. ¡Válgame Dios, y que á pechos tomas las cosas! ¿No ha de poder uno siquiera desahogarse con una chanza?

Don Juan Pacheco volvió junto al rey con el semblante risueño.

—¡Era una chanza! dijo: en ese caso me quedo; pero debeis saber que con nada se pagan los sacrificios que hago por vos. Mi salud está muy quebrantada: yo deberia entregarme al reposo, y sin embargo ando como Dios quiere para mantener firme vuestra corona, que se bambolea.

—Lo sé, lo sé: no hablemos de eso.

—Si no fuera por mí, tiempo hace que viviriais en un rincon de la tierra sin mas haberes que los de algunas miserables villas concedidas de limosna.

—Lo sé, hombre, lo sé: no hay para que recordarme tus servicios.

—Es que pareceis olvidarlos, y no tener en cuenta que ahora mismo, si el rey de Granada no avanza hasta Segovia, se deberá á los mios: si el de Portugal ha de ser nuestro amigo y el mantenedor de vuestra honra, se deberá á los mios: si los príncipes rebeldes no han de sobreponerse á vuestra voluntad, me lo debereis á mí. Vedme todavia cubierto de polvo y muerto de cansancio: ¿de dónde creereis que vengo?

Don Enrique se encogió de hombros.

—Vengo de recorrer los puntos avanzados de mis gentes, que no lejos de aquí aguardan, para que acudan á socorreros en caso necesario. El alzamiento de Medina puede tener eco en Segovia, y estoy resuelto á dar mañana el golpe decisivo.

—¿Y por qué mañana?

—Porque D. Fernando piensa marchar al socorro de su padre, que se vé muy apretado por los franceses, y no quiero que se nos escape. Si mis órdenes son exactamente cumplidas, á esta hora está cortada toda comunicacion entre Segovia y Medina. Cuando vengan mañana los príncipes á veros, como acostumbran, procurareis entretenerlos hasta la noche hablándoles de una avenencia definitiva: yo entre tanto dispondré que cierta gente mia ocupe las torres de las iglesias y las casas: los Contreras y otros hidalgos de la ciudad se colocarán en los arrabales, y á una seña convenida, entraré yo mismo con gruesa gente al grito de «¡Líbertad al rey! ¡Mueran los rebeldes!» Nos apoderaremos de los príncipes y de sus caudillos, y marcharemos en seguida sobre el alcázar. Con esto quedará sofocada toda tentativa de rebelion.

—Me parece bien.

A la misma hora que D. Juan Pacheco y el rey tenian esta conferencia, entraba en Segovia un fraile lego en traza de mendicante con sus alforjas al hombro, su báculo en la mano, y la

capucha echada hasta los ojos. Recorrió varias calles y fué á parar á las puertas del alcázar. El centinela que velaba en el adarve armó su arcabuz y le mandó retirarse; pero el fraile, acercándose mas, para ser oido, le dijo:

—Bajad el arma, buen amigo, y no atenteis contra la vida de un siervo de Dios, aunque indigno.

—Retiraos pronto, repuso el centinela, si no estais reñido con vuestro pellejo.

—No me retiraré, porque vengo cansado, y necesito dormir esta noche en el alcázar.

—¿Estais loco, hermano? Buscad otra posada mas modesta... Y no os acerqueis tanto, porque disparo.

—Voy á retirarme para no infundiros sospechas; pero comunicad sin demora al señor alcaide que está aquí fray Juan Lainez, y desea hablarle de cosas importantes. ¿Habeis oido bien? fray Juan Lainez.

El supuesto fraile, dicho esto, se retiró á una considerable distancia, y el centinela pasó el aviso á su inmediato jefe.

Pocos minutos despues se abrió un postigo del alcázar, y cuatro hombres de armas salieron á reconocer á Juan Lainez, á quien condujeron á la presencia de Andrés de Cabrera:

CAPITULO XIX.

Que trata de un alboroto y de otras cosas interesantes.

Unos veinte dias hacía que faltaba del alcázar la mora Jarifa: ignorábase su paradero, y las personas que habian protegido su oculta residencia en aquella fortaleza, formaban mil conjeturas sobre su desaparicion repentina. Sospechábase, sin embargo, que habria sido sorprendida la noche que osó penetrar en el dormitorio del rey, porque desde entonces faltaba; lo cual era un motivo para suponer que hubiese sido sacrificada á los intereses del maestre de Santiago. Pero esto no pasaba de mera suposicion.

Hablando estaban de este misterioso suceso la princesa doña Isabel, su amiga Beatriz de Bobadilla y el mayordomo Cabrera, cuando se le anunció á éste la llegada imprevista de Juan Lainez. La princesa exigió que su antiguo protegido fuese recibido en su presencia, y en muestra de aprecio le dió su mano á besar. Preguntóle amistosamente por su mujer y por Rodrigo, y supo además que el cielo les habia favorecido con dos renuevos de su amor.

—¿Y no habiendo enviudado, le dijo Andrés de Cabrera, de cuando acá os habeis hecho fraile?

—Desde hace diez horas, contestó el honrado tejedor. Pero esto atañe á una curiosa historia, que os interesa, y que os contaré, si me otorgais el permiso.

—Cuéntala, repuso la princesa.

—Estaba yo ayer á estas horas en Medina del Campo, á donde me habian traido asuntos de mi tráfico: paraba en la posada de *La clara de huevo*, nombre singular, que no entiendo á que se refiere; pero cuyo huésped es un idólatra partidario de vuestra alteza, lo mismo que su mujer la buena Leandra; y esto basta y sobra para que yo suela hospedarme en dicha posada, con preferencia á cualquier otra.

La princesa y Beatriz se miraron con muestras de inteligencia.

—El posadero se llama Bonifacio, ¿no es verdad? preguntó Beatriz.

—Ciertamente: un hombre muy tosco, pero que ha sabido enriquecerse admirablemente.

—De lo cual me alegro, dijo doña Isabel.

—No sé si he dicho que era ya de noche, continuó Juan Lainez: la posada de *La clara de huevo*, que con fundamento podria llamarse la taberna del buen vino, estaba llena de gente distinguida de la villa, y de aventureros del alcaide de Castronuño, que mútuamente se obsequiaban, con gran contento de maese Bonifacio y de su alegre consorte. Yo cenaba con mi Rodrigo en una pieza contigua á la gran sala de la posada, y, no diré con entera satisfaccion, pero sí con vivo interés, oia las mil conversaciones y disputas que, sobre un solo objeto, tenian las personas allí cerca congregadas. Tratábase de atacar al castillo de la Mota, y apoderarse de su alcaide, alzando al mismo tiempo la tierra en nombre de los señores príncipes D. Fernan- y doña Isabel.

—¡En nuestro nombre! esclamó la princesa. ¿Qué hay de comun entre nosotros y el bandido de Castronuño?

—¿Estais seguro de eso? añadió Andrés de Cabrera.

—Tan seguro, continuó Juan Lainez, como que, á estas horas, es probable se haya dado el asalto al castillo, segun el entusiasmo que reinaba en toda la villa. Decíase que se os tenia engañados en este alcázar para prenderos: que era necesario acabar de una vez con la tiranía de los que rodean al rey, obligándoles á reconocer por fuerza los derechos de la señora princesa: que el honor del reino y el bienestar de los pueblos exigian la abdicacion inmediata de S. A. y la aclamacion de nuevo rey y reina para que gobernasen con justicia, rodeados de consejeros probos, sábios y entendidos. Hablaban algunos de un manifiesto que se debia dar á la nacion, para que todos los hombres de valer, haberes y ciencia se uniesen, á fin de obtener seguras garantías en pro de las vidas y haciendas de todos, asaz mal paradas en estos revueltos tiempos: que se pidiese la organizacion de la santa Hermandad de los pueblos para defenderse estos contra las arbitrariedades de los poderosos, y dar apoyo al trono; que se espulsase á los judíos, ó se les obligase á vestir traje distinto y á vivir separados de los cristianos. En una palabra, tratábase de reformar mil cosas que necesitan correccion, y como siempre acaece, cuando están agitados los ánimos y corre el vino en abundancia, cada cual proponia sus arbitrios, pretendiendo todos que su opinion particular prevaleciese.

—¿Y quién dirigia ese movimiento? ¿Qué personas de valía le prestan su apoyo? preguntó la princesa.

—Hay quien habla del conde de Osorno, quien del duque de Alba; pero allí no se cuenta, por el pronto, mas que con el ayuntamiento y varios pudientes y ricos hombres de la villa, y con el alcaide de Castronuño, á quien han ofrecido la Mota bajo ciertas condiciones. Lo cierto es que todo el pueblo está en armas, y que solo predomina la idea de apoderarse de la fortaleza y suprimir su jurisdiccion señorial.

—¿Qué os parece de eso, Andrés?

—No sé qué os diga, señora, contestó el tesorero: ignoro si el de Osorno tiene parte alguna en este negocio, y desde luego afirmo que el de Alba no sabe nada de eso: lo que hay de cier-

to es que la tiranía señorial, así como el tígre herido, que presintiendo su muerte, destroza cuanto se le pone delante, del mismo modo se entrega sin freno á todos los desmanes de su bastardo imperio; y tan condolidas están sus víctimas de tantos ataques y dentelladas que, careciendo de pastor y perros que las defienda, no titubean en aceptar el amparo de un bandido. Nuestros padres, señora, nunca trataron á sus vasallos como á siervos, sino como á compañeros de armas, como á soldados siempre dispuestos á pelear bajo su conducta por la fé y por la patria. Todavia en los principios del reinado actual, cuando vos estábais en la cuna, el rey aprestaba las huestes de sus nobles, y las manos de todo el pueblo castellano se estrechaban á impulsos de un sentimiento comun. Hoy no sucede así: el jefe que debiera guiarnos á todos, yace aletargado bajo la influencia de un encantador maléfico, y los señores representan entre tanto una farsa del poder feudal estranjero, que degrada al monarca, y cuesta á los pueblos lágrimas de sangre. ¿Qué mucho que estos se alcen indignados, á medida que adquieren la conciencia de sus derechos y de su fuerza?

—Es muy justo, repuso la princesa, y algun dia, si Dios me ayuda, esas clases, hoy abatidas, tendrán su puesto al lado del trono: serán, cual es debido, la sangre y el nervio del estado; y la nobleza, mas digna, mas elevada que ahora, no tiranizará á los que la mantienen. Pero no hablemos del porvenir: el objeto del levantamiento de Medina, podrá ser justo, mas no es acertado, ni yo puedo consentir que mis derechos, ni mis padecimientos les sirvan de pretesto: no puedo sufrir, sobre todo, que mi nombre vaya unido al de un salteador de oficio, como el alcaide de Castronuño, que es á la vez el terror de los nobles y plebeyos. Ese hombre, ligado á los de Medina, compromete mi honra y la fé que he jurado á mi hermano; y sin embargo, será capaz mañana de exigirme recompensas por su servicio que repruebo; por un servicio que ignoro á quien se presta y con qué objeto. Mandad que llamen al duque de Alba.

El tesorero salió un momento á comunicar la órden de la princesa, y volvió á poco. Entre tanto Juan Lainez continuaba así su relato:

—Vuestra desconfianza es muy prudente, señora; pues habeis de saber que dentro del castillo de la Mota se encuentra el marqués de Villena, y entre las filas de Pedro Mendaña figuran hombres que cobran sueldo del maestre de Santiago.

—¿Cómo lo sabes?

—Hallábame aun cenando, y mas atento á lo que pasaba entre los amotinados que á saborear los manjares, cuando sentí que me tocaban en el hombro. Volví la cabeza, y ví á la posadera que, haciéndome seña para que callase, me indicó que la siguiese. Hícelo al momento, interesado mas que nada por la espresion de misterio que veia en su semblante. Sin proferir una palabra, me condujo Leandra á un aposento interior, destinado á su particular morada, y mostrándome á una mujer que allí habia, me dijo:

—«Si sois tan afecto á la princesa doña Isabel, como pareceis, haced lo que os mande esa jóven, la cual merece la íntima confianza de S. A. Y sin mas, me dejó solo con ella.»

—¿Quién era esa jóven? preguntó la princesa.

—No me reveló su nombre: solo me previno que os la designase con el de la aventurera de Guadarrama.

—¡Jarifa! esclamaron á un tiempo doña Isabel, Beatriz y su marido, que habia ya vuelto.

—La jóven me hizo algunas preguntas para asegurarse de mi adhesion á vuestra persona, y por ellas advertí que me conocia desde el tiempo de mi corta residencia en Segovia. Díjome luego si estaba dispuesto á emprender un viaje á esta ciudad, salvando los peligros que pudieran presentárseme, á lo cual accedí de buena voluntad, puesto que de serviros se trataba.

«Pero antes de revelarme el objeto de su comision, me condujo á otro aposento, recomendándome mucho el silencio. En aquel aposento entraba la luz de una estancia contigua, separada de él por un débil tabique incompleto, que al techo no llegaba. Pronto llegó á mis oidos la voz de dos hombres que íntimamente conversaban al otro lado del tabique. Decia el uno que no sabia, ni le era dado penetrar las intenciones de su se-

Sentí que me tocaban en el hombro.

ñor el maestre de Santiago, pero que á su interlocutor debia bastarle saber que le habia mandado los mil ducados y un refuerzo de cien lanzas, para tener entera confianza en su amistad.-El otro contestaba que nunca habia fiado en palabras, ni aun en hechos de los grandes señores, y menos fiaría en los del viejo raposo (así le nombró) D. Juan Pacheco. Que si era cierto se hallaba D. Diego Pacheco en el castillo de la Mota, no podia ser en calidad de prisionero, puesto que el señor de la fortaleza debia de ser amigo del maestre: que en todo caso, no comprendia como éste daba auxilios para combatir al favorito de la reina doña Juana y ayudar de paso á una sublevacion en pro de vuestra señoría. Nada deben importaros las miras de mi señor en ese punto, replicó el primero, con tal que logreis vuestro objeto, y estraño mucho que seais tan escrupuloso cuando se trata de adquirir un castillo y os dan fuerzas y dinero para conseguirlo: por mi parte, añadió, cumplo las órdenes de mi señor, sin discutirlas: si no os acomoda continuar con estas condiciones la empresa comenzada, sois libre para desistir: yo tambien lo soy para obrar en consecuencia.

«El segundo interlocutor, que no era otro que Pedro de Mendaña, pareció entrar en arreglos, segun se inferia del tono de sus palabras, que por lo bajas no pude entender; y entonces la jóven, sacándome del aposento con las mismas precauciones, me dijo:-Ya habreis entendido que se conspira á un fin desconocido, bajo las inspiraciones de D. Juan Pacheco, y que se trata de invocar para ello el nombre de la señora princesa. Yo sé por otra parte que D. Diego Pacheco está de acuerdo con ese cabecilla que acaba de hablar, el cual es un fiel servidor suyo y de su padre. Se quiere simplemente comprometer á los señores reyes de Sicilia. Si amais á la princesa, volad á Segovia, y para que ningun obstáculo se oponga á vuestro paso, vestios este hábito de franciscano mendicante, (y me mostró el que traigo puesto.) Decid al señor alcaide que redoble su vigilancia, por si acaso los sucesos que se preparan en Medina tuviesen algun resultado desfavorable para los príncipes, mis señores. Tal es el objeto de mi venida, que gracias al disfraz, ha sido coronada de buen suceso.

—¿Acaso habeis encontrado obstáculos en el camino? preguntó el alcaide.

—A dos leguas próximamente de aquí, encontré un corto destacamento que me salió al camino, y me detuvo. No muy léjos en un bosque habia mayores fuerzas, entre las que me pareció distinguir algunos caballeros de Santiago. Se me hicieron preguntas acerca de mi procedencia; pero, afortunadamente, venia yo prevenido, y habia visto de léjos detener á unos viajeros que me precedian; por lo tanto les dije, que regresaba á mi convento despues de haber andado de cuesta por los lugares comarcanos. Preguntáronme noticias de Medina, y les contesté que nada sabia; con esto me dejaron continuar mi viaje. Despues he visto algunos grupos sospechosos, y he procurado evitar su encuentro.

A este punto llegaba Juan Lainez en sus interesantes revelaciones, cuando fué anunciado y en seguida se presentó el duque de Alba de Liste.

—Bien venido seais, duque, le dijo la princesa levantándose: tened á bien seguirme al cuarto del rey.

Don Fernando tenia en aquel momento una conferencia reservada con el cardenal Mendoza; pero al recibir el recado que mandó pasarle doña Isabel, se apresuró á recibirla, diciéndola:

—Venís muy á tiempo, Isabel, pues iba á salir en vuestra busca.

El suspicaz príncipe suspendió la revelacion que sin duda pensaba hacer á su esposa, al reparar en el duque, que marchaba detrás de ella.

—¿Vos aquí, el de Alba? dijo.

—Sí, le he llamado yo para hacerle una pregunta, repuso la princesa, y he querido que oyeseis su respuesta.

—Preguntadme lo que gusteis.

—¿Deseo saber solamente qué noticias teneis de Medina del Campo?

—Ninguna, señora, contestó el duque.

—¿Nadie os ha hablado de un alzamiento en favor mio?

—Ignoro absolutamente de que se trata; pero si tal levantamiento se prepara con la lealtad que os debo, declaro desde ahora que lo repruebo.

La princesa tendió la mano al duque, y sin consentir que se la besase, le estrechó la suya, diciéndole:

—Duque, sois mi amigo: cuento con vos.

En seguida refirió cuanto habia dicho el tejedor de paños. Al oirlo D. Fernando, esclamó:

—Pues bien, no perdamos tiempo: salgamos de aquí esta misma noche, y marchemos sobre Medina. Sabed que se trata de aprisionarnos mañana por rebeldes, y que todo está preparado para dar el golpe. ¿No es así, señor Cardenal?

Don Pedro de Mendoza reveló entonces todo el plan de don Juan Pacheco. Lo habia sabido por uno de sus servidores con quien se contaba para cooperar al fin propuesto.

Doña Isabel, adivinando por las últimas palabras de su marido que éste pretendia substraerse al lazo que se les tendia, y acogerse al campo de los sublevados para hacerse fuerte en medio de la rebelion, se apresuró á proponer su pensamiento, que era en verdad mas arrojado y magnánimo.

—Ha llegado el momento, dijo, de que yo cumpla mis palabras: he prometido permanecer aquí á la disposicion de mi hermano, y lo siento; pero no faltaré á mi promesa.

—¿Cómo? esclamó el príncipe.

—Sí, permaneceré aquí, señor; pero aunque yo no pueda ir en persona á sofocar esa rebelion y á espulsar de Castilla al osado alcaide de Castronuño, á bien que vuestro acero vencedor sabrá hacer con ventaja lo que seria dudoso, confiado al débil brazo de una mujer. Sabeis que he prometido someter yo misma á los que se alcen contra el rey en mi nombre. Id vos solo que lo hareis mejor: el señor duque os acompañará, no lo dudo. Yo, entre tanto, sabré triunfar en Segovia del maestre de Santiago.

Don Fernando se mordió los lábios, corrido de que una mujer le aventajase en sagacidad, pundonor y valentía; pero la proposicion habia sido hecha con tanta delicadeza, que solo se atrevió á replicar:

—Sí, ese ha sido desde luego mi pensamiento. Pero temo que crean que huyo por cobardía y que os dejo abandonada en el momento del peligro.

—Sabeis que yo no lo creo, repuso doña Isabel; y además los hechos desmentirán á los malsines que os calumnien. Partid, señor, sin demora, y volved triunfante y amado de los medineses.

Inmediatamente se dispuso la partida, que se verificó aquella misma noche con el mayor sigilo. Don Fernando llevó consigo su valiente guardia aragonesa: el duque de Alba le acompañó con las escasas fuerzas que tenia para su resguardo personal; pero dió las órdenes oportunas para que se le reuniese de sus estados grueso golpe de gente, que con algunas lanzas mas de la casa de Mendoza, bastaba á componer un pequeño ejército. Juan Lainez salió delante en calidad de adalid (*), á la cabeza de algunos escusañas, á fin de reconocer el campo y evitar un encuentro con los enemigos emboscados.

Al amanecer del dia siguiente comenzaron á correr por Segovia mil rumores alarmantes: los vecinos de la ciudad se agrupaban desde muy temprano en las calles y plazas, y oian unos con zozobra, otros con indignacion, otros con disgusto, las noticias que varios sugetos desconocidos se ocupaban en difundir con actividad. Decíase que se habia levantado en Medina del Campo una formidable faccion, al frente de la cual se habia puesto el alcaide de Castronuño: que éste, de acuerdo con el duque de Alba, pensaba caer sobre Segovia para apoderarse del rey: que se le habia ofrecido favorecer su entrada, y como premio, cuatro horas de saqueo en la ciudad: que los judíos, á trueque de que se respetasen sus propiedades, se habian prestado á secundar el ataque, amotinándose contra los cristianos. Pero se añadia en voz muy baja, y como cosa muy secreta, que el rey estaba enterado de todo, y que el maestre de Santiago habia tomado ya sus precauciones para proteger á los segovianos, apostando fuera de la ciudad multitud de gente armada, para caer de sorpresa sobre los agresores.

Cerca de medio dia los rumores de la mañana se complica-

(*) En el lenguaje moderno se ha viciado el sentido de esta palabra, que significa *guia*. Los escusañas eran ciertos esploradores prácticos en la topografía del pais, que iban siempre delante de los ejércitos.

ron con una nueva alarma. Corrió la voz de que los aragoneses, y con ellos Andrés de Cabrera y el duque de Alba eran los motores de la conspiracion: se designaba además á los judíos D. Albarba (Abiabar) y D. Abraham Señor, como proveedores del dinero necesario para el alzamiento de Medina, y se confirmó la noticia de que se intentaba destronar violentamente á D. Enrique, y alzar rey en su lugar á D. Fernando.

Con estas nuevas, la agitacion popular crecia por momentos: las personas acomodadas se apresuraban á reunir sus deudos y criados, y aprestaban las armas para defender sus propiedades amenazadas. El olvidado acontecimiento del banquete del dia de Reyes se recordaba ahora, dándole las apariencias de crímen, que la opinion pública le habia negado anteriormente, y la maledicencia se cebaba en reputaciones intachables.

De pronto se vieron aparecer en diferentes puntos grandes grupos de gente amotinada, y se difundió la noticia de estar ocupados algunos arrabales por la familia de los Contreras, muy conocida por su carácter revoltoso: al mismo tiempo los hombres de armas del alcaide ocupaban las avenidas mas importantes de la ciudad, y un persevante acompañado de un pregonero y de algunas lanzas, recorria los sitios públicos, declarando, á son de trompetas, alevoso y traidor al rey y al reino, á quien quiera que á la primera intimacion no se retirase tranquilamente á sus hogares. Los vecinos honrados no aguardaron la intimacion, y se encerraron en sus casas, mas por miedo á los desmanes de las turbas amotinadas, que por otro motivo; pero dispuestos á luchar si se cometia algun acto contra sus haciendas.

Las turbas comenzaron á recorrer algunas calles, gritando: «¡Viva el rey! ¡Mueran los traidores aragoneses!» pero se las oia con desconfianza, y encontraban cerradas las puertas de las casas y de las iglesias, que pretendian ocupar: en algunos puntos hallaron ya situados los hombres de Andrés de Cabrera, que las rechazaban con las armas: su mayor empeño era el de apoderarse del palacio episcopal, contiguo al alcázar. Los muros y las almenas de éste se veian erizados de arcabuces, ballestas,

espingardas y otros instrumentos de muerte; y en el palacio del rey no eran menores los preparativos bélicos.

Aunque ya se habian roto las hostilidades y corria la sangre, hubo un momento en que la gravedad del conflicto, agitó vigorosamente los ánimos; un brillante escuadron, á cuya cabeza iba el alcaide de Segovia, desembocó en la plazuela donde se alzaba el palacio del rey. Andrés de Cabrera mandó hacer alto, y echando pié á tierra, se adelantó hácia la régia morada, acompañado de media docena de caballeros igualmente desmontados, y precedido de un faraute, que gritaba:

—¡Plaza! ¡Plaza en nombre del rey al señor alcaide de Segovia!

Los guardias de la puerta, secundados por los hombres de armas que ocupaban las ventanas, se aprestaron á la resistencia, de modo que parecia inevitable la lucha. Pero Cabrera, con temerario arrojo, tiró de la espada, lo mismo hicieron sus caballeros, y se precipitó en medio de los mercenarios, que defendian la entrada, gritando:

—¡Plaza! ¡Plaza se os pide en nombre del rey mi señor! ¿Ignorais que soy aquí la primera autoridad despues del rey?

La actitud decidida del alcaide, sobre quien, sin grave injusticia, no podia recaer la sospecha de deslealtad, desconcertó á la primera guardia. Nuestro campeon siguió adelante, pero de nuevo se vió detenido, en la subida de la escalera, por multitud de guerreros que de todas partes acudian precipitadamente.

—No deis un paso mas, sin decir antes á qué venís, le gritó desde arriba el jefe de la segunda guardia.

—No debo dar cuenta á nadie de mis intenciones sino al rey, mi señor, contestó el alcaide.

—Pues bien, no pasareis si antes no entregais las armas, repuso el jefe.

Andrés de Cabrera se volvió hácia sus caballeros, y presentando su espada á uno de ellos, le dijo:

—Tomad mi espada, Fernan Perez: guardadla y defendedla hasta mi vuelta. Si el rey me mandase matar, rompedla para que nadie la mancille.

Y se lanzó desarmado entre los guardias, esclamando:

—¡Paso al alcaide de Segovia!

Nadie osó detener á un hombre inerme: D. Enrique mismo, que habia oido la reyerta, mandó que se le dejase entrar.

El alcaide se presentó al rey agitado por las violentas emociones que sentia su espíritu.

—¿Qué quereis? le preguntó D. Enrique: ¿á qué venís á mi habitacion, asaltándola con las armas en la mano?

—Señor, contestó Cabrera con energía, pero sin faltar al respeto: vengo á ofreceros mi persona y mi vida, mal que pese á los que os rodean, (y dirigió una mirada de desprecio á los palaciegos que se agrupaban á la puerta). Diz que está en peligro el trono de V. A., lo que yo no creo; y mi deber es defenderlo contra todo ataque.

—Bien hecho, Cabrera, muy bien hecho, pero diz que son los príncipes mis hermanos los que me atacan, y hay quien añade que vos sois su campeon.

—Los príncipes gozan de vuestro real seguro, señor, y yo declaro traidores á los que intentan obligaros á quebrantarlo. No será, ¡vive Dios! siendo yo alcaide de Segovia. El príncipe D. Fernando está ya en salvo.....

—¿Cómo? ¿Se ha fugado?

—Partió á noche á sofocar la sublevacion de Medina del Campo.

—¡Ah! Con que á sofocar.....

—Sí, señor. La princesa queda en el alcázar á vuestra discrecion. Pero á mí, como á guardador y centinela avanzado de vuestra honra, me toca velar, para que no sea hollado en su persona el seguro de V. A. Las fuerzas de que dispongo harán su deber: el motin que acaba de estallar será dominado por mi espada. Esto he jurado hacer, y sin vuestra real venia lo he puesto ya por obra. Voy; pues, á cumplir lo que mi conciencia me manda, y os prometo, bajo la fé de caballero, volver aquí cuando todo esté acabado, á recibir el castigo que merezca.

—¿Cómo castigo? repuso hipócritamente el rey. Al contrario, galardon mereces. Corre; no te detengas. Lleva mis guardias.....

—No las necesito; yo basto solo. ¡Adios, señor!

Y sin detenerse un momento mas, bajó el alcaide á reunirse con sus caballeros; salió á la plaza, recobró su caballo, y volviendo á ponerse á la cabeza de sus lanzas, corrió á escape hácia el palacio episcopal, donde arreciaba la lucha.

Don Juan Pacheco, que habia salido aquella mañana de Segovia, y á quien aguardaban los amotinados con grueso golpe de gente, entraba á la sazon, acompañado solamente de algunos escuderos.

CAPÍTULO XX.

De como la venganza es muy mala consejera.

Trasladémonos á Medina del Campo.

Tres dias despues de los sucesos que acabamos de narrar, y ya á boca de noche, daban vista á la villa dos viajeros, que dominándola desde un alto, se detuvieron á observar por algunos momentos. Un ruido inusitado, compuesto de millares de voces humanas, de relinchos de caballos y tocatas marciales de clarines y tambores, llegaba hasta sus oidos en alas de una blanda brisa de verano. En la hondonada se percibian los edificios de la industriosa villa, como sombras informes y abigarradas, en cuyos ángulos de trecho en trecho brillaban vigorosos toques de luz rojiza: sobre el conjunto de la poblacion se reflejaba en el aire un resplandor pálido, que se desvanecia en una especie de niebla negra; efectos ambos de las antorchas y teas que iluminaban las calles.

Los dos viajeros se miraron en silencio despues de haber contemplado aquel espectáculo: un mismo pensamiento parecia

reflejarse en sus semblantes, ambos bellos y varoniles, grave y magestuoso el uno bajo las huellas de la ancianidad, severo y enérgico el otro, en toda la plenitud de la vida. El primero que rompió el silencio fué el anciano.

—Hénos aquí, dijo, frente á frente con la discordia, nuestra enemiga y aliada todo á un tiempo. Nosotros la espoleamos y vemos con siniestro placer cuando sacude su roja cabellera de fuego y su espada esterminadora. ¿Quién puede afirmar que esa poderosa serpiente no nos ahogará un dia entre sus robustos anillos?

—Si ese dia llegase, contestó el otro, podrian perecer algunos miembros, pero el cuerpo y el espíritu de nuestro pueblo sobrevivirian.

—Esa fé me sostiene en mi carrera, y me hace soportar con ánimo sereno los infortunios, Abacuc, repuso el anciano. Pero constantemente me asedian crueles temores por el porvenir de mi pueblo: temores justos, fundados en la esperiencia de acerbos desengaños. Aquí me tienes fugitivo de la saña popular: ¿de qué crímen nos considera reos el Dios de las venganzas, que así desencadena sus iras sobre nosotros? ¿Es acaso reo el pueblo de Israel cuando pugna por sacudir el yugo de los Faraones? Nosotros habiamos tomado, como palanca de esterminio, el instrumento mas poderoso de la nacion gentil que nos tiraniza y desprecia, y ese instrumento se mueve para precipitarnos en la ruina. ¿Estará decretada la desolacion eterna de Jerusalen? ¡Oh! No puedo creerlo: el elemento esterminador nos sirve, pero tambien nos azota: él busca su engrandecimiento, sobre las cenizas de Babilonia y de Judá; pero ya que la mano de Dios te ha lanzado á mi encuentro en la hora de la tribulacion, no será en vano: tú herirás al dragon en las entrañas, tú, Abacuc, mi predilecto amigo; mas ocultando el brazo, para que su furor caiga de lleno sobre sus mismos correligionarios.

—No te entiendo, Abiabar; esplícame tu pensamiento.

—Abacuc: bien sabes que no podemos esperar sino traiciones del astuto maestre de Santiago. Tú no has presenciado el motin de Segovia: cuando la noticia de la fuga del príncipe don

Fernando hizo imposible su prision y la de su esposa, las turbas pagadas por el viejo Pacheco, se arrojaron sedientos de botin sobre los judíos y los conversos: pedian á gritos mi cabeza y la de Abraham. ¿No descubres en esto el ódio y la animosidad del maestre? Se nos acusaba de favorecer la revuelta de Medina, echando sobre nosotros su propia culpa. ¿Quién sino él ha podido inspirar esta bárbara idea? ¿Quién sino él tiene interés en apoderarse de la Mota, para obtener la libertad de su hijo? Tú lo sabes: entre las fuerzas del alcaide de Castronuño, me has dicho, hay una tropa de aventureros capitaneados por un jefe desconocido. Pues bien, esa tropa se ha reclutado con el dinero de Abraham, exigido á fuerza de horribles tormentos. ¿Qué podemos esperar del traidor que así nos trata?

—Y bien, ¿qué piensas hacer?

—Yo he salido de Segovia fugitivo sin saber en donde me refugiaria: la casualidad ha hecho que te encuentre, cuando volvias de pedir auxilios para Pedro de Fonseca. Tú puedes entrar en el castillo, pero yo no sé á donde iré. Dí á Fonseca la causa del aprieto en que se halla: dile que es obra del maestre, encaminada á libertar á su hijo, sin faltar aparentemente al compromiso contraido con la *Perpétua Noche;* no te apartes de su lado en el momento del combate, y cuando arrecie el huracan de las pasiones, háblale, háblale, hasta conseguir que vengue en D. Diego la alevosía de su padre.

—Te comprendo, Abiabar. Pero mejor que yo puedes tú mismo desempeñar esa tarea. Vendrás conmigo al castillo.

—¿Será posible?

—Sí, entrarás.

—Vamos, pues: pero disponte á obrar en cualquier evento; porque si Fonseca faltase á lo que debe á nuestra hermandad, él y D. Diego habrán de caer bajo el acero de nuestra justicia.

Esto diciendo los dos sombríos israelitas encaminaron sus cabalgaduras hácia el castillo de la Mota.

Cerca ya de sus pardos muros, Abacuc dió un agudo silbido, que fué contestado por otro desde los adarves.

—Nos han conocido, dijo el astrólogo: pronto se nos fran-

queará la poterna de esa fortificacion esterior, que antecede al foso y sirve de doble defensa á la parte habitable del castillo. Detrás de ella hay un puente de madera suspendido por cuerdas de cáñamo, que á una señal puede bajar al abismo en el caso de una sorpresa ó de ser tomado el fuerte por los enemigos: al otro lado se alzan dos lienzos de muralla flanqueados de torres, y defendidos con casamatas y volados canes, desde donde se puede resistir cualquier ataque por medio de tiros de artillería y mosquetería, y aun con simples piedras.

—Poco debe temer, segun eso, el señor del castillo, de los enemigos que le asedian.

—Sin embargo, su situacion es desesperada; porque carece de gente para manejar las máquinas de guerra, y sus contrarios son muchos. Además, desde los primeros dias del alzamiento ha corrido la voz de que el castillo será entregado por la traicion, y mas de una vez he visto á Fonseca profundamente pensativo y receloso de cuantos le rodean, retirarse á los parajes mas solitarios, y conferenciar en secreto con una mujer que espía los movimientos del enemigo.

—Nada de eso nos interesa, repuso Abiabar: piérdase todo, con tal que perezca el hijo del raposo.

En esto se oyó detrás de la poterna la voz de Fonseca, que venia él mismo á reconocer á los que llegaban. Poco despues los dos judíos estaban sentados conversando mano á mano con el castellano, á quien daban cuenta, el uno de su comision, el otro de sus noticias relativas á las maquinaciones del maestre de Santiago.

—Gracias os doy, Abiabar, dijo Fonseca, por el interés que tomais en mis asuntos. Cuanto me habeis dicho concuerda con los avisos confidenciales que por otra parte he recibido; y en verdad que nunca hombre alguno se vió mas cruelmente acosado que yo entre la necesidad y el honor; pues mientras este me manda respetar la persona del marqués de Villena, como á un depósito sagrado, mil circunstancias me impelen á sacrificarlo, para salvarme ó vengarme al menos. Pero esto es imposible: él está aquí bajo mi seguro, y lo único que puedo hacer, ya se lo

he dicho: yo no exigiré sus servicios, no violentaré su voluntad; pero si en los momentos del combate dá un paso fuera de los aposentos que le he señalado por morada, su cabeza caerá al pié de estos muros.

—¿Y podeis creer que deje de ayudar á sus favorecedores? repuso Abiabar. Os engañais, D. Pedro: ¿cómo detendreis su accion, cuando esteis engolfado en la sangrienta lucha; cuando por todas partes os acose la muerte? Sed generoso con quien os hace traicion: acaso mañana os falte tiempo para arrepentiros.

—¡Espíritus del infierno! murmuró Fonseca: ¿qué pretendeis de mí? Lo mismo me dice ella.....

—¡Ella! ¿De quién hablais?

El castellano sacudió la cabeza como queriendo desechar una pesadilla, y contestó:

—No la conoceis: es mi espía.

Don Abiabar miró al astrólogo con intencion interrogativa; pero Abacuc se encogió de hombros.

—Dejadme obrar á mi voluntad, prosiguió Fonseca: yo tengo de D. Diego la palabra de caballero, y por Dios que no faltaré á la mia, mientras él no infrinja la suya.

—¡Vuestra voluntad,.... vuestra palabra! Están empeñadas en un pacto anterior al que no podeis, ni debeis faltar, replicó Abiabar con tono grave. No ignorais que vuestros deberes para D. Diego acaban allí donde comienza su padre la infraccion de los suyos respecto á vos y á nosotros: pero ¿sabeis acaso si el maestre no ha jurado con la mia vuestra perdicion? ¿Sabeis acaso si, previendo su ruina, no habrá decidido vendernos á todos? Ya que nos declara la guerra, es forzoso que juremos el esterminio de su raza: muramos; pero muramos vengados.

—Oid, Abiabar; y vos, Abacuc, estad atento á lo que voy á decir: pronto me veré atacado en este castillo, si no soy socorrido difícilmente podré resistir mucho tiempo á mis numerosos enemigos. En vuestras manos pongo mi honra y la vida del marqués: vosotros le vigilareis, mientras yo defienda mi posicion: si el prisionero falta á su palabra, haced en él justicia; pero si le tocaseis á un solo cabello sin necesidad, os prevengo

que perecereis conmigo bajo las ruinas de estos muros. Yo os pondré en paraje, donde podais observarle de cerca.

Los ojos de Abiabar chispearon de júbilo.

Despues de tomado este acuerdo, Fonseca dispuso el alojamiento para sus huéspedes, y se despidió de ellos hasta el amanecer del dia siguiente.

A la misma hora que esto sucedia en el castillo de la Mota, la villa de Medina presentaba el aspecto de un campamento. Por todas partes se veian circular hombres armados, quienes con el desembarazo marcial de veteranos guerreros, quienes con el encogimiento propio de guerreadores improvisados: los concejales, cubiertos los pechos con medias armaduras, provistos de largas espadas y seguidos de algunos arcabuceros, recorrian los varios puestos establecidos en los parajes mas importantes de la poblacion, recomendando la vigilancia y distribuyendo sonrisas y promesas. En todas las tabernas, figones y posadas se habia abierto un *crédito ilimitado* á los soldados aventureros de las bandas auxiliares, los cuales aprovechaban sin ruindad la generosa largueza del honrado cabildo, comiendo como ingleses y bebiendo como flamencos.

La concurrencia era mas numerosa que en ninguna otra parte en la famosa posada de la *Clara de huevo*, donde nuestros antiguos conocidos Bonifacio y Leandra, bien que auxiliados por varios mozos y marmitones, apenas podian vagar. De aquella muchedumbre de aguerridos bandoleros que cenaban alegremente, gozando con la idea de un próximo y cuantioso botin, no pocos tenian contadas las horas de su vida.

Lejos del bullicio, en una estancia retirada, habia, entre tanto, dos hombres solos sentados á una mesa. Cubria los vigorosos miembros del mas alto una armadura lisa empavonada, cuyos negros reflejos le daban un aspecto sombrío: en la cabeza llevaba casco igualmente negro, con celada, que á la sazon no ocultaba su rostro moreno y tosco. El otro vestia una fuerte y flexible cota de malla bajo un grueso coleto de piel de gamo, ceñido por medio de un cinturon de cuero, del cual pendia un montante ó larga espada de dos filos: su casco era sencillo, pero

de una sencillez antigua y severa: no ostentaba en él magníficas plumas; por cimera tenia un gavilan toscamente esculpido, pero en la actitud bien espresada de arrojarse sobre una presa: carecia de celada, como si su dueño tuviese á menos ocultar la faz al enemigo. En el cuadro de acero que formaba con la gola, se descubriá un rostro varonil interesante, lleno de espresion y de energía: ojos vivos, rasgados, cuyo color azul templaba el fuego de la mirada; nariz aquilina, mejillas llenas, boca desdeñosa, sombreada por un bigote y barba espesas y de un castaño dorado: tales eran los rasgos fisonómicos de este hombre, que frisaba en los treinta años, su estatura mas que mediana, se hacía notable por la bella regularidad de sus formas, un tanto abultadas, merced al vigor de una musculatura hercúlea: sus manos cortas y gruesas y sus dedos cubiertos de espeso vello revelaban fuerza. Este es el retrato que nos han transmitido las crónicas del famoso alcaide de Castronuño Pedro de Mendaña, el humilde pechero, que por su valor y prendas personales habia llegado á ser el azote de los nobles, á quienes trataba de igual á igual, y muchas veces como á tributarios suyos.

—Hora es ya de que mandemos á nuestra gente retirarse á descansar, amigo Souza, decia el alcaide á su compañero; y de que nosotros tambien tomemos algun reposo; pues he dispuesto dar el asalto al amanecer, y conviene tener los brazos fuertes y las cabezas despejadas.

—Nunca está la mia tan segura como despues de haber bebido diez azumbres de rancio, contestó Manoférrea. Sin embargo, dejaremos el jarro cuando gusteis, aunque por mi parte no pienso retirarme á descansar hasta recibir cierto aviso, en el cual fio mas que en nada, para el buen éxito de nuestra empresa.

—¡Ya! ¿Esperais á la mora?

—Justamente: ella nos ha de abrir el camino mas corto para llegar á un triunfo decisivo, y convendrá que estemos de acuerdo para seguir sus indicaciones.

—Os advierto, Souza, que yo nunca me he dejado guiar de nadie, y menos de una mujer: acostumbro dirigir y no ser di-

rigido. ¿Sabeis, acaso, cuáles son las intenciones de esa aventurera, que, segun me habeis dicho, tiene franca entrada en el castillo?

—Esa mujer ha tenido amores con mi señor, lo cual os dice claramente que hará lo que esté de su parte para cooperar á su libertad. Por medio de ella me comunico diariamente con el señor marqués: ya veis que puede inspirarnos confianza.

Pedro de Mendaña meneó la cabeza.

—Enhorabuena; confiad vos en el auxilio de la mora. Yo no he tenido nunca mejores auxiliares que esta y esta, dijo golpeando sucesivamente su frente y la guarnicion de su espada.

Y sin mas se levantó, salió á las piezas esteriores, donde gran número de sus subordinados se solazaban, metiendo un ruido infernal con el acaloramiento de la bebida.

—¡Hola, muchachos! gritó con voz semejante al trueno.

Todos los que habia sentados se levantaron y se volvieron hácia su jefe, siguiéndose á este movimiento el silencio mas profundo.

—Ya os habeis divertido bastante, continuó el alcaide. Retiraos á descansar, para que podais oir la voz del clarin que os llamará al combate antes de amanecer.

—¡Viva nuestro capitan! gritaron algunos.-¡Viva! repitieron los demás.

—¡Ea! repuso Mendaña, tomando un vaso de cuerno de una mesa, y levantándolo en alto. Voy á beber de vuestro vino y á vuestra salud. Haced todos otro tanto al triunfo de nuestro valor; y en concluyendo, que no me quede aquí uno, porque le sentaré los puños. ¡Arriba pues los vasos, y buen provecho!

La asamblea entera de los bandidos se ocupó en beber el último vaso, y en seguida los mas dóciles comenzaron á desfilar: uno, entre tanto, enorme jayan, que poco tiempo hacía se agregára á la hueste del alcaide, con una corta banda de que era jefe, tomado por el vino, intentó desobedecer y arrastrar en la rebelion á varios de sus amigos.

—Aun es temprano, dijo: bebamos, muchachos, que hombres de nuestros bríos no se recogen á prima noche como una manada de ovejas.

—¿Quién es el que disputa sobre mis órdenes? dijo Mendaña volviéndose hácia el inobediente.

—Yo, Bernardo de Utrera, contestó el jayan levantándose, y apoyando una mano sobre la mesa, que crujió bajo su peso.

Todos los bandidos se agolparon al lugar de la disputa, formando un apiñado círculo de rostros grotescos y ávidos de curiosa impaciencia.

—¡Seria cosa de ver, repuso el alcaide, que un Bernardo de Utrera levantase la voz donde yo mando! Ven acá, Bernardo: muéveme del sitio en que siento los piés, y si lo consigues, te dispenso de obedecerme.—Y así diciendo, trazó en el suelo una línea con la punta de la espada, delante de sus piés.

Bernardo, aunque debilitado por la embriaguez, era un adversario temible: con vacilante paso, que hacía retemblar el pavimento, se acercó á Mendaña, y midiéndolo con la vista de alto á bajo, se preparó á ceñirlo con sus brazos hercúleos. El alcaide le aguardó abierto de piernas y con el cuerpo inclinado adelante.

La lucha fué de muy corta duracion: el gigante se abrazó á Mendaña, con ánimo de alzarle del suelo, y pasearle alrededor del concurso, pero encontró la resistencia de un roble hondamente arraigado en su adversario, el cual, apoyando con fuerza una mano en su cuello, le mantuvo doblado largo trecho, y privado de accion para enderezarse. Movíase, sin embargo, á uno y otro lado, gimiendo como el tígre cogido con trampa, que pugna por romper sus lazos, hasta que convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, soltó la presa declarándose vencido.

—¡Todavia no! gritó el alcaide: ahora me toca á mí.

Y metiendo los garfios de sus dedos por entre el cinturon y el cuerpo del jayan, dió un fuerte empuje que hizo se marcasen los acerados músculos de su brazo á través de la malla y el coleto, y antes que su adversario pudiera precaverse, le hizo perder tierra, levantándolo del suelo.

Un aplauso estrepitoso resonó en todos los ángulos de la estancia, y mientras Bernardo se agitaba suspendido en el aire, le dijo Mendaña:

—¿Lo ves? No te estrello porque no quiero.

Y lo arrojó de piés á seis pasos de distancia, sin haber perdido una línea de su primera posicion.

—¡Viva Mendaña! ¡Viva nuestro capitan! gritaron los bandidos locos de entusiasmo.

—¡Sí, viva! ¡viva! No hay hombre alguno tan fuerte como él, esclamó Bernardo, aplaudiendo con las manos.

Mendaña le tendió la suya, y ambos quedaron amigos.

La casa fué despejada en el momento. El alcaide buscó entre tanto con la vista á su compañero Souza, pero no le pudo encontrar: habia salido durante la disputa, y á la sazon se hallaba lejos de allí, al pié de la colina sobre que se asentaba el castillo. Con él estaba una mujer envuelta en un ancho tabardo de hilo oscuro, que impedia distinguir bien el traje interior y las formas de la que lo llevaba.

—Venid, decia la mujer á Souza, tomándole la mano: yo sé donde están todos los centinelas, y puedo conduciros sin peligro de ser descubierto.-Ved allí, añadió despues de haber andado algunos pasos: aquella torre que cae hácia el oriente, domina los almacenes de municiones: si os acercáseis á ella demasiado, el castellano, en su desesperacion, seria capaz de volarla y despedazaros con sus ruinas. Cuando veais ondear sobre esa torre una bandera negra, concentrad todas las fuerzas de asalto en el estremo opuesto, que estará mal defendido: rompiendo la poterna del fuerte avanzado que allí se descubre, no hay mas que salvar un foso para entrar en el recinto de la plaza de armas. Si conseguido esto, oyeseis una terrible esplosion, será señal de que Fonseca ha muerto con los mas de los suyos. Para entonces ya habré yo franqueado al marqués las puertas de su prision, y podreis reuniros con él.

—¿Y qué significará la bandera negra?

—Significará que una parte de la escasa guarnicion del castillo, ganada por mí á favor de D. Diego, se rebelará contra Fonseca, teniendo éste que acudir á someterla; y no pudiendo conseguirlo antes que vosotros ganeis la plaza de armas, volará los almacenes de pólvora, porque ha jurado hacerlo si se vé en la necesidad de rendirse.

—¿Y no correrá mi señor ningun peligro?

—Ninguno.

—Hasta mañana, pues: y si me habeis dicho la verdad, Manoférrea no es mas que un tosco soldado; pero siempre le encontrareis fiel á vuestro servicio.

Acto contínuo se separaron. El hidalgo portugués bajó hácia Medina, murmurando entre dientes:

—Puesto que el amigo Mendaña no cuenta mas que con su cabeza y con su espada de seis palmos, bueno será que yo solo me aproveche de los consejos de esta mujer. Haré mio el castillo, salvaré á mi señor, y si el bandido vuela con la torre de oriente y vá en compañia de Fonseca á los profundos, ¡buen viaje! Malo será que yo no me calce ésta alcaidia á despecho de los medineses.

Mientras Manoférrea formaba estas cábalas, Jarifa se hacía abrir una puerta del castillo, tocando un silbato para ser reconocida.

Poco despues una calma lúgubre reinaba en la opulenta villa y en sus campos circunvecinos: la noche serena ostentaba su grandioso manto bordado de estrellas, siguiendo la naturaleza en todo su curso magnífico y uniforme. Las auras suaves conducian el grito desapacible de las ranas que moraban en las charcas de la vega, y el chirrido del grillo escondido bajo la fresca yerba: mezclábase de tiempo en tiempo á estos sonidos inarticulados la voz del centinela que esclamaba: ¡velad! velad! y que, semejante á un eco, se repetia en los ángulos de las murallas de la fortaleza y de la villa.

En esta calma semejante á la que precede á los huracanes, se pasó el resto de la noche, hasta aquella hora mas oscura que las demás, que anuncia la proximidad del alba: los centinelas del castillo, fija la vista en las compactas masas de tinieblas impenetrables á sus miradas, creyeron percibir unas sombras mas negras que la misma sombra, y vagos rumores sin carácter definido. Tres veces dieron el grito de alerta instigados por el recelo; mas á la tercera sus dudas se convirtieron en certidumbre, y algunos tiros, partiendo de los adarves, difundieron la alarma en toda la guarnicion.

Entre tanto las masas de sombras avanzaban, delineándose mas claramente, y rompiendo el silencio en que hasta aquel punto marcháran: oyéronse distintamente el pesado ruido de la artillería, las pisadas fuertes y presurosas de los peones, el choque de las armas, y el relincho de algun caballo. Algunas compañías de obreros, formadas á la ligera de menestrales de la villa, se aprestaron á ocupar las inmediaciones del foso, provistos de puentes flotantes, de tablazon y herramientas de toda especie; y mientras algunos toscos y pesados cañones de hierro forjado rompian el fuego, batiendo las murallas, las espadas blandidas silbaban en el aire, y los porta-escalas corrian á colocarlas en puntos diferentes, sobre los puentes movibles é inseguros. El alarido nervioso del clarin dominaba, entre tanto, el tumulto de voces, que á un tiempo daban sitiados y sitiadores. Entre estos se distinguia el formidable alcaide de Castronuño, y el aguerrido Manoférrea, que recorrian á caballo sus respectivas huestes disciplinadas, y mas lejos, colocados en reserva los numerosos pelotones de paisanos, capitaneados por los concejales de Medina, agitaban con entusiasmo los estandartes de sus gremios.

Sorprendido Fonseca, no obstante su vigilancia, difícilmente podia resistir la impetuosidad del ataque: carecia de jefes á quienes confiar los varios puntos á la vez amenazados, pero la fortaleza de los muros y su actividad le daban confianza. Corriendo sin cesar de uno á otro puesto, animando á sus soldados con la palabra y el ejemplo, encendia en estos el valor y sembraba entre sus enemigos la muerte. Las piedras, los venablos, las balas de arcabuz y de tiro ó cañon se cruzaban orizontal, oblícua y verticalmente, y donde quiera que la osadía llevaba á los sitiadores á trepar las murallas, fiados en las inseguras escalas, el arma blanca, las espadas, las hachas, las partesanas, y las aceradas mazas, caian martilleando sin cesar sobre los morriones y armaduras, arrojando cuerpos exánimes y hombres moribundos á la profunda cava. Horrible espectáculo, que lejos de amainar los bríos, enfurecia los ánimos de los combatientes.

Manoférrea, sin dejar de pelear, y acudiendo solícito á donde

el peligro le llamaba, tenia la vista fija en los fuertes de la parte oriental, donde esperaba ver la bandera, indicio de la sedicion interior. Pero duraba ya tres horas el combate, y nada aparecia: el hidalgo comenzaba á dudar de las promesas de Jarifa, cuando por último vió levantarse una columna de humo, y destacarse sobre ella la enseña fatal.

—¡Pronto, pronto, Mendaña! gritó el aventurero: ved allí la señal convenida. Fuerzas hacen falta por aquella parte, para secundar á los de adentro: dadme las necesarias, si no quereis ir vos en persona.

—¡Yo mismo iré! ¡Me reservo esta empresa! esclamó el valiente alcaide.

Y comenzó á juntar su gente, y á llamar á los paisanos de la reserva, para que mantuviesen vivo el ataque en el lugar que abandonaba. Manoférrea, entre tanto, se disponia para asaltar las fortificaciones avanzadas de poniente, ya medio batidas por las lombardas de la villa.

Observóse en estos momentos que el castellano habia desaparecido de los adarves, y que decaia la resistencia de los sitiados.

Penetremos en el castillo, donde hacía algun tiempo se desarrollaba un drama de consecuencias mas temibles que el asalto mismo. Durante las horas de calma que precedieron al ataque, Jarifa, que habitando en casa de sus amigos Bonifacio y Leandra, se habia constituido en confidenta secreta de Pedro de Fonseca, estuvo al lado de éste, sin abandonarle un momento, é instigándole para que cumpliese cierta promesa que le hiciera una noche en el alcázar de Segovia.

—Cuando os prometí vengaros de D. Diego, la dijo por último el castellano, me teniais fascinado, y no sabia yo á cuanto obliga la fé de un caballero, que se entrega sin reserva á la lealtad de otro. Aquella noche os habria satisfecho, si mi rival se hubiese mostrado altanero conmigo; le habria provocado hasta obligarle á medir su espada con la mia: pero, lejos de esto, puso en mis manos su vida: yo la defenderé á todo trance, mientras él no conspire directamente contra la mia.

—Pues bien, le contestó Jarifa: os predigo que esa nécia ge-

nerosidad será vuestra ruina: la torre donde mora vuestro rival, servirá de brecha á los medineses, que aguardan una señal de su prisionero para penetrar en el castillo.

Al pronunciar la mora estas palabras fué cuando se oyeron los primeros tiros de alarma. El castellano corrió inmediatamente á organizar la defensa, comenzando por apostar en una galería contigua á la torre de oriente á sus amigos Abiabar y Abacuc, para que vigilasen al marqués. Jarifa, que ignoraba la presencia de los dos judíos tan cerca de sí, fué á colocarse en una ventana de la misma torre, sobre el aposento que aquellos ocupaban, con el objeto de observar los lances de la lucha.

Seguia ésta su curso cada vez mas encarnizado y sangriento, cuando de pronto una columna de humo, que se alzaba de un patio interior del castillo, infundió nueva alarma á los sitiados. Cerca de aquel patio donde se desarrollaba el incendio, estaban los depósitos de pólvora y demás municiones de guerra: sobre estos almacenes tenia su habitacion el jóven marqués de Villena.

El ilustre magnate observaba tambien con la curiosidad é impaciencia del guerrero las vicisitudes del asalto, pero fué distraido de su contemplacion por el estrépito que hizo la puerta de su prision, al cerrarse á impulsos de una mano estraña. Volvióse sorprendido, y vió á una mujer vestida á la usanza mora, que torcia la llave y se la guardaba. Su sorpresa rayó en asombro, cuando acercándose lentamente á él aquella mujer, hasta recibir de lleno en su rostro la luz que por la única ventana entraba, le dijo con un tono singular, entre irónico y afectuoso:

—No me esperabais: ¿es verdad?

El marqués se frotó los ojos, como si temiese estar bajo el influjo de un sueño. No podia creer lo que veia, y sus dudas, aun prescindiendo de las circunstancias que las motivaban, habrian sido fundadas, atendiendo solo al aspecto de la persona que tenia delante. Parecíale reconocer en ella á la mujer que en otro tiempo fué objeto de su idolatría: la misma actitud imponente, los mismos rasgos enérgicos y bellos hasta el idealismo,

los mismos ojos negros que despedian rayos á través de pestañas aterciopeladas; pero aquel rostro, antes moreno y sonrosado, no cedia en blancura á la ligera túnica de hilo que cubria las delicadas formas de la mujer; aquel acento, aquella apostura no eran las de un ser que habita en este mundo. Parecia mas bien la estátua de una tumba animada por un soplo de Lucifer.

Don Diego retrocedió algunos pasos y preguntó á la aparecida:

—¿Eres Jarifa, ó su sombra?

Jarifa contestó con una carcajada sardónica, y se puso á cantar á media voz:

«El conde la deja y huye;
Curado está de su mal.—
De amores muere la niña:
¿Quién la compadecerá?»

—¡Es ella! sí, es ella, murmuró D. Diego: ¡pero está loca!

—Loca estoy, sí, repuso la mora; pero no tanto como el dia en que te creí. Desde entonces he hecho muchas locuras.

—Serénate, Jarifa, y dime ¿qué haces aquí? ¿Á qué has venido? ¿Es cierto que vives?

Jarifa dió algunos pasos hasta colocarse junto á la ventana, y arrojando por ella la llave que habia guardado, contestó:

—Debí haber muerto, cuando desconocida por tí, cuando no pudiendo alcanzar la dicha de que tu mano me arrancase la vida, busqué el olvido en las aguas del Adaja: impresa está en mi frente la marca de mi sacrificio. Pero mi destino me guardaba para la venganza, y esta ha llegado.

—¿Qué intentas, desdichada?

—He dicho mal. Vengo solo á exigirte el cumplimiento de tu palabra: mil veces me juraste vivir eternamente unido á mí: la antorcha nupcial está ya encendida, esposo mio: nuestra union será eterna.

—¿Qué estás diciendo?

—Sí, amado mio: he sufrido mucho; pero ya se agotaron

mis fuerzas, y es necesario partir. Yo te he seguido á todas partes, como la sombra al cuerpo: yo quise dispertar tu espíritu aletargado cantándote mi historia bajo la forma de un juglar; me desconociste, y ví que eras digno de mi desprecio... Yo supe que amabas á otra mujer, y armé contra tí los puñales de la *Perpétua Noche:* de aquí resultó que, sin conocer la mano que te heria, preparases el bárbaro crímen del sábado de gloria: creiste vengarte, y solo conseguiste hacer irreconciliable el ódio del pueblo de Israel contra tí: yo revelé tu culpa, y sobre ella fundé tu desgracia con el rey Enrique: la carta que recibiste de su mano el dia de Inocentes era escrita por mí, fingiendo la letra de Abiabar. Tu fortuna te salvó: entonces, arrostrando las iras de la sociedad tenebrosa, engañé á sus jefes, que me creian muerta, y aparentando ser la reina doña Juana, os conduje á morir á tí y á tu padre. El demonio que vela por vosotros tambien te salvó entonces, pero aquel paso te ha conducido á este sitio, donde ya es inseparable nuestro destino. El esposo y la esposa están juntos en la cámara nupcial. ¿Que tardas en abrazarme, puesto que así hemos de estar por toda la eternidad?

—Mujer ó demonio, pues dudo á cual de ambos séres perteneces, dijo D. Diego poseido de un vago terror, ¿qué venganza es la que meditas?

Oyóse en este momento gran tropel fuera y encima de la estancia, y voces que repetian: ¡Fuego! ¡fuego!

—¿Lo oyes? murmuró Jarifa, con la mas dulce sonrisa en los labios. La antorcha nupcial está encendida.

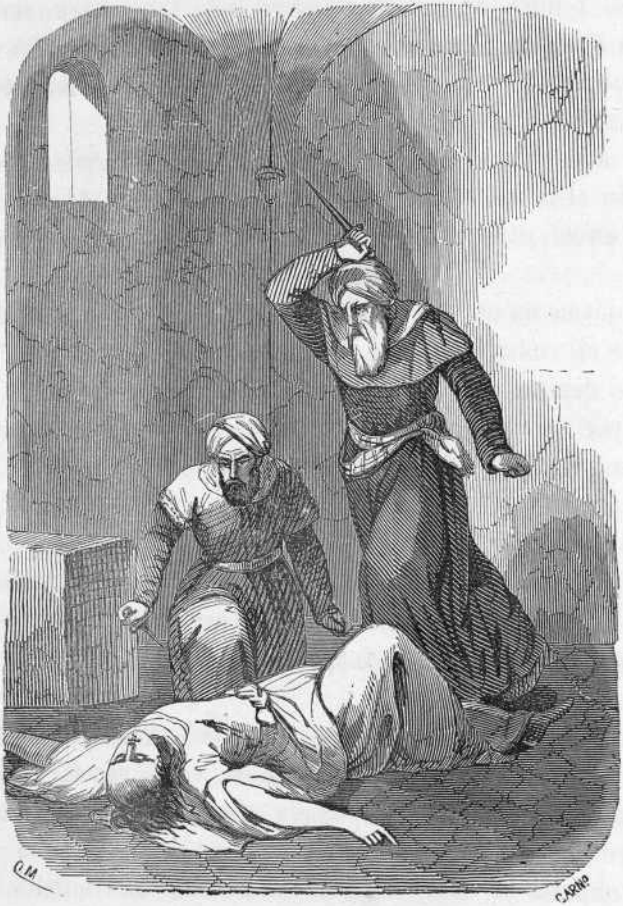
—¡Oh! ¡Qué horrible atentado! ¡Fuego! ¡Y debajo de nosotros un volcan próximo á estallar!

—Sí... ¡Un volcan!... Pero no tan violento como el que circula su ardiente lava por mis venas.

—¡Oh! ¡Salgamos!... ¡salgamos! esclamó el jóven fuera de sí.

—¡Es imposible! La puerta está cerrada y la llave en el campo. Ven, amado mio: no me hagas repetir:

«El conde la deja y huye;
Curado está de su mal.»



Un secreto impulso dió á su brazo un movimiento,
que no fué dueño de contener.

—¡Huid! ¡Huid! gritaban fuera. ¡El incendio está ya en los almacenes!

—¿Lo oyes? repuso la vengativa mora. El fuego hace progresos. Y mira, añadió asomándose á la ventana: tu fiel amigo Souza está allí peleando para salvarte de tu cautiverio.

—¡Ira de Dios! rugió el jóven, corriendo de un lado á otro, como un tígre enjaulado y furioso.

En aquel momento se abrió con ímpetu una puerta disimulada en el muro, y apareció en ella el sombrío Abacuc. Oculto en aquel sitio, habia escuchado todas las revelaciones de Jarifa.

El jóven no se hizo repetir la invitacion. Jarifa se lanzó en pos de él, como la leona á quien roban sus cachorros. Abacuc intentó dejarla encerrada: pero no pudiendo conseguirlo, la detuvo por un brazo, y la hundió su puñal en el seno, esclamando:

—¡Muere, pérfida!

É inclinándose sobre su cuerpo, que cayó al suelo, como una débil rama tronchada por el huracan, la contempló diciendo:

—Hija indigna de Agar, tus pasiones han sido los verdugos de tus hermanos. Yo los vengo en tí, y te entrego á la desesperacion y á la muerte.

Sin ser sentido por Abacuc, el anciano Abiabar acababa de presentarse en el lugar de esta escena, y con las facciones descompuestas y una daga empuñada, contemplaba por encima del hombro del astrólogo el rostro de la moribunda Jarifa. Un secreto impulso de dolor dió á su brazo un movimiento que no fué dueño de contener, y el frio acero, vibrado con rábia, penetró en las espaldas del asesino y le salió por el pecho.

—¡Bárbaro! esclamó al mismo tiempo el anciano: la encontraste viva y no me dejaste abrazarla.

El astrólogo cayó de bruces profiriendo una maldicion. Abiabar se inclinó sobre Jarifa, y selló con un ósculo ardiente sus ojos casi apagados.

En aquel instante retembló el pavimento, cual si una erupcion volcánica devorase debajo de él las entrañas de la tierra,

y un segundo despues se abria y estallaba con el fragor de cien truenos, dando paso á las llamas azules de la pólvora, que en su vuelo impetuoso arrastraban destrozados los muros seculares de la torre.

—¡Victoria! ¡victoria! gritaban al mismo tiempo los sitiadores en la plaza de armas del castillo.

CAPITULO XXI.

Sic vos non vobis.....

La gran puerta del recinto central del castillo se abrió con ímpetu cuando menos se esperaba, y apareció en el umbral Pedro de Fonseca rodeado de la flor de sus valientes.

—¡Todavía no es vuestra la victoria! esclamó el denodado guerrero, vibrando su formidable hacha de armas. La tendreis cuando hayais pasado sobre mi cadáver.

—No hagais alarde de un valor desesperado, que á nada conduce, le contestó Manoférrea, poniéndose al frente de sus mercenarios. Rendíos, y se os concederá la vida.

—Menos palabras, fanfarron encubierto, y defiende la tuya, replicó el castellano.

Y sin aguardar mas respuesta descargó un tremendo golpe, que su adversario paró á costa y con pérdida de su escudo.

Trabóse de nuevo la lucha, cuerpo á cuerpo: los sitiados peleaban con el ardor de la desesperacion, con la energía de

quien fia en el valor la salvacion de la vida y la honra. Su objeto era romper las compactas filas de sus enemigos, y conquistar la libertad con las armas en la mano. Así que cada uno de sus golpes era portador de la muerte. Fonseca, en particular, hacía estragos en sus contrarios, que aturdidos por la vehemencia del ataque, apenas tenian tiempo para mantenerse á la defensiva. El aventurero Souza conoció que en el vencimiento de aquel formidable enemigo estaba cifrado su triunfo, y le buscó para combatirle personalmente. Iguales sentimientos animaban á Fonseca: los dos guerreros chocaron como dos peñascos que bajan con igual ímpetu desprendidos de los flancos de las montañas: sus armaduras quedaron rotas á los primeros encuentros, y la sangre brotó, cual la roja amapola entre las hendiduras de las rocas.

Entre tanto engrosaba el cuerpo de los sitiadores, los paisanos armados, que pasaban de cinco mil, cubrian la retaguardia de los mercenarios, y ensordecian los oidos con sus gritos de ¡viva Medina libre! ¡viva la princesa doña Isabel! Con ellos se mezclaban las mujeres del pueblo, que deseaban participar de la embriaguez de la victoria.

La situacion de Fonseca se agravaba por momentos: estaba herido y una muralla humana le estorbaba el paso. Pero se habia ya colocado entre la libertad ó la muerte, y era imposible retroceder. En tan crítico momento, llegó á sus oidos un grito, que aumentó su desesperacion. Sobre la torre de homenaje acababa de aparecer una bandera plantada por los bandidos de Castronuño, que aclamaban:-¡Mendaña! ¡Mendaña!-¡La Mota por Medina!

Todo estaba perdido. Con la rábia del tígre se abalanzó Fonseca á su forzudo adversario, y de un hachazo le dividió el morrion y la cabeza. Manoférrea cayó aterrado á sus piés.

—¡Adelante! ¡Adelante! gritó el castellano á sus soldados.

—¡Adelante, sí! esclamó un nuevo guerrero, que traia una armadura y un montante tomadas de orin, y en cuya voz reconoció Fonseca á su prisionero D. Diego.

La muerte de Manoférrea y la presencia del nuevo campeon

allanaron la salida á los sitiados, que rompiendo la dislocada hueste mercenaria, y atropellando á los pocos disciplinados medineses, pudieron al fin, aunque no sin vencer antes graves obstáculos, verse libres del peligro. El jóven marqués de Villena, dando una prueba de generosidad caballeresca, luego que hubo contribuido con su esfuerzo á salvar á Fonseca del cautiverio y acaso de la muerte, le dijo:

—No perdamos tiempo: hagámonos con algunos de esos caballos, que andan sueltos por el campo, y seguidme, si gustais á Escalona ó á cualquiera otro punto de mis dominios.

—Sois demasiado generoso conmigo, D. Diego, repuso el caballero, mirando con dolor hácia el castillo. No en vano habia yo puesto mi confianza en vuestra lealtad.

—No hablemos de lo pasado, á caballo y partamos.

Ya los soldados habian cogido dos caballos, en los cuales montaron los dos amigos, y en seguida partieron acompañados de unos veinte hombres, que lograron salir ilesos de la refriega.

Nadie pensaba en perseguirles. Los vencedores se ocupaban en saquear el castillo y en apagar los restos del incendio.

Reunidos aquella tarde en una de las principales habitaciones los bandidos de Mendaña, los mercenarios de Souza y los principales jefes de la insurreccion de Medina, celebraban un opíparo banquete, que presidia el alcaide de Castronuño. La estancia presentaba un aspecto estraño, confusa mezcla de opulencia y desórden. Sobre largas filas de mesas, pocas de ellas cubiertas con manteles, brillaban vasos de plata y de cristal y bronce, junto á otras vasijas de asta ó de tosco barro: los comensales, casi ébrios, ocupaban sillones dorados, taburetes ó bancos, y muchos comian en pié sin mas cubierto que sus puñales: amontonados en un rincon se veian innumerables objetos de valor destinados á ser repartidos entre los auxiliares de los medineses: en otra parte figuraban grandes redomas y barrilones sacados de la bodega: habia sido roto alguno de ellos, y el vino inundaba el pavimento.

Mayor desórden, si cabe, reinaba en las demás piezas del castillo: por todas partes circulaba gente alborotando y poseida

de la fatuidad del triunfo: hasta se veian multitud de hombres y mujeres de la villa que, sin haber combatido, tomaban posesion de la fortaleza, é insultaban con sus burlas y carcajadas la memoria de los muertos aun no frios.

Pedro de Mendaña, revestido de la autoridad que da la fuerza victoriosa, y acalorado por los vapores de la bebida, disputaba con los concejales, á quienes ya queria imponer su voluntad.

—No me hableis de los reyes de Sicilia, dijo por último, dando en la mesa una puñada, que no admitia réplica; no he sacrificado la mejor sangre de mis soldados para someterme á un tirano. El castillo es mio, y si alguno es capaz de disputármelo, que arroje el guante. Yo he plantado la bandera del triunfo en la mas alta de las torres, y lo he hecho en mi nombre y en el de Medina. ¿Qué mas quereis? Si mañana os atacan, aquí estoy para defender vuestros fueros.

—Pero nos habiais prometido... replicó uno de los concejales.

—Yo no he prometido mas que emancipar á Medina del verdugo de su Mota.

En este momento resonaron en la vasta estancia los gritos de una mujer que decia:

—¡Favor!... ¡Justicia!

Y apareció en seguida una jóven villana de agraciado semblante, la cual corria hácia los concejales con los ojos azorados y el cabello descompuesto.

—¿Qué os sucede? gritó Pedro Mendaña levantándose. Hablad; ¿quién os persigue?

—¡Ah! señor, contestó la jóven balbuciendo y llena de rubor; uno de vuestros soldados...

—Basta, os comprendo. ¿A ver? añadió el jefe de los bandidos estendiendo el brazo con imperio: traedme inmediatamente á ese borracho, que ultraja á una débil mujer.

No habian pasado tres minutos, cuando fué presentado al terrible alcaide un robusto mozo, cuyos mofletes coloreaban enrojecidos por la gula y la lujuria.

—¡Tú habias de ser! esclamó Mendaña, acariciando la hoja de su hacha de armas, que le pendia de la cintura. Tú, el que jamás ha sabido trepar por una escala, ni mantenerse firme delante de un escudero. Y sin embargo te atreves con una mujer. ¡Arrodíllate, miserable!

—¡Piedad, señor! murmuró el culpable, cayendo de rodillas.

—¡Oh! ¡perdonadle! dijo la jóven.

Pero el alcaide, sin oir ninguna de estas súplicas, enarboló el hacha, y describiendo un círculo sobre su cabeza, la arrojó con violencia á la del reo, que cayó atronado, como un toro á las manos del diestro.

Un murmullo incomprensible se alzó de entre los circunstantes.

—¡Silencio! gritó el terrible justiciero. Y sirva de escarmiento á todos para que ninguno se desmande.

Llenó en seguida una copa, y levantándola en alto, brindó:

—¡Por los valientes de Mendaña! ¡Por la union entre mis buenos soldados y los honrados habitantes de Medina!

Un estrepitoso aplauso resonó en la cámara mientras el alcaide procuraba ahogar su ira y serenar su espíritu apurando el contenido de la copa.

El festin continuó, hasta hacer olvidar á muchos de los comensales el tremendo episodio que acabamos de referir.

Ya los rayos del sol, entrando horizontales por las abiertas ventanas, coloreaban de rojos matices los rostros de aquellos hombres, que habian tornado pálidos los escesos de la mesa. La mayor parte de los voluntarios medineses se retiraban á sus casas, murmurando del alcaide y de su gente, y diciendo que no habian hecho mas que cambiar de tirano. Las brechas del castillo estaban abiertas, y por consiguiente franca la entrada; y sus nuevos señores mas necesitados de sueño, que dispuestos á defender la presa conquistada.

En tal estado, los concejales y demás personas importantes de la villa, creyeron conveniente retirarse, dejando para otro dia el arreglo de los pactos con que habian aceptado los auxilios de Mendaña: sobre todo no querian desistir de su empeño

en proclamar la bandera de doña Isabel, de quien esperaban los fueros y libertades, que, garantidos por otra persona, habrian mirado con precarios é inseguros. Bajaban la cuesta del castillo, hablando de esto, cuando llamó la atencion de algunos una nube de polvo que se alzaba sobre el camino de Segovia, y entre cuyos torbellinos centelleaban los rayos del sol poniente reflejando en cascos y armaduras. Unos breves instantes de observacion bastaron para convencerles de la aproximacion de un ejército numeroso; miráronse con inquietud y sin saber que determinar: quien proponia se tocase alarma para reunir á todos los sublevados, y prepararse á la resistencia; quien aconsejaba ocultarse y dejar pasar la borrasca; quien indicaba, como lo mas conveniente, volverse al castillo y proveer á su defensa; pero todos se encontraban perplejos, porque el tiempo no daba espera, y desconocian enteramente la procedencia y el objeto de aquellas fuerzas.

En esto, el ejército llegaba casi á las puertas de la villa, y se disponia á sentar allí sus reales: las dudas comenzaron á despejarse, porque se vió ondear el pendon real, y era de inferir que se tratase de sofocar la rebelion. La poblacion alarmada se ponia en movimiento, y sus legítimos jefes, cada vez mas perplejos, no sabian, si acudir á dirigirla, ó buscar su salvacion en la fuga. Una docena de ginetes, destacados del ejército, y lanzándose á la carrera hácia ellos, vino á sacarlos de su indecision. El caballero que iba á la cabeza les preguntó quienes eran, y les mandó seguirle á presentarse al rey D. Fernando de Sicilia.

Al oir este nombre renació la confianza en los notables de la villa, que creyeron asegurado su triunfo con nuevos y poderosos auxilios. Presentados al príncipe, éste les dijo.

—Vengo á Medina como amigo y como enemigo: á vosotros toca elegir entre ambas calidades la que mejor os plazca. Mi augusta esposa, yo y cuantos nos aman reprobamos, aunque agradecemos, la manifestacion que acabais de hacer, y estamos decididos á contrariarla. Pero al mismo tiempo si os adherís á nuestras leales intenciones, queremos aseguraros vuestra liber-

tad y vuestros fueros. La Mota será de hoy en adelante una defensa de vuestra villa, una garantia de vuestros derechos y seguridad, no un padrastro que os azote: la tendrá en alcaidía un capitan esforzado y noble, pero no reconocereis en él mas que á un mandatario de la autoridad soberana, ni le prestareis obediencia sino en nombre del rey. En cuanto el aventurero que acaba de tomar posesion de esa fortaleza, será por mí arrojado de ella, y espulsado del reino, como todos cuantos le obedezcan. ¿Os conformais con mi decision?

El mas anciano de los concejales tomó la palabra, y aceptó sin reserva las proposiciones del jóven rey.

—Pues bien, dijo éste: retiraos á vuestra villa, y suceda lo que suceda, no permitais á nadie moverse. Si alguno aclamase á mi augusta esposa ó á mí en son de revuelta, será castigado como traidor.

Los personajes de Medina se retiraron, y D. Fernando mandó al duque de Alba emprender sin demora la toma del castillo. La empresa no era difícil: las brechas abiertas por la mañana, no habian sido reparadas, y los defensores yacian tendidos por la embriaguez. En los primeros momentos de alarma opusieron una resistencia tumultuosa y febril; pero en seguida, y á pesar de la enérgica actitud de Pedro Mendaña, tuvieron que ceder paulatinamente, hasta abandonar las últimas trincheras en precipitada derrota. Las tropas del príncipe que habian quedado acampadas en la llanura, se precipitaron entonces á su persecucion; pero sobrevino la noche, y tuvieron que replegarse al real, sin completar su esterminio.

Don Fernando pudo aposentarse aquella misma noche dentro de Medina, donde fué muy obsequiado; y habiendo sabido tres dias despues que el alcaide de Castronuño, repuesto de su descalabro, rehacia sus huestes y se vengaba talando y destruyendo los campos del término de aquella villa, levantó sus reales y salió en persona al encuentro del formidable bandido. En un llano, á seis leguas al poniente de Medina, encontró á Mendaña, que con quinientos hombres se proponia hacerle frente; peleó con él todo un dia, y al fin le derrotó y persiguió hasta la frontera de Portugal.

Cuando el príncipe volvió de esta espedicion, recibió un mensaje de su padre, que desde Perpiñan, donde los franceses le tenian estrechamente cercado, le demandaba su auxilio. Casi al mismo tiempo recibia otra carta de doña Isabel, que le rogaba acudiese sin demora al socorro de su padre. Sin detenerse un dia, voló el jóven héroe á cumplir aquel deber filial, que debia ser protegido y encaminado al triunfo por circunstancias verdaderamente providenciales, dejando al duque de Alba por gobernador de la Mota, y á los medineses subyugados y agradecidos, segun habia deseado nuestra princesa.

CAPITULO XXII.

La herencia de Piel-del-Diablo.

Camino de Estremadura iba el rey D. Enrique, á pesar de sus achaques, agravados por el cambio de la estacion á la caida de las hojas. Y no era que viajase por recreo, ni por mejorar de aires y de salud, sino porque así convenia á las miras de su privado el maestre de Santiago, que le acompañaba. El objeto aparente de este viaje, ó al menos el que el mismo rey creia, era llegarse á la frontera, para conferenciar con el de Portugal y tratar de un acuerdo relativo á la sucesion de la corona de Castilla, y de casar á la princesa doña Juana con aquel príncipe. Pero D. Juan Pacheco no pensaba sino en tener á su señor alejado de la influencia de doña Isabel, y en hacer que le pusiese en posesion de la fortaleza de Trujillo, que hacía tiempo ambicionaba.

La conducta caballerosa y escesivamente leal observada por el príncipe D. Fernando en Medina del Campo, habia desarmado casi del todo al maestre, y podia hacerle perder la ilimitada

confianza del monarca, que desde aquel acontecimiento comenzó á creer en la buena fé de su hermana. Por lo tanto era peligroso dejarle en posicion de comunicarse demasiado con ella. Por otra parte, el espírttu débil de D. Enrique se entregaba por momentos á la dominacion tiránica de un recuerdo, que habia dejado en él una profunda é indestructible huella. La aparicion fantasmagórica de Jarifa se lo representaba en sueños, apenas cerraba los ojos, y le hacía despertar dando desaforados gritos: muchas veces, aun estando despierto, se quedaba como aletargado y sumido en una contemplacion intuitiva, de la cual no salia sino agitado por contracciones convulsivas.

Conociendo el maestre la gravedad de estos síntomas, que revelaban el predominio de una idea fija, capaz de dar al traste con todos sus proyectos de engrandecimiento, procuraba distraer al rey de sus lúgubres pensamientos, aunque en vano lo intentaba. Todo lo mas que conseguia, con su elocuencia sutil, era desvirtuar el influjo que aquellas cavilaciones pudieran tener en contra suya; para lo cual no necesitaba emplear grandes esfuerzos, atendida la versatilidad del carácter de Enrique y el convencimiento que habia sabido inspirarle de que era su mejor amigo.

Pasemos por alto enojosos detalles acerca de esta espedicion á la frontera de Portugal: baste saber que la entrevista de los dos reyes no llegó á realizarse; que las fatigas del viaje, la accion deletérea de la atmósfera, infestada por una epidemia, que los desórdenes del reino y la miseria habian desarrollado en todo el pais, y la destemplanza de la temperatura, agravaron, en vez de aliviar las dolencias crónicas de D. Enrique, y le obligaron á retroceder, para buscar la salud en el descanso y la calma. Pero no por esto renunció D. Juan Pacheco al fin de la espedicion, ni á sacar partido de las circunstancias: hizo que el rey, á su regreso, pasase por Trujillo, para allanar la entrega de aquella fortaleza, que su alcaide Gracian de Sesé no queria dejar, sin ser antes indemnizado; y como las gestiones del monarca no alcanzaron el inmediato abandono de la plaza, el maestre resolvió quedarse en Estremadura para negociar por su cuenta, y al despedirse del rey, le dijo:

—Con gran dolor de mi corazon me separo de vos, señor, en esta ocasion, porque presiento alguna desgracia: pero ya que otra cosa no puede ser, puesto que la resistencia de Gracian nos demuestra la necesidad absoluta de alejarle de Trujillo, y que además vuestra señoría se vé en la precision de partir, no dudo que seguireis mi consejo, quedándoos en Madrid hasta mi regreso. No vayais, por Dios, á Segovia, donde tanto daño os han hecho y os pueden hacer; nunca vuestras dolencias habrian tomado la gravedad que ahora tienen, sin el desdichado banquete del dia de Reyes. Estaos en Madrid, que yo, si el cielo me favorece, despues de traer á la razon á este tozudo alcaide, procuraré asegurar á vuestra hija el apoyo de la corte de Portugal, y salvaré vuestra honra.

El rey prometió seguir fielmente los consejos de su privado, y abrazándole con cariño, partió para Madrid, desde un lugar llamado Santa Cruz de la Sierra, donde se verificó esta final entrevista.

Muchos dias pasaron en negociaciones y tratos entre Gracian y el maestre, que no escaseaba los medios de soborno con los personajes influyentes de Trujillo, ni las promesas al indomable alcaide, mientras por otra parte juntaba tropas para alcanzar por fuerza lo que de grado no se le concedia. Y como el pueblo de Santa Cruz no era suficiente para contener el número escesivo de guerreros y soldados que allí se iban reuniendo, se estableció un campamento en sus inmediaciones, como si se tratase de un asunto de capital interés para el reino.

Estando en estas negociaciones, llegó al campo del maestre un corto refuerzo que le enviaba su tio Alonso Carrillo, y con él se le presentaron los dos hombres de confianza del arzobispo, Fernando de Alarcon y el Beato. D. Juan Pacheco los recibió con toda la falsa bondad que merecian estos dignos personajes, y presumiendo que serian portadores de algun mensaje confidencial, les procuró una entrevista secreta, hablando por separado con cada uno de ellos. Referiremos la conversacion que tuvo con Froilan de Avila, por ser la que mas interesa á nuestra historia.

—Supongo, buen Froilan, le dijo, que mi señor tio no habrá hecho alarde en la corte de los oportunos auxilios que me envia. ¿Qué os ha dicho? ¿Es cosa que se puede saber?

—Ciertamente, señor, contestó el hipócrita converso: pero mi venida no tiene relacion con el subsidio de hombres de guera, que ciertamente no es mirado allá en Madrid mas que como una atencion al deudo que hay entre vos y mi señor.

—¡Ah! ¿con qué os trae otro objeto? Mi respetable tio no ha hecho todavía del todo las paces con el rey: ¿No es verdad? ¿Y querrá que mi influjo le ayude?....

—No creo que pretenda por ahora estrechar demasiado su intimidad con S. A.; si bien, como buen vasallo, se inquieta,-y esto es natural,-por el mal estado de su salud.

—¿Ha empeorado la salud del rey? preguntó el maestre verdaderamente alarmado.

—El señor arzobispo dice que S. A. camina insensiblemente á una muerte rápida. Por esto quisiera que no demoraseis mucho vuestro regreso á la corte; pues pudiera suceder que llegaseis tarde, y nadie sabe lo que, en tal caso acaeceria. No faltaria sin duda, quien aprovechase vuestra ausencia para influir en las últimas voluntades del rey.

—Sí, sí, lo comprendo: no se puede negar que la cosa es grave. Y si tuviésemos la desgracia de que se nos muriese el rey, seria menester quemaros vivo, maese Froilan.

—¡Oh! señor: si de ese modo se salvase el rey, seria bien empleado mi sacrificio.

—No me quereis entender, repuso el maestre. ¿Qué diablos de filtro fué aquel que disteis á S. A. el dia de Reyes?

Froilan miró al maestre con ojos asombrados, y preguntó á su turno.

—¿En qué os fundais para suponer?....

—¡Eh! interrumpió, tal vez con poca prudencia, el viejo cortesano. La *Perpétua Noche* ha quedado estinguida con la muerte de Abiabar y Abacuc, y ya no hay peligro en hablar de sus secretos. Pero, en fin, lo hecho no tiene remedio: lo que ahora importa es no dormirse. ¡Diantre! ¡Bueno sería que se nos fuese el rey de entre las manos á la mejor ocasion!

En consecuencia de esta plática, el maestre envió emisarios á Trujillo con proposiciones definitivas, á fin de que la fortaleza le fuese entregada en el término de tres dias, amenazando hacer uso de la fuerza en caso contrario. Froilan de Ávila, por otra parte, entró en cuentas consigo mismo, y calculó que, si el rey se moria, y fracasaban los planes del maestre, podia el negocio tener para él fatales resultados. Dedujo de esto que, si bien la *Perpétua Noche* se hallaba disuelta de hecho, subsistian sin embargo sus juramentos, de los cuales nadie le habia relevado, y era deber y tambien interés personal suyo cumplirlos, castigando, si podia, al que declaraba sin reserva los secretos de aquella hermandad.

Atrevida era esta resolucion; pero el Beato era hombre á quien solo detenian los medios de llevar á cabo una empresa, mientras estos medios no le salvaban de ulteriores compromisos.

Al dia siguiente, despues que Gracian de Sesé hubo recibido la última intimacion del maestre, se presentó en el campo de éste un charlatan, cargado con una caja de medicinas y estractos, segun él mismo, de maravillosos efectos para toda clase de dolencias físicas y morales.

—Venid, venid á mí, jóvenes y viejos, robustos y débiles, grandes y pequeños, gritaba con voz cascada y desapacible el charlatan, mostrando los botes en su caja abierta, y suspendida delante de sí por medio de una correa. Venid y encontrareis el bálsamo infalible del famoso encantador Melisendro, estracto de la sangre del ave Fénix, que hace invencibles á los que lo toman y resucita á los muertos de cuchillada: ved aquí el específico admirable del sábio Merlin, que alarga la vida á todo el que la sabe conservar, y quita las arrugas y las canas de la vejez: aquí traigo los polvos de la madre Celestina, con los cuales no hay mujer que no se enamore del que la ha de enamorar: tengo el preservativo mas eficaz contra las brujerías, los hechizos y las muertes repentinas, de que Dios nos libre; el agua de las siete virtudes, el aceite de buen vivir, la triaca de enamorados, el amuleto contra demonios, lepra y fuego de San Anton; los rosarios de Santa Casilda, que curan el mal de es-

tómago. Venid, venid, aquí hay de todo y para todos, y se dá por poco dinero: venid y ved.

Así andaba publicando sus mercancías y aligerando multitud de bolsas; pues constantemente se veia rodeado de compradores: ya eran hidalgos viejos que buscaban el elixir de la virilidad, ó el confortativo contra sus achaques; ya soldados de valor dudoso que aspiraban á la inmortalidad; ya jóvenes enamoradizos que pretendian contagiar de su mal á las señoras de sus pensamientos; ya celosos que deseaban fijar la volubilidad de afectos de sus amadas. Cada cual, en fin, procuraba proveerse del específico que mas le hacía falta, sin esceptuar los rosarios de Santa Casilda, ni los escapularios contra rayos y centellas.

Entre tanto, el charlatan iba recorriendo todo el campo, y al descuido con cuidado se informaba detenidamente de la cuantía de las fuerzas del maestre, del espíritu de sus tropas, de los capitanes que le acompañaban, y de los medios de ataque reunidos para combatir el fuerte de Trujillo. Era un espía encubierto bajo la apariencia de vendedor de remedios universales.

Cuando mas engolfado estaba en la espendicion de sus preciosas mercaderías, acertó á pasar junto á él la comision que regresaba de Trujillo, y reparando uno de los enviados en la muchedumbre que rodeaba al charlatan, detúvose á observar lo que aquello era, y mirando atentamente á nuestro hombre, gritó con voz de autoridad:

—Ténganse todos, y denme auxilio para prender á ese malvado embaucador.

El mercader de drogas palideció y trató de escabullirse; pero el enviado se acercó mas á él, señalándole con el dedo y diciendo:

—Es un espía ó un envenenador: nadie haga uso de los malditos filtros que vende, si no quiere ser víctima de su malicia.

Los que habian comprado bálsamos, polvos ó aguas de todas virtudes palidecieron á su vez, se miraron unos á otros, y amenazaron con los puños al pobre diablo, que temblando como un azogado, habria dado en aquel momento la mitad de su vida

por un elixir que le hiciese invisible, ó al menos impalpable.

Pero no habia salvacion para él; varios soldados le rompieron la caja, le sujetaron, y guiados por el acusador le condujeron á la presencia de D. Juan Pacheco. Entre tanto corria la voz por todo el campo de haber sido preso un espía, un envenenador, un nigromante, y la multitud se agolpaba á reconocer al reo de tan feos delitos: por otra parte se divulgaba la fama de que el charlatan habia venido á envenenar el ejército del maestre, y los que poseian algun específico de su mano, se apresuraban á tirarlo; advirtiendo entonces como era que les hubiesen dado por tan poco dinero unas sustancias, cuyo valor tanto se encarecia.

Entre los que acudian en tropel á ver el delincuente, muchos se adelantaron á insultarle, y habiendo un soldado tirádole de las barbas, se quedó con ellas en la mano: creció con esto la algazara y gritería de los curiosos, y entonces hubo algunos que, mirando con cuidado á aquel hombre, comenzaron á gritar:

—¡Le conocemos! ¡Le conocemos! ¡Es Piel-del-Diablo!

Estas voces llegaron á los oidos del maestre, que asomándose á una ventana de su alojamiento, dijo:

—¡Hola! ¡Hola!.... ¡Buena pesca! Veamos que visita será esta de mi amigo Briando.

Y bajó á la calle á recibir á su antiguo confidente, dispensándole un honor que él no podia esperar

Formóse un círculo de caballeros y soldados, alrededor de D. Juan Pacheco y del acusado, y adelantándose el que le habia detenido, dijo:

—Este hombre, señor, estaba ayer en la fortaleza de Trujillo, de lo cual infiero que es agente de Gracian: acabo de encontrarle disfrazado con barba postiza, y espendiendo venenos y cosas de mágia en nuestro campo. Así que es un espía ú otra cosa peor, y le he preso para que le juzgueis.

—Bien hecho, contestó el maestre. Acércate un poco, Briando: tiempo hace que no nos vemos. ¿Qué te trae por aquí? ¿Has venido quizás á recoger el collar que te tengo prometido?

—Señor, dijo Piel-del-Diablo, aparentando serenidad. Yo

no soy nunca ingrato, ni puedo olvidar que he comido el pan de vuestra señoría. He venido únicamente con el buen fin de veros, si podia, para comunicaros noticias importantes.

—¡Ah! ya. Oigamos esas noticias.

—Habeis de saber que el alcaide de Trujillo, aunque aparenta poder sostenerse, está reducido á la última estremidad. De la villa no le dan auxilios ningunos, y dificilmente podrá mantener á su gente por espacio de cuatro dias. Le faltan víveres, y la poca agua que tiene en una cisterna está emponzoñada con trigo que yo he puesto en ella.

—Siempre fuiste un buen criado, repuso el maestre, yo recompensaré tus servicios, colocándote, como mereces, en un alto puesto.

Y volviéndole la espalda, dijo algunas palabras en secreto á un oficial, y se entró en la casa con los emisarios.

El oficial mandó buscar un sacerdote, y no encontrando á mano mas que á los dos familiares del arzobispo Carrillo, estos se encargaron de poner bien con Dios á Briando: colocáronse uno á cada lado, y habiendo hecho venir á Fernandito Alturas, que era de la comitiva del maestre, sin mas forma de proceso ni sentencia, rodearon de picas y arcabuces al reo, y le condujeron al pié de un álamo entre la algazara y los insultos de la soldadesca.

Horriblemente grotesco era el espectáculo que presentaba esta escena. Por una parte, Piel-del-Diablo, que nunca habia mostrado cobardía, estaba consternado: la idea de la muerte, que en otros le pareciera cosa de divertimiento, pasando por él, habia consumido instantáneamente sus jugos vitales, contrayendo sus miembros, como el fuego arruga una piel: tenia los ojos fijos en la tierra y daba diente con diente. Por otra parte la figura brutal de Alarcon y el aspecto compungido del Beato, formaban un contraste risible y digno del pincel de Goya. Detrás de ellos, y para completar este cuadro estravagante, chocaba la faz risueña de Fernandito Alturas, el cual se esforzaba en distraer á su víctima con chistes chocarreros y desvergonzados.

—Vamos, pensad en Dios, y arrepentios de vuestras malas obras, decia Alarcon: en este mundo el que la hace la paga. Con que así, paciencia y barajar.

—Hijo mio, añadia Froilan: Dios es misericordioso. Haced un acto de verdadera contricion: perdonad á vuestros enemigos.

—Ea, camarada, decia Fernandito: á cada puerco le llega su san Martin. Alégrate, con mil diablos, que al cabo, no es poca fortuna pasar por las manos de un amigo.

Briando no chistaba; pero cuando se vió junto al lugar del suplicio, murmuró:

—¿Con qué no hay remedio?

Y alzando los ojos, en que brilló un momentáneo relámpago de ira, añadió:

—Permitidme decir mis culpas al hermano Froilan de Avila. Puesto que he de morir, justo es que se me deje al menos el cuidado de mi alma.

—Sí, eso es justo, es justo, dijeron todos; y se retiraron á una distancia suficiente para no oir la confesion da Briando.

Éste miró atentamente á su desautorizado confesor, y despues de un corto silencio, le dijo:

—Tiempo hace que nos conocemos, hermano Froilan.

—Sí, hace tiempo.

—De modo que bien podreis absolverme sin necesidad de que yo os confiese mis pecados. Esto es lo de menos, puesto que vos creeis lo mismo que yo en el cielo y en el infierno.

—Sí, hijo mio; los dos debemos creer que nos aguardan premios ó castigos en la otra vida, segun nuestras obras.

—Por eso, hermano mio, quiero despedirme de este pícaro mundo haciendo antes una buena obra. Os conozco perfectamente, y presumo que tarde ó temprano, estando en relaciones con los poderosos, vendreis á pasar al duro trance en que me veo.

—No penseis en mí, hijo mio: pensad en vos.

—Sí, tenedlo por seguro: el maestre ó el arzobispo ó cualquiera otro señor de su alcurnia os hará ahorcar mañana ó el otro. Si yo hubiese poseido antes de ahora cierto específico que

guardo en este bolsillo, es indudable que mi señor no habria podido entregarme nunca á las manos del verdugo; porque tiene la virtud de impedir que los mas fuertes nos dañen. Pero ya que yo no puedo aprovecharlo, he pensado en vos para nombraros mi heredero. Meted la mano aquí, en el bolsillo de la izquierda, y encontrareis una cajita; dentro hay unos polvos: cuando tengais recelos de haber incurrido ó poder incurrir en el desagrado de algun grande, poned una pequeña cantidad de esos polvos en su almohada, y de seguro calmareis para siempre su animadversion contra vos.

Froilan, con la perspicacia de los criminales, adivinó en estas palabras una intencion dañada; pero se guardó de hacer gala de su penetracion, y repuso:

—Hijo mio: Dios premiará el celo con que procurais que no quede perdido para el mundo ese específico maravilloso. Dádmelo que yo lo guardaré, por si acaso me fuese menester hacer uso de él, que no lo espero; y apresuraos á confesar, pues ya se impacienta la gente.

—Dadme la bendicion y hemos concluido, pues ni vos teneis facultad para absolverme, ni yo necesidad de vuestro perdon. Si hay algo mas allá de esta vida, yo veré el modo de componerme con quien me haya de juzgar.

—No blasfemeis, hijo.

—Dejadme en paz: prefiero á vuestras exhortaciones las chanzas bestiales del verdugo.

El Beato, viendo que gastaba el tiempo en balde, sacó del bolsillo de Briando la cajita que éste le habia indicado, le echó la bendicion, y se retiró diciendo:

—¡Cúmplase la justicia humana!

En breve rato desempeñó su horrible cometido Fernandito Alturas, dejando á Piel-del-Diablo pendiente de la rama de un árbol.

Llegó la noche y con ella la hora de los crímenes silenciosos y de los remordimientos. Mientras el maestre celebraba un consejo con sus capitanes para decidir si convenia ó no atacar al castillo, el Beato se deslizaba en su alcoba, como una serpiente,

con ánimo de ensayar la eficacia de los polvos maravillosos del ahorcado. Esparció, en efecto, una corta cantidad sobre la almohada, y volvió á salir sin ser visto.

El consejo resolvió aguardar al tercero dia, y no obteniendo contestacion favorable del alcaide de Trujillo, emprender inmediatamente el sitio. Habiendo quedado solo el maestre, se asomó á una ventana que daba al campo: la luna llena iluminaba desde el cenit todos los objetos con su claridad fantástica: el viento, soplando entre los árboles, mostró al anciano escéptico un bulto fúnebre que se balanceaba pendiente de una rama. Por primera vez en su vida tuvo supersticion y miedo el maestre: su imaginacion dió colosales proporciones al cuerpo inanimado de su antiguo camarero, y cual si un poder sobrenatural evocase en aquel instante sus recuerdos, parecióle ver levantarse en derredor de su víctima mil fantasmas acusadoras. Una voz misteriosa murmuraba á su oido: «Has castigado á ese hombre para borrar en él la memoria de tus intrigas y crímenes.»

El maestre sintió frio y se estremeció de piés á cabeza: hubo un momento en que creyó ver á Briando acercarse hasta la ventana, pendiente de su cuerda, riendo con sarcasmo y tendiéndole sus brazos agarrotados: tras de aquella vision se abria un abismo infinito; el abismo de la eternidad: el viento sacudió con fuerza los árboles, produciendo un ruido semejante á una carcajada de gemidos.—Don Juan Pacheco se retiró de la ventana, cerrándola con violencia: llamó á sus criados y se acostó.

Al otro dia despertó indispuesto: tenia hinchada una mejilla y un calor frio circulaba por sus venas. Convocados varios médicos, declararon que el mal era insignificante, y le propinaron un sudorífico.

Pero aquella leve indisposicion se fué agravando por momentos, y al tercer dia le fué imposible al maestre moverse de la cama. Sin embargo, dispuso levantar el campo, y se hizo conducir en hombros de esclavos al frente de los muros de Trujillo. Su ambicion era mas poderosa que el veneno letífero que le roia las entrañas.

En medio del campo y sobre una eminencia se plantó la tienda del maestre, quien mandó acometer á la fortaleza sin demora. Don Diego Pacheco habia venido tambien al auxilio de su padre, pero mas inquieto que él mismo por su salud, permanecia á su lado la mayor parte del tiempo. No era infundado el anhelo del jóven marqués, pues observaba que los médicos tenian poca seguridad en la eficacia de los remedios, y que el enfermo se agravaba; la inflamacion de la mejilla habia interesado á la garganta y amenazaba invadir el pecho.

Amaneció el dia 4 de octubre. Las huestes del maestre se aprestaban para un asalto decisivo, apoyado por la villa que habia ofrecido obedecer al rey. En el momento de dar los clarines la señal del combate, acometió á D. Juan Pacheco una tos violenta, que fué seguida de una copiosa hemorragia de los pulmones. Los médicos declararon entonces que era mortal la dolencia, y se dispuso traer un confesor de la poblacion inmediata.

Pero no por esto decaian los brios, ni se templaba la codicia del enfermo. A su lado estaba con un crucifijo en la mano el confesor, cuyas oraciones repetia maquinalmente: á los piés del lecho D. Diego consternado, se cubria el rostro con las manos, para ocultar sus lágrimas: de tiempo en tiempo entraba algun caballero, empolvada la armadura y salpicada de sangre, y entonces el maestre se incorporaba, y apartando con una mano el crucifijo, preguntaba:

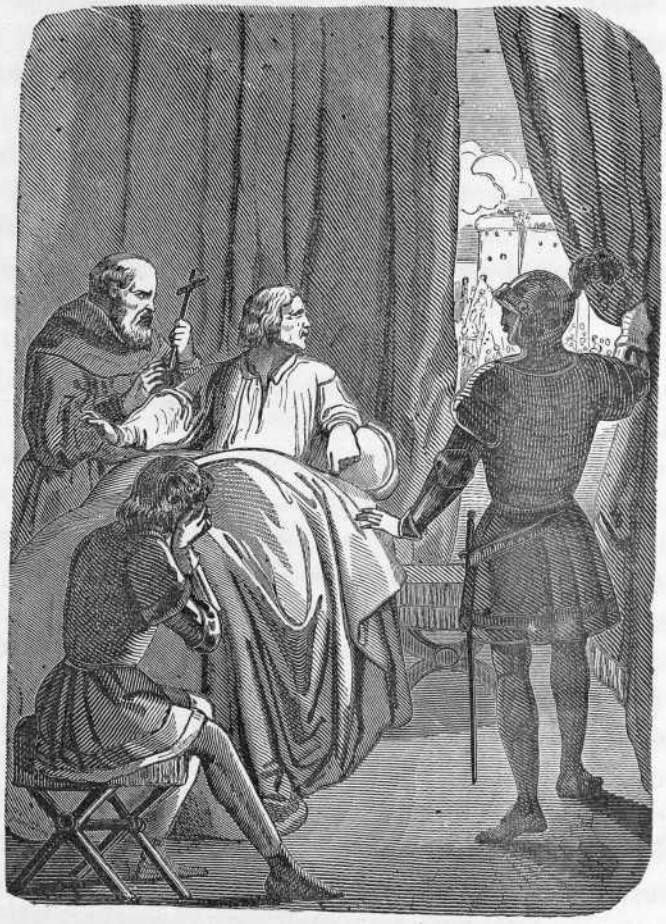
—¿Se ha entregado el castillo?

A la respuesta negativa del caballero, volvia á caer en el lecho, privado momentáneamente de fuerzas, y seguia repitiendo las palabras religiosas que decia el sacerdote.

Una vez llegó hasta la tienda el estruendo del combate, como el bramido del huracan desencadenado, á tiempo que entraba un caballero en ella.

—¿Qué es eso, Melendo? preguntó el maestre. ¿Se rinde al cabo Gracian?

—Señor, contestó el caballero, se hace lo posible para rendirlo.



Muerte de D. Juan Pacheco.

—¿A ver? repuso el maestre apoyándose en un codo: levantad ese paño de la tienda: quiero observar lo que pasa.

—Señor, dijo el religioso: no os cuideis de las vanidades de este mundo: ¡pensad en Dios! Implorad su divina misericordia.

El maestre apartó el crucifijo que le presentaba el sacerdote, y se puso á mirar con avidez por el claro que dejaba el paño levantado por el caballero: desde allí veia las vicisitudes del combate.

—¡No triunfamos hoy! esclamó dejándose caer en el lecho. -Y sintiendo que le abandonaban las fuerzas, llamó á su hijo.

—Don Diego, barbotó: si muero antes que el castillo se entregue, ocultad mi muerte..... Oye..... añadió, atrayendo al jóven hácia sí: el rey vivirá poco..... no te apartes de su compañía..... procura ser el tutor de su hija..... es menester que obtengas el maestrazgo de Santiago..... y despues..... ¡Adios! No puedo mas.....

Habia perdido el habla. Un vómito, que le sobrevino en seguida, le dejó ahogado. Pero, aun durante algun tiempo, la movilidad de sus facciones siguió espresando combinaciones ambiciosas, que se formaban y deshacian en lo íntimo de su pensamiento.

La última voluntad del maestre fué cumplida: su muerte se tuvo oculta, hasta que Gracian de Sesé, cediendo á la necesidad, entregó la fortaleza de Trujillo, recibiendo en cambio y en propiedad un pueblo de Galicia.

Despues de haber tomado posesion de Trujillo y de haber hecho las honras fúnebres al maestre, D. Diego vino á Madrid, á recoger como herencia el favor del rey Enrique.

Froilan de Ávila rezó cien *Pater noster* sobre el féretro del ilustre difunto, y volvió con su compañero Alarcon al lado del arzobispo.

CAPITULO ÚLTIMO.

QUE EL AUTOR DIVIDE EN DOS PARTES PARA MAYOR CLARIDAD.

I.

La voluntad del rey

Tremendo golpe fué para D. Enrique la pérdida de su favorito: acostumbrado á descansar en él, su débil espíritu desfalleció bajo el peso de los negocios públicos: como el paralítico á quien roban las muletas, el mísero monarca vacilaba, y no se atrevia á dar un paso, por temor de estrellarse. Tenia siempre en su oido las últimas palabras del maestre: «con gran dolor me separo de vos, porque presiento alguna desgracia.» Y para colmo de su desdicha, la vision nocturna de Jarifa, parecia ensañarse cada dia con mas furia en su cerebro enfermo.

Mil veces hablando alto consigo mismo, murmuraba: «Isabel triunfará á despecho de todo el mundo, y mi nombre pasará deshonrado á la posteridad.»

El partido de doña Juana no desconocia la crítica situacion del rey; pero nadie osaba hablarle de hacer testamento: nadie tenia el valor de decirle que se moria.

Como en tiempos del rebelde D. Alfonso, habia dos cortes en Castilla; una numerosa, pero compuesta de gente lisonjera y avara de riquezas, en Madrid; otra en Segovia, reducida, pero formada de hombres leales y capaces de arrostrar el infortunio.

Entre estas dos cortes y entre las diferentes banderas que representaban y se tenian dispuestas á enarbolarlas en un próximo porvenir, habia un tercer partido, acaso el mas numeroso de los tres: el de los indecisos, anfibios políticos de todos los tiempos, que aguardaban una ocasion para arrimarse al bando mas pudiente y vencer con su peso el fiel de la victoria, gente desorganizada y sin jefe, pero temible, como materia dispuesta á servir de instrumento al mas osado. A vivir mas tiempo don Juan Pacheco, tal vez habria reunido bajo su mano estos elementos dispersos; pero á falta de él, estaba allí su tio D. Alonso Carrillo, que sin reñir ni amalgamarse con ninguna de las dos cortes, era la personificacion del bando intermedio, y tenia intencion de servirse de él en un momento dado. A pesar de sus pasadas desavenencias con doña Isabel, conocia que ésta era querida del pueblo castellano, y procuraba estar bien con ella, pensando ayudarla, bajo condicion de mandar él solo en el reino; pero tambien se prevenia para seguir el opuesto rumbo, seguro de arrastrar con la influencia de su ejemplo á toda la caterva de gentes sin opinion.

Un acontecimiento escandaloso que ocurrió por este tiempo, dará una cabal idea de la conducta que se proponia seguir don Alonso Carrillo. Todo el favor dispensado por el rey á D. Juan Pacheco, fué transmitido con creces y en pocos dias al hijo y heredero de aquel magnate. D. Enrique, sin consultar los capítulos de la órden de Santiago, confirió por sí y ante sí al jóven marqués la dignidad de gran maestre, pero los caballeros hicieron en Uclés y en Castilla otros dos nombramientos para el mismo cargo. Con este motivo, D. Diego comenzó á recorrer todos los pueblos del maestrazgo, ganando votos que confirmasen su eleccion, y habiéndose presentado en casa del conde de Osorno, uno de los personajes mas influyentes de la órden, éste le hizo prender, y conducir á la fortaleza de Fuen-

tidueña. «Sabido aquesto por el rey, dice la crónica, fué tan indignado é rescibió tan grande enojo, que se le dobló su mal.» Y como amaba tanto al marqués, salió en persona á negociar su rescate, y no lográndolo, «acordó verse con el arzobispo de Toledo, continúa la crónica, en un lugar llamado Villaverde: donde vistos, quedaron muy conformes, para que dende allí adelante el arzobispo fuese enteramente suyo.» El arzobispo, á consecuencia de esta entrevista, puso cerco á Fuentidueña, prendió á la condesa de Osorno y á un hijo suyo, que salieron á tratar con su hermano D. Lope Vazquez de Acuña y llegó á interesar, por obsequio á la paz del reino, en este negocio al cardenal de España y al condestable de Castilla. Restituido el marqués á la libertad, continuó el arzobispo cultivando sus relaciones con los amigos de doña Isabel.

Con esta política doble llegó á ser D. Alonso el grande mas temido y el mas solicitado de los dos partidos que aspiraban á la dominacion de Castilla.

Eran los primeros dias del mes de diciembre: Madrid estaba lleno de hombres políticos de todos los bandos, ocupados por una sola idea; la enfermedad incurable del rey. Éste, sin embargo, se esforzaba, por decirlo así, en dar treguas á la muerte, como si en su mano estuviese dilatar el momento fatal: padecia mucho, física y moralmente; su cuerpo, pálido y demacrado, era un esqueleto ambulunte; pero, con todo, se hacía ilusiones, y concebia locas esperanzas de recobrar la salud, pensando en futuros goces.

Llegó un dia, sin embargo, el 11 de diciembre, dia en que la mas positiva de todas las realidades se presentó inflexible á la cabecera de su lecho de dolores. Allí estaban, cerca de su dormitorio, el condestable y el almirante de Castilla, el cardenal de España y el arzobispo de Toledo, los duques de Arévalo, de Alburquerque y de Alba, D. Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente, el marqués de Santillana, el de Villena y otros grandes del consejo del rey. Hablaban entre sí unos con otros, buscando cada cual á los de su partido, y calculando las consecuencias de un acontecimiento por todos previsto, menos por aquel á quien mas personalmente interesaba.

Varios médicos reunidos para asistir al augusto enfermo, entraban de puntillas en el dormitorio régio, volvian á salir, y daban órdenes en secreto á los camareros, ó se consultaban con la mayor reserva. A las preguntas que les hacian los grandes, contestaban con monosílabos; hasta que por último, llegada la noche, creyeron inevitable declarar terminada su mision, y necesaria la de un confesor.

Todos los grandes se agitaron interiormente al oir esta declaracion de los físicos: todos vieron en ella la señal de un sangriento debate. La cuestion magna de la sucesion en el trono, por tanto tiempo disputada, iba á quedar intacta y sujeta á la decision de las pasiones, de los intereses encontrados y de las armas: era forzoso conjurar la tormenta que asomaba negra y espantosa en el horizonte; pero ¿cómo hacerlo? ¿Habria tiempo para que el rey declarase su voluntad estrema? Y contando con que la hubiese, ¿la presencia misma en el alcázar de tan poderosos y opuestos contendientes, no seria un obstáculo á la libre emision de aquella voluntad? ¿Quién no temia ver convertida la cámara mortuoria del rey en palenque abrasado de los partidos?

El cardenal de España, con su estraordinaria prudencia, propuso que inmediatamente se llamase á fray Pedro Mazuelos, prior de San Gerónimo, y confesor del rey, para atender á lo mas esencial por el momento, que era la salvacion del alma, y mientras el reverendo padre venia, indicó la conveniencia de que éste, como depositario de la conciencia real, indicase á don Enrique la necesidad en que estaba de nombrar sucesion con arreglo á ella.

Pareció bien á los demás grandes el consejo del cardenal; pero no obstante, D. Diego Pacheco y el duque de Arévalo comenzaron á consultarse separadamente, y atrajeron hácia el hueco de una ventana al arzobispo Carrillo.

—Es menester no descuidarse, dijo el duque: los momentos son preciosos, y la última declaracion del rey puede ser decisiva.

—El señor arzobispo nos ayudará con su consejo, añadió el de Villena.

—Lo principal, dijo el arzobispo, es saber con quien se puede contar: el prior de San Gerónimo me parece hombre recto. ¿Es amigo vuestro, sobrino?

—Mi difunto padre, como sabeis, favoreció mucho á su convento, edificado por el rey, merced á sus consejos.

Salia en este momento de la alcoba real el secretario Juan Gonzalez de Oviedo.

—¿Cómo dejais á S. A., señor Juan de Oviedo? le preguntó el arzobispo.

—Muy mal, señor, muy mal.

—¿Y no ha testado? ¿No piensa testar? dijo el duque de Arévalo.

—No ha testado, y su cabeza está poco segura.

—No le abandoneis, dijo el de Villena.-Y apretándole la mano, añadió en voz muy baja:-Bien sabeis que soy el depositario de su hija: contad con mi gratitud.

Juan de Oviedo contestó apretando la mano del marqués, el cual viendo en esto á D. Beltran de la Cueva que le observaba, le hizo seña con la cabeza para que se acercase.

—No cabe duda, señor duque, le dijo, que apoyareis nuestros deseos.

—Don Beltran, añadió el arzobispo, debe de querer, como todos queremos, que el rey no fallezca sin confirmar sus mas solemnes votos.

—Yo, señores, repuso el pundonoroso D. Beltran, me abstengo por ahora de entrar en ninguna combinacion; y sea cualquiera la última determinacion del rey, obraré segun las inspiraciones de mi conciencia, y segun el voto de la nacion.

—Es decir, insistió el de Arévalo, que apoyareis la legitimidad de la princesa doña Juana.

—No he dicho nada de eso: aguardo la declaracion del rey, y despues la de las cortes del reino.

El cardenal Mendoza, el conde de Benavente, el marqués de Santillana, el duque de Alba y otros formaban grupo aparte; pero pudieron oir la contestacion del de Alburquerque, dicha en voz natural.

—Ese es mi parecer, dijo el cardenal.

—Y el mio, añadió el marqués de Santillana: el rey no debe sufrir coaccion ninguna en estos momentos.

La llegada de Fray Pedro Mazuelos atrajo la atencion de los dos bandos, que se agolparon hácia el fraile con los ojos chispeantes de emocion: en aquel hombre cifraban todos sus esperanzas de triunfo, y cada cual habria puesto á sus piés el mejor de sus estados por comprarle la conciencia. Un sentimiento de pudor retenia, sin embargo, las lenguas. Por fin el arzobispo se adelantó, y asiendo de la mano al prior, le dijo:

—No os detengais: de vuestro celo penden la salvacion del rey y el porvenir del reino.

Todos los demás hablaron entonces á una, turbando el silencio necesario en la real cámara.

—Entrad, entrad, dijo el cardenal: recoged la última voluntad de S. A.

El estado abatido del rey contrastaba de una manera dolorosa con el hirviente cráter de pasiones que bullian á su alrededor. Reclinado en su lecho de muerte, consumido por una fiebre lenta, sobresaltado de trecho en trecho por visiones fatídicas, ni aun fuerzas para quejarse tenia, y acaso hasta le faltaba la conciencia de su situacion.

El confesor entró, y con los miramientos debidos, le insinuó la necesidad de recibir los consuelos de la religion. El rey abrió entonces desmesuradamente los ojos, y murmuró:

—¡Tan malo estoy! Vamos pues.

La confesion duró dos horas, tiempo bastante para que la escasa fuerza de voluntad del rey quedase completamente agotada. La inercia que por espacio de muchos años le habia dominado, adquirió en aquel momento supremo un imperio absoluto.

Apenas apareció el confesor en la cámara real, los grandes le asaltaron preguntándole si habia dispuesto algo el rey.

—No ha dispuesto mas que lo que interesa á su alma, pero quiere nombrar por sus albaceas al señor cardenal y al señor marqués de Villena.

Un rumor de estrañeza acogió estas palabras.

—Su Alteza desea que no haya discordias, continuó el prior: yo mismo he creido que las dos altas personas nombradas podrán evitar futuras desavenencias.

—Pero ¿nombra heredera á doña Juana?

—¿Nombra á doña Isabel? Preguntaron á un tiempo varios de los dos bandos.

Fray Pedro Mazuelos, que debia y temia mucho al de Villena y al arzobispo, estuvo un momento indeciso y luego contestó:

—Su Alteza deja confiada su hija al señor cardenal y al señor marqués.

—¡Luego ella es la heredera!

—¡No es!

—¡Sí es!

Movióse un fuerte altercado, nada propio de aquel lugar ni de aquellos momentos. El arzobispo y D. Alvaro de Estúñiga, duque de Arévalo, aprovecharon la confusion para entrar en el dormitorio del rey. Juan de Oviedo estaba ya al lado del enfermo, á quien arrancaba algunas postrimeras disposiciones, que iba escribiendo.

—Continuad, señor, decia el secretario.

—Mira, déjame, contestaba el rey. Ya es bastante.... Mañana seguiremos.

—Pudiéramos, sin embargo, si no desagrada á V. A., dejar esta noche nombrada la persona que os ha de suceder.

—Bien: pon lo que quieras; pero déjame descansar.

—¡Doña Juana!....

—¿Qué? ¿Qué has dicho? ¡Doña Juana!.... Sí, eso es.... Mi legítima hija.... Pero no, no: deja eso. No seas pesado. Me estás martirizando.

Juan de Oviedo dejó caer la pluma sobre el papel. En este momento entraron el de Arévalo y el arzobispo.

—Moveis tanto ruido, barbotó el rey casi aletargado, que no me permitís dormir..... Ya debe ser muy tarde.

—Señor, dijo el duque: un rey no debe dormir cuando se decide la suerte de su reino.

—¿Qué hay?.... ¿Pues qué sucede?

—Señor, la vida es breve, dijo el arzobispo: ¿quién sabe, al dormirse, si despertará?

—Es verdad, repuso el rey. ¿Has puesto eso, Juan? Que se pague á todos mis criados..... que se digan misas por el descanso de mi alma en el monasterio de San Gerónimo del Paso..... que me entierren al lado de mi madre.....

—Ya está, ¿y os sucederá en el trono?....

—¿Qué se yo de eso?.... ¿No podreis arreglarlo sin discordias?

—¿Y quién lo ha de arreglar? preguntó el de Arévalo.

—Ya lo he dicho: D. Diego y el cardenal.

—No bastan.

—Y Santillana..... y vos.....

Varios grandes entraron, y el rey siguió nombrándolos maquinalmente.

—Y Benavente..... y el condestable..... Pero ¿me dejareis en paz? Me estais matando..... ¡Si yo pudiera dormir!....

Un ronquido, nuncio del estertor de la agonía, salió de su garganta.

—Isabel..... ¿dónde está Isabel? preguntó luego: quisiera abrazarla y que me perdonase.

El prior de San Gerónimo volvió revestido con los ornamentos sacerdotales y con el Santo Viático en las manos.

Todos los presentes se postraron dejando en paz al rey, que ya pertenecia en cuerpo y alma á la religion.

Despues no fué ya posible hablarle de las cosas de este mundo: poseido de un delirio tranquilo en la apariencia, repetia sin cesar palabras inconexas.

—Isabel..... decia: es buena..... me perdona..... se eleva sobre mi trono..... ¿Y qué dirán? El maestre..... que venga el maestre.—Guisando..... Juro que doña Juana es mi legítima hija..... ¡Mentira!..... ¿Quién dice que es mentira?.... ¡Mi conciencia!.... Yo no tengo conciencia. ¡Dios mio!.... ¡Cuánto sufro!.... ¡Tened piedad de mí!.....

Una hora duró esta cruel agonía del rey D. Enrique IV.

Cuando espiró hacía una hora que iba camino de Segovia un emisario del arzobispo de Toledo con la noticia de que el rey habia muerto sin nombrar sucesion. Los partidarios de la Beltraneja sostenian, sin embargo, apoyándose en el dicho del P. Mazuelos, que su protegida era la heredera de la corona, por la voluntad del rey.

II.

La voluntad del pueblo.

El doce de diciembre por la noche se recibió en Segovia la noticia del fallecimiento del rey.

Andrés de Cabrera convocó inmediatamente al ayuntamiento de la ciudad, y le dió cuenta de lo ocurrido. El obispo, los nobles, los pocos grandes y titulados que allí habia y todas las personas de algun valer, acudieron solícitos á las casas consistoriales sin aguardar aviso.

En pocas horas pobló la plaza y las calles inmediatas al citado edificio un gentío tan numeroso, que difícilmente se habria podido transitar por ellas: y era por demás pintoresco el aspecto de esta muchedumbre, que agitada por un sentimiento vehemente, en unos de zozobra, en otros de curiosidad, de alegría y decision en los mas, ostentaba la animacion vivaz de los rostros á la luz indecisa de mil antorchas que el pueblo agitaba sobre sus cabezas.

La gran noticia corria de boca en boca, y la sensacion que

producia se revelaba por un murmullo inarticulado, próximo á estallar en ardientes aclamaciones. La salida de Andrés de Cabrera de la casa de la ciudad fué la señal de esta esplosion mal reprimida.

—¡Viva la reina! ¡Viva doña Isabel! fué el grito unánime que se oyó por todas partes.

Y sin necesidad de prévio mandato, los hombres, las mujeres y hasta los niños del pueblo comenzaron á trabajar en la plaza principal para erigir un tablado en que fuese solemnemente proclamada reina de Castilla la que ya de mucho tiempo reinaba en los corazones. El ayuntamiento y los nobles acudieron á secundar el pensamiento espontáneo de las clases inferiores, y cada cual se afanaba por contribuir, quien con su direccion y consejo, quien con sus ricos paños y joyas, quien con el trabajo de sus brazos á la construccion y ornato de aquel monumento de la adhesion de un pueblo á la mas virtuosa de las princesas.

Concluido el tablado, mas de cien hombres de todas clases y condiciones lo rodearon, teniendo sendas hachas encendidas en una mano y espadas desnudas en la otra, y así permanecieron hasta la mañana siguiente.

Doña Isabel pasó casi toda la noche en oracion, rogando á Dios por el alma de su hermano, por el triunfo de las armas de su esposo, y pidiéndole iluminase su corazon y su entendimiento para el buen desempeño del enorme cargo que iba á echar sobre sus hombros.

Al amanecer, la poblacion entera de Segovia bullia en las calles, como si no hubiese dormido. De todas partes llegaban personajes notables, seguidos de brillantes comitivas; y entre ellos llamó la atencion un caballero aragonés, que cubierto de polvo y acompañado de un solo escudero, atravesó la apiñada muchedumbre y se dirigió al alcázar. Era nuestro antiguo conocido Guillen Sanchez, copero del rey Fernando, que venia del Rosellon.

La reina le recibió en cuanto le anunciaron su llegada.

—¿Qué noticias me traeis, Guillen? le preguntó.

—Señora, las mas felices: Dios protege á los buenos hijos y á los buenos caballeros. Estaba el rey D. Juan sitiado en la capital del Rosellon: un ejército formidable acampaba en la llanura, y el castillo de la ciudad lo ocupaban los franceses. El augusto anciano habia tenido que vender su manto de pieles, comia carne de caballo y de animales inmundos y estaba decidido á morir con todos sus valientes. En tales momentos trasmontaba el rey vuestro esposo las heladas cumbres de los Pirineos: sus fuerzas no eran la cuarta parte numerosas que las del enemigo; pero Dios las amparaba. Una negra nube nos envolvió de repente; ginetes y peones caminábamos entre el estruendo de los truenos. Algunos tuvieron esto por mal augurio y cobraron miedo; pero la nube descendió de las montañas y se estendió sobre la llanura; el sol radiante y puro nos iluminaba, y á nuestros piés veíamos brotar los rayos en un vasto caos y desvanecerse en el espacio. Así llegamos sin ser vistos ni sentidos hasta las trincheras del campamento enemigo.

«—¡Aragon! ¡Aragon! ¡San Jorge! gritó á una voz nuestro ejército, y se lanzó al combate.—¡Aragon! repitieron los estenuados guerreros de la ciudad y corrieron en nuestra ayuda. Los franceses, llenos de estupor, aterrados por la sorpresa, ni aun tuvieron tiempo para empuñar las armas: cuatro mil muertos y prisioneros, multitud de tiros, y ganados y banderas fueron el premio de nuestra victoria.»

—¡Oh! ¡Loado sea Dios!

—Grande fué nuestro júbilo, grande nuestro entusiasmo, Señora; pero nada igualó al enternecimiento con que vimos al augusto octogenario, salir sin mas abrigo contra el frio que su armadura; y abrazar á su hijo, derramando lágrimas de gratitud.—¡Hijo mio, apoyo de mi ancianidad, Dios te dé su bendicion! le dijo. Y nosotros todos llorábamos tambien como niños.

—Buen Guillen, ¡cuánto te agradezco esas nuevas! La fortuna te favorece: toma algun descanso, y vuélvete á tu señor: díle que los castellanos le aguardan para sentarle á mi lado en el trono de Castilla.

Doña Isabel pasó á vestirse con los ornamentos reales, por-

La proclamacion.

que ya las autoridades y el pueblo de Segovia la esperaban impacientes. Una numerosa comitiva, compuesta del clero, de los nobles y del ayuntamiento en trajes de ceremonia, llegó á buscarla, recibiéndola bajo un dosel de rico brocado, y llevándola en solemne procesion á la plaza mayor de la ciudad.

Iba doña Isabel magníficamente vestida de reina á caballo en un palafren, cuyas riendas llevaban dos oficiales de la ciudad; delante marchaba en calidad de alferez á caballo el anciano don Gonzalo Chacon, con la espada desnuda en señal de soberanía: Los grandes con lucidos acompañamientos llevaban en bandejas de oro la corona y el cetro.

Llegados al pié del tablado, el obispo, vestido de pontifical se detuvo y volvió para recibir á la reina: los grandes y los concejales formaron calle doblando la rodilla, y subieron á la alta estrada en pos de la augusta señora, que se sentó en el trono.

Un heraldo proclamó en alta voz:

«¡Castilla! ¡Castilla por el rey D. Fernando y su consorte doña Isabel, reina propietaria de estos reinos!»

Al mismo tiempo dos caballeros levantaron los reales pendones, y entre el clamoreo de la multitud resonaron el alegre repique de las campanas y el estampido de la artillería del alcázar, que anunciaban la exaltacion al trono de la nueva soberana.

Los grandes personajes presentes fueron llegando de dos en dos á besar la mano y rendir homenaje á doña Isabel, la cual, terminada esta ceremonia, pálida de emocion, se levantó, y poniendo la mano sobre los evangelios, juró guardar los fueros y las libertades del reino.

En seguida bajó del tablado, montó en su palafren, y acompañada de la misma comitiva y del pueblo que la victoreaba al pasar, se dirigió á la iglesia catedral, en donde, cantando el *Te-Deum*, se posternó delante del altar mayor, é imploró la proteccion divina.

Poco á poco fueron llegando á Segovia los principales magnates del reino: acudieron de los primeros el cardenal Mendoza, su hermano el marqués de Santillana, el condestable de

Castilla y el conde de Benavente, cuatro de los seis que D. Enrique habia nombrado albaceas en su última voluntad. Despues se presentaron el arzobispo de Toledo, el duque de Alba y el almirante, no siendo de los últimos el duque de Alburquerque, D. Beltran de la Cueva: como habia prometido, escuchaba y seguia lealmente la voz de su conciencia.

Dos meses despues, las cortes del reino, reunidas en Segovia, confirmaban la solemne proclamacion hecha en aquella ciudad, y reconocian á D. Fernando como rey de Castilla.

Los nuevos reyes no olvidaron en su grandeza los servicios que les prestaron sus vasallos en la desgracia. D. Andrés de Cabrera fué nombrado marqués de Moya; Gutierre de Cárdenas recibió el título y señorío de Maqueda y Torrejon, con la alcaidía de las fortalezas de Carmona, la Mota y Chinchilla; el marqués de Santillana fué hecho duque del Infantado, y así á este tenor otros fieles servidores obtuvieron señaladas mercedes.

No fueron tampoco olvidados algunos de los personajes oscuros que han figurado en esta historia. Cuando á poco de este tiempo dió á luz la reina al infante D. Juan, dictaban órdenes y se hacian respetar en las cocinas reales, como reposteros y proveedores de la real mesa, los antiguos posaderos de la venta del *Puerco cebado* y de la *Clara de huevo*. Leandra se habia civilizado, y llamaba la atencion por sus finos modales y su economía y aseo: Bonifacio ostentaba un vientre escandaloso, y se hacía notar por su sandez siempre creciente.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y DE LA PRIMERA PARTE.